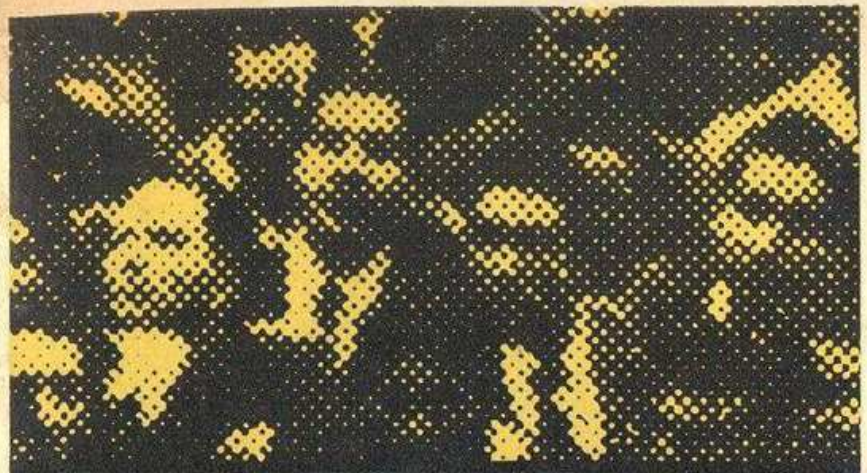
Teoría de la descolonización
Georges Balandier



Teoría de la descolonización

Las dinámicas sociales

Georges Balandier

COLECCION CRITICA IDEOLOGICA
EDITORIAL TIEMPO CONTEMPORANEO

El científico que en los círculos antropológicos y sociales constituye el apogeo del pensamiento colonialista, Lévi-Strauss, curiosamente y en comparación con Balandier recibe en América latina una recepción espectacular. Emerge como moda intelectual. Se lo discute agresivamente. Y este reconocimiento parte tanto de quienes lo defienden afirmativamente, como de quienes lo niegan. Ajeno al interrogante ingenuo de si los que discuten y que parecieran tener una inesperable "cultura antropológica" han avanzado más allá de la Introducción a Mitológicas I, o a determinados capítulos de la Antropología Estructural. Ajeno a ello reitero, la obra de Lévi-Strauss señala casi paradigmáticamente nuestro estructural colonialismo cultural, el cual no es pasible de ser adosado solo a quienes "importan" modelos europeos o norteamericanos, sino también a quienes se supone atacan la importación de dichos modelos en cuanto son parte del proceso de mantenimiento de nuestra dependencia cultural. Tanto en unos como en otros se registra curiosamente un reconocimiento de la obra de Lévi-Strauss; tanto en unos como en otros se observa consecutivamente una ignorancia bastante antigua de los autores que como Balandier adelantaron "las problemáticas del Tercer Mundo". Tanto en unos como en otros se prosigue el debate ideológico a partir de las teorías del "afuera", sin establecer la dinámica del "adentro", que configuraría la única posibilidad de superar ese neocolonialismo de izquierda o de derecha, neomarxista o "nacional", usando estos términos con el sentido que la lucha ideológica les otorga en la actualidad.

Colección
Crítica Ideológica

dirigida por
E.L. MENENDEZ

Nº 1 E. Lussu: Teoría de los procesos insurreccionales contemporáneos.

Nº 2 G. Balandier: Teoría de la Descolonización. Las dinámicas sociales.

Nº 3 Varios: Antropología / Sociología
Ciencia y Política

Nº 4 H.L. Nieburg: En nombre de la ciencia. Análisis del control económico y político del conocimiento.

Teoría de la descolonización

Las dinámicas sociales

Georges Balandier

Introducción, revisión técnica
notas de Luis F. Rivas

COLECCION CRITICA IDEOLOGICA
EDITORIAL TIEMPO CONTEMPORANEO

Título del original
Sens et Puissance
© 1971, Presses Universitaires de France

Traducción directa del francés
Rafael Di Muro

Tapa
Carlos Boccardo

Supervisión gráfica
María Isabel Mármora

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Queda hecho el depósito que marca la ley Nº 11.723
© de todas las ediciones en castellano,
EDITORIAL TIEMPO CONTEMPORANEO, S.A., 1973
Viamonte 1453 — Buenos Aires

INDICE

1 Introducción
7 Prefacio

Primera parte
13 **La dependencia**
15 I. La sociología de la dependencia
33 II. La sociología de la colonización
49 III. Subdesarrollo y puesta en relación de sociedades "diferentes"
67 IV. Los mitos políticos de la colonización y de la descolonización.

Segunda parte
81 **Las transiciones**
83 I. El costo social del progreso
101 II. La problemática de las clases sociales en formación

Tercera parte
115 **Las dinámicas del "adentro" y del "afuera"**
117 I. Las dinámicas sociales
173 II. La sociología de las mutaciones
197 III. La tradición y la continuidad
209 IV. La sociología del desarrollo
225 V. La antropología y el estudio del cambio

Conclusión
245 Las sociedades pluridimensionales

Introducción.

I. Georges Balandier es casi un desconocido en América Latina, salvo para un reducido número de "especialistas" que lo han leído y usado, generalmente sin nombrarlo. Balandier es un antropólogo "especializado" en Africa, más precisamente, en determinadas áreas étnicas de las ex-colonias del Africa Occidental Francesa. A partir de este amplio enclave empírico ha ido generalizando su problemática hacia el llamado Tercer Mundo, concepto que su propia obra ha tendido a extender y difundir, a veces, contradictoriamente.[1]

Su objeto nuclear desde una dimensión teórica, ha sido en gran medida, lo que él mismo ha llamado la situación colonial, y en función de esta las implicancias de la dependencia, y sobre todo la problemática del cambio, tanto radical como evolutivo. En última instancia el objeto que domina su obra es el "descubrimiento" de las dinámicas sociales, aun en las estructuras arcaicas, la incidencia contradictoria del proceso colonial en dichas estructuras, las posibles vías de transformación de esas estructuras hacia "la modernidad" o "modernidades".

Desde 1948 este antropólogo francés ha centrado su objeto en el Tercer Mundo y en las problemáticas estructurales del mismo, evidenciadas en el proceso de descolonización: estructuras de clases y estructuras étnicas, la relación orden tribal -orden nacional, el pasaje del mito a la ideología política, las formas posibles del cambio en una sociedad dependiente. No obstante, es notable el desconocimiento y carencia de "fama intelectual" que Balandier padece entre nosotros, aun entre sociólogos y antropólogos. Y esta situación contrasta con la moda que desde hace ya casi diez años supone como lugar común la obra de Claude Lévi-Strauss.

Con esta acotación, no pretendemos comparar teóricamente a estos dos antropólogos, ni siquiera planteamos críticas a la obra de Lévi-Strauss, simplemente queremos señalar la paradoja que supone la producción teórica de estos dos autores en relación con nuestras propias problemáticas. Uno de ellos, Balandier, nos viene planteando desde principios de la década del 50 una antropología y sociología de la dependencia, la relación entre la "cuestión nacional" y el marxismo, el problema del pasaje de los modos de producción, una conceptualización de la "teoría de la revolución". Y este señor es entre nosotros un desconocido, aun para aquellos que dicen focalizar y haber "descubierto" esta línea de problemas

---

[1] Las obras de Balandier que ya han sido publicadas en español son: *Africa ambigua* Sur, Bs. Aires 1964; *Antropología Política* Ediciones Península, Barcelona, 1969; *Sociología, Etnografía y Etnología* y *Dinámica externa de las sociedades 'arcaicas'* (constituyen dos capítulos del *Tratado de Sociología* dirigido por G. Gurvitch, Kapeluz 1962-3); *La situación colonial. Un enfoque teórico*, Servicio de Fichas de Librería Nueva Visión.

y que frecuentemente han criticado la antropología académica por no tomarlos en cuenta y privilegiar objetos "neocolonialistas".
El otro autor, Lévi-Strauss, cuyo objeto son las sociedades arcaicas definidas como intrínsecamente ajenas al cambio, es el autor que representa la culminación del denominado modelo antropológico clásico[2], con las implicancias ideológicas de lo que eso significa. El autor que lidera la corriente teórica que "...halla detrás de todos los modos de existencia social, principios fundamentales, y a partir de estos una combinatoria que hace al espíritu humano... (que plantea) que por debajo de las apariencias, de la sociedad histórica se impondría la íntima identidad estructural de las sociedades, y que aquí reside la posibilidad de captar las leyes ineluctables de su formación y de su transformación"[3].
Un antropólogo para quien América deja de ser "problema teórico" a partir de 1492; un antropólogo, para quien no digamos la dialéctica (término casi mágico, de vagas derivaciones metodológicas y teóricas), sino el mero proceso de cambio empírico y estructural, o la teoría de los procesos revolucionarios son obviados en beneficio de supuestas estructuras universales.
Un autor con estas características, curiosamente y en comparación con Balandier recibe en América Latina una recepción espectacular. Emerge como moda intelectual. Se lo discute agresivamente. Y este reconocimiento parte tanto de quienes lo defienden afirmativamente, como de quienes lo niegan. Ajeno al interrogante ingenuo de si los que discuten y que parecieran tener una inesperable "cultura antropológica" han avanzado más allá de la Introducción a Mitológicas I, o a determinados capítulos de la Antropología Estructural. Ajeno a ello reitero, la obra de Lévi-Strauss señala casi paradigmáticamente nuestro estructural colonialismo cultural, el cual no es pasible de ser adosado solo a quienes "importan" modelos europeos o norteamericanos, sino también a quienes se supone atacan la importación de dichos modelos en cuanto son parte del proceso de mantenimiento de nuestra dependencia cultural. Tanto en unos como en otros se registra curiosamente un reconocimiento de la obra de Lévi-Strauss; tanto en unos como en otros se observa consecutivamente una ignorancia bastante antigua de los autores que como Balandier adelantaron "las problemáticas del Tercer Mundo". Tanto en unos como en otros se prosigue el debate ideológico a partir de las teorías del "afuera", sin establecer la dinámica del "adentro", que configuraría la única posibilidad de superar ese neocolonialismo de izquierda o de derecha, neomarxista o "nacional", usando estos términos con el sentido que la lucha ideológica les otorga en la actualidad.

2 Ver E.L. Menéndez: *El modelo antropológico. Su importancia y función en el estado actual de las Ciencias sociales y del comportamiento*, Ms. 1967-68.

3 G. Balandier: *Sens et Puissance* PUF, 1971, ps. 287.

2. Balandier debe ser incluido en la lista de antropólogos, sociólogos, geógrafos de los países colonialistas que descubrieron, a partir de su propia inserción profesional y de la situación histórica generada luego de la segunda guerra mundial, la "situación del subdesarrollo". Como sabemos, la conclusión de la llamada segunda guerra mundial, hizo emerger a primer plano los procesos de liberación nacional y colonial que el propio conflicto interimperialista había conducido al mismo tiempo, contradictoriamente, a encapsular y a impulsar. Dichos movimientos de liberación se recortaban a partir de una situación dominada en lo político por la *dependencia*, y en lo económico por el *subdesarrollo*. Fueron los "especialistas" en los países o más correctamente, en los continentes colonizados y, sobre todo aquellos que, como los antropólogos, operan casi necesariamente a partir del trabajo directo de campo, los que primero se sensibilizaron para la situación de subdesarrollo[4] y a la que ulteriormente fueron entendiendo como un producto casi exclusivo de la situación y relación colonial, tanto interna como externa, convergiendo de esa manera con los planteos que el marxismo venía desarrollando desde su crítica y acción política al desarrollo imperialista del modo de producción capitalista.
De los análisis de estos autores saldrán parte de las caracterizaciones generales que condicionan de aquí en adelante el uso de determinados conceptos. Tercer Mundo, subdesarrollo, populismo son algunos de esos conceptos que emergen o cobran nuevo sentido durante este período y, sobre todo, a partir del análisis de las "nuevas realidades" africanas y asiáticas que a partir de mediados de la década del 50 se proyectarán uniformemente sobre América Latina.
La "universalización" de estos conceptos ha tenido y tiene una función política e ideológica que al mismo tiempo, los ha empobrecido en cuanto a su capacidad o potencialidad analítica. O más

4 Ya en la década del 30 Malinowski y parte de los antropólogos británicos que seguían su orientación, señalaban las características negativas y "deculturalizadoras" de la penetración colonial británica. La propuesta de la mayoría de estos antropólogos fue "utópica": tender a mantener los grupos tribuales lo más alejados posibles de la penetración colonialista. Esta "solución" sirvió de hecho a los intereses británicos, pero no puede negarse lo que generalmente se le achaca a los antropólogos funcionalistas: que no se sensibilizaran a la nueva situación emergente y que, por el contrario, hayan contribuido con sus teorías, a explicarla. La paradoja de parte del funcionalismo antropológico fue que siendo la primera escuela que percibió el subdesarrollo generó una teoría de la conservación y no del cambio radical, por más que muchos de los antropólogos se asumieran no sólo como anticolonialistas, sino como anticapitalistas.

correctamente expresado, la unilateralidad ideológica en el uso de estos conceptos (la lucha ideológica) los ha cargado y mantenido hasta hacerles perder su función analítica. Esto que estamos diciendo es claro y evidente en la actualidad para los conceptos desarrollo-subdesarrollo, implementados en su uso por corrientes económicas, sociológicas y antropológicas[5] emergidas de los países de capitalismo avanzado. Pero no lo es tanto para los otros dos conceptos que se nos aparecen consecutivamente como conceptos "antiimperialistas", y se afirma tal proposición a partir de una valoración uniforme y superficial que reduce justamente su potencialidad a la "carga antiimperialista" que los mismos tendrían momentáneamente, inhibiendo en consecuencia la posibilidad analítica de los mismos.

2.1. Desde una perspectiva estrictamente antropológica, Balandier está inscripto en la llamada corriente "dinamista". Esta corriente se generó básicamente entre los antropólogos británicos y en menos medida en la antropología francesa[6]. Emergen polemizando con las teorías del cambio institucionalizadas en la antropología académica tanto europea como norteamericana (funcionalismo, neoevolucionismo, teoría de la aculturación). Se caracterizaron por intentar la relación permanente entre la micro y macroestructura, en la cual esta última tiende a representar en sus trabajos los sistemas "externos", que en la mayoría de los casos es el sistema económico capitalista en su fase de expansión e inserción colonial. La riqueza y fecundidad de la polémica, característica de gran parte de las discusiones antropológicas son función de las posibilidades de control casi total que el investigador todavía podía operar sobre su objeto, en este caso las "sociedades primitivas", hasta un período relativamente reciente y que le permitía llegar a la comprensión del hecho social total. Son estos autores, los que introducirán el "sistema externo" como dimensión estructural del análisis, y como parte del "sistema interno". Y son estos autores, como Leach y el propio Balandier, los que tratan de superar la supuesta separación teórica entre proceso y estructura, planteando

[5] Los antropólogos vienen generando un enfoque evolucionista donde está implícita la polaridad desarrollo-subdesarrollo desde fines del siglo XIX. No obstante, a partir de la década del 30 se fundamenta teórica y analíticamente este enfoque que en gran medida será la base de las teorías desarrollistas más conocidas tanto en economía como en sociología.

[6] La emergencia de estas tendencias en estos países no es casual. El surgimiento de la teoría del conflicto y de las contradicciones en antropología está estrechamente relacionado con la emergencia del proceso de descolonización. Los países con conflictos coloniales "descubren" que las sociedades "arcaicas" pueden ser no sólo contradictorias, sino históricas (ver: Eric J. Hobsbawn "Para el estudio de las clases subalternas" *Pasado y Presente*, año I, Nº 2-3, ps. 158-67, 1963).

que toda estructura es dinámica y denunciando la falacia metodológica de los análisis estructuralistas y funcionales.

A partir de esto podemos decir que el problema nuclear de la obra de Balandier es la formulación de una teoría del cambio y, dentro de ésta, focalizar el análisis del "pasaje". Respecto del "pasaje", Balandier se plantea los problemas más marginados en la teoría del cambio: si la *revolución* constituye o no un tránsito radical, cómo actúa en ese proceso la llamada superestructura, y cómo entender la inexistencia de cambios radicales en la superestructura establecido el supuesto proceso revolucionario.

Desde este "paquete de problemas", Balandier analiza las teorías propuestas, tanto las de proyección académica como política. En su análisis señala que las teorías del cambio, aun la marxista, han dejado de lado o por lo menos no se han preocupado focalmente por el problema del "pasaje". Unos han subrayado los macrocambios (las etapas: marxismo, evolucionismo, desarrollismo) y otros han subrayado la identidad en el proceso pero, sin resolver el problema del pasaje. Balandier, a su vez, afirma el dinamismo estructural de toda sociedad y plantea a partir de este reconocimiento dos problemas conjuntos: qué debe entenderse por revolución, y cómo opera normalmente y en el proceso revolucionario la dialéctica continuidad-cambio o, en otras palabras, la dinámica de lo tradicional y de la identidad cultural.

Para Balandier la revolución no es un acto, sino un proceso. Cómo se constituye el mismo, y qué conforma el pasaje revolucionario, define el problema. La proposición descriptiva del mismo es la siguiente: "En un idioma más actual, se podría decir que la revolución se gestó en aquella parte de la sociedad donde lo que contradice el orden establecido fue largamente rechazado y donde se formó la contra sociedad. La revolución se halla presente como modo de transformación en el interior de la formación 'oficialmente reconocida'. El momento de su irrupción y su forma peculiar son cuestión de la coyuntura. En esta la revolución se define como agente de la ruptura, como iniciadora de nuevas condiciones de existencia y devela el 'discurso oculto' mediante el cual expresa los cambios que la vieja sociedad se negaba a reconocer"[7].

A partir de esta definición, que consideramos aproximativa, Balandier establece dos recurrencias en los análisis teóricos: el defasaje y velocidad diferencial de los distintos niveles sociales, así como sus reacciones diferenciales; y la permanente dinámica del adentro y del afuera que opera en los procesos dinamistas y mutacionales y que tanto las teorías académicas como revolucionarias han reducido generalmente a una dinámica del adentro.

Ambas acotaciones desembocan en Balandier en el análisis de la "continuidad". Superando viejas disputas ideológicas algunos auto-

[7] G. Balandier; op. cit., ps. 89.

res de extracción marxista han señalado que el cambio no es tan radical como se había pensado en algunas de las sociedades donde se operó el llamado proceso revolucionario. "Los interrogantes sobre la continuidad y el cambio conducen necesariamente a interrogarse acerca de las mutaciones sociales y la forma particular que adoptan cuando se realizan mediante revoluciones. Estos provocan no tanto la 'irrupción de lo inesperado', como la aceleración de procesos que operan desde largo tiempo atrás" —y agrega Balandier— "por consiguiente se impone una proposición: la revolución, tal como se la ha concebido desde 1789, no basta para hacer surgir una sociedad radicalmente nueva y *duradera*. La revolución actúa solo durante un tiempo para convertirse en la vuelta a lo 'instituido', al orden preocupado por su propia conservación. Los actores sociales deben captar de un modo más constante las posibilidades que crean ellos mismos con su actividad. Esto es lo que deja entrever la noción de 'revolución permanente' o antes bien la de 'revolución en la revolución'. Paradójicamente, el 'reformismo revolucionario' podría plantear lo mismo. *El problema decisivo es el de la participación continua de la mayor parte de los actores en las definiciones de la sociedad*"[8].

La revolución supondría entonces, para Balandier, un proceso continuo, que establece en un momento la ruptura y cuya condición básica es la irreversibilidad. Esta se aseguraría por el máximo de participación de todos los actores, con otras palabras, de las "masas", y su ejemplo máximo hasta ahora estaría dado por el intento consciente e intencional que significó la Revolución cultural china. La revolución como proceso opera sobre y desde un contexto que supone una determinada "continuidad". En esta continuidad intervienen factores de diversa índole, sentido y significación. A nosotros nos interesa rescatar dos tipos de factores: a) los que operan a través de la conceptuación de lo "tradicional", de lo "étnico", de lo "nacional" como formas supuestamente opuestas reaccionariamente al cambio, al "corte", al pasaje. Es decir como formas ritualizadoras y conservadoras de un pasado y de una continuidad que se agota en sí misma; b) las que operando o no a partir de esa misma conceptuación se orientan hacia el cambio radical profundo. En consecuencia dependerá del contexto, de los sectores y clases sociales que se hagan cargo hegemónicamente de la continuidad reaccionaria o mediatizadora, para que lo tradicional, étnico y nacional operen como fuerzas de la conservación o de la revolución.

Balandier analiza esta problemática a través de la relación entre mito e ideología política, y de las funciones de los sistemas de clases en determinadas áreas del Tercer Mundo.

[8] G. Balandier; op. cit. ps. 298-9. (El subrayado es nuestro).

3. Balandier, como casi todos los antropólogos ha trabajado en áreas que se constituyeron a través de la dependencia y de la situación colonial. La experiencia de los antropólogos europeos de la generación de Balandier se conformó existencialmente con el tránsito radical de su objeto de estudio. Ellos vieron ir pasando el objeto "tradicional" de la antropología, de la "situación tribual" a la "situación nacional". Los grupos tribuales, las unidades étnicas, las comunidades, incluso el "folk" y el "vulgus" de los folkloristas se convirtieron en forma acelerada en otro tipo de entidades. Vieron convertirse sus objetos más o menos exóticos, arcaicos y diferenciados en otros objetos en los cuales se evidenciaba de otra manera la vieja situación de dependencia construida por los imperios coloniales. Esas tribus, esas comunidades, ese "folk" pasaron a ser en virtud de los procesos de liberación nacional, "sociedades complejas", clases sociales.

Los antropólogos como Balandier, y sobre todo los que como él tuvieron un intenso trabajo de campo, asistieron a la resolución histórica de la relación cambio radical/tradicionalidad. Para ellos lo "tradicional" no significó necesariamente reacción en el sentido político del término; sino que esa tradicionalidad fue recuperada en la situación histórica específica como una de las formas positivas de adecuación a las nuevas realidades emergidas del proceso de liberación y descolonización. Frente a este riesgo, lo tradicional representaba en parte una respuesta de cambio contracultural, en la medida en que la dirección del cambio pretendía ser conducida a una determinada "modernidad".

Lo "tradicional", con otras palabras, el concepto de cultura, que tradicionalmente significó en términos políticos una proposición conservadora y reaccionaria, es recuperada por parte de los antropólogos que asisten al proceso de descolonización como un núcleo de "actitudes, valores y acciones" que configuran o pueden configurar hechos revolucionarios efectivos. En esta dimensión, determinadas propuestas de Fanon (el rol del velo, el rol de la familia tradicional) en cuanto a la recuperación de un pasado encapsulado cobrando potencialidad revolucionaria durante el proceso de liberación se relacionan con una dimensión (las resistencias al cambio) que en las teorías antropológicas tradicionales (funcionalismo, aculturación) y sobre todo en la antropología aplicada norteamericana habían desempeñado una función teórica e ideológicamente antirrevolucionaria.

Algunos antropólogos y los líderes políticos africanos percibieron (y en el segundo caso, impulsaron) que las sociedades oprimidas, deculturalizadas, reaccionaban frente al opresor asumiendo su tradicionalidad diferenciada y que la asunción profunda constituía una respuesta violentadora respecto de la relación establecida. El mito, la concepción ritualizada y comprensiva del "mundo" o de "parte del mundo", opera frecuentemente como el modo de enfrentar al colonizador, de identificar el grupo y de establecer el

pasaje hacia la superación de la situación actual y poder así manejarla. El mito no es comprendido aquí en función de su supuesta estructuración definitiva, como aparece en los estructuralistas (Lévi-Strauss) o en función de una esencialidad ahistórica como se da en los fenomenólogos (van der Leuw) sino como operando históricamente en el mundo. El grupo se apropia del mito para reinterpretar su situación y no para perpetuarla; el mito no solo admite, sino que incorpora la dinámica histórica. Y esta dinámica es la que le permite supervivir, y no solo ser un recuerdo esquematizado y nostálgico de realidades sin vigencia. Dice Balandier: "Entre los fang de Gabon se generó a fines del siglo pasado la leyenda Nsas; esta atribuye a una decisión divina la pobreza de los negros y la riqueza de los blancos... Me parece útil citar algunas de las fórmulas que ayudaron a captar la intención profunda del relato; en un determinado momento Dios (Nzame) se dirige al negro y al blanco y les dice: "Tú negro levántate, ve a buscar mujer y puebla la tierra; siempre permanecerás desnudo. Tú, blanco serás rico, más de lo que imaginas". La intención es clara; por un lado se acumula capital demográfico y por otro bienes materiales"[9]. Los fang necesitan explicar un mundo desigual, injusto, incomprensible y se valen de su "tradicionalidad y continuidad". Pero éstas operan no solo como formas de entender, de hacer posible una racionalidad de la realidad, sino también como fuerza reaccionaria o revolucionaria. Como ya lo indicamos, el mito, la tradicionalidad, la continuidad pueden o no ser fuerzas de la revolución o de la conservación; esto en última instancia dependerá del contexto y de las fuerzas que se hagan cargo de ellos, pero nunca de su propia particularidad, de su "en sí", como aparece claramente en los planteos de los antropólogos tanto esencialistas (fenomenólogos de las religiones) como estructuralistas. Que determinadas continuidades estén "más marcadas" que otras de potencialidades transformadoras o reaccionarias, debe ser analizado en los contextos particulares, pero no ser definidos "a priori" y establecer generalidades permanentes que en última instancia tienen como supuesto la concepción colonial de la inmovilidad de las "sociedades arcaicas"[10]

Si acotamos esto más o menos extensamente, es porque se ha tendido "normalmente" a entender los elementos tradicionales, por una parte, como elementos mecánicamente reaccionarios y, últimamente, a partir de las revoluciones chinas y vietnamitas y la consecuente rehabilitación del campesinado y, sobre todo del Fanonismo, como mecánica y unilateralmente revolucionarios. Si nos referimos a nuestro contexto inmediato, observamos que esta última posición es la que está dominando y se está convirtiendo en moda política. Muchos ya ven solo en lo étnico, lo tradicional, lo

[9] G. Balandier, op. cit.; ps. 207.

nacional, la razón y acción nuclear del proceso. Esta visión, digamos oportunista, en cuanto vuelve a establecer generalidades sin el menor análisis es tan incorrecta como la anterior. Dependerá del contexto y, sobre todo, de los sectores y clases sociales que se hagan cargo direccionalmente de los mismos, que dicho proceso tenga signo revolucionario o reaccionario. Tomar en sí dichas continuidades, es tomarlas como fórmulas vacías. Por ello hoy tantos conceptos y hechos han ido perdiendo toda significación y expresión, tal como ocurre en la actualidad con la utilización junta o separadamente de los términos revolución, socialismo, liberación, nacional.

Ya Fanon, uno de los teóricos y revolucionarios más aviesamente utilizado para esta confusión, nos alertaba contra este peligro en su análisis de la negritud. No obstante, los mismos que alabaron y usaron a Fanon política y académicamente, son los que escotomizan los análisis y manipulean sectaria y reaccionariamente los "términos en disputa".

Por otra parte, en América Latina tenemos un antecedente demasiado presente del uso de la tradicionalidad en contextos diferentes y el signo de valor inverso que tiene un contenido mítico-ideológico en los mismos. En ese antecedente tenemos la clara experiencia histórica, política y teórica de la apropiación unilateral y deformadora de la tradicionalidad. Nos referimos a los "herederos de la revolución mexicana". Fenómeno que en las tres áreas señaladas (política, histórica, teórica) debemos tener siempre como referente de esta problemática en su conjunto. Se apropiaron "míticamente" de los términos revolución, socialismo, nación, tradición revolucionaria, los convirtieron en ideología de estado, pero como meros instrumentos de las clases dominantes. Esta situación se expresa actualmente en México en las crecientes disputas antropológicas. Los antropólogos mexicanos cumplieron un rol destacado en las consecuencias planificadoras de la revolución, sobre todo en el período Cárdenas. En ellos la Revolución Nacional adquirió una expresión teórica consciente desde Gamio a Aguirre Beltrán. La construcción y mantenimiento de los mitos revolucionarios por parte de los antropólogos entró actualmente en contradicción cuando la Revolución Mexicana aparece claramente como una

[10] Estas dos tendencias parten de un mismo supuesto aun cuando en una el supuesto pretende ser metodológico y en la otra teórico. Dicho supuesto es el de la inmutabilidad del objeto. En consecuencia para ellos, lo histórico, el proceso que reformula y carga de intencionalidad el mito, no interesa. Sólo interesa recuperar la estructura universal o la esencia. Es sintomático que en Argentina la manera de estudiar el mito se mueva entre estas dos tendencias, sobre todo, desde la segunda. Esto expresa no sólo nuestro tradicional colonialismo cultural, sino, y sobre todo, la carga ideológica reaccionaria, ahistórica, que sigue dominando a determinada antropología oficial, sobre todo la focalizada en la Universidad de Buenos Aires.

expresión de la burguesía nacional, como una conciencia falsificadora de las masas campesinas a las que oprime en nombre de la Revolución que generaron. Es importante señalar que las contradicciones comienzan a emerger conjuntamente en la superestructura teórica y a través de movilizaciones campesinas, evidenciadas en las revueltas y los grupos organizados de lucha armada por una parte, y en la crisis ideológica que afecta actualmente a "eso que llaman antropología mexicana"[11] por la otra.

4. La segunda problemática, la de las clases sociales, tiene a pesar de sus extrapolaciones generalizadoras una clara importancia teórico-política. En los trabajos de Balandier, los protagonistas son determinadas sociedades africanas; sociedades en las cuales una serie de hechos cuestionan o, por lo menos, alertan determinadas conclusiones de la problemática clasista, generada y sustentada básicamente a partir de la experiencia europea. Esos hechos son: la estructura de clases en la mayoría de las naciones africanas se configura a partir de un campesinado que constituye entre el 70 y 80 o/o de la población y, dicho campesinado es el poseedor colectivo de los medios de producción. No obstante, ese campesinado está pauperizado, y es *el poder* el que se apropia de la riqueza, apropiación generada a partir del poder político y no del poder económico.
Estas sociedades africanas son prácticamente sociedades sin clases; en ellas va a emerger la llamada "vía" del socialismo africano fundamentado en el colectivismo tradicional, en la expresión del partido único, en el poder de la palabra y en el enfrentamiento (o seudo enfrentamiento) al colonizador. Estos elementos conducen a este "modelo de socialismo" a negar la lucha de clases y a expresar como enemigo básico, o como la contradicción fundamental, al colonizador, es decir, al imperialismo.
A partir de estos datos podemos formularnos dos interrogantes: a) ¿en qué derivaron estas naciones que al otro día de la liberación colonial (casi siempre pacífica, es decir, cuya independencia fue otorgada casi sin lucha por el colonialismo respectivo) eran sociedades sin clases? b) ¿puede generalizarse esta situación, como se pretende, a la realidad de América Latina como modo de cuestionar la teoría marxista de la lucha de clases en beneficio de una salida exclusivamente antiimperialista? Como dice el mismo Balandier, la situación de estos países se explica ante todo "... por el hecho de que la nación, el estado y la economía moderna se hallan en general en "vías de construcción". Los particularismos internos mantienen a las clases sociales, en particular al campesinado, en un estado fragmentario... Las nuevas relaciones de producción están

11 Ver: G. Bonfil y Otros: *De eso que llaman antropología mexicana*. Editorial Nuestro Tiempo, Mexico, 1970.

apenas apareciendo, pero incluyendo las formas tradicionales y las provenientes de la acción colonizadora directa"[12] Hoy, cuando varias de estas sociedades han generado como forma hegemónica las "nuevas relaciones de producción", cuando la mayoría ha recaído en la relación neocolonial, es clara la emergencia de sectores de clase aun dentro de la aparente uniformidad del campesinado[13]. En lo que respecta al segundo interrogante, está claro que las sociedades de América Latina han generado un desarrollo de sociedades de clases dependiente mucho más temprano que las sociedades africanas. Pretender homologar procesos africanos con los de México, Brasil, Chile o Argentina, es no tener mínimo conocimiento de los procesos históricos y seguir analizando todas las realidades a partir de las relaciones externas, sin focalizar la *resolución* interna de las contradicciones de los sistemas capitalistas dependientes.
En esta problemática, la relación entre clase y nación, reside gran parte de las confusiones que a partir del concepto de Tercer Mundo pretenderían generar una Internacional de la Dependencia. Lo sucedido en la UNCTAD a mediados de 1972 (abril-mayo) expresa más claramente que ningún otro fenómeno reciente, las contradicciones que en función no solo del tipo de dependencia, sino del tipo de estructura social dominante —resuelta básicamente a partir del diferente desarrollo de las fuerzas productivas— conforman los países del llamado Tercer Mundo[14].
Si bien los procesos históricos han resuelto claramente algunos de los interrogantes de los autores que como Balandier enfrentaban la problemática de las clases sociales en los países dependientes, algunas de esas problemáticas siguen en pie. La más crucial, aquella que en la teoría marxista, según algunos autores, incorpora un proceso típico del desarrollo capitalista europeo pero no necesariamente generalizable: las relaciones entre economía y poder, entre propiedad y posesión, entre poder, burocracia y clase social. Estas relaciones establecidas en la experiencia europea y norteamericana a través de la determinación económica sobre el poder, no parecen tener la misma determinación en la experiencia alemana desde 1936 a 1944, en la experiencia soviética, así como en algunas de las sociedades africanas.

5. Comenzamos esta presentación del trabajo de Balandier, como una oposición respecto de la obra de Lévi-Strauss. Tal vez hubiera

12 G. Balandier, op. cit.; ps. 270.

13 Como ejemplo de este desarrollo ver el trabajo de Saul en: G. Ionescu y Gellner: *Populismo. Su significado y características nacionales*. Amorrortu, 1970.

14 Ver: Luis F. Rivas: "Acotaciones antropológicas sobre el concepto de Tercer Mundo". Ms. 1971-2.

sido más correcto desde una perspectiva histórica exclusivamente antropológica, señalar la oposición y continuidad, la fractura y cambio que la obra de Balandier y otros autores representan respecto del llamado modelo antropológico clásico.

La obra de Balandier, Wolf, Worsley, Mintz, supone la continuidad con determinados enfoques al mismo tiempo que la discontinuidad casi total con otros. En cierta medida, y más que en otras disciplinas, la práctica antropológica expresa una práctica existencial, con sus consecuentes aporías, contradicciones y reificaciones irracionales.

Lévi-Strauss supone una de las dos posibilidades con las que los antropólogos se han planteado el análisis del cambio: macrocultural o microcultural. En el primer enfoque, a pesar de las diferencias que hallamos entre tendencias como el evolucionismo o el estructuralismo observamos la unilateralidad dominante que se expresa en la carencia de un análisis de los procesos de pasaje. Por otra parte, el enfoque microcultural se ha preocupado por el análisis del pasaje pero en términos de identidad cultural, concibiendo, de hecho, las sociedades en cambio como núcleos o sistemas de valores casi impenetrables o invariables. Estos dos enfoques expresan de manera distinta el modelo antropológico clásico: en ambos el orden superestructural es el dominante, el que asegura la continuidad, las resistencias. Con ello se ha arribado a una concepción que supera los aparentes antagonismos entre tendencias: el cambio es continuidad y en esa medida no es cambio, o el cambio debe tener el signo del cambio de la sociedad dominante y entonces se justifica la eliminación de la continuidad. En ninguno de esos enfoques el cambio quedaría abierto a una "modernidad" distinta y por construir.

Si bien Balandier delata el etnocentrismo de estos enfoques, recupera los elementos afirmativos que pueden extraerse para ser utilizados con otro contexto teórico y político. El énfasis del modelo antropológico clásico, sobre todo en los análisis microculturales deben ser recuperados para establecer una relación más correcta entre estructura y superestructura y para arribar a una teoría del cambio (y de la cultura) donde esta última no sea integrada como marginal o secundaria, sino como determinación explicitada y analizada. La Introducción a la economía política[15] tantas veces usada para referir que el "verdadero marxismo" supone de hecho dicha relación, no ha sido continuada sino para afirmar casi siempre la primacía de la estructura y, en algunos casos, demostrar la importancia del nivel superestructural. Gran parte de los trabajos antropológicos han enfatizado el papel determinativo de la superestructura en virtud del tipo de sociedades estudiadas (sociedades

15 C. Marx, "Introducción general a la crítica de la economía política", *Cuadernos de Pasado y Presente*, No 1, Cordoba 1968.

sin clases) en las cuales la determinación es conjunta y es difícil establecer una causalidad económica respecto de una "causalidad basada en el parentesco". Este énfasis, ha permitido que los antropólogos que incorporan "la relación colonial", no pudieran dejar de lado la importancia de lo superestructural y, más aún, incorporarlo como nivel determinativo a situaciones que solo se caracterizaban por la lectura en el nivel económico. Uno de los aportes básicos de esa Antropología Cultural basada en sociedades marginadas introducidas en la situación colonial fue el mantener y enfatizar —tradicionalmente en forma *reaccionaria*— el estudio e importancia de la superestructura negando la causalidad mecánica de la infraestructura si no es integrada a la totalidad del conjunto: "La relación entre la infraestructura y la superestructura ya no puede ser encarada de manera unilateral o simplista. Lo *político* y lo *cultural* vuelven a encontrarse con su capacidad de determinación. Esto es precisamente lo que han reconocido los movimientos contestatarios modernos —independientemente del grado de confusión que tengan— al atacar al mismo tiempo el modo de producción de las cosas y el modo de producción de los poderes, signos y discursos. Del mismo modo, al privilegiar lo "espontáneo" frente a lo "instituido" dichos movimientos han querido hacer presente la posibilidad de remodelar la sociedad, de participar en su constante definición, sin delegar el poder de intervención a grupos (y órganos) que rápidamente se tornan gestores privilegiados y conservadores de la forma que les asegura su preeminencia. Tales movimientos también han puesto de relieve el que las relaciones de producción no pueden constituir "por sí solas" la infraestructura inmediatamente determinante, ya que actualizando los análisis de las rupturas sociales han señalado que en ellos no solo operan las diferencia de clase, sino la diferencias generacionales, las diferencias entre innovadores y conservadores y que en consecuencia las relaciones de producción no pueden operar como únicos determinantes"[16].

Luis F. Rivas

16 G. Balandier, *op. cit.*; ps. 296.

PREFACIO

Los presentes textos fueron escritos en diferentes períodos y son el resultado de la realización de un proyecto perseguido larga y obstinadamente. Algunos trabajos, los que datan de más tiempo, ya fueron publicados, en especial en los *Cahiers internationaux de Sociologie* (Cuadernos internacionales de Sociología). Si bien los escritos aparecen en el presente volumen en forma retocada, en ningún caso se ha actualizado la argumentación de manera en cierto modo subrepticia. Los otros textos, inéditos o poco difundidos, son el testimonio de la primera conclusión de una investigación que ha proseguido a lo largo de los últimos veinte años. La recopilación de los textos revela una continuidad en el proceso de indagación a la vez que la evolución de esta a medida que se efectuaban investigaciones directas y estudios teóricos. Estos últimos ocupan un lugar de privilegio. Pero el libro no es un conjunto de artículos reunidos de manera artificial sino un instrumento que permite definir e ilustrar una "nueva" concepción de los sistemas sociales y del quehacer sociológico y antropológico. La selección quiere ser demostrativa.

El punto de partida es una práctica científica que ha encontrado en las "sociedades exteriores" a la sociedad occidental su terreno de aplicación, sociedades sometidas a presiones externas y a las más activas fuerzas de cambio. Los hechos y una cierta toma de posición condujeron a la elaboración de un método poco respetuoso de la frontera trazada entre la etnología y la sociología, a la vez que crítico respecto a teorías establecidas, que, por serlo se convertían en rutinarias. Esta orientación, que desde la publicación de los primeros resultados quizás dio lugar a la perplejidad, ha sido, evidentemente, objeto de intentos de clasificación. Se la ha ubicado dentro de los sectores especializados ya existentes o de campos definidos en esa circunstancia: etnología de los cambios sociales y culturales, antropología aplicada, sociología de la situación colonial y de la dependencia, sociología del desarrollo. Los documentos de identidad científica siempre son defectuosos, los citados lo son en la medida en que separan aspectos que la intención inicial necesariamente unía. Sin embargo, la apreciación se va haciendo menos aproximativa con la aparición de nuevos aportes y textos. Un comentarista reconoce, entonces, en esta tentativa "la manifestación del pasaje de una etnología clásica a una sociología total que integra los métodos y los resultados de la

etnología y los de las ciencias sociales"[1]. La ausencia de respeto por los límites interdisciplinarios no es más que la expresión visible de un cuestionamiento más esencial. Al originarse en alguna medida en la propia investigación, revela la exigencia de una captación o *aprehensión global*, más allá de los parcelamientos que provoca el análisis.

El estudio comparativo de varias sociedades africanas —en el momento en que ellas recobran la iniciativa mediante el rechazo de la subordinación— me ha obligado a transformar la crítica expresada por medio del hecho en crítica de las posiciones científicas más comunes. Las crisis sufridas se convierten en el indicador de algunas relaciones sociales, de ciertas configuraciones culturales y de sus respectivas relaciones. Ellas llevan a considerar a la sociedad en su acción y sus reacciones, no ya desde la óptica de estructuras y sistemas intemporales. Esas crisis, incitan a investigar aquellas condiciones de la existencia social que mejor revelan las relaciones que las constituyen. Incitan a concebir un tipo de análisis de las situaciones y acontecimientos que en la actualidad ha adquirido un carácter científico reconocido. En este mismo movimiento, se restituye la historia a sociedades que el error y la indolencia teóricos habían definido como ahistóricas. La dinámica social —enfocada en toda su complejidad— y la historia se imponen en forma conjunta. La primera aparece en su doble aspecto: el de "adentro" y el de "afuera". No podría ser de otra manera debido a los efectos internos producidos por la dependencia colonial; la relación de exterioridad se capta con una magnitud acentuada en forma casi caricaturesca. El acento puesto sobre la historia (y no ya únicamente sobre las permanencias formales), la investigación de las coyunturas que expresan la vida íntima de las sociedades y sus "dramas", el reconocimiento de diversos dinamismos que operan en forma constante en ellas para hacerlas o deshacerlas; todo ello, ha permitido brindar un primer contenido al programa de construcción de *una sociología y una antropología dinámicas*. En función de dicho aporte se ha aludido al surgimiento de una escuela "dinamista"[2].

En realidad, el proceso solo estaba en sus comienzos. Implicaba, al mismo tiempo, otra dimensión, que podría caracterizarse mediante el término de *crítica*, no ya en relación con las doctrinas predominantes sino con un determinado ordenamiento de la realidad. Las sociedades en situación colonial imponían dicha manera de ver puesto que están fuertemente sometidas a las exigencias de la ambigüedad y de la ambivalencia. En este caso, la diferencia

[1] E. Enriquez, De la sociología colonial a la sociología de la colonización y de los países subdesarrollados, la obra de Georges Balandier, en *Critique*, 134, 1958.

[2] Cf. en la Tercera Parte el capítulo titulado: "Dinámicas sociales".

entre las apariencias de la realidad social y la realidad misma alcanza su punto máximo. Cuando efectuaba mis investigaciones directas, la cuestión inevitable que se planteaba era la de saber si dicha "diferencia", más fácil de percibir en las citadas circunstancias, era consecuencia de la relación de dependencia o caracteriza a *toda sociedad*. Mis estudios ulteriores —sobre todo, los referentes a la antropología política— me han demostrado la generalidad del fenómeno. Las sociedades nunca son lo que parecen o lo que pretenden ser. Se expresan por lo menos, en dos niveles. Uno, superficial, muestra las estructuras "oficiales", si se permite la expresión. El otro nivel, profundo, asegura el acceso a las relaciones reales más importantes y a las prácticas reveladoras de la dinámica del sistema social. Desde el instante en que las ciencias sociales aprehenden esos dos niveles de organización y expresión y determinan sus relaciones, se transforman, necesariamente, en críticas. Al corregir las ilusiones de la óptica social común dichas ciencias avanzan sobre el terreno del rigor científico[3].

La consideración y el estudio empírico de los problemas planteados por las tentativas de modernización de las sociedades predesarrolladas me incitaron a realizar otras "revisiones"[4]. Y no solo en el sentido de que ponen a prueba teorías y conceptos, métodos e instrumentos concebidos principalmente en función de las sociedades industriales. En los casos citados, el predominio de las relaciones externas —y la incidencia de los efectos producidos por la dominación, la importación y la "demostración"— muestran hasta qué punto la relación de *exterioridad* puede afectar la dinámica global de las sociedades. La exigencia del medio —o según la expresión de Merleau-Ponty, del entorno— se impone a la atención en forma ineluctable. Las sociedades en desarrollo, en su actual evolución, revelan también la inanidad del evolucionismo unilinear: llevan en su seno varios futuros posibles, afirman su *derecho a ser diferentes* (y al cisma en los planos de la doctrina y de la ideología) y su correspondiente exigencia de delinear formas inéditas de civilización técnica e industrial. Las sociedades en desarrollo plantean también con la mayor nitidez y de manera práctica los problemas de la coexistencia de formaciones sociales de diferentes épocas y del pasaje de un sistema estructural a otro. Nos ponen en presencia de configuraciones que continuamente están *en vías de plasmarse y de definirse* y, en este movimiento, todas expresan la importancia de las dos *instancias* en las que operan los poderes de

[3] Estas consideraciones se encuentran, ampliadas e ilustradas en: *Anthropologie politique* (especialmente, prefacio de la 2a. ed., 1969) y *Sociologie actuelle de l'Afrique noire* (especialmente, prefacio de la 3a. ed., 1971).

[4] Los primeros elementos aparecen en una publicación dada desde 1952, en el Institut d'Etudes politiques de París bajo el título: La antropología aplicada en los países subdesarrollados, publicado por "Les Cours de Droit".

distinta índole (instancia política, en el amplio sentido de la palabra). La problemática actual de estas sociedades esclarece la de las más "avanzadas" y viceversa.

En un caso, las sociedades expresan una reivindicación de modernidad difícil de satisfacer; en el otro, padecen de un exceso de modernidad que se hace difícil de controlar. Esta verificación obliga a enfocar en forma simultánea ambos conjuntos de problemas y a arribar —mediante la confrontación— a un conocimiento de la realidad social más exacto y menos afectado por el socio-centrismo. De este modo reaparece un problema central: el debate del sociólogo con los dinamismos sociales y el movimiento histórico que complican o modifican las configuraciones sociales, el reconocimiento de la sociedad como un *orden aproximado* y *siempre en movimiento*. El sociólogo se puede sentir tentado de huir de la historia puesto que esta parece ser su principal enemigo. La historia, en forma potencial o efectiva, afecta los "objetos" sociales que aquel desearía fijar a la manera de las cosas. Dicha tentación por la fuga se puede transformar en un licenciamiento de la historia como lo demuestran algunos recientes aportes teóricos. Estos inducen a prestar mayor atención a las formas abstractas (a los "modelos") que a las relaciones reales a las cuales estos últimos se refieren, a los "discursos" acerca de las sociedades que a las sociedades mismas, a la combinatoria sociológica que al proceso de las sociedades concretas. En la imposibilidad de congelar la realidad social, el sociólogo se siente tentado (y, con frecuencia, sucumbe a esa tentación) de ubicar fuera del tiempo las estructuras lógicas que se considera rigen a dicha realidad. Por consiguiente, la relación lógica sustituye a la relación humana, la abstracción perfecta —la de las formas y las fórmulas— reemplaza a las sociedades imperfectas y frágiles. El riesgo es tanto mayor y real cuanto que tal posición se mantiene gracias a complicidades inconscientes. En una época extremadamente problemática, en la que tienen lugar muchas mutaciones, y el cambio, al parecer, no es bien asumido por los individuos, las teorías que sacan al hombre fuera de las incertidumbres históricas adquieren una *virtud tranquilizadora*. Y la falta de aprehensión de lo real se compensa en el plano de las certezas de carácter lógico o de las conductas referidas al marco de lo imaginario social[5].

La confrontación es temeraria. Sin embargo, permite una mejor definición de la actual vocación de los especialistas en ciencias sociales. Deben renunciar a las sociologías teológicas (sujetas a dogmas y reacias a los cuestionamientos) y a las sociologías retóricas y exegéticas (que se pierden en los comentarios en serie). Están

[5] Estos señalamientos fueron presentados, actualizados, en mi artículo titulado: Les sociologies en question, en *La Quinzaine littéraire*, 72, 1-15 mayo 1969.

condenados al rigor, sin que este se vea afectado por el alejamiento de lo real o la complaciencia hacia el orden establecido, como ocurre en el caso de las sociologías más vigentes. Las tareas prioritarias las determinan los mayores problemas de la época: ya lo mostraron las grandes obras del pasado. Las conmociones en curso, la comunicación generalizada de sociedades y de culturas muy diferentes, las exigencias que plantean el desarrollo técnico y económico, todo ello se impone hoy como fondo de toda empresa sociológica. Solo el presente puede provocar el rejuvenecimiento del pensamiento social. Al posibilitar una lectura demistificada de lo actual, al prevenir a la sociedad contra los peligros que la acechan en lo más profundo de sus estructuras, la sociología cumple una doble función, crítica y positiva. Ya no necesita ser justificada, se convierte en una necesidad.

Las nuevas investigaciones conducen a evaluar mejor el espacio de libertad y de especificidad que está presente en toda sociedad. Mediante procedimientos que se pueden calificar como propios de una sociología "generativa", dichas investigaciones revelan el grado de inestabilidad de las configuraciones sociales: constantemente en vías de plasmarse y de determinar su sentido. Muestran que no hay sociedades planas o reducidas a una dimensión única y que no existe ninguna que no lleve en su seno varios "posibles" a partir de los cuales pueden orientar su futuro los actores sociales. La presente recopilación de textos —en los cuales los temas se retoman, se responden y, a veces, se repiten con alguna diferencia— tiene la aspiración de contribuir, al menos en forma parcial, a la citada demostración.

G.B

Primera parte

LA DEPENDENCIA

I. La Sociología de la dependencia[1]

Nunca como hoy había sido un problema tan actual la *situación de dependencia*. El concepto de dependencia —cuyo uso es muy frecuente en economía política y en psicoanálisis— se ha difundido hasta convertirse en el instrumento de una forma de explicación generalizada. En efecto, nuestra época puede caracterizarse por la urgencia y la agudeza de dos tipos de problemas que se les plantea simultáneamente a las naciones dominantes: los que están vinculados con las presiones que ejercen el proletariado y las clases desposeídas y los que se originan como consecuencia del "ascenso" de los pueblos colonizados o dependientes (*rising nations*, según la fórmula de J. Obreski)[2]. Por otra parte, podríamos unirlos y definirlos —para emplear la expresión del historiador A. J. Toynbee— como problemas planteados por el proletariado "interior" y "exterior" con su reacción frente a la dominación que sufre y con sus luchas "por el reconocimiento". Esta vinculación no proporciona solo una comodidad de lenguaje: los teóricos marxistas no han sido los únicos que han mostrado, en el plano de la doctrina y en el de la práctica política, las relaciones dialécticas existentes entre el capitalismo y el imperialismo colonial. Algunos autores, no sospechosos de adherir al marxismo, han insistido por su parte en la similitud de la relación metrópoli-colonia con la relación capital-trabajo[3]. Pero, al mismo tiempo que se afirma el auge de los llamados movimientos de liberación o independencia, se transforman profundamente las relaciones entre las naciones debido a las contradicciones que dichos movimientos ponen de manifiesto y los conflictos que provocan. Las actuales desigualdades en la relación de fuerzas, factor prioritario en la determinación de las relaciones internacionales, originan el asentamiento de influencias extranjeras en el seno de muchas naciones y dan lugar —según la expresión de C. Bourdet— a una especie de extensión del *hecho colonial*. A tal punto, que este autor considera "que se podría, en síntesis, describir el actual período de la historia de la humanidad como un período de *colonialismo generalizado*"[4].

No es nuestro propósito realizar aquí la crítica de este análisis de la actualidad sino constatar el hecho del lugar preeminente que ocupan las nociones de *dependencia*, *dominación y sumisión*, que

---

1 Publicado en los *Cah. intern. de Sociol.*, XII, 1952, con el título de Contribution à une sociologie de la dépendance; versión revisada.

2 J. Obrebski, The Sociology of Rising Nations, en *International Social Science Bulletin*, III, 2, 1951.

3 Es el caso de algunos colaboradores de las Semanas Sociales de Francia, sesión de 1948. Cf. *Peuples d'outre-mer et civilization occidentale*, 1948.

4 C. Bourdet, L'equilibre social et le fait colonial, en *Les Temps modernes*, 71, *setiembre de 1951*.

se hallan en el centro de innumerables tentativas de interpretación o de explicación de los acontecimientos contemporáneos.

El hecho de haberse convertido en nociones de uso común no las ha hecho ganar en precisión. Su carga de potencial emotivo conduce, en parte, al empleo polémico de dichos conceptos. Ante todo se plantean dos interrogantes: ¿cómo definir la *situación de dependencia*, cómo caracterizarla en forma objetiva? ¿A partir de qué momento se capta esa situación como tal por parte de los individuos o los grupos que la padecen, de modo tal que oriente sus conductas y reacciones? Porque si es cierto que toda libertad humana "es una *libertad situada*, una libertad encuadrada dentro de lo real", "condicionada", "relativa"[5], se debe reconocer que determinado grado de obediencia a los determinismos sociales y cierta forma de dependencia constituyen una propiedad de toda existencia social. Los psicoanalistas y los antropólogos-analistas pudieron estudiar las modalidades de la dependencia implicadas en las relaciones hijos/padres de acuerdo a diferentes tipos de educación. Estos últimos mostraron (esta es una de las conclusiones de la obra de Margaret Mead) que las reacciones frente a dicha *dependencia primaria* varían en consonancia con las configuraciones culturales. Esta dependencia no solo puede ser aceptada, sino inclusive deseada, en tanto crea un sentimiento de seguridad. O. Mannoni, en su obra de análisis psicológico "del" malgache moderno, atribuyó un papel clave al hecho observado de que el malgache se siente "en inferioridad solo cuando los vínculos de dependencia se ven comprometidos de una manera u otra". En otro trabajo, un autor de igual inspiración, ha hecho de esta aceptación de la dependencia primaria una característica del "chino del sur"[6]. Estas rápidas indicaciones sugieren la medida en que pesa el contexto cultural en este terreno. Sobre todo, muestran la conveniencia de distinguir una *dependencia negativa* (o pasiva) que es aceptada o buscada debido a sus ventajas psicológicas, y una *dependencia positiva* (o activa) que, al parecer, está vinculada con una determinada situación social, se siente como generadora de desventajas y provoca reacciones de escape, rechazo o revuelta. Sin esta distinción —que revela dos modalidades muy diferentes— no entenderíamos que el malgache y el chino meridional —dependientes y pasivos respecto de sus organizaciones tradicionales— hayan sido

[5] G. Gurvitch, Les degrés de la liberté humaine, en *Cah. int. de sociol.*, XI, 1951. Temas retomados en *Déterminismes sociaux et liberté humaine*.

[6] O. Mannoni, *Psychologie de la colonisation*, París, 1950, p. 52. El otro ejemplo es el que se da en la obra editada por Geza Roheim, *Psychoanalysis and Social Science*, el artículo de Warner Muensterberger, "Orality and Dependence, Characteristic of Southern Chinese": "... The adult Southern Chinese male apparently does not give up his early instinctual demands, his longing for dependance and passivity."

capaces de levantarse y de llevar a cabo la rebelión malgache y la revolución china.

Mientras que a la dependencia negativa se la capta como *carencia* (en el caso de transformaciones sociales tendientes a hacerla desaparecer y a instaurar la inseguridad[7]), a la dependencia positiva se la detecta en ocasión de una nueva situación creada, en la cual se dan los antagonismos propios de las relaciones de dominante a dominado. Esta conduce a una toma de conciencia, a la aspiración a un cambio radical de la situación, a un progreso. Es lo que expresaba Hegel al afirmar que la servidumbre del trabajo ha sido (es) la fuente de todo progreso humano, social e histórico. Y lo expresaba Marx, al anunciar el papel preeminente del proletariado, papel que depende no solo de la evolución de las fuerzas productivas materiales y de las relaciones de producción sino también de una "toma de conciencia" que permite la "constitución" del proletariado como clase. De aquí se desprende que el concepto de "conciencia dependiente" ocupa un lugar central.

Estas observaciones preliminares sugieren la manera en que podría definirse de modo objetivo la dependencia: caracterizándola como una forma de relaciones sociales, de relaciones humanas. Y la manera en que se la podría analizar en lo subjetivo: considerando el papel que desempeñan la toma de conciencia y las reacciones que se derivan de ella. Tales observaciones se fundan exclusivamente en el estudio de la esclavitud antigua y de la relación capital-trabajo en las sociedades modernas. Pero, desde hace algunos años, se ha ampliado el campo de investigación hasta los llamados pueblos colonizados o dependientes, como consecuencia de la crisis de las colonizaciones. Los movimientos nacionales, que se han multiplicado después de la última guerra mundial, han planteado la necesidad de una sociología capaz de emprender el estudio de estos pueblos *en función de la situación colonial*. Se comienza a vislumbrar que este es el único punto de vista que posibilita un análisis adecuado de su actual condición J. Obreski se esfuerza por precisar las características de una sociología de "las naciones emergentes" (*rising nations*), de esas "nuevas estructuras nacionales liberadas de los viejos clivajes y contradicciones "que intentan conformar los pueblos dominados por oposición al grupo dominante"[8]. Las primeras investigaciones llevadas a cabo mostraron que los fenómenos provocados por la reacción frente a la dependencia (cuyo estudio preciso proviene de la sociología y de la psicología social) varían en forma considerable en sus aspectos en función del presupuesto sociocultural (dependiente de la observación antropológica). Noso-

[7] Nos remitimos a la obra de O. Mannoni, la cual, sobre este punto, hace un análisis rico y muy convincente.

[8] *Op. Cit.*, 2 "The process of rising nations".

tros quisiéramos contribuir a una sociología de la dependencia desde esta doble perspectiva, utilizando, principalmente datos africanos recogidos en ocasión de nuestras encuestas y algunas ideas de nuestras investigaciones teóricas.

En una publicación anterior hemos tratado de definir los principios y las exigencias de cualquier análisis de *la situación colonial*[9]. Por consiguiente, no hace falta retomar sus términos. Recordemos simplemente que una situación de esa índole surge como consecuencia de la conquista y se desarrolla a partir de "la relación de dos seres sociales, a través de la cual entran en disputa dos civilizaciones"[10]. Esta situación, en el curso de su desarrollo, ha conocido una serie de momentos fuertes y débiles en la presión ejercida por el grupo dominante. Se trata de las llamadas fases "de conquista", "amansamiento", "administración y valorización" y, al término del ciclo, "de encaminamiento hacia la autonomía". Este proceso ha acentuado hasta los últimos años del dominio colonial la presión material (control de la tierra y modificación de la población de los países sometidos, economías ligadas con las de las metrópolis), la presión política y administrativa (control de las autoridades locales o instalación de autoridades "de reemplazo", control de la justicia, oposición a las iniciativas políticas autóctonas, inclusive en el caso en que estas se expresen en forma discreta) y la presión ideológica (tentativas de despojo religioso tendientes a permitir la evangelización, acción directa de la enseñanza importada, transmisión de "modelos" culturales en función del prestigio que les aporta el grupo dominante). Estos diversos *modos de presión* fueron implantados por la sociedad colonialista a expensas de la sociedad colonizada. Esta pierde no solo la posibilidad de ejercer una real acción sobre su propia historia sino que —al encontrarse cada vez más desposcída— deviene siempre más dependiente de la potencia colonial que controla las fuentes de ingresos y de bienes de consumo al mismo tiempo que la vida política. En una primera etapa, lo más habitual es que los colonizados experimenten la situación colonial como una *empresa de desposeimiento* material y espiritual. Al respecto, citemos a Nkwame Kkrumah que escribía en 1947: "El drama comienza con la aparición de misioneros y etnólogos, comerciantes, concesionarios y administradores. Mientras que los misioneros, con su "cristianismo" deformado, le piden al sujeto colonial que amase "su fortuna en el cielo, donde no la destruyen ni la polilla ni el óxido", los comerciantes, los concesionarios y los administradores disponen de sus recursos minerales y agrícolas, destruyen sus artesanías, oficios e industrias

9 G. Balandier, La situation coloniale: approche théorique, en *Cah. intern. de Sociol.*, XI, 1951.

10 R. Maunier, *Sociologie coloniale*, p. 19.

locales"[11]. Es lo que expresa también una fórmula frecuentemente empleada por los negros del Africa meridional: "Ahora nosotros tenemos la Biblia pero, ustedes los blancos, poseen la tierra".

La sociedad colonizada puede ser considerada como una *sociedad globalmente alienada*, atacada en su propia organización sociocultural (en diferentes grados según la capacidad de resistencia de esta última) y tanto más sometida a la presión de la sociedad dominante cuanto mayor es su degradación. El hecho de la dominación "exterior" es fundamental: al analizar la situación de los pueblos coloniales, una personalidad pakistaní insistía precisamente en esta subordinación a una *alien domination*[12]. Se expresa en forma visible en las radicales diferencias de raza y cultura lo que refuerza una segregación más o menos directa. Estas *diferencias* adquieren una importancia tanto más grande cuanto que se las manipula para justificar la dominación de unos y la sumisión de otros. Tales diferencias determinan los componentes raciales y culturales de las reacciones frente a la dependencia colonial. Pero también operan en otro sentido: la naturaleza radicalmente distinta de las estructuras socioculturales ha permitido hacerles desempeñar un papel de *freno* de los efectos de la dominación. En fin, se localiza con tanta más facilidad la dependencia cuando el grupo preponderante es absolutamente extranjero. La "toma de conciencia" surge con mayor rapidez que en los casos en que se debe operar entre clases de un mismo conjunto nacional. Además, agreguemos que la desproporción existente entre el poderío material y técnico de la sociedad dominante y el de la sociedad colonizada torna imposible durante largo tiempo —difícil— toda oposición directa o cualquier rebelión. L. Wirth ha pensado que el desequilibrio es de tal magnitud que al grupo privilegiado le basta con "hacer funcionar el aparato administrativo y militar" para garantizar el mantenimiento de su supremacía[13]. Muchas reacciones son ambiguas o clandestinas. La resistencia a la situación colonial, *primeramente*, es de orden psicológico y cultural y el carácter extranjero de la cultura dominada posibilita el establecimiento de una pantalla protectora de la sociedad colonizada. Aunque la sociedad colonial se pone en guardia desde el instante en que aparece una innovación cultural surgida de los pueblos controlados, muchos informes administrativos consultados con motivo de nuestras investigaciones sobre el terreno, acuerdan la más seria (e inquieta) atención al

11 Kwame Nkrumah, *Towards Colonial Freedom*, 1947. En una obra de este tipo, la expresión polémica enfatiza a las reacciones y las esquematiza, pero su sentido se hace más visible a causa de ello.

12 Sir Mohammed Zafrullah Khan, The Right to Self-Government, en el *New York Herald Tribune* del 17 de noviembre de 1951.

13 L. Wirth, The Problem of Minority Groups, en *The Science of Man in the World Crisis*, R. Linton, ed.

surgimiento de cualquier "fetiche" y a la creación de cualquier asociación nueva. Este análisis preliminar sugiere la medida en que es igualmente necesario el concurso de la sociopsicología y de la antropología.

A esta altura debemos mostrar cómo experimentan la dependencia colonial quienes la sufren y definir el proceso de toma de conciencia.

1) Con frecuencia se trata de *reacciones confusas*. Una conducta basada en el resentimiento que tiende a atribuir cualquier perturbación o calamidad a la presencia del colonizador. Por ejemplo, las reacciones que cita el autor de los *Etudes Bakongo* (Congo) al recordar los "sentimientos amargos" que solo "el miedo" puede hacer retroceder[14]. Se puede percibir con nitidez, al llevar a cabo investigaciones directas, que dichas reacciones son provocadas periódicamente por las exigencias y las coacciones administrativas (en especial por la percepción de impuestos, que no solo son gravosos sino que también simbolizan la dependencia que se sufre) y están vinculadas con crisis económicas que siempre afectan duramente las economías locales, débiles y sometidas al "exterior", y con las crisis internas que van marcando las fases de la degradación (o simple transformación) social. Hemos podido verificar el hecho de que las reacciones "xenófobas" de los bakongos coincidían —en sus picos álgidos— con los períodos de crisis económica, durante los cuales se acentúa el despojo sin que existan posibilidades de recurrir a los viejos sistemas de protección (mágicos y/o religiosos)[15].

2) La toma de conciencia que se opera a partir de la alteración o la destrucción de una serie de instituciones fundamentales representa un segundo grado: expresa un auténtico *indicador de tolerancia frente al proceso de deculturación*. La dependencia del mundo árabe respecto a Occidente ha provocado, finalmente, una decadencia del Islam. Pero, desde hace algunos años, los elementos más occidentalizados de los países árabes se hallan desconcertados por ciertas reacciones populares —violentas y apasionadas— signadas por el purismo musulmán. Estas reacciones explican en parte los antagonismos que dividen a los nacionalistas árabes[16]. En Africa central, la multiplicación de nuevos cultos desde hace dos o

14 R. P. Van Wing, *Etudes Bakongo. Histoire et sociologie*, Bruselas, 1921. Algunas menciones, desgraciadamente muy breves, "que evidencian los sentimientos que animan a la masa del pueblo respecto del blanco" y la frecuente citación de "la cosa amarga, a saber el arribo de los blancos". (pp. 113 a 115).

15 G. Balandier, Messianisme des Bakongo, en *Ency. coloniale et maritime mensuelle*, I, 12, 1951.

16 Cf. Conferencia del padre Gibb, La reacción en el Cercano Oriente contra la cultura occidental. Versión en *Mondes d'Orient*, mayo de 1951. Y el artículo de R. Montagne en *L'Afrique et l'Asie*, 1er. trimestre de 1952.

tres décadas —por ejemplo, el *bwiti* de los fang de Gabón, cuyas características hemos definido en otra parte[17] da forma a las reacciones producidas por la desposesión religiosa y la cristianización activa que han signado la región. Todos los ejemplos de este tipo evidencian un retorno (o una tentativa de retorno) a los viejos valores e instituciones. El fenómeno ha sido estudiado por los antropólogos, quienes le han dado el ambiguo nombre de *contraaculturación*. Este movimiento, de hecho, no realiza una regresión simple. Está cargado de un sentido que no siempre poseen los viejos valores e instituciones: con frecuencia plantea un reagrupamiento frente al grupo dominante y organiza la oposición contra este en tanto ejerza una dominación extranjera. En sus formas extremas, corresponde a las olas de "fanatismo xenófobo" (según la fórmula estereotipada) señaladas periódicamente por la prensa o las administraciones extranjeras que controlan los países dependientes y colonizados.

3) Ya hemos precisado que las diferencias radicales de cultura y raza sirven para justificar el estado de sumisión o de "tutela". Hasta tal punto que el sociólogo R. Kennedy hace de la *color line* "el fundamento de todo el sistema colonial". En la medida en que esta "línea" marca un corte trazado por una brutal legislación —como ocurre en Africa del Sur con la llamada política del *apartheid*— la toma de conciencia se ve estimulada: el carácter brutalmente simple de las relaciones entre el grupo dominante y los grupos dominados la provoca de manera inmediata. Solo que dicha toma de conciencia se opera, primeramente, sobre una base racial: algunos estudios de la personalidad llevados a cabo con sujetos negros sudafricanos han revelado una oposición total contra el "mundo blanco" y —en relación con la última guerra— que la esperanza de ayuda se deposita solo en los negros norteamericanos[18]. Por consiguiente, se trata de una reacción global que difícilmente logra cristalizarse en organizaciones eficaces y que muy a menudo no pasa de exteriorizaciones de orden psicológico.

4) La toma de conciencia que se opera a partir de las nuevas relaciones económicas y culturales y de la evolución que se desarrolla en relación a la situación de dependencia produce reacciones provistas de un sentido *directamente político*. Ha llamado la atención de los "observadores". Esa toma de conciencia provoca directamente y le da forma a los "movimientos nacionales". Kwame Nkrumah ha señalado los "inevitables resultados" de esta transformación: "*a*) La aparición de una intelectualidad; *b*) El despertar de una conciencia nacional entre los pueblos colonizados; *c*) La apari-

17 G. Balandier, Aspects de *l'évolution* sociale chez les Fang du Gabon, en *Cah. intern. de Sociol.*, IX, 1950.

18 Cf. el brillante estudio analítico del Dr. Wulf Sachs, *Black Anger*.

ción de un movimiento de la clase trabajadora; *d*) El desarrollo de un movimiento de liberación nacional"[19]. La reacción se origina en el seno de los grupos sociales que sufren la situación colonial como un *límite* a su desarrollo o en el seno de quienes son más ampliamente despojados en razón misma de esa situación. Las burguesías locales, cuyo desarrollo se halla limitado por el carácter estrictamente dependiente de las economías coloniales, los "plantadores" indígenas que deben luchar por la defensa de sus tierras o por la valorización de sus productos (indiquemos a título de ejemplo que las *Farmers' Unions* han desempeñado un papel de oposición en el este africano bajo dominación británica y que a partir de un sindicato de plantadores de cacao surgido en Costa de Marfil, se creó la Unidad Democrática Africana [Rassemblement democratique africaine] en el Africa Occidental Francesa), las minorías "ilustradas" que carecen de perspectivas a causa de la legislación o de prácticas discriminatorias y que aspiran a desempeñar un papel político *real*, todos estos casos corresponden a la primera de las dos categorías arriba señaladas. El proletariado de las colonias representa la segunda categoría. Se incrementa de acuerdo con el progreso de la urbanización y de la valorización. Se constituye con elementos que podríamos denominar "doblemente proletarios". Porque se hallan desposeídos de su medio sociocultural (en las "ciudades indígenas" y en los campos o aldeas de trabajadores se los considera *destribalizados*). Porque constituyen un proletariado débilmente calificado (el de los "proletarios peones") con precarias condiciones de vida.

Es claro que se trata de cuatro series de procesos diferenciados por necesidad del análisis. Estos procesos pueden trabajar simultáneamente aunque con predominio de uno u otro según las categorías sociales, las situaciones y las configuraciones culturales. Sin embargo, dichos procesos expresan los grados crecientes de la toma de conciencia, del *real* conocimiento de las relaciones de dependencia. La naturaleza misma de las reacciones frente a estas relaciones la conforma —precisamente— el proceso dominante. En un caso, parecerá que los problemas esenciales son de índole cultural (por ejemplo, en Africa central) y demandarán en forma casi exclusiva la atención de los antropólogos (los llamados estudios de *culture contact*). En otro caso, lo fundamental serán las tensiones provocadas por las relaciones raciales (es lo que ocurre en Africa del Sur, donde los estudios de *race relations* ocupan un lugar importante). En otro lado, lo esencial serán los problemas directamente políticos que plantean los nacionalismos asiáticos y africanos. Cabe sumar a esas manifestaciones factibles de localizar, el conjunto de las reacciones producidas por la espontaneidad social que, a menudo, no logran llegar a expresarse con claridad a causa de la relevancia de las estructuras que aseguran la dominación[20].

[19] *Op. cit.*, capítulo V.

Ahora debemos examinar cómo los individuos intentan (o son obligados) a reaccionar frente al modo de dependencia que sostiene la situación colonial, y cuál es el signo de tal situación si es que cabe hablar —como se ha hecho recientemente— de una psicología peculiar del "colonizado".

O. Mannoni —luego de haber definido la dependencia que liga "al" malgache típico (y, según él, totalmente "no civilizado") con sus mayores y sus antepasados y de haber mostrado la necesidad de este "de no sentirse *abandonado*"— subraya el hecho de que esa dependencia (que hemos denominado negativa o pasiva) ha favorecido los "primeros contactos" entre colonizados y colonizadores. Por una suerte de transferencia se pudo establecer un "paternalismo" y este fue aceptado: la colonización se ha beneficiado con "la existencia de la necesidad de la dependencia"[21]. Por consiguiente, es necesario: 1) determinar mediante qué procesos se efectúa el tránsito de la sumisión a la reivindicación de la "independencia nacional"; 2) diferenciar la dependencia "confortable" (conforme a los modelos tradicionales) de la dependencia generadora de desventajas e inferioridad (que es la que conforma la situación colonial); 3) identificar asimismo las condiciones que provocaron la toma de conciencia y el rechazo de la sumisión. La sociedad colonial engendra una "minoría deformadora". En el caso extremo —el de los pueblos que oponen una mínima resistencia sociocultural— los cambios fueron radicales y se afectó profundamente el viejo equilibrio. La consecuencia de esas transformaciones y de las políticas coloniales que trataron de sustituir, contener o "seducir" a las autoridades tradicionales, ha sido *la ruptura de las antiguas relaciones internas de dependencia y sumisión*. El colonizador, efectivamente, ha provocado el movimiento de liberación de los esclavos en relación con los hombres libres, de las mujeres en relación con los hombres, de las jóvenes generaciones en relación con las generaciones "adultas" e inclusive de los vivos respecto de los muertos, en la medida en que la cristianización ha debilitado la presión de los cultos tradicionales. Al proceder de este modo, el origen de la autoridad y del poder se vio desplazado y se convirtió en algo extraño. La dependencia ya no apareció más inscripta dentro de la

[20] Por este hecho de la "trascendencia en relación con la infraestructura espontánea" G. Gurvitch ha caracterizado "la sociabilidad organizada según el principio de dominación". Cf. *La vocation actuelle de la Sociologie*, 1a. ed. p. 177 s. Hay versión española de la primera edición francesa: "La Vocación actual de la Sociología, F.C.E.; México 1957.

[21] O. Mannoni, *op. cit.* El autor emplea ejemplos muy conocidos reunidos por L. Lévy-Bruhl en *La mentalité primitive* (*La mentalidad primitiva*. Leviatán, Bs. As. 1957) y por D. Westermann en *Noirs et Blancs en Afrique*.

tradición ("querida por los antepasados") y como un hecho casi natural, sino que se vivió como algo impuesto por los agentes de una sociedad totalmente extraña. Si se permite la expresión, la dependencia fue "desacralizada". Por ello mismo se tornaba cuestionable debido a la explotación y a las desventajas sufridas. En el caso de las llamadas minorías "progresistas", se denuncia, obviamente. toda forma de dependencia; están decididas a instaurar una sociedad democrática. rechazando las autoridades autóctonas (comprometidas) y la dominación colonial. En el caso de las llamadas masas "tradicionalistas", se expresa únicamente el rechazo a esta última —con o sin violencia— aparejado (como lo ha señalado Mannoni a propósito del movimiento nacional malgache) con "la necesidad de renovar la dependencia de viejo cuño". Esta ambivalencia —retorno al pasado y *contra-acculturation* o *acculturation* desarrollada hasta sus últimas consecuencias (la asimilación de los valores democráticos a los que se reclaman a veces las naciones dominantes)— caracteriza a todas las reacciones actuales frente a las situaciones coloniales o paracoloniales. Nos hemos topado con esta ambivalencia —en distintas formas— al estudiar algunas expresiones recientes de los fang de Gabón y del Camerún meridional. Las iniciativas tomadas para revigorizar las organizaciones tribales y preparar un federalismo tribal expresaban el deseo de limitar el control administrativo, de refundir —modernizándolas— las instituciones y, a la vez, el deseo (imposible) de recrear las preeminencias de tipo tradicional, de restablecer la autoridad sobre las mujeres y las jóvenes generaciones, de insuflar vida al viejo culto de los antepasados.

Acabamos de enumerar algunas de las condiciones que llevan al cuestionamiento de la dependencia. Existen otras condiciones directamente vinculadas con el sistema de economías coloniales y con la dependencia técnica. Cuando las naciones europeas se impusieron sobre los llamados pueblos "atrasados", los "asombraron" debido a su poderío material y a su riqueza. Varios de estos pueblos bien pronto se vieron aquejados por una especie de *complejo de inferioridad técnica:* leyendas propias de los ya citados fang de Gabón evidencian que en estos se generó rápidamente un sentimiento de absoluta debilidad en materia de conocimientos, capacidad y riqueza, y que atribuyeron esta situación a una decisión divina, a una verdadera maldición[22]. No obstante que las economías coloniales, al establecerse, arruinaban las artesanías y los oficios existentes en el medio local (inclusive los asiáticos que habían conocido una verdadera prosperidad) y solo dejaban en pie un tráfico de trata o de trueque, exportando las riquezas naturales y "distribuyendo las mercancías". Para la obtención de estas —que

22 Cf. R. P. Trilles, *Proverbes, Légendes et contes Fang. Société neuchâteloise de Géographie, 1905.*

van ocupando un lugar siempre creciente en su existencia— el colonizado se ve de más en más *vinculado* con la sociedad colonial. La obtención de mercancías se convierte, de este modo, en el signo de su dependencia y estas le hacen medir su desposeimiento. Entretanto, desde hace varios años, se ha roto el aislamiento de los pueblos colonizados. Estos disponen de elementos de juicio para comparar sus niveles de vida. Se afirma la urgente necesidad de un equipamiento económico y de una capacidad monetaria mayor frente a las potencias coloniales o tutoras. El curso de la vida cotidiana impulsa al colonizado a reaccionar contra una dependencia que no se ve compensada por una contrapartida suficiente. Esto da un fundamento material a las reacciones más específicamente culturales o raciales.

Hemos enfocado rápidamente los procesos que pueden engendrar las reacciones contra la dependencia colonial. ¿Cuáles son, entonces, las posibilidades del individuo? Es importante recordar que la sociedad colonial extrae su poder de dominación de los lazos que la unen a una potencia metropolitana y de los medios materiales de los cuales dispone, que no tienen parangón alguno con los de la sociedad sometida. Es decir que durante un prolongado período, los antagonismos directamente expresados serán pocos, por no decir imposibles, en muchos países subordinados, salvo que puedan contar con apoyo exterior. Sin embargo, pensamos que es útil establecer la serie de comportamientos —condicionados por la situación de dependencia— que se extiende desde *la aceptación activa* hasta la *oposición activa.*

1) La aceptación activa supone la voluntad de servir a los fines de la sociedad colonial debido a las ventajas (materiales y de prestigio) que esta le proporciona, inclusive a despecho de dañar en forma grave los intereses mayoritarios de la sociedad colonizada. En el punto límite, implica la opción por la "colaboración" (este término lo utilizamos en el sentido particular que adquirió en las circunstancias de la última guerra). Con suma frecuencia, tal actitud es ambigua. Se trata de un "doble juego" que permite tomar precauciones para el futuro o manejarse en una y otra sociedad del modo más ventajoso para los intereses personales[23].

2) La aceptación pasiva corresponde a la conducta característica

23 Al respecto hemos aportado un ejemplo en el artículo *L'utopie de Benoît Ogoula Iquaqua* al citar extractos de una carta escrita por un ambicioso joven gabonés, sospechoso a los ojos de sus compatriotas, dirigida a sus amigos con objeto de justificarse: "Soy yo quien ha pedido a los administradores que se haga o se deje de hacer tal o cual cosa. . . Ninguno de ustedes me podía hacer la menor confidencia por miedo a que yo la informara a los administradores. . . Me llamaban con nombres irónicos, "hijo del comandante", "sobrino del comandante". . . Sin embargo, en el más grande secreto, yo trabajaba silenciosamente e intervenía ante las autoridades en favor del futuro de nuestro país. . .", en *Les Temps modernes*, 84-85, 1952

del colonizado "típico". Facilita la "dictadura de la indiferencia"[24]. Este comportamiento es propio de la persona que ha podido operar la transferencia de dependencia que observara O. Mannoni, que se satisface con el *paternalismo* colonial y, en compensación, da prueba de *lealtad*. Esta aceptación no es duradera y casi no "resiste" a la "evolución" según los términos propios del citado autor. Nos podemos acercar a la idea del análisis hegeliano según la cual "el esclavo", se transforma a sí mismo a través de la servidumbre y adquiere nuevas condiciones propicias para su "lucha por el reconocimiento" y "está listo para el cambio" mientras que "el amo está congelado en su dominio"[25].

3) La oposición que se puede denominar pasiva —en la medida en que se mantiene esencialmente a la defensiva y/o en forma indirecta— es la más frecuente. Rige ciertas conductas que los antropólogos situaron —en sus estudios sobre la *aculturación*— bajo el signo de la "ansiedad" y del "desajuste socio-psicológico"[26]. También rige algunos conflictos personales considerados específicos del *hombre marginal*. Dicha oposición puede ser ampliamente variable. Abarca desde una especie de rechazo de la existencia (como los observaron los antropólogos entre varios pueblos de Oceanía) hasta el refugiarse en la utopía. Al respecto, el estudio de los "movimientos mesiánicos", por ejemplo, revela la creencia en un nuevo orden que "hará revivir al antiguo", la espera de una "edad de oro"[27] cercana; en un análisis efectuado a partir de un documento biográfico hemos podido hacer la interpretación de una especie de mito que exaltaba "la ciencia", "la fraternidad espiritual" y "la armonía de los seres superiores", mito mediante el cual un joven de Gabón intentaba escapar a una situación de dependencia que le era insoportable[28]. La liberación es *primeramente* liberación en el plano de la imaginación. Otros aspectos de dicha oposición *pasiva* o *indirecta* están dados por la resistencia pasiva que se expresa, a menudo, con motivo del trabajo cumplido a cuenta del empleador colonial[29], por las agresiones dirigidas contra

24 C. Bourdet, La dictature de l'indifférance, en *L'Observateur*, 93, 1952.

25 Cf. A. Kojeve, *Introduction à la lecture de Hegel*, "Introduction".

26 Una visión de conjunto puede encontrarse en I. Hallowell, Socio-psychological Aspects of Acculturation en *The Sciende of Man in the World Crisis*, R. Linton, ed.

27 Cf. B. Barber, Acculturation and Messianic Movements, en *Amer. Sociol. Review*, VI, 5, 1941. Da una visión general aunque muy sumaria.

28 G. Balandier, *L'utopie de Benoit Ogoula Iquaqua*, op. cit.

29 El sujeto sudafricano estudiado por Wulf Sachs confiesa —en el curso del análisis— la citada resistencia al trabajo impuesto por el esfuerzo bélico: "Wellcome to work but do as little as possible", *op. cit.* /Bienvenido a trabajar, pero haga lo menos posible"./

minorías que sirven de auxiliares al grupo dominante, por la multiplicación de las innovaciones culturales y el éxito de los "innovadores" y por el avance de las actividades clandestinas. En este nivel el carácter extraño de la cultura dominada permite los escapes, facilita y alimenta un verdadero "autismo colectivo".

4) La oposición activa enfrenta *directamente* a la dependencia colonial en algunas de sus manifestaciones o en su totalidad. Apunta a sus implicaciones políticas: acción de los movimientos nacionales; a sus implicancias económicas: acción del proletariado y de los productores autóctonos; a su presión sociocultural: acción de los movimientos religiosos rigoristas —como lo ocurrido en el caso del Islam— que tratan no solo de expulsar al grupo extranjero dominante sino también de destruir las huellas de la occidentalización. Tales reacciones apelan a diferentes capas sociales. Las primeras a los líderes modernistas; las segundas a las "masas" mal preparadas para una oposición que no se funde en la tradición. Las "masas" solo se tornan activas en los países más avanzados en el plano económico y cultural. Los líderes de los movimientos nacionales se ven obligados a imprimirles un carácter unitario (en oposición a los "particularismos tribales", manipulados por otra parte por la sociedad colonial) y a transformarlos en una reacción global capaz de agrupar al campesinado (lo que no puede hacerse sino exaltando una serie de valores anti-extranjeros) para sentar las más amplias bases de dichos movimientos. Con tal objetivo, Azzam Pacha —incluso antes de convertirse en el animador de la *Liga Arabe*— había sostenido en tono polémico la realidad de la "unidad árabe" y la superioridad de esta "nación" en tanto raza y civilización[30]. Debido a ésta necesidad táctica, quedan dominados los aportes de los elementos "occidentalizados" y el antiguo patrimonio cultural retoma una función importante. Los movimientos nacionales, *ante todo*, se definen en relación con los conjuntos culturales que exaltan. Por consiguiente, se comprende el hecho de que las potencias coloniales, dada su implantación y dados los arbitrarios recortes que han realizado en los territorios dependientes, parecen erigir un doble obstáculo. Esto es lo que J. Obrebski ha comprobado perfectamente al fijar las pautas para el estudio de las nuevas *rising nations* naciones": concibiendo el movimiento de reorganización de las estructuras sociales "por oposición al grupo dominante" y la aparición de "nuevos espacios sociales" que incorporan toda la *folk society* en una amplia configuración cultural[31].

Ha sido posible construir —de un modo demasiado teórico— una serie de reacciones-tipo contra la dependencia colonial, pero es

30 Abderrhaman Azzam, *Les Arabes, peuple de l'avenir*. Se trata de un brillante estudio que fue publicado por primera vez en una revista palestina en 1932.

31 *Op. cit.*

evidente que se produce una u otra según los cambios en la coyuntura. Cuando se establecen las tensiones entre el agrupamiento dominante y los grupos dependientes, cada uno de los dos términos tiende a acentuar su "originalidad", a restringir las relaciones y a multiplicar las razones de oposición dejándose llevar por los estereotipos. La *ambigüedad* y la desconfianza total rigen las relaciones entre dichos agrupamientos antes de tornarse radicalmente conflictivas. Entonces, la sociedad colonial se ve globalmente cuestionada y rechazada en todas sus manifestaciones. Kwame Nkrumah, en un texto militante, muestra cómo se rechaza al misionero (acusado de haber organizado una cristianización "que se identifica con la explotación política y económica") y al antropólogo (considerado responsable de la "explotación científica bajo el manto de la antropología aplicada") tanto como al administrador o al "concesionario"[32]. Tibor Mende —utilizando observaciones y análisis de hechos asiáticos— ha sostenido con razón que "la gran revolución asiática... se ha vuelto esencialmente contra Occidente". Ha explicado la actual "desconfianza" de los pueblos de Asia frente a cualquier tipo de colaboración con Occidente, por el temor a que se mantengan las "influencias coloniales"[33]. La táctica política —cualesquiera sean las prebendas materiales destinadas a hacerla más seductora— debe tomar en cuenta las secuelas psicológicas de la anterior situación de dependencia colonial. Siempre que se dé crédito a las informaciones de la prensa según las cuales los EE.UU., para poder afirmar su posición en el Sudeste asiático, deben contar sobre todo con Tailandia, país que por no haber sido colonizado por Europa no conoce el "resentimiento anticolonialista". Esta sensibilidad se conserva tanto más viva por cuanto los países ex-dependientes, aun cuando han liquidado el período colonial, no dejan de seguir siendo países técnicamente subordinados: solo pueden asegurar su equipamiento económico recurriendo a las potencias industriales. Esta conclusión tiene fundamento, pero su valor explicativo parece insuficiente.

A esta altura de nuestra exposición, quisiéramos sugerir la complejidad de las reacciones frente a la dependencia colonial mediante un "caso" preciso: el de las "iglesias separatistas" surgidas en Africa del Sur en respuesta a relaciones radicalmente conflictivas[34]. Este movimiento —que apareció en el último decenio del siglo XIX— ha adquirido una amplitud inesperada, puesto que opera a través de una cantidad de "iglesias" superior a las 800 (creadas por secesión a partir de las iglesias de los misioneros, o de

32 Cf. *Towards Colonial Freedom.*

33 Tibor Mende, *La révolte de l'Asie: VI. Les causes profondes de la méfiance*, París, 1951.

34 B. G. M. Sundkler, *Bantu Prophets in South Africa*, Londres, 1948.

manera independiente), de las cuales solo ocho se benefician del reconocimiento oficial, y se ha extendido a los territorios coloniales vecinos. Esto expresa, más que una "protesta" contra el desposeimiento religioso resultante de la actividad de las misiones cristianas, una reacción total de los pueblos bantúes frente a la situación creada por los inmigrantes blancos. Su carácter *religioso* obedece a diversas razones: 1) a que en las unidades sociales tradicionales, los aspectos religiosos y políticos se implican mutuamente; 2) a que las reacciones (de agresión o de simple defensa) son posibles únicamente en ese nivel, dado que las asociaciones "modernistas" (sindicales, políticas, etc.) están condenadas legalmente a una cuasi inexistencia, mientras que el "tradicionalismo" es utilizado como barrera contra la "europeización"; 3) a que las contradicciones entre la ética enseñada por el grupo dominante y la práctica social se tornan absolutamente flagrantes en el seno de la iglesia. Los bantúes han llegado hasta la sustitución del *pálido Cristo Blanco* por Cristos negros, hasta la transformación del "mensaje" con el fin de que este no les siguiera siendo extraño[35]. La diferenciación de las iglesias disidentes en dos categorías —unas llamadas "etíopes" y las otras "sionistas"— revela dos orientaciones. Las primeras permanecen próximas a las iglesias cristianas de las que se han separado, aseguran la recuperación de los viejos principios de la organización política, se hallan relativamente estabilizadas y sirven de punto de apoyo para el nacionalismo bantú, carácter que se ha puesto de manifiesto desde 1906, cuando se produjo la sublevación zulú. Las otras son más revolucionarias y mucho más inestables, exaltan el carácter profético del jefe, marcan un retorno mucho más pronunciado hacia la religión tradicional, hacia las viejas terapéuticas sociales (se oponen a todas las manifestaciones de la higiene moderna: rechazo de medicamentos, de la vacunación, de los hospitales). A través de estas iglesias "sionistas" se acentúa el movimiento de *contra-aculturación* y su carácter profético provoca un cuestionamiento global (con impulsos a veces violentos) de la situación de dependencia.

Se trata de una percepción muy esquemática. Sin embargo, muestra los diferentes *aspectos* de una reacción muy compleja: a) culturales, por el lugar que ocupan el viejo patrimonio religioso y ciertas formas tradicionales de organización, por la afirmación de los valores africanos; b) sociológicos, por la recreación de centros de la vida social destruidos por la dominación europea (al multiplicar las poblaciones urbanas, los campos de trabajo y las "reservas") y por la tendencia —si bien contrapesada por la competición— a promover a un reagrupamiento de los africanos; c) psicológicos, por la satisfacción en el plano del prestigio que significa para el

35 Hay un excelente análisis de este aspecto en R. G. Lienhardt, Some African Christians, *en Blackfriars*, enero de 1952.

individuo la realización de una experiencia religiosa personal, por el hecho de que las doctrinas proféticas suscitan una tendencia a refugiarse en la utopía, por la aparición de un racismo bantú inducido por el racismo colonial. Un movimiento de esa índole revela hasta qué punto, en una sociedad en la que la dependencia se mantiene rigurosamente, las reacciones contra este estado de cosas no pueden sino interiorizarse (provocando una verdadera confusión vinculada con el sentimiento de "miseria" sin remedio)[36] o no pueden exteriorizarse durante largo tiempo sino bajo el manto de las organizaciones de viejo cuño. Estas asumen una significación totalmente distinta. Ello nos remite —volviendo a una preocupación teórica— a una idea considerada desde el inicio del presente análisis: el observador no puede alcanzar una explicación de los fenómenos citados ateniéndose únicamente a los métodos de la sociología o —también exclusivamente— a los métodos de la antropología: se hacen indispensables los aportes conjuntos de ambas disciplinas.

El estudio actual de los llamados pueblos "dependientes" o colonizados solo es posible —desde el punto de vista de un enfoque científico— tomando en cuenta los caracteres específicos de la dependencia que sufren. Por más evidente que ello pueda parecer por el simple juego de las palabras, se trata de una exigencia que la antropología reconoce muy rara vez, cuando no ignora pura y simplemente la existencia de dicha relación. En cambio, nosotros hemos querido mostrar la medida en que un estudio orientado de ese modo contribuiría al conocimiento de lo que se ha dado en llamar "el mayor problema político de nuestra época" (el auge de los nacionalismos coloniales), la medida en que aportaría una contribución renovadora de la sociología de la dependencia y a la "conciencia dependiente", modificando sus puntos de vista anticuados. Un estudio de ese tipo ayudaría a definir uno de los campos de la realidad social que ocupa el horizonte de nuestras preocupaciones más inmediatas puesto que concierne de manera directa al problema de la libertad humana.

Esta posibilidad solo podrá concretarse a favor de una reorientación de las investigaciones, la cual depende, a su vez, de la elaboración de un nuevo bagaje teórico. Para ello, el aporte de la sociología puede ser considerable gracias a los resultados logrados

36 Cf. Wulf Sachs, *op. cit.*, los sentimientos expresados al encuestador en el momento de su partida hacia los Estados Unidos: "He(el sujeto observado) merely asked me to tell the people in the United States, specially the Negroes, how it was with this people in Africa, how alone, how isolated they were in their misery, with no one in the world to appeal to". (El sólo me pidió que le cuente al pueblo de los Estados Unidos, especialmente a la gente negra, cómo vio a nuestro pueblo negro en Africa, cuán solo, cuán desolado se halla en su miseria, sin tener a nadie en el mundo a quien apelar").

en el estudio de las minorías étnicas y nacionales confrontados con problemas del mismo tipo (en la medida misma en que las sociedades dependientes son *minorías sociológicas*, sino estadísticas, ajenas al grupo dominante). El cuestionamiento de la dependencia —que se expresa mediante las complejas manifestaciones denominadas "nacionalistas"— se efectúa, en parte, apelando a las instituciones tradicionales. En esto, es indispensable el punto de vista antropológico. Pero haría falta que el práctico de la antropología consintiera abandonar, en forma provisoria, lo que se ha dado en llamar su "concretismo metodológico". Las observaciones hechas "sobre el terreno" en el seno de grupos reducidos, no pueden constituir sino los primeros elementos para una investigación de mayor envergadura. Ahora que las condiciones están mejor definidas, es urgente experimentar un nuevo enfoque que enriquecería el insuficiente conocimiento que tenemos de un campo cuyos acontecimientos nos comprometen cada vez más.

II. La Sociología de la colonización[37]

El fenómeno colonial ha atraído sobre sí mucho más la atención de los historiadores —bajo la faz de imperialismo moderno— y, de modo indirecto, la de los antropólogos, en tanto situación de contactos y conflictos culturales que la de los sociólogos. Dentro del conjunto de trabajos en lengua francesa, las obras de R. Maunier, recopiladas bajo el título general de *Sociologie coloniale*, han tratado de plantear el problema. Lo que no significa que este autor lo haya considerado en forma satisfactoria y que haya puesto de manifiesto plenamente la importancia sociológica de ese problema. Por el contrario, resulta sorprendente la superficialidad de esa obra. Es casi imposible desarrollar en un estudio preliminar, una crítica completa de dicha "investigación". Sin embargo, al parecer, es indispensable poner de relieve los puntos más vulnerables en la medida en que con ello señalamos, a la vez, las orientaciones que conviene evitar.

El primer volumen de la *Sociologie coloniale* lleva el siguiente subtítulo: "Introducción al estudio de los contactos raciales". Por consiguiente, la obra está estructurada a partir de un concepto ambiguo, fuera del dominio de la biología y de la antropología física, el concepto de raza. Por otra parte, el concepto tiende, en este caso, a confundirse con los que se refieren a sociedades diferentes y desiguales, a "pueblos" y culturas extranjeras, hasta a clases sociales[38]. R. Maunier no se planteó, de ningún modo, el precisar qué tipos de sociedades y culturas, qué tipos de relaciones (la noción de "contacto" es imprecisa), caracterizan las diversas colonizaciones. Esto obliga a formular una segunda crítica: la obra carece de sentido relativista y no acuerda una suficiente atención a las diferentes situaciones que han implantado el colonialismo a lo largo de la historia. Se atiene a un tipo de generalidad —al no diferenciar con claridad los caracteres comunes y los caracteres específicos de las distintas civilizaciones— que reduce su alcance. Sobre todo, parece especialmente criticable la manera en que se emprendió el estudio: al tiempo que se pretende fundar una sociología colonial, el estudio permanece "cerrado" a las enseñanzas de la sociología moderna.

El estudio se presenta como una clasificación —o un ejercicio de nominación— que elude los problemas: los aspectos del contacto con los subtemas de yuxtaposición, colaboración y agregación; los efectos del contacto con los subtemas de oposición, imitación y

37 Publicado en los *Cah. intern. de Sociol.*, XVII, 1954, con el título de "*Sociologie de la colonisation et relation entre Sociétés globales*"; versión corregida.

38 Cf. *Sociologie coloniale*, vol I: "El contacto entre las razas se produce también aquí según el contacto entre las clases. ", p. 114.

agregación. Muestra una dinámica simplificada al extremo, con frágiles basamentos psicológicos al atribuir una desmesurada importancia a los fenómenos de imitación: imitación de "arriba para abajo" y de "abajo para arriba", imitación espontánea o provocada. En este terreno, R. Maunier no ha tomado para nada en consideración los trabajos de los antropólogos que habían comenzado a investigar los fenómenos de los contactos culturales y de la *aculturación*. Agreguemos que esta observación, inmediatamente, da lugar a otra: no se hace ninguna distinción de los diferentes niveles o instancias en los cuales se pueda captar esa "puesta en contacto" que es la colonización. En consecuencia, fenómenos tan diferentes como los conflictos culturales, los antagonismos condicionados por intereses divergentes, la incompatibilidad de derechos inherente a la condición de colonizador y colonizado, los hechos de resistencia psicológica, etcétera, se reúnen bajo una misma rúbrica. Tales son las críticas más importantes que era conveniente formular en forma previa. Sugieren las condiciones necesarias para todo nuevo enfoque. Muestran sobre todo, cuáles son los términos en los cuales no hay que plantear la cuestión.

Los estudios que encaran el hecho colonial se multiplicaron durante dos épocas, bajo los efectos de circunstancias políticas. En el momento en que las grandes potencias se reparten el mundo y triunfa el imperialismo, se trata de los estudios de Leroy-Beaulieu, Saussure, Hobson, Harmand, Lenin y en el momento en el que se agudiza la crisis colonial y en el que se conforma el proceso neonacional. Es el período en el que aparecen muchas obras consagradas a estos fenómenos y a los problemas de las llamadas sociedades "subdesarrolladas", aún signadas o dominadas por el sistema colonial. Si se dejan a un lado los trabajos de los antropólogos —centrados en la noción de las relaciones culturales—, dichas investigaciones tienden a hacer prevalecer las consideraciones de orden económico (justificando o criticando el imperialismo económico) o las consideraciones de orden psicológico (la obra más importante, en este sentido, es aquella donde O. Mannoni esboza una psicología de la colonización)[39].

¿Cuáles son, pues, las consideraciones de carácter sociológico —expuestas de modo explícito o implícito— en dicho conjunto de obras? Las primeras se refieren a la naturaleza y a la extensión del fenómeno colonial en tanto *dinamismo expansionista* y *sistema de relaciones* entre sociedades globales. Expresan la permanencia de este sistema en el curso de la historia. Lenin mismo, al tiempo que pone en guardia contra los razonamientos que "relegan a un plano secundario la diferencia esencial de las formaciones económico-sociales", sostiene dicha permanencia. Señala: "La política colonial y el imperialismo ya han existido antes de la fase contemporánea

39 Remitirse al capítulo anterior.

del capitalismo e, inclusive, antes del capitalismo mismo. Roma, sobre la base de la esclavitud, mantuvo una política colonial y ejerció el imperialismo"[40]. Al mismo tiempo, Lenin precisa que su análisis se refiere exclusivamente a "la política colonial del capital financiero".

Esta conservación de la relación colonial que caracteriza a un tipo de relaciones (en este caso: dominación-subordinación) existente entre las sociedades, se explica, a menudo, de manera unilateral. Las tentativas más vulnerables son aquellas que consideran el fenómeno como expresión de leyes naturales. J. Harmand adopta un punto de vista semejante al constatar que "la necesidad de expansión se encuentra por doquier en la naturaleza", que esta necesidad representa —para los agrupamientos humanos— una forma de "conservarse" y de "perseverar en su ser"[41]. Sin embargo, su interpretación se atenúa cuando incorpora —aunque incorrectamente aplicados— los conceptos de *heterogeneidad* (los "males" ligados a la expansión de las naciones subsistirán mientras "la humanidad no se torne sensiblemente homogénea") y de *equilibrio* entre "agrupamientos estables"[42]. Casi cuarenta años después, el historiador E. A. Walcker plantea el problema en términos muy parecidos: "Los imperios coloniales no dejarán de existir sino el día en que los pueblos de la Tierra estén en un pie de igualdad completa en todos los planos de la vida". Y este autor sostiene que "las colonias aún existirán en un futuro lejano y, tal vez, por un tiempo aún más prolongado, subsistirán las comunidades subordinadas a vecinos más poderosos"[43]. Formulada de esta manera, la cuestión de las causas de la desigualdad que rige las relaciones entre sociedades globales parece tan confusa como el problema de las razones de la desigualdad que se observa entre los grupos y los individuos que constituyen cualquier sociedad. Además, dicho modo de plantear la cuestión, guía las tentativas tendientes a identificar los efectos producidos por la dominación internacional con los índices de dominación que evidencian las relaciones entre clases sociales. De este modo, el hecho de la *diferenciación* —tanto en el plano de las sociedades totales como en el de los agrupamientos que las constituyen— ocupa un lugar central en las investigaciones que estamos considerando.

La mayoría de los trabajos mencionados toman otro sesgo y consideran —en el curso de su análisis— las nociones de *frontera* y *de extensión* de las sociedades globales unificadas. Los límites

40 Cf. *L'impérialisme, stade suprême du capitalisme*, éd. franc. (E.S.I.), p. 74. Hay varias ediciones en español de la obra de Lenin: "El imperialismo, fase superior del capitalismo". Edit. Anteo, Bs. As. 1956.

41 En *Domination et colonization*, París, 1910, p. 29.

42 *Ibid.*, p. 32.

43 Cf. *Les colonies, passé et avenir*, traducción francesa, París, 1959, p. 5 y 21.

trazados entre estas, al parecer, son frecuentemente móviles. Son la resultante de equilibrios vulnerables y esta constante inestabilidad contribuye al mantenimiento de relaciones de tipo colonial. Cuando Lenin muestra el juego de "la lucha por el territorio económico", cuando Fanno emplea el concepto de "fuerza de expansión" económica y demográfica[44], ambos llaman la atención sobre el problema de la dimensión de las sociedades. Por otro lado, el geógrafo P. Gourou, especialista en países tropicales, a través de otro enfoque, atribuye una particular importancia a las "técnicas de arreglo del espacio"[45]. Estas técnicas determinan las dimensiones de la sociedad que las ha elaborado al mismo tiempo que la amplitud y el ritmo de los cambios. El hecho colonial, considerado en función de este criterio —la magnitud de las sociedades globales— expresa el efecto de dominación producido por las sociedades de amplia extensión en las sociedades de dimensiones más reducidas. Efecto, cuya intensidad y extensión son tanto mayores cuanto más acentuada es la diferencia de magnitud.

El economista S. H. Frankel, en un conjunto de estudios adecuadamente recopilados[46], se esfuerza por aprehender el "concepto de colonización" desde una óptica esencialmente dinámica. Este autor define "a cualquier colonia" como una "unidad social en curso de transformación". Sostiene que "la colonización no es ni más ni menos que el proceso de desarrollo económico y social en escala macroscópica y microscópica". Frankel precisa sus ideas y escribe: "En toda sociedad, el proceso de desarrollo económico y social está unido con el surgimiento de nuevas estructuras económicas y sociales". Y dice más adelante: "La colonización es un proceso por el cual esas estructuras están llamadas a surgir"[47]. La efectivización del desarrollo, sobre lo cual tanto insiste este autor, entraña una "ampliación del campo de las relaciones humanas" (aspecto dimensional que se acaba de citar) y una puesta en relación de sociedades globales que jamás debe concebirse como un "movimiento en una sola dirección". Si se asocia la colonización a los dinamismos mediante los cuales "crecen" las sociedades, las relaciones desiguales que establece no pueden ser duraderas. Las relaciones entre las sociedades dominantes y las sociedades dominadas tienen —según Frankel— un carácter de "reciprocidad" que explica la necesaria desaparición de la desigualdad y que constituye "una de las características más significativas" del proceso de colonización.

44 En su obra, en italiano, consagrada a la *Teoría económica de la colonización*.

45 Cf. *Les pays tropicaux*, París, 1948 (Hay versión española).

46 S. H. Frankel, *The economic impact on under-developed societies*, Oxford, 1953.

47 *Ibid.*, p. 6 y p. 11.

Estas observaciones, frecuentemente provocadas por la necesidad de captar las relaciones de tipo colonial como *fenómeno social de larga duración* —y no como relaciones peculiares, únicamente, de las sociedades modernas y capitalistas— se inscriben en el marco de teorías muy diferentes y de validez despareja. Sin embargo, dichas observaciones tienen la utilidad de llamar la atención del sociólogo sobre una cierta cantidad de puntos de referencia: *a*) La visible heterogeneidad de las sociedades globales que entran en contacto; *b*) El papel desempeñado por la *separación diferencial* existente entre los sistemas socioculturales que entran en relación; *c*) El hecho de que las sociedades que mantienen relaciones de dominación-subordinación son, a menudo, de dimensiones desparejas (problema de magnitud); *d*) El nexo existente entre los procesos de colonización y los diversos procesos mediante los cuales las sociedades más emprendedoras efectivizan su "desarrollo".

En la medida en que los estudios que versan sobre el fenómeno colonial encaran no ya la colonización sino la "colonia" en tanto sociedad, hay que requerirles otras indicaciones. L. Wirth, al determinar el carácter de las relaciones entre colonialistas (extranjeros implantados de modo más o menos duradero) y colonizados, subraya dos aspectos: la desproporción numérica —que se manifiesta en el nivel de esos dos grupos— y la desigualdad de los status, en relación inversa con la proporción numérica. Dicho autor sitúa este problema en el orden de las investigaciones consagradas a las "minorías" y propone la distinción entre una minoría en el *sentido estadístico* (el criterio numérico, lisa y llanamente, no es aceptable para el sociólogo, aun cuando debe considerar el volumen del grupo) y una minoría en el *sentido sociológico*[48]. En este último caso, los datos pertinentes son: las diferencias antropológicas y/o culturales, el trato "desigual", la dependencia impuesta a los miembros del grupo minoritario —lo cual expresa la coacción y la presión ejercidas. A propósito de las situaciones coloniales, Wirth pone de relieve la separación cultural entre el grupo dominante —portador de una "civilización avanzada"— y el grupo subordinado, que no dispone de técnicas de expansión y, a menudo, permanece como portador de una *folk culture*. Una desproporción de este tipo, que explica la intensidad de la dominación sufrida, no se ve atenuada sino por la presión numérica, demográfica, que pueden ejercer los colonizados. Estas indicaciones mezclan observaciones ya hechas, pero adquieren una nueva utilidad para el investigador al determinar —por la atención que se le presta a los aspectos "subjetivos" del problema de las minorías— algunas condiciones para un análisis psicosociológico.

48 L. Wirth, The problem of minority groups, en R. Linton, ed. *The Science of Man in the World Crisis*.

Al intentar una definición de esa sociedad particular que es una colonia completa, el historiador británico E. A. Walcker insiste en dos rasgos característicos. Según él, se trata de una sociedad "pluralista" (esta caracterización imprecisa subraya las profundas *diferencias* de raza, cultura y nivel técnico que definen a cada uno de los elementos) o de una sociedad "compartimentada" (en el caso en que una política discriminatoria asegura el riguroso mantenimiento de las diferencias). Por otra parte, se trata de sociedades globales cuyos elementos se hallan mal integrados y tienen muchas dificultades para organizarse en un nivel superior, en el nivel de *nación*[49]. Algunos sociólogos —por ejemplo Sergio Bagú cuando estudia la "estructura colonial" de los países de América Latina— tienden a interpretar dicho pluralismo y dicha compartimentación —como asimismo las tensiones resultantes— en forma muy significativa a partir del concepto de clases sociales[50]. Pero, al parecer, el hecho que actualmente es el más importante en lo que respecta al desarrollo de nuestra investigación reside en la dificultad que tiene la colonia para constituirse como *sociedad global unificada* (en la cual, los elementos se hallan funcionalmente ligados). Este hecho hace a la naturaleza misma de la colonización, la cual, a menudo, solo apuntó a la organización de conjuntos "administrativos" y pudo —según la expresión de J. Harmand— oponerse a la formación de sociedades normales y viables[51]. El mencionado dato está aún más vinculado con el hecho de que los pueblos colonizados, en buena medida, no habían construido sino sociedades de dimensiones reducidas. Por consiguiente, se debe consignar que la colonización —más tarde o más temprano y con independencia de las iniciativas que se toman para frenar los procesos— crea condiciones que imponen un verdadero cambio de magnitud. S. H. Frankel, en sus estudios referentes a las sociedades del Africa Negra (e inspirándose en ciertos trabajos de la sociología norteamericana[52], ubica el nuevo conflicto entre las "relaciones de tipo universalista", en vías de desarrollo, y las "relaciones de tipo particularista". Este autor señala que "La historia económica y social de vastas regiones del Africa... en el curso de los últimos cincuenta años, se puede expresar mediante el índice que indique el grado en que las sociedades de tipo particularista —europeas y

49 Cf. E.A. Walcker, *op. cit.* "La prueba suprema a la que se vieron sometidas las potencias coloniales —en el interior de sus respectivos imperios— fue la integración política de sociedades plurales.../imposibilidad/de querer seguir una política nacional allí donde todavía la nación no existe", pp. 128 y 129.

50 Cf. su obra *Estructura social de la colonia*, capítulo II, consagrado al "Proceso de formación de las clases"

51 *Op. cit.*, p. 89.

52 M. J. Levy, *The Structure of Society* y *The Structure of Social Action*, T. Parsons. (Hay versión española).

no europeas— fueron destruidas o se hallan, como en el resto del continente africano, en vías de desintegración"[53]. Este problema del *cambio de dimensión* de los agrupamientos sociales es uno de los más actuales dentro de las cuestiones que se le plantean al sociólogo[54]. La organización de "bloques" que unían entre sí a las naciones independientes hasta hace poco tiempo y la constitución de nuevas naciones por encima de los viejos conjuntos coloniales muestran dos aspectos de este problema.

Además de las enseñanzas en materia de dinámica de los contactos y de los conflictos culturales, el estudio de los pueblos colonizados aclara diversos fenómenos dependientes de la investigación sociológica y psicológica. Este estudio muestra la función y la naturaleza de las *ideologías* que definen las relaciones establecidas entre sociedades globales que son —simultáneamente— diferentes y desiguales. Las doctrinas coloniales aparecen casi como "teorías" para justificar la dominación ejercida y para remitir a una época siempre postergada la abolición de las relaciones de dominación-subordinación. Hay antropólogos, como R. Kennedy, que insisten en la importancia de las "racionalizaciones" condicionadas por el sistema colonial[55]. Hay psicólogos, por ejemplo A. Ombredane, en sus trabajos sobre el Congo, que definen el lugar preponderante ocupado por los estereotipos. Hay historiadores —tales como Ch. A. Julien y H. Brunschwig— que subrayan las diferencias y discordancias existentes "entre la doctrina y la acción", el recurso a los justificativos seudocientíficos[56]. Es así que podemos captar el juego de los sistemas dogmáticos utilizados (para justificar la situación establecida) en las relaciones de tipo colonialista en la manera como operan en la esfera de las relaciones entre las clases sociales. Las doctrinas constituidas a partir de las nociones de "Misión colonizadora", influencia preponderante, función de tutela o de liderazgo, etcétera; todas ellas, son ideologías en uno de los sentidos en que las entendía Marx: presentación falseada de la realidad o "mistificación". Esta observación no puede considerarse como un argumento a favor de los teóricos que identifican las relaciones metrópoli-colonia con la relación capital-trabajo, sino que sugiere el importante papel que puede desempeñar el fenómeno de la toma de conciencia tanto en una situación como en la otra. En un estudio titulado "Contribución a una sociología de la dependen-

53 S.H. Frankel, *op. cit.*, p. 172.

54 El Consejo Internacional de Ciencias Sociales ha tomado la iniciativa de realizar una encuesta para examinar el modo en que afecta el cambio de escalas cuantitativas a los rasgos característicos de los agrupamientos sociales.

55 En The colonial crisis and the future, en *The Science of Man in the World Crisis*, R. Linton ed.

56 Cf., por ejemplo: Ch-A. Julien, Colonisation et droits de l'homme, en la revista *Tribune des peuples*, 5, dic. 1953 — enero 1954.

cia", hemos tratado de precisar el carácter y el grado de esta toma de conciencia[57].

Esta condiciona las reacciones que surgen en el seno de las sociedades colonizadas. Las ideologías no intervienen de una manera unívoca: del dominante al dominado. También contribuyen a que este retome la iniciativa propia. Es así que se pueden mencionar la teoría de la superioridad árabe —desarrollada en la época en que el nacionalismo árabe comienza a expresarse con fuerza— y la teoría de la "negritud" elaborada por la intelectualidad africana de lengua francesa. J. P. Sartre, al analizar el concepto de negritud, lo muestra como propicio a la exaltación "de cierta cualidad común a las ideas y las conductas de los negros". El señala que: "La negritud aparece como el momento de una progresión dialéctica: la afirmación teórica y práctica de la supremacía del blanco es la tesis: la posición de la negritud como valor antitético representa el elemento de la negatividad. Pero este momento negativo no tiene suficiencia por sí mismo... La negritud existe para destruirse, es tránsito y no punto de llegada, medio y no fin último"[58]. En un estudio consagrado a esta misma teoría hemos subrayado su empleo en determinado momento de la relación entre los negros colonizados y los colonizadores: cuando se origina un período de oposición. Hemos señalado que una ideología de ese tipo se desgasta con rapidez, puesto que es muy sensible a los cambios de situación que ella misma ha suscitado y su pérdida de eficacia impone la construcción de teorías sucedáneas[59]. Si insistimos en este ejemplo es con el fin de definir mejor el lugar del fenómeno ideológico en el campo de las investigaciones "totales" que versan sobre las relaciones de dominación-subordinación y las situaciones de dependencia.

Al igual que varios autores, en el curso de este examen preliminar, nosotros hemos atribuido mucha importancia a la *diferencia* (en fuerza material y en conocimientos técnicos) existente entre la sociedad colonial o dominante y la sociedad colonizada o dominada. Esta desproporción decisiva explica el hecho de que las reacciones resultantes de la experimentación de la inferioridad solo puedan expresarse rara vez de manera directa y brutal. En gran medida, dichas reacciones se producen de modo *indirecto*, operan en la *clandestinidad* y, con frecuencia, bajo la cobertura de "máscaras" culturales. No es algo totalmente fortuito el hecho de que

57 En *Cah. intern. de Sociol.*, XII, 1952 y más arriba.

58 Cf. su análisis en *Orphée noir*, prefacio a la *Anthologie de la nouvelle poésie nègre et malgache, París, 1948; nueva edic. 1970.* Hay versión española: Colonialismo y neocolonialismo (situaciones v). Losada, Bs. As. 1965.

59 G. Balandier, *La théorie de la négritude: expression des rapports entre noirs et blancs.*

los recientes movimientos de emancipación se hayan inspirado —en ciertos países— en las técnicas de la resistencia que se perfeccionaron en las regiones "ocupadas" en ocasión de la última guerra mundial, sino que se trata de una de las expresiones extremas del rechazo de la subordinación: nos pone ante la presencia de una auténtica organización de resistencia, "revela" los elementos de la sociedad dominada que han servido de puntos de apoyo para la sociedad dominante, pone de manifiesto el juego de los procesos tendientes a hacer coincidir —en el campo de las relaciones coloniales o paracoloniales— las reacciones contra la sociedad extranjera dominante con las que se producen contra las clases, capas o agrupamientos indígenas detentadores del poder por delegación. En este caso, los antagonismos condicionados desde afuera y los que se originan en el seno de la sociedad colonizada tienden a operar en una misma dirección. Un enfoque sociológico que tuviera la preocupación de abordar la porción "clandestina" de la vida social, que prestara mayor atención a la importancia de lo *oculto* y lo *latente*, debería examinar con cuidado las múltiples reacciones de rechazo, de escape —pasivo o activo— que se producen en las sociedades globales sujetas a los efectos de la dominación. Aparecería el hecho de que tales reacciones afectan a todos los niveles de la realidad social, que se manifiestan en una gran diversidad de formas[60] y apelan a múltiples técnicas (emplean tanto los procedimientos de esquive —gracias a los modelos culturales más "exóticos"— como formas importadas de organización revolucionaria). Las sociedades dominadas expresan muy ampliamente el lugar que pueden conquistar en la vida social los enfoques ambiguos, los dinamismos con efecto indirecto y las iniciativas que apuntan a la oposición o al escape. Esta observación sugiere la importancia científica —y no solo el alcance político— de tales fenómenos: están en el centro de cualquier estudio dinámico de las sociedades globales y de las relaciones que se establecen entre ellas.

El inventario de aportes de orden sociológico provenientes de los trabajos recientes consagrados al hecho colonial ha permitido mostrar cómo muchos aportes se refuerzan o complementan y valorizan, mediante esta convergencia, los problemas sociológicos de mayor importancia. Ya habíamos indicado en un estudio anterior que la *situación colonial* ejerce una influencia que afecta todas las instancias de la sociedad, aunque cada tipo de colonización —al aparecer como una prueba particular a la que se somete a un determinado sistema social— posee las características de una "experimentación" obligada y compleja. A esta altura, es conveniente

60 Hemos abordado estos problemas en nuestra *Sociologie actuelle de l'Afrique noire*, 3a. ed., 1971.

encarar las relaciones entre sociedad dominante y sociedad dominada como un modo de relaciones existentes entre sociedades globales. La *permanencia* de este tipo de relaciones —la crisis de las colonizaciones no anuncia para nada el fin de los efectos de la dominación— debe orientar nuestras sugerencias y nuestra contribución al progreso de una sociología de la colonización y/o de la dependencia. Es necesario, al parecer, trazar en una primera etapa las grandes líneas de una investigación semejante y evaluar su validez mediante la indicación de los resultados a computar.

Es difícil, al parecer, considerar el problema de los orígenes de la colonizacion —es decir, de una expansión que apunta a una dominación más o menos directa y de mayor o menor intensidad— sin apelar a explicaciones unilaterales y, por tanto, parciales. En cambio, se pueden estudiar las *condiciones* que —por lo general— están aparejadas con dicho fenómeno y las *consecuencias* resultantes. El hecho colonial aparece como el producto de la puesta en relación entre sociedades que han logrado ajustar sus diferenciaciones internas, disponen de medios para controlar un espacio extenso y relativamente unificado y sociedades que se hallan divididas por particularismos y que no tienen la posibilidad de organizarse sino en el interior de espacios reducidos. Esta observación nos pone ante la presencia de dos tipos de "condiciones": unas, referentes al nivel técnico y a la capacidad de hacer circular los productos y los hombres; las otras, referentes a las dimensiones de la sociedad global, a la capacidad de hacer prevalecer las tendencias de carácter unitario y de poner en pie una organización que asegure el control de vastos agrupamientos sociales.

Es capital el fenómeno de la *diferencia:* la relación que se establece por parte de las sociedades más avanzadas técnicamente —y, por otro lado, organizadas en el plano más elevado (el de las naciones durante el siglo pasado, el de las federaciones y confederaciones en la actualidad)— con las sociedades "menos desarrolladas" siempre es de carácter desigual. La ventaja adquirida les permite detentar una posición dominante, la cual, a su vez, contribuye a acrecentar la *separación diferencial* existente entre ellas y las sociedades sometidas a sus efectos de dominación. En este sentido, Fanno —al examinar la "división internacional del trabajo"— muestra que las sociedades más desarrolladas no solo tienen la posibilidad (durante cierto tiempo) sino también la voluntad de mantener e inclusive ampliar dicha diferencia. "La transformación de los países agrarios en países industriales tiende a incrementar la fuerza expansiva de los países más antiguos desde el punto de vista de su industrialización"[61]. Las relaciones coloniales entre sociedades globales tienen como condición, además de la *diferencia* que se acaba de señalar, la obligada *puesta en relación*. Estas condiciones

61 *Op. cit.*, p. 149.

son tanto más apremiantes —y su campo de acción se extiende tanto más— por cuanto la acumulación de riquezas y de poderío opera en favor de las sociedades dominantes y se acelera el ritmo de las relaciones entre las naciones. A. Sauvy, en un estudio socio-demográfico, insiste, en este último punto. Se pregunta con inquietud: "El tiempo del mundo limitado ha comenzado, el planeta se estrecha constantemente por el avance de las comunicaciones. Desde ahora hay que preguntarse cómo podrán coexistir, yuxtaponerse sin contraponerse, conjuntos tan desiguales. En otras palabras, cómo se puede evitar la formación de un mundo jerarquizado, en el cual, bajo la apariencia de la igualdad se establezcan nuevas esclavitudes, cuya salida es difícil de imaginar pero no presagia nada bueno"[62].

El hecho de que esos dos elementos —separación diferencial e intensidad de las relaciones— sean de la mayor importancia podemos comprobarlo en la política adoptada por ciertos países en vías de desarrollo. Apuntan, al mismo tiempo que a reducir su atraso técnico, a seleccionar y compensar las relaciones inevitablemente desiguales que mantienen con los países "desarrollados". A esta presentación esquemática de hechos, agreguemos a título de reiteración: las relaciones de dominación-subordinación encuentran límites en su expansión. Ello, a causa de las rivalidades existentes entre las sociedades dominantes y de las dificultades con las cuales tropieza el control de un conjunto *compuesto*, distribuido sobre una *amplia superficie*. Las zonas más excéntricas son las que sufren la atracción de los centros de poder más "cercanos", tanto desde el punto de vista geográfico como cultural[63]. Se debe, sobre todo, a los cambios producidos en el interior de las sociedades dominadas. S. H. Frankel lo ha demostrado al recordar que no cabe considerar el proceso de colonización como un movimiento que se opera en un sentido único. La influencia de las civilizaciones "unitarias" que instrumentan las sociedades dominantes, la inscripción en el campo de la economía mundial, los progresos técnicos alcanzados (aunque limitados y orientados), las reacciones colectivas a la dominación sufrida (tendientes a la organización de movimientos "nacionales") son otros tantos procesos aptos para reducir la subordinación impuesta al comienzo. Al mismo tiempo, tales transformaciones favorecerán a las sociedades dominadas permitiendo mayor peso a la masa de su población y a las riquezas potenciales. Así, cuando comienzan a desplazarse los centros de poder —o "centros de gravedad del mundo"— se transforman la configuración y la estructura de todas las sociedades globales.

62 A. Sauvy, *Théorie générale de la population*, vol. II: *Biologie sociale*, Paris, 1954, p. 207-208. Hay versión española: "Teoría General de la Población", Aguilar, Barcelona 1961. Vol. II: *La biología social*.

63 Es lo que ocurría con los ex países dominados de Asia respecto del Japón en el curso de las décadas pasadas y lo que pasa respecto de China Popular en la actualidad.

Este análisis, aunque sumario, permite subrayar la actualidad de los problemas que plantea y precisar las cuestiones de orden sociológico que impone. Durante esta fase inicial de la investigación, es suficiente para su desarrollo con la enumeración de los problemas más importantes:

1) ¿Cómo definir (con pautas necesariamente cuantitativas) la separación diferencial existente entre sociedades globales, cómo caracterizar las relaciones que, en su conjunto, contribuyen a mantener un "mundo jerarquizado"?

2) En un segundo estudio, estrechamente unido al precedente, convendría examinar el juego de las fuerzas antagónicas que, por una parte, tienden a la unificación y a la *homogeneización* (acción de las sociedades dominantes, las cuales, aspiran todas —aunque en diversa medida— a conformar una sociedad internacional a "su imagen y semejanza") y, por la otra, a la secesión y a la consolidación del *pluralismo* (acción de las sociedades dominadas que reivindican su emancipación al tiempo que afirman su especificidad cultural)[64].

3) Una tercera etapa conduciría a definir las relaciones de dominación y de determinación existentes entre los procesos de desarrollo técnico-económico y los diversos cambios que afectan a las características de las sociedades globales y —más allá— las relaciones que estas mantienen entre sí.

4) En fin, convendría plantear la cuestión decisiva: la de la posibilidad de reducir los efectos de la dominación ejercida por las sociedades más avanzadas sobre las menos avanzadas. De un modo concreto, este interrogante se expresa actualmente como sigue: en la medida en que la expansión colonial y las dominaciones modernas han estado ligadas al capitalismo, ¿los conjuntos organizados sobre bases socialistas escapan (o comienzan a escapar) al dinamismo de dominación-subordinación que aparece como uno de los principales modos de relación entre sociedades desiguales? Los investigadores de formación marxista casi no han abordado este problema hasta hace poco tiempo. Sin embargo, en el momento de la constitución del estado federativo soviético, existen grandes dificultades de resultas de la "desigualdad entre las naciones de mayor y menor desarrollo cultural" y de la existencia de sociedades aún no organizadas en escala nacional, sino tribual. Las controversias más duras fueron, en esa época, las que suscitaba 'la cuestión nacional y colonial"[65]. ¿Es suficiente con sustituir la relación de

64 El problema sigue siendo ctual. La Asociación Internacional de Sociólogos de Lengua Francesa ha elegido como tema de su próximo Coloquio (1971) el siguiente: *Las especificidades culturales y la industrialización.*

65 J. Staline, *Le marxisme et la question nationale et coloniale*, trad. franc., París, 1949, p. 111, 113, 119, 247, 255 y 256. Hay versión española: "El marxismo y el problema nacional y colonial". Edit. Lautaro, Bs. As. 1946.

amo a esclavo por la de maestro a alumno?[66] ¿Cómo preservar cierto *pluralismo en la unidad*, una diferenciación necesaria para el mantenimiento de las personalidades culturales y para la unificación de esfuerzos, sin que esta no termine generando nuevamente un campo de relaciones desiguales?[67]

Al primero de los dos interrogantes, ciertos teóricos marxistas contestan con la afirmación de que el papel de maestro-pedagogo corresponde al proletariado de la sociedad más avanzada en el interior de la comunidad socialista. Por tanto, nos presentan un segundo conjunto de problemas: los que conciernen a la necesidad de analizar con precisión *la repercusión de las relaciones establecidas entre las sociedades globales en el seno de cada una de éstas.* Se pueden hallar elementos para una respuesta en los estudios de diversos investigadores u observadores. M. Fanno[68], tanto como A. Sauvy, insiste en el hecho de que *todas* las clases de una sociedad dominante sacan provecho de esta dominación, si bien en diferentes medidas. A. Sauvy precisa: "El obrero norteamericano... tiene más que perder en una emancipación de los dominados que en un reparto con los dominantes de su país... De igual modo, el sindicalista inglés sabe que ya no puede esperar gran cosa del lord —arruinado en un 75 o/o— pero que la pérdida del petróleo del Medio Oriente o del caucho y el estaño de Malasia, que son minas de dólares, perjudicarían notablemente su nivel de vida"[69]. Lenin mismo, citando al economista J. A. Hobson, consigna que el imperialismo colonial permite "la corrupción de la capa superior del proletariado"[70]. Por el momento, tomemos acta de esta consecuencia de los efectos de dominación entre sociedades globales: a largo plazo, las tensiones derivadas de los efectos producidos por la dominación de una clase sobre otra en una sociedad privilegiada, tienden a disminuir[71].

En un artículo dedicado al análisis del "fenómeno colonial", el periodista C. Bourdet encara otro aspecto del problema que acabamos de formular. Observa que la sociedad colonial apoya —controlándola— la clase social dirigente en el seno de la sociedad coloni-

66 *Ibid.* "Las naciones y los pueblos atrasados deben ser conducidos por la vía general de una cultura superior". Hay que actuar en dirección a "facilitar a las masas trabajadoras de los pueblos atrasados el progreso económico, político y cultural; permitirles alcanzar a la Rusia central, proletaria, que ha tomado la delantera".

67 En este punto sería fácil demostrar la actualidad y gravedad del problema. El cuestionamiento sigue siendo pertinente.

68 *Op. cit.*, II, 5.

69 En *Théorie générale de la population*, Vol. I: *Economie et population*, París, 1952, pp. 252-253.

70 *Op. cit.*, pp. 91-93.

71 Véase el debate entre A. Emmanuel y Ch. Bettelheim. Una mención de este reciente debate se hace en la Tercera Parte y en la Conclusión de la presente obra.

zada, o la "crea". Bourdet considera que ciertas relaciones internacionales constituyen una especie de extensión del "hecho colonial". Tal es el caso de un grupo social que usa en provecho propio la amenaza de una fuerza extranjera aplastante: el mismo dispondrá de un suplemento considerable de poderío y de medios de presión que le permitirían transformar el equilibrio político y social en detrimento de los demás miembros de la colectividad nacional"[72]. Sin adherirnos a esta "física de las sociedades" excesivamente simplista, es importante, empero, tomar muy en cuenta el papel que desempeñan las relaciones de tipo colonial en lo que respecta a la constitución de las clases sociales o a las relaciones que estas establecen entre sí en el interior de una sociedad dominada.

Con motivo de las investigaciones llevadas a cabo en el Africa negra, nosotros hemos tratado de contestar esta cuestión[73]. En este caso, el estudio de las clases sociales —o de los grupos que se presume son clases— es complicado debido a tres tipos de consideraciones: 1) el hecho de que el proceso de industrialización solo se opera desde una época reciente y está condicionado por una participación exterior (la de las metrópolis); 2) el mantenimiento de relaciones tradicionales que ocultan la incompatibilidad que, —como lo ha mostrado G. Gurvitch— está en primer lugar entre las "pautas" específicas de las clases sociales. 3) la subordinación de todas las categorías sociales —cualquiera que sea la relación de fuerzas— a la minoría europea dominante. Esta útima observación es importante. Explica la precariedad de la colaboración establecida entre los grupos sociales que aparecen como superiores en el interior de la sociedad colonizada y los colonizadores: más tarde o más temprano, estos grupos chocan con *un límite para su ascenso.* Dicha observación también explica el hecho de que se atenúe la tensión entre elementos desiguales componentes de esas sociedades dominadas en la medida en que el antagonismo con la sociedad colonial se agudiza[74]. Esta conclusión no es solo válida para los dominios coloniales africanos. En muchos países dependientes, la actualidad política pone de relieve los nexos existentes entre lo que se ha dado en llamar "la cuestión social" y la "cuestión nacional" Agreguemos a ello otra observación cuya importancia no es menor: es posible operar sobre uno de los términos para derivar las tensiones que suscita el otro.

72 L'équilibre social et le fait colonial, en *Les Temps modernes*, 71, set. de 1951.

73 Remitirse al capítulo de la Segunda Parte, titulado "La problemática de las clases sociales en formación".

74 Cf. nuestro estudio Social change and Social problems in Negro Africa, en C. Stillman (ed.) *Africa in the Modern World*, Chicago, 1955.

Estas observaciones evidencian la importancia que tendría el hecho de no reducir el estudio del problema de las clases sociales solo a las llamadas sociedades avanzadas. La consideración de las relaciones establecidas entre estas y las sociedades que se inscriben en el marco de su dependencia resulta indispensable en la medida en que ellas afectan a la dinámica de las relaciones entre las clases. La historia reciente lo demuestra, dado el papel que desempeñan los países en vías de desarrollo en el campo de expansión del socialismo.

En la primera parte del presente artículo, al esbozar una revisión de los trabajos referentes a la colonización, hemos insistido en la función que cumplen las ideologías. No cabe plantear aquí el análisis que exigiría ese fenómeno. Sin embargo, queremos precisar que convendría encarar el estudio del *racismo* a esta altura de la investigación, por cuanto opera como intento de justificación y como táctica de protección de las ventajas adquiridas. De hecho, hemos tratado de identificar a la sociología de la colonización como un campo de investigación que se impone desde el momento en que se consideran las relaciones entre sociedades globales. La sociología y la economía política pueden —y deben— extraer conclusiones que sirvan para replantear la observación científica de los efectos de dominación.

III. Subdesarrollo y puesta en relación de sociedades "diferentes"[75]

El concepto de subdesarrollo se ha impuesto con éxito sorprendente en el curso de la década siguiente a la finalización de la guerra. La urgencia de los problemas que están comprendidos bajo esa denominación justifica el lugar que ocupa en la literatura política más cotidiana como asimismo en las controversias académicas. Lo único que no debe ilusionarnos es la vulgarización del término. El análisis científico de los fenómenos está lejos de haberse agotado. Sigue siendo incierto, a menudo poco pertinente, a pesar de la multiplicación de los estudios. Al respecto, queremos sugerir una nueva orientación para la investigación.

Las contribuciones más exigentes se han preocupado por considerar pautas y características estructurales propias para definir de una manera *interna* cualquier sociedad "insuficientemente" desarrollada. Los aspectos demográficos, económicos y sociales destacables por su relatividad general fueron subrayados. Ha sido objeto de un examen crítico[76] el hecho de apelar únicamente a la "criteriología" como medio de definición. Este enfoque requiere complementos, en particular, los que plantean la consideración de las *relaciones de exterioridad*, sin lo cual se haría incomprensible la situación de los países retrasados en su desarrollo. El concepto de subdesarrollo implica, desde el inicio, una comparación: se emplea con referencia a un tipo de sociedad —la que existe en los países altamente industrializados— y a un tipo de actividades humanas, que se ha convenido en llamar técnico-económicas. La observación es ingenua, pero incita a interrogarse si no hay, en este caso, algo más que un mero sistema de referencia. Se han establecido relaciones entre sociedades situadas en niveles diferentes de la escala del progreso material que han determinado algunos de los problemas considerados. Existe un aspecto *relacional* del subdesarrollo, encarado a veces de modo esquemático bajo la perspectiva del colonialismo y del imperialismo, que debe ser analizado rigurosamente. Se trata de un estudio necesario e inmediato.

---

75 Extracto revisado de la obra publicada bajo mi dirección: *Le Tiers Monde, sous-développement et développement*. París, PUF, 1956. A partir de este título se ha divulgado la expresión "Tercer Mundo"

76 Cf.-Tercera parte: "La sociología del desarrollo".

I. LA PUESTA EN RELACION DE SOCIEDADES "DIFERENTES"

Hay que consignar que todos nuestros interrogantes tendrían, en principio, poco sentido en un mundo perfectamente compartimentado. Y no solo en la medida en que la comparación que se acaba de mencionar y que ha contribuido a una verdadera toma de conciencia no tendría la posibilidad de efectuarse. Hay que prestar atención a razones mucho más permanentes que hacen a la dinámica misma de las relaciones entre sociedades globales.

Toda sociedad que viva en un estado de cuasi aislamiento y que, por consiguiente, disponga íntegramente del margen de libertad que le deje su adaptación al medio en que se desarrolla, sería *en principio* capaz de mantener sus puntos de equilibrio y de evolucionar según su propia "lógica". Esta sociedad tendría la posibilidad de conservar la armonía que le es inherente puesto que —según la expresión de C. Lévi-Strauss— "sería, en cierto modo, una sociedad reducida a sí misma"[77]. Se trata solo de una hipótesis. La puesta en relación existe siempre, inclusive entre sociedades consideradas muy "primitivas". Opera estableciendo el dominio de unas y desarrollando en el seno de otras discordancias y desequilibrios más o menos amenazadores. Lévi-Strauss señala el hecho de considerar el seudo-arcaísmo de ciertas sociedades amerindias. Demuestra que "las sociedades que podrían parecer como las más auténticamente arcaicas se hallan cribadas por las discordancias en las que se descubre la marca, imposible de ignorar, del *acontecimiento*". Pero, si es así en el caso de las relaciones establecidas entre sociedades homogéneas, los fenómenos —de presión, por un lado, y por otro, de desequilibrio— aparecerán con un efecto ampliado cuando se trate de sociedades radicalmente diferentes.

Se podría decir que el reconocimiento generalizado de los problemas del subdesarrollo está unido —en parte— al descubrimiento de graves desequilibrios resultantes de la puesta en relación de sociedades de poderío desigual. G. F. Hudson lo sostiene a propósito de los países asiáticos: "El verdadero factor de crisis en Asia no es la pobreza sin esperanza de las masas —lo que no es nuevo— sino la desintegración social que, durante dos generaciones, ha sido el resultado de los contactos existentes entre Asia y Occidente"[78]. Los estudios sobre "comunidades" llevados a cabo en Africa, sobre todo en Oriente, han vinculado el cuestionamiento del atraso económico al estado de "crisis" derivado de las relaciones establecidas con las potencias dominantes. Se afectaron equilibrios eficaces aunque situados en un nivel bajo. Los procesos internos del cambio social adquirieron una importancia secundaria en relación con los procesos condicionados por "el exterior", escapando al control directo de la comunidad. Las observaciones de esta índole, abundantes en la bibliografía especializada, sugieren la obligación en que nos hallamos de proceder a un *estudio sobre el tipo de relaciones*. El análisis depende tanto de la ciencia de las relaciones entre sociedades globales como de la ciencia económica. Esta observación tiene tanto más fundamento cuanto que el avance de un reducido número de naciones —en el orden de las actividades técnicas y económicas—, ha sido fruto solo de determinadas *coyunturas*. La revolución industrial —como lo subrayara Lévi-Strauss—, que ha convertido a la civilización occidental en la más acumuladora y le ha dado un impulso decisivo a su progreso, es el resultado, al parecer, de una "coalición" cultural casi única. Esa revolución surgió de múltiples influencias, las cuales, orientadas todas en el mismo sentido, terminaron desencadenando un proceso de "reacciones en cadena"[79]. Resulta conveniente complementar esta observación con algo importante para el problema considerado. Esta puesta en relación que puede tener efectos positivos de una extensión imprevisible como en el caso excepcional que se acaba de citar, produce, sobre todo, efectos negativos. Las zonas "fuertes" que se conforman merced al intercambio desigual solo pueden mantener su dinamismo preservando el carácter depresivo de las zonas "débiles" con las cuales se encuentran en relación. Ello es visible en el interior de un mismo cuadro nacional, en el cual se delinean regiones cuyo atraso se acentúa y, en el campo de las relaciones internacionales, donde se amplía la separación diferencial entre las naciones.

Las sociedades peor "situadas" se hallan sometidas a los efectos de dominación que se manifiestan al máximo —y en la forma más directa— en los casos de pacto colonial. Su crecimiento económico se realiza *ante todo*, en función de las necesidades propias de las sociedades que las controlan de alguna manera. La historia económica del siglo XX muestra cómo fue organizada la pretendida "división internacional del trabajo" entre países agrícolas y países industriales, entre países productores de materias primas y países con una industria en expansión. Dicha historia revela que tal "división" no se ha efectuado sobre la base de la cooperación sino que, muy por el contrario, ha contribuido al avance de los países industrializados. El proceso sigue en curso, aun cuando los países

77 C. Lévi-Strauss: La notion d'archaisme en ethnologie, en *Cah. intern. de Sociol.*, XII, 1952. Hay versión española: La noción del arcaismo "en Etnología" (constituye el capítulo VI de Antropología Estructural, EUDEBA, 1968).

78 G.-F. Hudson, Stern und Unstern über Asien, *Der Monat*, 42, 1952, p. 594.

79 C. Lévi-Strauss: *Race et histoire*, 1952, p. 37. Hay versión española. "Raza e Historia" (en UNESCO: "El racismo ante la ciencia moderna". Ediciones Liber. Ondarroa (Vizcaya) 1961.

menos desarrollados se esfuerzan por superar su atraso. Fanno lo ha recordado al consignar que "la transformación de los países agrícolas en países industriales tiende a aumentar la fuerza de expansión de los países de antigua industrialización"[80]. En beneficio de estos se opera un *proceso de aceleración* que contribuye a ensanchar la brecha y no a cerrarla. Los documentos oficiales confirman este hecho. Según los servicios estadísticos de las Naciones Unidas, los llamados países desarrollados no solo se encuentran muy "adelante" sino que continúan ampliando la diferencia a su favor. Su desarrollo sigue siendo mucho más rápido que el de las llamadas regiones atrasadas[81]. La disparidad en lo que respecta a los niveles de vida se ha acentuado en el curso de algunos años. Un solo ejemplo lo sintetiza: en 1938, el nivel de vida es 15 veces superior en EE.UU. que en la India; en 1952, la diferencia trepó a 35 veces y el ritmo sigue en ascenso. A partir de esta verificación, los observadores marxistas pueden reforzar la comparación (y la identificación) que es habitual en ellos, entre las relaciones interclases y las relaciones existentes entre países desiguales en el interior del sistema capitalista. ¿No hay, acaso, tanto en uno como en otro caso, una pauperización relativa acentuada?

El aspecto de relaciones es importante también en otro sentido: contribuye a la *toma de conciencia* ya señalada. Las sociedades "tradicionales" mantenían sus equilibrios merced a un relativo aislamiento o, al menos, a una actividad comercial que solo operaba a distancias pequeñas y en un campo bastante homogéneo. Hoy es algo trivial el comprobar que ha comenzado "el tiempo de un mundo limitado". Los desplazamientos de las personas, más frecuentes y más rápidos, la creciente activación de la economía mundial, la crecida eficacia de las comunicaciones culturales establecidas a través de los *mass media*, todo ello, ha desembocado en la ruptura de las barreras socioculturales más lejanas. El ejemplo de las naciones industriales y con altos niveles de vida es visible aun para los pueblos más "periféricos". Sugiere una modalidad de vida que hace medio siglo atrás no hubiera podido imaginarse por parte de esos pueblos, lo que produce un auténtico *efecto de demostración*. La pobreza es antigua pero el descubrimiento de los medios para remediarla es reciente. Es lo que consigna el Dr. Ambedkar a propósito de los pueblos de la India, al tiempo que considera este acontecimiento como de alcance revolucionario.

80 M. Fanno, *La teoria economica della colonizzazione*, Edizioni Einaudi, 1952, p. 149.

81 Se trata de una comprobación que ya hizo el informe de la XXII sesión del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas: "La distancia entre la producción de los países económicamente desarrollados y la de los demás países ha ido en aumento".

Hagamos notar, además, que tal reconocimiento de la mejora de las condiciones de vida y del fin de las privaciones —resultante de la ampliación de las relaciones y de la comparación— se ha hecho aún más crítico debido a las perturbaciones derivadas de la intervención de las potencias en el seno de las sociedades dependientes. Es fácil observar que los problemas reunidos bajo la cómoda denominación de "estado de subdesarrollo" no solo dependen de las condiciones peculiares de la sociedad "atrasada" sino, sobre todo, de los efectos producidos en esta por la expansión de las sociedades conquistadoras. Estos efectos actúan como otros tantos factores constitutivos y agravantes. Su estudio permite comprender el porqué de la estrecha ligazón existente —al parecer— entre la "cuestión social" y la "cuestión nacional". La asociación entre ambos géneros de problemas y la toma de conciencia incuestionable y generalizada, constituyen características significativas de los países en vías de modernización[82].

No cabe sostener, evidentemente, ni dar por sobreentendido, la idea de que las sociedades poderosas hayan descubierto el estado de subdesarrollo a través de esos mismos procesos. Ellas lo evalúan en forma totalmente *exterior*. Primeramente, en la época del colonialismo directo o indirecto, lo evaluaron en función de sus necesidades de expansión: ven, entonces, en los países predesarrollados otras tantas oportunidades para acceder a riquezas poco o nada explotadas, indispensables para sus industrias, y para crear un amplio mercado para sus productos manufacturados. Las sociedades poderosas justifican su presión económica y, a posteriori, su presión política, alegando el inmovilismo de las sociedades y las culturas de los países cuyo desarrollo está diferido: se expresa un juicio de valor que desvaloriza a cualquier sociedad que no esté industrializada. El hecho mismo de las profundas *diferencias* sirve para justificar las políticas expansionistas y las presiones en curso. En la actualidad, aunque los juicios se hayan tornado menos sumarios, no por ello dejan de revelar una orientación similar. Lo determinante siguen siendo las necesidades en materias primas (como lo manifiesta el "Rapport Paley" cuando traza las necesidades de los EE.UU., para el período 1950-1975) y la preocupación de mantener el *liderazgo* económico. En lo que respecta a este último punto no se carece de testimonios. K. Mandelbaum, al encarar la industrialización de las regiones "atrasadas", plantea un interrogante ilustrativo: "¿Qué pasará cuando las nuevas economías hayan alcanzado su madurez?" No plantea el problema sino para expresar —de modo implícito— el deseo de que se mantenga,

82 Cf. en especial para indicaciones acerca del papel desempeñado por el nacionalismo: D. R. Gadgil, Preconditions of Economic Development, en *Indian Economic Review*, febrero de 1952, pp. 17-18.

merced a la aceleración del progreso técnico, una amplia distancia entre los países avanzados y los países en vías de equipamiento[83]. El economista y demógrafo F. Notestein, expresa inquietudes aún más netas respecto de los riesgos a los que se expone la minoría constituida por los pueblos hoy poderosos y ricos. De modo inequívoco, este autor dice lo siguiente: "Si lanzaran un programa de modernización, las actuales potencias dominantes crearían, de hecho, un mundo que en el futuro llevaría a convertir a sus propios pueblos en minorías de más en más pequeñas que detentarían una porción cada vez más reducida de la riqueza y del poderío mundiales"[84].

Sería en vano subestimar el hecho de que —desde el punto de vista de las naciones dominantes— la actual importancia de los países subdesarrollados se explica, ante todo, por consideraciones de orden estratégico: constituyen una pieza clave en el campo de los antagonismos entre coaliciones. En este terreno, de un modo indirecto, los problemas del subdesarrollo han adquirido súbitamente un carácter de urgencia.

Algunos libros escritos por autores norteamericanos muestran la medida en que se han ido tomando predominantes las consideraciones de orden político. Las desigualdades excesivamente grandes entre las naciones se ven, sobre todo, como situaciones que crean condiciones favorables para la expansión del socialismo marxista. E. Staley lo subraya. Y trata de justificarlo desde el ángulo de la "doctrina": "Un elemento esencial de la estrategia comunista con vistas a la conquista del mundo es la idea de que el conflicto de clases es inevitable no sólo en el *interior* de las naciones —como ya lo han subrayado los marxistas— sino también *entre las naciones* que se hallan en diferentes niveles de desarrollo económico"[85]. Esta función de pieza clave del tablero que asumen los países menos avanzados debido a las luchas entre las potencias es algo ya viejo. J. Harmand la comprueba en los primeros tiempos de la colonización. Este autor presenta a esta bajo el cariz de una configuración que pone en tela de juicio, por lo menos, a tres elementos: dos sociedades dinámicas que se amenazan mutuamente buscan en un terreno de menor resistencia la fuerza adicional adecuada para reforzar su seguridad[86]. Por consiguiente, la actitud

83 *The industrialization of Backward Areas*, Oxford, 1947.

84 Estudio de F. Notestein en: Demographic studies of selected areas of rapid population growth, *Milbank Memorial Fund*, New York, 1944.

85 Cf. la obra muy reveladora de E. Staley, *The future of underdeveloped countries*, New York, 1954; la cita de la página 124.

86 J. Harmand, *Domination et colonization*, París, 1910.

adoptada respecto de los países subdesarrollados ya aparecía condicionada por los conflictos latentes que oponían a las grandes sociedades rivales. Consideremos esta *característica duradera* de las relaciones entre sociedades globales, entre sociedades-naciones.

Acabamos de mostrar la medida en que el análisis del hecho del subdesarrollo lleva a prestar una atención más precisa a los aspectos de relaciones: estos son los que lo "revelan" y acusan su presencia. Pero, es necesario ir más allá de la mera constatación.

II. LA NATURALEZA DE LAS RELACIONES ENTRE SOCIEDADES DE DESARROLLO DESIGUAL

La larga permanencia de las relaciones desiguales, en particular en la forma de relaciones coloniales o paracoloniales, ha sido objeto de diversos estudios, incluido el trabajo con el que Lenin quiere hacer la crítica marxista del sistema internacional. Se han hecho varios intentos de explicar este fenómeno de prolongada duración. La mayoría son vulnerables, sobre todo los intentos que se empeñan en apelar a inciertas "leyes naturales". Aparece, en este caso, una transferencia de argumentos del plano biológico al plano social que es característico de la segunda mitad del siglo XIX. J. Harmand, teórico de la colonización a comienzos de siglo, no deja de recurrir a este tipo de análisis al dedicar una serie de consideraciones a la "expansión natural"[87]. Luego de haber señalado que "la necesidad de expansión se halla por doquier en la naturaleza", sostiene que se funda —en el caso de las sociedades humanas— en "el instinto de duración o de conservación que se potencia con el instinto de seguridad". Una ley vital haría de la posibilidad de expansión la condición necesaria para toda sociedad que quisiera "perseverar en su ser".

Ya no es posible contentarse con explicaciones tan simplistas. Pero, sigue siendo frecuente el enfoque del desarrollo de las sociedades más avanzadas como un hecho que debe aparejar su *expansión geográfica* y su *presión* sobre algunas sociedades más débiles. La presión originada por el progreso de las técnicas y de las fuerzas productivas y por el crecimiento demográfico, no permitiría otra salida. Fanno, dentro de los límites de su teoría económica de la colonización, considera a esta como correspondiente a una necesidad de los países industrializados con población creciente y de los países en vías de industrialización. Tanto en uno como en otro caso, los problemas planteados no podrían hallar solución de un modo exclusivamente interno. Las relaciones desiguales, resultantes de esta búsqueda de apoyos externos, provocarían, en-

87 Véase el capítulo que lleva este mismo título en *Domination et colonisation*.

tonces, un efecto de consolidación de los países de economía industrial[88]. Este enfoque, cuyo contenido reside en el reconocimiento del hecho de que las sociedades entran en relación debido a fines ante todo económicos, requiere, no obstante, una precisión. Los procesos que pone de manifiesto se refieren, todos, a una expansión económica de tipo capitalista. Y justamente a este aspecto el sociólogo R. König presta atención: señala que las dificultades contra las cuales chocan los viejos pueblos coloniales reconocen su causa no solo en el atraso de las técnicas sino también en el hecho de que sus tentativas de desarrollo acelerado están ampliamente condicionadas por el sistema capitalista tradicional[89].

Uno de los estudios más provocativos publicados en el período de los años 50 se debe al economista S. H. Frankel. La desconcertante definición del concepto de colonización que este autor formula —como una modalidad determinada de relaciones entre sociedades diferentes y de poderío desigual— no nos aleja demasiado, sin embargo, de las observaciones precedentes. Frankel, después de haber consignado el carácter impreciso de la terminología, subraya que las tentativas de explicar los procesos de colonización no son satisfactorias puesto que no llegan a las raíces del fenómeno, a saber: las fuerzas fundamentales del crecimiento económico (*fundamental forces of economic growth*). En esta nueva dirección conduce Frankel su análisis.

No quiere encarar la colonización solo en la forma de las relaciones establecidas entre una metrópoli y sus dependencias. Considera que el fenómeno es más complejo y, a la vez, no tan exactamente localizado. Todo período de desarrollo económico exige no solo transformaciones en el interior de las sociedades que han tomado la iniciativa en ese sentido, sino también referir el proceso a otras sociedades, hasta entonces exteriores al sistema. Este período entraña un nuevo orden de relaciones en el seno de las sociedades más dinámicas (aspecto interno de la colonización) y, al mismo tiempo, suscita relaciones inéditas con el exterior. De este modo, surgen nexos de carácter complejo "entre las viejas y las nuevas estructuras de la actividad humana", entre sociedades de "viejo" tipo y sociedades de tipo "moderno". Frankel, al proponer una inesperada interpretación, señala: "La colonización no es nada más ni nada menos que el proceso de desarrollo económico y social en escala macroscópica y microscópica"[90]. Al negarse a

88 *Op. cit.*, el final del cap. V, pp. 153 y ss.

89 R. Köning, Introduction à une sociologie des zones dites "sub-desarrolladas", en el Congreso Internacional de Estudio del Problema de las Zonas Subdesarrolladas, *Aspects sociologiques*, Milán, 1954, p. 8.

90 S. H. Frankel *The economic impact on under-developed societies*, Oxford, 1953, p. 11.

aceptar la oposición dicotómica entre metrópolis y territorios coloniales, entre las llamadas sociedades desarrolladas y las llamadas subdesarrolladas, Frankel sostiene que en todas partes las fuerzas que producen o frenan el cambio son las mismas. Señala que en cualquier sociedad "el proceso de crecimiento económico y social está unido al surgimiento de nuevas estructuras económicas y sociales". De aquí su definición: "La colonización es el proceso por el cual tales estructuras se ven requeridas y surgen"[91]. A lo largo de todo este análisis se capta una identificación directa de la colonización con el crecimiento económico (*economic growth*), del proceso de colonización con el proceso de cambio estructural.

Se impone una extrema reserva frente a esta concepción no habitual y, sobre todo, parcial. Esto último en el sentido de que considera los procesos de desarrollo sin diferenciar los sistemas económicos en el interior de los cuales este se efectiviza. Sin embargo, el citado estudio plantea y unifica observaciones importantes. Insiste en el hecho de que el desarrollo económico se opera a partir de focos limitados y que está vinculado con transformaciones estructurales de carácter *interno* y *externo*. De este modo, pone de manifiesto los aspectos de relaciones acerca de los cuales nosotros tanto insistimos. Dicho estudio muestra que las relaciones desiguales entre "desarrollados" y "subdesarrollados" no son unívocas sino que tienen un carácter "recíproco" que es, al parecer, "uno de los rasgos más significativos" del proceso de colonización[92]. No hay duda, por cierto, de que tales efectos de retorno (y el temor que suscita su posibilidad) contribuyen a las hesitaciones e incertidumbres de las sociedades avanzadas en relación con los problemas planteados por los países en vía de desarrollo.

Las "teorías" que acabamos de mencionar introducen, en primer lugar, de modo implícito, la cuestión de la *extensión* y de los *límites* de las sociedades globales. Las fronteras entre estas jamás se hallan consolidadas a la manera en que lo muestran los atlas. La doctrina de "la frontera móvil", tal cual prevalecía en el siglo XIX para justificar la ocupación de las tierras pretendidas "libres", demuestra que las sociedades globales pueden dejar subsistir amplias zonas indefinidas en los márgenes de sus territorios. Nos vemos así en la necesidad de introducir consideraciones acerca del espacio y de las dimensiones.

Los economistas han intentado "un análisis general del fenómeno de las fronteras"[93]. Se han esforzado por determinar los nexos existentes entre el "espacio estático" y el "espacio económi-

91 *Ibid.*, p. 11.

92 *Ibid.*, página 9.

93 C. Ponsard, *Economie et espace*, París, 1955, en especial las pp. 219-225.

co". Uno de ellos, C. Ponsard, señala que "la frontera no se sitúa en el plano económico como un continente respecto del contenido... (sino que) establece mojones que marcan la discontinuidad en las áreas que atraviesa". Este autor aporta una definición útil, pero no por ello deja de subrayar que la teoría es algo difícil de construir. A partir de estas observaciones, se debe consignar en qué medida las sociedades "subdesarrolladas" son aquellas en las cuales las discontinuidades se hallan menos nítidamente afirmadas: su nivel técnico y económico no les ha posibilitado disponer de límites firmemente defendidos. También llevan en su seno las fronteras que desde el exterior les trazan las sociedades "equipadas" debido a sus competencias "por el territorio económico". Las discontinuidades que las desglosan y las separan son producto de enfrentamientos ajenos a las sociedades "subdesarrolladas". Una expresión de esta situación la tenemos en el hecho de que ciertas sociedades "débiles" tratan de crearse fronteras casi estancas, a cuyo abrigo conservarían el dominio sobre su desarrollo económico. Consideremos este primer punto. En un mundo en el que existen sociedades globales competitivas, las modificaciones que afectan a las sociedades más poderosas implican, sobre todo, a dichas "lejanas fronteras" que marcan a los países menos dotados de zonas de influencia. La transitoria correlación de fuerzas entre las potencias se establece en el espacio perteneciente a estos países y a sus expensas.

Estas observaciones llevan a ver que las sociedades "avanzadas" y las llamadas "atrasadas", no están edificadas en una misma *escala.* Ello, cualquiera que sea su respectiva importancia en el mapa mundial. Sociedades tan masivas como China y la India no estuvieron verdaderamente organizadas a nivel de su territorio nacional durante un prolongado período. Primeramente, estas sociedades son, al parecer, un conjunto de comunidades campesinas mal vinculadas entre sí: recordemos la expresión que se convirtió en una trivialidad (y que ahora es parcialmente inexacta) según la cual la India era "el país de las 700.000 aldeas"[94]. Este hecho se hace inmediatamente visible cuando se considera a los países africanos que se esfuerzan —apoyándose en los movimientos de carácter unitario— por lograr el predominio de conjuntos políticos de una mayor amplitud. En su gran mayoría, las sociedades en desarrollo son aquellas que controlan los espacios económicos más pequeños y que siguen siendo, a menudo, las sociedades más debilitadas por los particularismos. Esta doble característica se

94 Recordemos también que Radcliffe-Brown —al definir a la sociedad china como esencialmente campesina— ha sugerido que se emprenda su estudio mediante intensivas encuestas acerca de las "pequeñas áreas sociales", para posteriormente generalizar sus resultados.

explica por el nivel de sus técnicas materiales —de ordenamiento del espacio y de producción— y por sus métodos de organización social.

Se debe subrayar *la diferencia de tamaño.* Las sociedades más avanzadas desde el punto de vista técnico y que, al mismo tiempo, están organizadas en escala mayor —naciones, federaciones y confederaciones— no entran en relación con las sociedades "menos desarrolladas" sino sobre un pie de desigualdad. Esas sociedades tienden a inscribir a estas dentro de los límites de su espacio económico y político en forma duradera. Desde este punto de vista, el proceso de colonización resulta, al parecer, revelador: conduce al ordenamiento de conjuntos de grandes dimensiones sobre la base de una diferenciación económica y de una desigualdad esencial entre elementos preexistentes, pero no hace sino poner de relieve un tipo de relaciones cuya capacidad de resistencia no debe subestimarse. La "física" de las relaciones internacionales impone dicha relación con la fuerza de una ley.

Sin embargo, es inevitable que los efectos de dominación se vean *frenados:* debido a los antagonismos y a la competencia entre las potencias y a los cambios operados en el interior mismo de las sociedades subdesarrolladas. En la medida en que tiende a incrementarse el número de sociedades más desarrolladas, el control del juego político internacional se debilita a favor de los coparticipantes más desfavorecidos. Si aceptamos la terminología que se ha citado hace un momento, podemos reconocer que los problemas más importantes de nuestra época están vinculados con el surgimiento de nuevas sociedades organizadas en gran escala. Los problemas planteados por el subdesarrollo, en gran medida, están condiciondos por este ascenso de nuevos grandes conjuntos sociopolíticos. Al respecto, no puede dejarse de consignar hasta qué punto estamos desarmados para el tratamiento de problemas que se plantean con tal amplitud.

A esta altura, es necesario retomar una observación hecha al comienzo: las llamadas sociedades desarrolladas y las llamadas subdesarrolladas, cuando se las compara entre sí, parecen ser *heterogéneas* en una medida superlativa. La diferencia se comprende con facilidad: a lo largo de su historia, se han destacado en los más diversos sectores de la actividad humana; todas muestran un avance considerable en alguna esfera y un atraso en alguna otra. Los estudios de los antropólogos en el curso de las últimas décadas se han empleado en la lucha contra el etnocentrismo (el hábito que tenemos de clasificar las sociedades a partir, únicamente, de nuestras pautas) y para expresar el valor particular de toda sociedad (en cierto modo, los puntos que indican que se trata de una sociedad desarrollada). Esto se admite de aquí en más con mayor amplitud —y constituye una reciente adquisición de las ciencias del

hombre[95]— pero exige ser completado. Cuando las sociedades globales entran en relación, se debe a razones económicas: abrir los circuitos del intercambio. La reciprocidad —que *siempre es relativa*— no interviene sino en el caso de sociedades situadas, aproximadamente, en el mismo nivel socioeconómico. Cuanto más pronunciada es la diferencia y cuanto más se la reconoce (y ello ocurre en la medida en que el progreso de las comunicaciones ha diversificado y multiplicado los contactos) tanto más desiguales tienden a ser las relaciones establecidas. Aunque la diversidad de las sociedades globales —como consecuencia de una generalización de las relaciones— se estructure en una *clasificación* jerarquizada y justificada por las ideologías.

Se trata de un fenómeno captado por autores de distintas épocas. J. Harmand, a quien debemos una de las obras fundamentales de la teoría de la colonización francesa, utiliza el concepto de heterogeneidad al señalar la "expansión de las naciones". Según él, esta no podrá realizarse sin que haya violencia y dominación "en tanto la humanidad no se torne sensiblemente homogénea"[96]. Tiempo después, el historiador británico E. A. Walcker también sostiene que las relaciones desiguales no dejarán de existir entre sociedades globales sino el día en que todos los pueblos de la Tierra sean relativamente homogéneos "en todos los planos de la vida". Más recientemente, el sociólogo R. König indicaba que el problema del subdesarrollo —desde el punto de vista de su disciplina— aparece "como un problema originado por el encuentro de diferentes sistemas sociales", al tiempo que "uno de los sistemas se halla más evolucionado que el otro"[97] No solo se establecen relaciones desiguales con motivo de este encuentro sino que también se producen transformaciones estructurales importantes en el seno del sistema más débil. *La conjunción de estas dos características* es uno de los elementos de la definición del subdesarrollo.

III. LAS ACTUALES RELACIONES ENTRE "DESARROLLADOS" Y "MENOS DESARROLLADOS"

Marx sostiene en el prefacio a "El Capital" que los países más avanzados debido a su capacidad industrial le muestran a los países

95 Se ha desarrollado una controversia entre R. Callois, defensor de la preeminencia de la civilización occidental y C. Lévi-Strauss, quien sostenía el respectivo valor de las diferentes civilizaciones y demostraba que toda revolución en materia de civilización es —según la ya citada expresión— el fruto de una verdadera "coalición cultural". Cf. C. Lévi-Strauss, Diógenes couché, en *Les Temps modernes*, Nº 110, 1955.

96 *Domination et colonization*, pág. 32.

97 Estudio ya citado.

atrasados la imagen de su futuro[98]. Hay que preguntarse cuál es hoy en día el alcance de esta afirmación. ¿Existe entre ambos tipos de países una relación de maestro-alumno? ¿Los viejos procesos de desarrollo deben repetirse hasta el punto de tener el valor de una enseñanza incuestionable? Los teóricos que han tratado de dar una respuesta a esas dos cuestiones —como el economista estadounidense A. Gerschenkron[99]— con frecuencia han concluido recordando las dificultades para extraer enseñanzas de la historia. Es conveniente insistir en los rasgos distintivos, aunque solo fuera para contener la tentación de importar modelos de desarrollo mal adaptados a las condiciones peculiares de la sociedad receptora.

a). En primer término, subrayemos el hecho de que los estímulos al progreso técnico y económico son en parte de orden *externo*. En ningún caso se da esa lenta preparación que ha hecho "madurar" la revolución industrial de los siglos XVIII y XIX en Inglaterra[100]. Los países atrasados, por causas que hacen a sus rasgos culturales específicos y a la situación de dependencia directa o indirecta que han conocido o conocen todavía, han sido llevados a un desarrollo económico cuyo control casi no ha estado en sus manos. Se han enfrentado con una doble exigencia: realizar el progreso —a un rápido ritmo—, lo que exige una auténtica mutación económica y social; someterse a un proceso de desarrollo, incompleto y defectuosamente integrado en el plano local, que obedece más a requerimientos de orden exterior que a los de orden interno. Esta situación explica la intensidad de la reacción nacionalista en toda sociedad en curso de mutación. También explica el hecho de que —una vez conquistada la independencia política— se ponga el acento en la conquista de la "soberanía económica". Sin esta —al decir de un sociólogo indonesio— "la soberanía política estaría vaciada de todo contenido"[101].

Pero, este carácter externo de las condiciones del desarrollo puede asimismo entenderse en otro sentido. En su mayoría, los instrumentos del progreso económico se introducen desde afuera: imponen una brutal discontinuidad en relación con los medios tradicionales de producción y con las relaciones sociales que estos implican. El fenómeno es tanto más acusado por cuanto los países

98 Prefacio de la 1a. edic.: "Los países industrialmente más desarrollados no hacen más que poner delante de los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir".

99 Cf. A. Gerschenkron, Economic Backwardness in Historical perspective, en *The Progress of Underdeveloped Areas*.

100 Cf. el capítulo titulado: "La sociología de las mutaciones".

101 Khouw Bian Tie, The development of M iddle Class in Indonesia, 29a. sesión de la I.N.C.I.D.I., 1965.

en vías de desarrollo —a fin de poner remedio a una situación que los mantiene en una posición de inferioridad— se ven inducidos a adquirir las técnicas más modernas. Así, se ven los esfuerzos hechos para el desarrollo de la industria pesada del tipo más avanzado o —como en el caso de la India— la voluntad de acceder a la industria fundada en la energía atómica. Tales focos de modernismo aparecen durante largo tiempo como elementos "extraños". Originan una ruptura brutal entre el medio industrial y el medio tradicional. Y, en estas condiciones, el "costo social" del progreso es, al parecer, más gravoso que en el caso de las sociedades de Europa Occidental que realizaron la primera revolución industrial[102].

b) En segundo término, es importante destacar cuánto más apremiantes son los requerimientos del "progreso" para las sociedades hoy en desarrollo diferido de lo que lo eran para las sociedades de Europa Occidental durante los dos siglos anteriores. Las causas son muchas, pero por lo menos dos se imponen a la atención de modo inmediato. El crecimiento demográfico —como consecuencia de la difusión de los procedimientos sanitarios modernos— va muy por delante del incremento de los medios de producción. La multiplicación de los puntos de desequilibrio social y económico es el producto de un crecimiento económico incompleto y condicionado desde el exterior. La urgencia a la que se enfrentan los gobiernos para aportar soluciones a los problemas planteados, la posibilidad de introducir técnicas complejas, conducen a reivindicar un desarrollo *acelerado*. No se puede concebir que el proceso gradual que conoció Occidente pueda repetirse. Un devenir lento envolvió aquí en un mismo movimiento las transformaciones económicas y las sociales. Fue único y no se reprodujo, inclusive en Europa, en la época en que Alemania construyó su poderío industrial. En cambio, las sociedades en las cuales se lleva a cabo una modernización *tardía* y *rápida* no han podido alcanzar sus fines sin apelar a técnicas económicas y políticas que implican coacciones y que provocan una suerte de "marcha forzada" hacia el progreso. El ejemplo del Japón es, al parecer, revelador. Este país se ha erigido en sociedad industrial recurriendo a una exaltación del prestigio nacional y a una política autoritaria que operó en detrimento de las libertades civiles[103]. No cabe, a riesgo de ser ingenuos, subestimar estas coacciones. El rápido desarrollo económico exige un modo de organización y métodos de intervención que no pueden

102 Cf. el capítulo que lleva este título en la Segunda Parte.

103 Cf. T. Veblen. The opportunity of Japan, en *Essais in our Changing Order*, N. Y., 1934. y G. B. Sanson, *The Western World and Japan*, N. Y., 1950.

inspirarse únicamente en el ejemplo occidental. Según la sugestiva fórmula de A. Gerschenkron se requiere "un New Deal de las emociones"[104].

c) En tercer témino, en la medida en que toda sociedad que desarrolla sus fuerzas productivas tiende a expandirse, hay que destacar la diferencia fundamental entre las "oportunidades" actuales y las que se les presentaban a las llamadas sociedades avanzadas en la época de su revolución industrial. Estas encontraban amplias posibilidades de expansión en las zonas deprimidas que ocultaba el mundo del siglo XIX. Para estas sociedades —retomando la expresión de J. Ferry— "la política colonial es sin mayores dificultades hija de la política industrial". Pudieron asegurar su progreso apoyándose en los países económicamente atrasados, poniéndolos a su servicio, ampliando la cantidad de estratos sociales beneficiarios de la relación entre naciones desiguales. La situación de aquí en más es totalmente distinta, casi inversa. Las sociedades en vías de transformación están sometidas a una fuerte presión sobre sus fronteras. Se deben insertar dentro de una red de intercambios vigorosamente controlados por las "potencias". Acceden a la actividad económica moderna en un momento en que el mercado mundial está estructurado a expensas de ellas. La solución está lejos de depender solo de las sociedades en vías de transformación. La dinámica de "lo de afuera" domina sobre su propia dinámica.

d) En fin, si es verdad que el desarrollo no es solo un proceso de orden material y técnico, se hace necesario prestar la atención más minuciosa a las condiciones culturales y sociales con las cuales dicho proceso se halla vinculado[105]. El desarrollo produce discordancias y rupturas y, a la vez, aparece como un complejo de cambios interdependientes que tiende a engendrar nuevos ordenamientos.

Subrayemos, al menos, los puntos más destacables. Si hubieran permanecido aislados dentro de sus respectivas fronteras, ni las civilizaciones asiáticas, ni el mundo musulmán o negro africano hubieran acordado una prioridad absoluta a las actividades técnico-económicas. Estas civilizaciones expresan otras modalidades de existencia, otras opciones, que acentúan la discontinuidad entre los objetivos modernos que se ven inducidas a perseguir y el dinamismo que ocultan bajo sus formas tradicionales. Por otro lado, los países atrasados acceden al progreso material en un momento en que se impone la organización de conjuntos políticos de gran extensión, mientras que las sociedades pertenecientes a esos países, a menudo, se hallan estructuradas en una escala reducida y debili-

104 *Op. cit.*

105 Sobre algunos aspectos negativos véase el capítulo de la Segunda Parte titulado: "El costo social del progreso".

tadas por los particularismos. Tienen que construirse en tanto naciones o federaciones *al tiempo* que se modernizan y se industrializan; dos fases que estuvieron separadas (o al menos diferenciadas) en el caso de la historia europea. Los países en vías de desarrollo intentan abrir la posibilidad de una alternativa en lo referente al modelo que consideran conveniente adoptar, sobre todo en la medida en que el proceso de modernización no es solo la resultante de un movimiento interno sino que revela también el juego de factores exteriores. Tratan de convertir en algo favorable lo que es una desventaja: transformar las relaciones exteriores y la *aculturación* en la ocasión para hallar *nuevas alternativas*[106]. Para estos países no existen las fases "necesarias" del desarrollo (en el sentido en que el capitalismo ha representado una fase ineluctable del progreso de Europa Occidental), sino la capacidad (o no) de apelar a fórmulas que parecen más eficaces por ser las más apropiadas para las condiciones locales. Esta opción no está exenta de incertidumbres y conflictos por causas que hacen tanto a la correlación de fuerzas socioeconómicas en el plano local y a la repercusión internacional como a la adopción de determinado modelo.

Estas observaciones, además de los hechos culturales considerados en otra parte de esta obra, revelan bastante el carácter *específico* del proceso de desarrollo que afecta a los llamados países atrasados. Es útil recordar que este proceso tiene implicaciones y consecuencias *exteriores* al país que lo vive. Por consiguiente, volvemos a toparnos con el aspecto de relaciones, incuestionablemente fundamental. La transformación de las relaciones internacionales, en el sentido de la ayuda en capital y en medios técnicos y de una reorientación del comercio exterior apta para una mejor acumulación del capital local es, al parecer, indispensable *sino suficiente*. Además, el progreso de las zonas en desarrollo modifica las relaciones de fuerza y afecta los mercados de los países industriales. Diversos estudios han indicado estos efectos al analizar los procesos de industrialización: la influencia destructora sobre el mercado, las competencias agudizadas en ciertos sectores industriales. Estos efectos deben ser compensados, en parte, por la demanda de bienes de inversión y de nuevos productos, que se produce como consecuencia de una primera capitalización y de una elevación de los niveles de vida. Sin embargo, los riesgos parecen ser sumamente grandes a los ojos de ciertos representantes de los países ricos. Una obra como la de Staley, *The Future of Underdeveloped Countries*, es expresiva en este sentido: si los EE.UU. no quieren (o no pueden) bloquear la industrialización de los países atrasados, tiene, empero, la preocupación de mantener

106 Véanse las consideraciones finales del capítulo "Las dinámicas sociales".

su "*liderazgo* industrial" (*industrial leadership*). Asimismo son significativas las dificultades contra las cuales se choca en las Naciones Unidas para obtener un acuerdo de las grandes potencias sobre la creación de un fondo de ayuda a los países en desarrollo. Estas dificultades ponen de manifiesto las incertidumbres y las inquietudes de esas potencias tanto como sus antagonismos mutuos.

Si el problema del subdesarrollo exige para su solución la transformación de las estructuras internas, requiere al mismo tiempo un reordenamiento de las relaciones internacionales. En este terreno, es insuficiente y en buena medida ilusorio *esperar* una colaboración intensiva que asocie a todas las naciones y sea capaz de reactivar las inversiones y el intercambio comercial. Solo es posible la introducción de nuevas naciones en el sistema de la economía moderna, la construcción de nuevos conjuntos sociopolíticos, si los países "avanzados" mismos llevan también a cabo las mutaciones necesarias. La impotencia del Tercer Mundo *se alimenta* en las desigualdades y las dependencias, en las que dichos países "avanzados" basan y conservan provisoriamente su poderío.

IV. Los mitos políticos de la colonización y la descolonización

En Africa, al sur del Sahara, la colonización se impuso a sociedades que ciertos etnólogos consideraron (lo consideran aún) sometidas al dominio del mito. A tal punto, que varias sociedades —en particular, los Dogones del Sudán occidental— son más conocidas por la imagen que el mito *ha reflejado* de ellas que por un estudio objetivo y directo de las relaciones sociales, de las estructuras sociales. El mito aparece, por consiguiente, como *la* condición de todo "conocimiento profundo" —según la expresión de Marcel Griaule, que ha quedado como fórmula de la conducta científica de los continuadores de su tarea. El mito se convierte en la fuente de todo conocimiento, el modelo al cual se refieren las sucesivas generaciones para conservar el orden de cosas: un determinado estado de las relaciones sociales, un determinado ordenamiento de los temas culturales. Si se expresa este punto de vista apelando a otro lenguaje, se puede afirmar que el mito —situado desde esta perspectiva— parece encarnarse o materializarse en tiempos inmemoriales para *hacerse sociedad y cultura*. Y la referencia al mito —retomada de generación en generación— permitiría la reproducción de estructuras primordiales. Según este punto de vista, el mito impondría su dura coacción para mantener a la sociedad y a la cultura fuera de las turbulencias de la historia.

Es útil, por otra parte, consignar que las interpretaciones que se refieren de manera ciega a los contenidos de las mitologías en materia de explicación de las relaciones sociales, son las mismas que subestiman (o desprecian) las vicisitudes sufridas por las sociedades a las cuales se denomina —a menudo y por pereza mental— "sin historia". Si es preciso mencionar de entrada un punto de vista semejante es porque revela una auténtica devoción hacia el mito. Una devoción que deforma los hechos y a la que se le escapan aspectos esenciales.

En las sociedades de tradición oral —como lo son la mayoría de las sociedades africanas precoloniales— el mito cumple, sin duda,

---

107 Extraido de los *Cah. intern. de Sociol.*, XXXIII, 1962. Texto de una comunicación a un coloquio que tuvo por tema "Signification et fonction des mythes dans la vie et la connaissance politiques", publicada con el título de "Les mythes politiques de colonisation et de décolonisation en Afrique". Versión revisada.

una función conservadora. Mediante los medios simbólicos que le son peculiares encubre un determinado conocimiento. El mito hace las veces de génesis; incorpora poco o mucho una teoría de la naturaleza; da cuenta de la aparición del hombre y del surgimiento de una cultura, etcétera. Estos aspectos, por lo general, son reconocidos. El mito, con sus prolongaciones legendarias, también hace las veces de archivo. A menudo recuerda las migraciones y las lejanas peripecias, evoca a los clanes originarios y a sus presuntos fundadores. Asimismo puede sugerir las condiciones de aparición de tal o cual sistema de autoridad política. Esto es admitido, por lo común, pero me parece que el mito plantea un discurso de otra naturaleza y ello es útil para nuestro propósito. El mito involucra *una parte de ideología*, incluso en las sociedades con tradición oral e inclusive antes de la colonización. Cumple una función justificante con la cual saben jugar perfectamente los custodios de la tradición, los detentadores y beneficiarios de la autoridad. Se trata, además, de lo que B. Malinowski precisamente había visto y recordado en su poco conocida obra: *Los fundamentos de la fe y de la moral*[108]. En ella sugiere que se debe considerar al mito "como un código social concerniente a la forma existente de la sociedad con su sistema de distribución del poder, del privilegio y la propiedad". Este enfoque, pues, no solo es asunto mío sino que ya había sido sugerido por Malinowski. Si se lo adopta, se puede captar mejor lo que hay de semejanza interna entre el mito y la ideología política. Lo que también permite explicar el cambio de significación; es decir, el tránsito del mito en el sentido "clásico" al mito en el sentido en que lo podía entender G. Sorel.

Una vez hechas estas menciones sumarias, conviene considerar la influencia de la colonización. La intrusión colonial, en sus diversas expresiones y en sus distintas fases, ha afectado en forma muy destacada la vida de muchas leyendas y mitos africanos. Los retoques, las modificaciones de temas, expresan en el idioma del mito las vicisitudes vividas, los problemas planteados a los hombres y a su sociedad debido a la situación colonial. Es importante, empero, distinguir varios momentos con el fin de ordenar mejor el análisis. Yo consideraré tres que involucran procesos bien diferenciados y revelan las diversas "utilizaciones" del mito. Un primer momento es el de la identificación del "hecho colonial", seguido de su interpretación y su aceptación. El hecho colonial se experimenta: mal que bien se lo debe tratar para encontrarle su lugar. Un segundo momento es el de la reacción ante la dominación colonialista. Un tercer momento es el de la reivindicación de la independencia y del desplazamiento —en esta etapa— del mito hacia la ideología política, y luego hacia la doctrina política.

108 *The Foundations of Faith and Morals*, Londres, 1936.

Luego de esta presentación del índice temático me parece útil agregar dos observaciones complementarias. Toda administración colonial ha tratado de poner en pie un aparato despolitizado; por consiguiente, se ha esforzado por desterrar la política de todas las manifestaciones de la vida indígena. Esta empresa de *esterilización de la actividad política*, en el nivel en el que operaba normalmente antes de la colonización, tuvo como consecuencia un verdadero *fenómeno de transferencia*. Al punto que las reacciones políticas respecto de la relación colonial se expresaron, primeramente, de modo indirecto como en el caso de los nuevos movimientos religiosos, sincréticos y cargados de intenciones revolucionarias. Dicha reacción no se produjo en el lugar donde cabía esperarla porque el aparato colonialista tuvo como objetivo —cualquiera que fuese el régimen de dominación— el congelamiento, en cierto modo, de la vida política indígena. Si es así, se comprende mejor por qué las intenciones políticas modernas, determinadas por la situación colonial, se han expresado *ante todo* y se han ocultado, en cierto modo, bajo el manto del mito. Este es un proceso que no debe subestimarse.

La segunda observación es la siguiente: hasta hace poco tiempo —hasta el momento de las independencias— el objetivo político dominante de la mayoría africana (aun de la silenciosa) era la negación de la situación colonial, la conquista de la independencia. Es decir que los principales temas políticos expresan el rechazo a la inferioridad, subrayan la voluntad de superar o de transformar la relación de desigualdad establecida por el colonizador. Se trata de dos observaciones que señalan las referencias indispensables y justifican la elección de los "casos" y el modo de interpretación que creo justo emplear.

I. Primer momento: *el mito y la integración del hecho colonial*. En su origen, la colonización aparece como una intrusión. Introduce interlocutores, bienes y valores extraños; extraños y, en cierto modo, desconcertantes. Para quien sufre la dominación resulta indispensable "situar" esos nuevos agentes y elementos. También le es importante "manejarlos" lo más posible con el fin de reducir el desorden y las perturbaciones factibles de producirse a causa de su irrupción. En este caso, el mito recompuesto y adaptado permite hacer inteligibles esos factores de perturbación que constituyen los valores, los bienes y los interlocutores impuestos por la colonización en el momento de su establecimiento. Por otro lado, el ritual que necesariamente está unido al mito —o la imitación del ritual que es un sucedáneo moderno— aparece a los ojos de muchos como el sometimiento de dichos elementos insólitos y modificadores.

Quisiera superar esta verificación muy general formulando algunos ejemplos, aun simplificados. Si se trata de valores, en especial

de los valores religiosos, el *sincretismo* se convierte en un medio para captarlos e integrarlos. El culto *bwiti*, que yo he estudiado entre los fang de Gabón, revela el proceso con nitidez. Este culto ha asociado temas cristianos a los temas míticos que fundamentan los principales cultos tradicionales. Este ha tratado de competir con el cristianismo de los misioneros presentándose como una "gran religión". El sincretismo permite captar de modo indirecto los valores del colonizador y rivalizar eventualmente con este.

Si se trata de los primeros bienes materiales introducidos por el trueque o por la trata, se comprueba que su uso fue durante la primera etapa colonial principalmente *simbólico*. Estos bienes importados, muy apreciados, fueron asociados a los símbolos materiales que garantizaban los intercambios matrimoniales. Se convirtieron en signos de autoridad y prestigio y en elementos de uso privilegiado de los jefes y los notables que, en cierto modo, los capitalizaron. Tales riquezas se insertaron, a veces, en la red de intercambios donde interviene la guerra de prestigios. Intercambios que pueden hacer recordar a un dualismo antagónico, homólogo del que rige la estructura de los mitos. He descripto este fenómeno en un volumen de los *Cahiers internationaux de Sociologie*[109] al considerar al *Bilaba* de los fang del Camerún. Al respecto, he demostrado cómo fueron utilizados los bienes producto de la trata en una guerra de prestigios, que es también una guerra de riquezas (para retomar la expresión de M. Mauss), lo que exhibe el simbolismo que signa el pensamiento dualista de los pueblos del Sur del Camerún.

Si ahora se trata de los interlocutores introducidos por la colonización, los procesos involucrados se deben examinar de una manera más atenta puesto que conciernen más directamente a nuestro tema. La efigie o imagen de los colonizadores-tipo —el administrador, el comerciante, en ciertos casos el misionero, hasta el etnólogo— a veces se halla asociada a las figuras que componen la "sociedad de máscaras". Al respecto creo útil recordar que uno de mis colegas que realizaba una investigación en Sudán, al estudiar las manifestaciones de la "sociedad de máscaras" en el país de los dogones, quedó sorprendido al ver evolucionar una máscara de reciente factura, cuya significación no era inmediata y que representaba, sencillamente, al etnógrafo en su trabajo. En cierta forma se ejerce, así un *dominio ritual* sobre personalidades consideradas representativas de la sociedad colonial. Se trata de un dominio ritual que *invierte imaginariamente* las relaciones de subordinación existentes en la vida cotidiana. Ese misionero, ese administrador, ese comerciante, que figuran en calidad de "personajes" insertos en

109 Cf. Phénomènes sociaux totaux et dynamique sociale, en *Cah. intern. de Sociol.*, XXX, 1961. Remitirse también a la conclusión del trabajo *Sociologie actuelle de l'Afrique noire*, París, 3a. edic., 1971.

la sociedad de máscaras, son manipulados por los responsables de la asociación mientras que en la realidad, en tanto la situación colonial no es abolida, prevalece la situación inversa.

Tenemos casos más significativos: en las regiones más perturbadas por la colonización o en algunas ciudades africanas a menudo se han establecido asociaciones semirrituales modeladas de manera grosera según el patrón de la sociedad dominante y de sus funciones jerarquizadas. La bibliografía consagrada a estas instituciones es ahora muy abundante. Ha puesto de manifiesto, perfectamente, su carácter de "copia" de la sociedad y de las jerarquías coloniales. Tampoco está ausente la intención de hacer una parodia. En ciertos casos —y es la razón por la cual yo menciono aquí estos hechos— esta aprehensión de la sociedad blanca, de su orden y de sus poderes, se efectúa por intermedio del mito y del ritual. Con el fin de aportar una ilustración, me referiré a una película etnográfica muy conocida, a la cual J. Rouch ha titulado *Los amos locos*. Este documento presenta de manera precisa el fenómeno al que acabamos de aludir. Describe a la secta de los *Haukas* que apareció en Nigeria después de 1920 y se difundió a continuación en Ghana en el curso de los años 30. El culto concede amplio espacio a la crisis de posesión. Crisis que aparece como un juego trágico y a la vez cómico, en cuyo transcurso los adeptos se identifican con los personajes más diversos y representativos de la sociedad colonial: el gobernador, el general, el comandante de la guardia, el maquinista ferroviario, etcétera. De hecho, se trata de toda una serie de personajes que se convierten en elementos típicos del universo social de los blancos y de la civilización material que estos han introducido. En cierta forma, los miembros de la secta controlan, al realizar tales prácticas, las fuerzas desatadas por el colonizador y, al mismo tiempo, se benefician con una verdadera y eficaz terapia. No deseo comentar este "caso" en extenso, dado que el mismo es un ejemplo clásico. Sin embargo, era conveniente recordarlo porque ilustra significativamente lo analizado.

Hay que mencionar otros procesos más, distintos a los que hemos citado hasta ahora para este primer período definido por la identificación y la aceptación del hecho colonial. Aparecen ya algunos intentos que revelan una toma de conciencia "muy general" de la situación colonial. Por ello estos fenómenos nos interesan. En primer lugar, mencionaré la identificación de la inferioridad material; el reconocimiento de *la no-riqueza del colonizado* en comparación con la situación del colonizador. Esta deprimente toma de conciencia de la debilidad material y de la pobreza, se expresa —en diversas circunstancias y a nivel mítico— mediante temas que representan al colonizado como *víctima de una verdadera maldición*. Me permitiré referir aquí un ejemplo tomado de los fang de Gabón. Este pueblo ha elaborado una leyenda, llamada

leyenda del Nsas, que fue recogida en su versión moderna durante las últimas décadas del siglo pasado. Esta "tradición" es ilustrativa en la medida en que una de sus partes atribuye a una auténtica decisión divina la pobreza de los negros y la riqueza de los blancos. Me parece útil citar algunas de las fórmulas que ayudan a captar la intención profunda del relato: en un determinado momento, Dios (Nzamö) se dirige al negro y al blanco y les dice: "Tú, negro, levántate y ve a buscar mujer y puebla la Tierra; siempre permanecerás desnudo. Tú, blanco, serás rico, más rico inclusive de lo que has podido imaginar en sueños". La intención es clara. Por un lado, el que acumula únicamente capital demográfico[110]; por otro, el que capitaliza todos los bienes materiales. En esta forma el texto fue constituido hacia fines del siglo XIX: se trata de un momento en que se consolida la situación colonial e impone sus exigencias, su fuerza técnica y sus codiciados bienes manufacturados. Tiempo después, se esfumará el sentimiento de maldición pero se seguirá viendo al mundo del colonizador —y con una mayor nitidez— como el mundo del dinero y de las riquezas materiales. Los fang gaboneses —a los cuales acabo de aludir— sugerirán a las jóvenes generaciones, cincuenta años después de haber concebido la versión moderna de la leyenda del Nsas, que sigan la "vía europea". Es su fórmula. ¿Con qué fin? Ellos responden: "Para ganar dinero y hacerse poderosos como los europeos".

Los ba-kongos, otro pueblo que tuve la ocasión de estudiar "sobre el terreno", los ba-kongos de las inmediaciones de Brazzaville han expresado mediante su literatura oral sentimientos análogos: "El blanco ha partido de Europa —es el comienzo de una de sus poesías cantadas y danzadas— para ganar dinero, el blanco ha venido al Africa porque ha venido aquí a buscar dinero". Los mismos temas se repiten interminablemente: reconocimiento de la inferioridad material; reconocimiento de la desigualdad en la riqueza; identificación de la relación existente entre la dominación colonialista y el logro "del dinero". Aparece una toma de conciencia esquemática, como decía hace un momento, respecto de la situación colonial. Es así que se va precisando mediante un lento avance la toma de conciencia *popular* que amenaza al sistema de colonización.

II. A esta altura podemos considerar una etapa más decisiva y arribar al segundo de los momentos definidos. ¿Cuáles son *las relaciones entre el mito*, por un lado, y *la reacción ante la coacción colonial*, por el otro? Antes del período de organización

110 Lo que corresponde al "proletariado", dueño únicamente de su (progenitura) prole, según la definición inicial.

de los grandes movimientos nacionales modernos y del gran auge de la reivindicación de la independencia, las reacciones contra la relación colonial asumieron múltiples formas. A pesar de su diversidad, pueden reducirse a un limitado número de tipos, cada uno de los cuales significa un modo particular de inserción en el campo del mito. Por consiguiente, quisiera considerar los tres tipos principales con el fin de mostrar su relación —en lo atinente a la expresión— con los dominios delimitados por los mitos y los ordenamientos simbólicos.

a) Primer tipo, primer conjunto de fenómenos: los procesos de *rehabilitación* de los modos de ser y de las culturas africanas. En este caso, se trata de revalorizar en forma especial lo que ha sido desvalorizado por el colonizador: el estilo de vida, un determinado tipo de civilización y la organización original de las sociedades negras. En este sentido, el ejemplo de algunas de las comunidades cristianizadas es, al parecer, el más expresivo y el más sorprendente. En efecto, la Biblia, considerada como el mito escrito de los blancos, de los colonizadores europeos, se convierte en el libro de referencia en el cual los africanos aleccionados por las enseñanzas cristianas hallan la *justificación* de las características culturales y de las relaciones sociales que se cargan a cuenta de su "salvajismo". La Biblia relata cierto número de "costumbres" —la poligamia, las prohibiciones, los sacrificios— que también son valorizadas por los africanos. Estos rasgos aparecen cuestionados en una forma sospechosa e irracional por los misioneros y los colonizadores que han contribuido a imponer una ley muy represiva. Los africanos, al interpretar la Biblia, el mito escrito de los blancos, se descubren comparativamente parecidos al pueblo del Libro. Un parentesco noble, incuestionable, que realza su civilización y su sociedad.

Agreguemos que, más allá de ello, los africanos transforman las enseñanzas de los misioneros en un instrumento de su emancipación. El argumento del misionero no solo se vuelve contra él sino también contra la sociedad colonial en su totalidad. Jomo Kenyatta, el prestigioso líder nacionalista de Kenya, ha considerado esta inversión en su libro (*Facing Mount Kenya*) consagrado al pueblo kikuyu. Se podrían mencionar otros ejemplos porque esta situación se reproduce comúnmente en la parte del continente negro que se extiende desde el ecuador hasta el Cabo. Se impone una observación suplementaria. En muchos movimientos populares, la comparación de la comunidad negra con el carácter de la sociedad bíblica desempeña el mismo papel que la comparación que hacían ciertos medios intelectuales con el antiguo Egipto, sobre lo cual volveré en un instante. La referencia al libro sagrado en el caso de las masas débilmente cristianizadas y educadas, asume la misma significación que la referencia al antiguo Egipto en el seno de la "inteligentsia": la de una rehabilitación. Este es el

punto de partida de una *mitología militante* que se construye en forma progresiva. He aquí, pues, su primera manifestación.

b) En segundo lugar, situaré *las innovaciones religiosas con un objetivo revolucionario*. Tales innovaciones, originadas en la situación colonial, pueden dar lugar a movimientos violentos y de corta duración, a rebeliones que llevan al estado embrionario de los temas milenaristas. Citaré aquí una serie de acontecimientos. Desde 1928 a 1929 se produjo una sublevación en el alto Sanaga, en el Congo. Fue animada por un jefe religioso llamado Karinu, quien anunciaba la expulsión de los europeos, de los que decía "haber comido el corazón", expulsión que sería seguida por un tiempo ilimitado de abundancia y de riqueza. Por un corto período la violencia sustituyó a la pasividad y la fuerza de *lo imaginario* parecía haberse impuesto sobre la fuerza de las armas.

Estas innovaciones religiosas condujeron, a menudo, a la expansión de movimientos proféticos y mesiánicos que se imponen —a la inversa de aquéllos— por su duración. Algunos de estos se mantienen activos en Africa, al sur del Sahara, desde la segunda mitad del siglo XIX. Otros se han mantenido y enriquecido en Africa central y, en particular, en el Congo africano, durante los últimos cincuenta años. Estos movimientos han elaborado una doctrina que se sitúa a mitad de camino entre el mito y la ideología, una doctrina que adquiere una virtud militante y asume una forma sincrética. Muchos textos justificarían esta afirmación. Cuando se procede al análisis de su contenido, se tiene la impresión que acabo de referir. Tales innovaciones religiosas constituyen en el Africa negra la *prehistoria* de los nacionalismos modernos. Para comprenderlos es importante considerar los fenómenos en toda su amplitud, no subestimar el período anterior a 1945, poner la mirada más atrás y a un nivel más oculto que el nivel en que se sitúa la acción de los líderes modernos.

c) Tercer género de fenómenos: las *rebeliones populares* dirigidas contra el colonizador y sus aliados nativos, a veces calificados como "colaboradores" del colonialismo. Algunos ejemplos ilustran este tipo de reacción, en especial la sublevación de los bamiléké del Camerún. Esta tiene las características de una *jacquerie*, en el sentido en que está dirigida contra los jefes que han abusado de su autoridad durante la colonización y de las oportunidades de la economía colonial durante un largo período de tiempo. Quienes aprovecharon ante todo del "espíritu de empresa" y del expansionismo bamilékés son los notables. La rebelión, que ha apuntado sobre todo contra los "colaboradores" de la colonización, operó sincronizadamente con las más violentas manifestaciones del más radical nacionalismo camerunés. Por consiguiente se trata de una sublevación campesina que apunta contra las autoridades "comprometidas" y, a la vez, de una reivindicación nacionalizadora que se alía con la acción más revolucionaria. Pero, me parece que en este último sentido, el ejemplo más significativo es el del movimiento de los mau-mau, que se extendió por Kenya desde mayo de 1952 hasta comienzos de 1954.

Para el etnólogo británico Max Gluckman, el mau-mau es una empresa nihilista nacida de la desesperación. Según la fórmula de estos "se trata de matar y de ser muerto". Hay que aceptar ser destruido pero es preciso, antes, destruir el orden que no ha podido ser cambiado y que ya no se tolera más. Sin embargo, al parecer, esta subversión no puede captarse como una revuelta última, una revuelta-suicida. Este movimiento también es —y en cierto modo predominantemente— *la revolución* tal cual la plasman los campesinos negros que el sistema colonial arrojó fuera de la civilización y fuera de toda esperanza. En este caso, las armas conjugadas del mito, el ritual y la magia no son superfluas. Se exalta a la tierra tribal y a los antepasados. Y en nombre de la tierra tribal y de los antepasados se acepta sacrificar la vida. Por un lado, el juramento ampliamente utilizado por los organizadores del mau-mau —y conforme al antiguo modelo— une en forma absoluta a quienes se encuentran en el interior del movimiento. Por otro lado, la magia interviene aquí, como en Madagascar, para hacer creer que las balas de fusil de los colonizadores se trocarán en agua: pone remedio a la insuficiencia de armas garantizando simbólicamente la invulnerabilidad. Esta insurrección fracasó no solo a causa de la apuntada debilidad material sino también debido a que no fue concebida en los términos de la subversión política moderna. Se trataba de una fuerza orientada hacia un pasado idealizado, el del tiempo anterior a la colonización, más que de una fuerza orientada hacia un futuro definido en términos muy precisos. En cierta forma esta rebelión de los mau-mau se inscribía *en el tiempo del mito*. En ello reside la causa de su derrota. No se situaba aun en el tiempo de una historia de la que había que hacerse cargo y a la que había que asumir[111].

III. Este cuestionamiento fallido marca la transición hacia un nuevo conjunto de cuestiones: las que plantea *el tránsito del mito a la ideología política* que se opera junto con el proceso de la independencia.

Hay un hecho dominante. La ideología política o la ideología de alcance político aparece desde el instante en que se organiza la reivindicación de la autonomía y luego de la independencia. La ideología de tipo moderno se conforma desde que los movimientos nacionales se van delineando y son orientados por un conjunto de responsables. Esta ideología se articula —con mayores o menores

111 Véase nuestra introducción a la obra de Jomo Kenyatta, *Au pied du Mont Kenya*, París, 1960.

dificultades, con mayor o menor éxito— con los temas míticos de la rebelión o de la resistencia que hemos definido más arriba.

En los orígenes, la iniciativa la toma una minoría de formación intelectual denominada "occidental", minoría preocupada por promover la liberación cultural simultáneamente con la liberación política. Más aún, en el caso de los países africanos, se puso mas el acento durante un tiempo sobre la primera de dichas exigencias, la liberación cultural, que sobre la segunda, la liberación política.

La ideología más representativa de tales intentos es la *teoría de la negritud*. Fue concebida por africanos de lengua francesa y, de hecho, desarrollada como teoría por Sartre en su ensayo titulado *Orfeo Negro* que sirve de introducción a una antología de la poesía africana en lengua francesa. La reivindicación de la negritud, Sartre la presenta —precisamente— en tanto *mito* en el sentido que hemos considerado. También la enfoca como un *medio* que permite negar la supremacía blanca. La teoría de la negritud es identificada como un *momento*, un momento negativo que hay que superar. Mito, medio, momento negativo; tales son los términos que jalonan la introducción redactada por Sartre. Se trata, también, de nociones —índices que se pueden hallar en la mayoría de los ensayos dedicados a la interpretación de la negritud. Esta teoría, aunque presentada como un momento a superar, siguió siendo hasta hace poco tiempo una fuente de inspiración profunda para algunos jefes políticos, en particular para los teóricos políticos que ven en la negritud la esencia de las civilizaciones africanas. Leopold-Sédar Senghor, en una obra consagrada a Teilhard de Chardin, dedica amplio espacio a la definición de la negritud y a sus implicancias. La muestra como una determinada manera de adherir al mundo, una manera de estar en el mundo propia del negro y una expresión "espontánea y vital" antes que de orden intelectual. De este modo, esta teoría se sitúa dentro de la larga tradición de lo irracional. Senghor confiere a la negritud la misión de *universalizar* los valores de la raza negra. Sin embargo, es comprensible por qué esta ideología ha sido objeto de rigurosas controversias, en particular de parte de los jóvenes intelectuales africanos de formación marxista. Al respecto, era fácil recordar la falsedad de todo basamento racial y criticar la exaltación de lo irracional que esa teoría conlleva. Más fácil aún era subrayar su endeblez política. Las críticas más duras provienen de un historiador y ensayista senegalés, Abdoulaye Ly.

Los debates quedaron limitados a un reducido grupo, pero las secuelas de dicha ideología son, al parecer, abundantes y extensas. La teoría de la negritud contribuye a imponer la exigencia de la "reconstrucción de la personalidad africana", hoy generalizada. Cuando los jefes de estado reconocen que una de sus primeras tareas consiste en la obligación de reconstruir la personalidad

africana, en cierto modo están rindiendo un homenaje a dicha teoría. Es el caso de Sékou Touré.

Al margen de las tentativas citadas, hay que considerar la acción de los ensayistas que le dan —o le quieren dar— a la historia africana una eficacia militante. Exaltan o "arreglan" el pasado con el fin de provocar la rehabilitación de las civilizaciones africanas y de los pueblos negros. Invierten la relación de dependencia. Transforman las grandes civilizaciones —aquellas que nosotros hemos decretado como tales— en acreedoras de las culturas africanas. Un ensayista senegalés muy popular, Cheikh Anta Diop en diferentes obras, ha sostenido y tratado de demostrar que la civilización egipcia faraónica es una civilización negra. De este modo, Egipto y lo que proviene del antiguo Egipto se hallarían en relación de filiación y de dependencia histórica con las civilizaciones negras africanas. En realidad, Cheikh Anta Diop no hacía sino retomar una tesis ya formulada por Volney en su *Voyage en Egypte et en Syrie*, publicado en 1787. En fin, para introducir un ejemplo ilustrativo más simplista pero menos conocido mencionaré la iniciativa del "Servicio de archivos nacionales de Ghana" que ha suscitado la edición de una documentación ilustrada atribuyendo a los negros las invenciones más importantes que conoce la humanidad. Esta documentación está formada por series de tarjetas postales que evocan los grandes descubrimientos humanos y los atribuyen a africanos, utilizando —para ello— algunas referencias de la obra de Volney, una vez africanizada.

Yo añadiría que la apelación a la historia no constituye un monopolio de algunos ensayistas. Los hombres políticos africanos, los responsables, también han recurrido a la historia con intenciones muy parecidas de las que movieron a los autores a los cuales acabamos de hacer alusión. Es así que Sékou Touré, en un discurso pronunciado poco después de la independencia de Guinea, oponía la endeblez de la Francia de los Capetos al vigor de los grandes imperios sudaneses, contemporáneos de la Francia de los Capetos. Kwame Nkrumah contraponía una Inglaterra aún no constituida como nación —y, por lo tanto, políticamente débil— al Imperio de Ghana que era muy brillante y se había convertido en un centro de reunión para algunos eruditos de la tradición musulmana.

Debo añadir un último comentario, en la intención de demostrar que las doctrinas políticas modernas tienen un rasgo *mesiánico* que es como una réplica elaborada, teórica, a los mesianismos populares que expresaron los primeros cuestionamientos de la situación de dependencia.

Recurriré —con tal fin— a la obra de un teórico senegalés ya mencionado: Abdoulaye Ly. Este autor es al mismo tiempo un hombre de acción política y ha publicado en el curso de los años

cincuenta un libro provocativo titulado *Les masses africaines et l'actuelle condition humaine*. Se trata de la resultante de una reflexión sociológica, política y económica referente al Africa situada al sur del Sahara y a los llamados países subdesarrollados, a los problemas de esa parte de Africa y los problemas de dichos países. En este estudio, A. Ly necesariamente plantea el problema del imperialismo. Formula la crítica radical de dos imperialismos: el imperialismo colonial y —según su propia fórmula— "el imperialismo soviético". Más allá de esto, desarrolla su visión de la historia próxima, que proviene de su interpretación de los datos africanos y de la situación de los países en vías de desarrollo. Al hacerlo, exalta "las capacidades dialécticas indomables" inherentes a los pueblos largamente sometidos y, no obstante, sensibles a diversas influencias culturales. No sólo se exalta la misión histórica de estos pueblos sino también su capacidad intelectual específica, la cual debe permitirles la renovación de nuestras teorías y nuestros enfoques conceptuales y la socavación de nuestras posiciones conformistas, cualquiera que sea el signo de este conformismo. Abdoulaye Ly también ve en la sublevación del campesinado de los países subdesarrollados la única "revolución" digna de ese hombre. Según él, hasta el presente no se ha consumado ninguna *revolución total:* ninguna ha cambiado en modo decisivo —y para todos— la condición humana. La única transformación histórica que tendrá valor es la que se gesta o avanza en el seno de las masas campesinas desposeídas y hoy insumisas. Yo añadiría a esta doctrina estimulante sino invulnerable, la mención de una tesis parecida definida en la apasionada obra de un escritor y un militante hoy desaparecido: F. Fanon. En su libro póstumo "*Los condenados de la Tierra*" se vuelven a hallar el mismo lirismo, la misma pasión y la misma exaltación de la decisiva misión histórica de la que están investidos los pueblos del Tercer Mundo. Ello explica la transformación de Fanon en el héroe y el guía de las juventudes revolucionarias. Me resta decir que en el plano de la acción política —y no ya en el plano de la doctrina y la ideología— los defensores del *socialismo africano* no solo tienen la preocupación de adaptar el socialismo al Africa sino también tienen la certeza de hacer un *aporte decisivo* al socialismo mismo. Si se analizan sus interpretaciones, se puede ver que por encima de lo que puede parecer como una justificación del momento, como una argumentación de circunstancias, hay la convicción de edificar un socialismo de nuevo tipo. Una vez más, nos encontramos ante un rasgo mesiánico.

Con estas últimas observaciones hemos completado el camino —mejor dicho, su reconstrucción— que conduce del mito tradicional —el cual involucra una parte de ideología— a la doctrina política moderna que conlleva a su vez todavía una porción de mito. Este rumbo, este tránsito del mito con implicaciones ideológicas a la doctrina política moderna con implicancias míticas hace

que nos volvamos a topar con el problema que se le plantea al Africa actual y del cual comienza a tomar conciencia. Este problema es el de la dialéctica entre tradición y revolución. No es una cuestión particular del Africa.

Segunda parte

TRANSICIONES

I. El costo social del progreso[1]

En el mismo momento en que múltiples estudios intentan definir en el plano teórico los instrumentos aptos para asegurar el desarrollo de los países económicamente atrasados, las sociedades industriales de la primera generación se interrogan acerca de la finalidad del progreso. Comienzan a poner en duda de que éste pueda ser continuo y generador de efectos solamente positivos. Sin embargo, estas sociedades no pueden escapar al dinamismo que encierran sus técnicas y sus sistemas económicos, al salto adelante que resulta de dicho dinamismo. Esa inquietud es la consecuencia de un desequilibrio, de un desajuste entre los medios y las formas de producción, entre el progreso material y las transformaciones sociales *diferidas* que se tornan, no obstante, necesarias debido a dicho progreso material. Esta observación ayuda a comprender que las consideraciones referentes a las dimensiones no económicas, adquieren una creciente importancia. Estas consideraciones pueden llevar a una posición de auténtica incertidumbre: si el progreso puramente material no constituye un bien absoluto, se puede entender mejor el hecho de que ciertas sociedades no le hayan prestado una atención predominante y que aún sean reticentes a la idea de cambiar radicalmente su sistema de valores con el fin de alcanzarlo. Para tales sociedades, el desarrollo no debe "pagarse" con la sumisión o la dependencia ni con la vulgarización cultural.

En un informe conocido como el de "los cinco expertos", publicado en 1951 por las Naciones Unidas, hay un capítulo especial, en el que se consideran y enumeran "las condiciones del desarrollo económico". El redactor recuerda que el contexto socio-cultural desempeña un papel determinante y puede constituirse en el freno de la innovación: "El progreso económico no se produce sino cuando la atmósfera le es favorable, cuando la población es partidaria del progreso y las instituciones sociales, económicas, jurídicas y políticas son favorables al progreso... Una sociedad no tendrá ninguna voluntad de progresar si no se da cuenta de que el progreso es algo posible. El progreso no se opera sino cuando la población está persuadida de que el hombre puede dominar a la naturaleza mediante un esfuerzo consciente. . ."[2] Toda la argumen-

---

1 Versión corregida del texto que apareció con el título de Le contexte socio-culturel et le coût social du progrès, en G. Balandier (dir.), *Le Tiers Monde*, sousdéveloppement et développement, *París, 1956.*

2 O.N.U., *Mesures à prendre pour le développement économique des pays insuffisamment développés*, New York, 1951.

tación que se desarrolla a continuación de las observaciones citadas, demuestra que no se trata meramente de "dominar la naturaleza" y de condicionar "una actitud experimental o científica". Los elementos del problema son muchos y las letanías del progreso son medianamente eficaces

I. LAS CONDICIONES CULTURALES DEL PROGRESO

La civilización industrial expansiva continúa siendo animada por una porción minoritaria de la especie humana. Su dinamismo la hace contagiosa, pero es conveniente ponerse en guardia contra una actitud etnocéntrica que conduciría a subestimar la importancia cuantitativa y cualitativa), como asimismo la diversidad y especificidad de las civilizaciones aún "tradicionales". El concepto de progreso está estrechamente ligado a la civilización industrial, a una modalidad de existencia y a una inestabilidad, que no despiertan una adhesión incondicional por parte de muchos pueblos, los cuales no están aún dispuestos (preparados) para hacerlo. Lo subrayaba el ensayista senegalés Alioune Diop al sostener —a propósito de las culturas del mundo negro— que "su sensibilidad y razón quedan desconcertadas ante la inestabilidad de las relaciones humanas, las estéticas y las filosofías, en una sociedad que se halla en un estado de permanente e inquieta evolución". Se trataba, cuando menos, de marcar distancias, sino de un rechazo hacia el progreso. Esta afirmación debe ser matizada. Cuando encaramos el estudio de países con economía atrasada, tenemos la sensación de que se trata de sociedades *de ritmo lento*, en cierto modo opuestas a nuestras sociedades *de ritmo rápido*, que se trata de civilizaciones en las cuales la exigencia de orden o de conformidad prevalece sobre la reivindicación del cambio. Los trabajos de algunos sociólogos e historiadores pueden haber reforzado esa impresión. La obra del historiador inglés Arnold Toynbee ha contribuido a distinguir y contraponer las civilizaciones "inmóviles" a las otras. Ese especialista en países musulmanes que fue R. Montagne, también insistía en dicho efecto de contraste. Al citar los grandes cambios provocados por el colonialismo en Asia, en Africa y en el Pacífico, sacaba la siguiente conclusión: "En todos esos viejos países —ora primitivos, ora refinados— se habían estabilizado civilizaciones milenarias como si hubieran hallado su expresión perfecta en tradiciones inmóviles de manera tal que los hombres se encontraban en ellas liberados de la inquietud que a nosotros nos devora y del gusto por el esfuerzo que nos tienta"[3].

Esta pretendida inmovilidad *en nada* corresponde a la realidad, incluso en el caso de las sociedades consideradas como las más arcaicas. Un antropólogo tan rico en experiencias "de trabajo de campo" y en informaciones comparativas como R. Firth ha corregido —precisamente— en sus *Elements of Social Organization* un error de apreciación que ha llevado a negar el dinamismo interno de las sociedades no industrializadas y a retrasar la aparición de estudios consagrados a los fenómenos de cambio socio-cultural. La negativa a reconocer las propiedades dinámicas de *toda* sociedad ha alimentado las perversiones ideológicas y ha nutrido la petulancia occidental.

El dinamismo de las "sociedades tradicionales" no se halla condicionado tan *directamente* por la preocupación por el incremento constante del volumen de bienes materiales, como lo está el dinamismo de los llamados países desarrollados. El retraso de las técnicas explica esta menor tensión de las fuerzas productivas, pero no es la única causa. Bajo la influencia de ciertas culturas —en particular en Africa—, la producción *acumulativa* de medios de existencia es, al parecer, menos importante que la reproducción de seres humanos. Lo que determina el prestigio social y la capacidad política es *el número de hombres controlados*, tanto como (y, a veces, más que) la cantidad de bienes controlados. Se puede erigir toda una estructura social sobre dicho principio fundamental[4]. En otros conjuntos culturales, los valores espirituales son los que se convierten (al menos "oficialmente") en la determinante principal de la actividad humana y, en este caso, las preocupaciones "materialistas" parecieran estar desplazadas a un segundo plano. El Islam moderno aún tiene un valor ilustrativo en este sentido: uno de los más célebres reformadores musulmanes, Djemal es Din el Afghani, no dejaba de presentarse —a consecuencia de sus contactos en Europa con Spencer y Renan— como un gran adversario del materialismo y de la ciencia de Occidente. Esta tendencia subsiste aunque pueda apelar a formulaciones más ambiguas. Las primeras afirmaciones de la Liga Arabe se han referido, ante todo, a la misión espiritual del Islam y del arabismo. De acuerdo con la expresión de Azzam Pacha, estos "salvarán al Universo cuya civilización se ha hecho senil y cuya cultura se halla al borde de la quiebra (en un mundo) en el cual el materialismo ha hincado su diente"[5]. Inclusive dejando de lado la cuota de excesos debidos a la táctica política, no podemos menos que estar sorprendidos por dicha insistencia. Lo simbólico prevalece sobre lo instrumental, la exigencia de especificidad sobre el deseo de posesión del mundo.

Si existe un dinamismo incuestionable en las sociedades no industrializadas, no por ello opera necesariamente en el mismo

3 R. Montagne, *L'accélération de l'histoire dans les pays musulmans, L'Afrique et l'Asie*, 17. 1952.

4 Ver, entre otros ejemplos, G. Balandier, *Sociologie actuelle de l'Afrique noire*, París, 1955, 1er. capítulo de la segunda parte.

5 Abderrahman Azzam Pacha, Les Arabes peuple de l'avenir, *Al Arab*, 27 de agosto de 1932.

sentido en que lo hace en las sociedades desarrolladas. Las fuerzas del cambio no apuntan ante todo a la mejora de las condiciones materiales de vida. Se puede decir que la resolución de los problemas que definen el estado de subdesarrollo requiere, en especial, una *reorientación del dinamismo interno*. Ello es solo posible casi mediante una verdadera "movilización ideológica". Por otra parte, como lo ha recordado el historiador A. Gerschenkron, en el caso de las naciones europeas, la construcción industrial ha sido provocada o acelerada por motores tales como el socialismo en Francia, el nacionalismo en Alemania y el marxismo-leninismo en Rusia.

Sin embargo, sería engañoso —en el más alto grado— dejar flotando la idea de que el progreso es simplemente una cuestión de *opción*. Algunas condiciones objetivas le dan un carácter necesario, inclusive en el caso en que no todos los actores sociales estén preparados para reconocer tal necesidad. La expansión de las técnicas modernas de producción y de la economía monetaria que trastornan a las economías "tradicionales", el desarrollo de las ciudades y de las estructuras sociales que estas engendran, la presión demográfica reforzada por la introducción de nuevos procedimientos sanitarios, la influencia interna de la *dependencia* política y económica sufrida, son otros tantos elementos que se unen para crear una configuración que obliga al cambio. W. Moore, en su estudio de las facetas sociales y culturales del desarrollo económico, subraya la parte creciente y la influencia siempre más apremiante de los factores que imponen la modernización y el progreso material[6].

Encontramos una prueba en la obra de Malek Bennabi, quien considera los problemas de la modernización y de la continuidad y discontinuidad "progresiva" en relación con el Islam[7]. El autor tiende a definir la posición del Islam, "situado entre la tradición y el modernismo". El muestra cómo el mundo musulmán, después de haberse debilitado en lo cultural, desarrolló las condiciones de "colonizabilidad". Al respecto, subraya que hay "una impotencia orgánica *que* se ve reforzada por parálisis particulares: moral, social e intelectual". El autor pone de manifiesto "las causas de la inhibición" que —por fortuna— el colonialismo —en tanto choque y coacción— tuvo que remover. Malek Bennabi emplea a propósito de dichas causas una fórmula sugestiva: hay que dejar de "hacer mitología". Por ello mismo, él subraya la medida en que una suerte de irrealismo se ubica en una posición contraria a la que necesita una justa apreciación de los problemas que se le plantean al mundo musulmán. Sin embargo, los desafíos de los últimos

6 W. E. Moore, *Industrialization and Labor*, Ithaca y New York, 1951.

7 Malek Bennabi, *Vocation de l'islam*, París 1954.

tiempos conducen a una toma de conciencia. En este sentido, Bennabi insiste en esa "hora de la verdad" que significó la derrota infligida por Israel a los países árabes. Se podría decir lo mismo del significado que tuvo para las autoridades tunecinas la transferencia de la totalidad de las responsabilidad políticas: el Congreso del Neo-Destour celebrado en otoño de 1955 mostró como la experiencia del poder hace ubicar muy rápidamente en un primer plano las preocupaciones y los problemas de la "renovación económica y social". Pero, el análisis de Bennabi, si bien reconoce —al pasar— la necesidad de acceder ampliamente a la civilización técnica, no por ello deja de continuar exaltando —mediante un retorno a las fuentes del Islam— el papel espiritual del mundo musulmán, el cual debe intervenir "como moderador de los excesos del pensamiento materialista y de los egoísmos nacionalistas". La toma de conciencia de la necesidad de los cambios y el reconocimiento de las soluciones técnicas adecuadas no eliminan la voluntad de mantener la civilización árabe en aquello que le es más específico. La reivindicación material no excluye la exigencia de autenticidad.

Un estudio semejante, a despecho de sus modestas apariencias, suscita una cuestión de importancia mayor en lo que respecta a la evaluación de las fuerzas "culturales" que resisten al progreso: ¿cuál es el grado de compatibilidad entre un viejo tipo de civilización que afecta profundamente las conductas pero que no se adapta a la situación actual y un nuevo tipo de civilización que revoluciona los hábitos, las concepciones y los intereses pero que es la resultante necesaria del desarrollo de las técnicas y de la economía? L. Wirth no temía afirmar que las llamadas sociedades subdesarrolladas no están dispuestas a pagar su progreso material con la "pérdida de su alma"[8]. De este modo reforzaba la posición de algunos antropólogos, vigorosamente atacados por los economistas, que habían *sobreestimado* los obstáculos culturales al progreso. La polémica es falsa porque el problema está mal planteado. No tiene en cuenta el hecho de revoluciones industriales que ya han sido acompañadas por auténticas revoluciones culturales. En dicho debate subyace la idea de una libertad de elección respecto del progreso que se revela ampliamente ilusoria.

Evidentemente, no se puede cuestionar la difusión generalizada de la civilización técnica, el valor que las nuevas naciones le atribuyen en tanto instrumento de su independencia y de su transformación. Todo el problema consiste en saber bajo qué forma resulta posible que un gran número de individuos de tipo tradicionalista, que son los menos preparados para recibirlos, puedan aceptar los elementos positivos de dicha civilización. Se trata de un problema de *traducción*, de adaptación al lenguaje propio de la

8 L. Wirth, *Human Aspects of Technical Change*, informe mimeografiado, 1951.

cultura receptora. P. Mus lo ha puesto de manifiesto en el caso del Viet Nam cuando ha investigado cuáles han sido los medios por los cuales los programas modernos de desarrollo económico y de socialización han sido presentados "a los *ta diën* semi-proletarizados". Este autor ha mostrado cómo se ha operado el desplazamiento desde los marcos del pensamiento "tradicionalista" a los marcos del pensamiento "marxista", el cual al principio, aparecía ante los ojos del campesino vietnamita como extraño y específico de las sociedades industriales[9]. También podríamos mencionar —entre los ejemplos de las empresas que apuntan a modernizar una "sociedad tradicional" sin revolucionar de un golpe el paisaje sociológico familiar a los lugareños —el caso de los proyectos de desarrollo de las comunidades (*community -development -approach*) que se multiplican en la India. Sólo se trata de dos ejemplos cuya importancia no es la misma. Sin embargo, demuestran los esfuerzos empeñados para reducir la sensación de ruptura completa y para reajustar el "tránsito".

Frente a los economistas, cuya tendencia es considerar el hecho del subdesarrollo bajo el cariz primordial (aunque no exclusivo) de la capacidad de invertir capital y asegurar su reproducción ampliada; frente a los antropólogos que han puesto el acento en la inercia de las culturas tradicionales, en los obstáculos que estas interponen a los proyectos de modernización técnica y económica, es preciso determinar una posición que compense los diferentes puntos de vista. S. Frankel, economista, aporta a la manera de sus colegas una puntualización necesaria: demuestra que la conversión de las "sociedades tradicionales" no solo exige una movilización del capital interno y una ayuda exterior complementaria, una transferencia de complejos técnicos, sino que también implica "necesariamente, el lento desarrollo de nuevas aptitudes, de nuevos modos de hacer, de vivir y de pensar"[10]. Señalemos que existen medios peculiares para acelerar este desarrollo. Ciertas ideologías, en particular el nacionalismo, son propicias para la formación —al menos en forma transitoria— de un "*new deal* de las emociones" que sea favorable al desarrollo citado.

En este sentido, se hace indispensable *el análisis de las doctrinas y de las ideologías* que sostienen el desarrollo económico de los países atrasados. Podemos demostrar su importancia en forma muy esquemática a propósito de la Nueva China, lanzada a la más amplia y audaz de las empresas de reconstrucción social. En este caso, la ideología se edifica sobre la crítica de un pasado que unía, al mismo tiempo, las debilidades peculiares de una sociedad feudal,

9 P. Mus, *Viêt-nam*, París, 1952; en particular el cap. XVIII: "Marxisme et traditionalisme".

10 S. H. Frankel, *The Economic Impact on Under-developed Societies*, Cambridge, 1953.

técnicamente atrasada, con las debilidades que padece un país en el cual se enfrentan rivalidades y presiones extranjeras de carácter colonial. La ideología moviliza el descontento campesino y el sentimiento nacional en pro de una modernización revolucionaria. Ella demuestra la imposibilidad en que se encontraba el capital local, privado y "burocrático", para asegurar un desarrollo constante debido a los efectos de dominación y a la fragilidad de una economía cuyas bases esenciales seguían siendo las del feudalismo. La ideología vincula todas las garantías para el futuro —en materia de independencia nacional y de seguridad económica— con el progreso de la industrialización; no obstante el hecho de que ella subraya que el "proceso de gradual industrialización" se funde con el "proceso de socialización gradual de la economía"[11]. Esta referencia es insuficiente. No hemos podido examinar, en particular, de qué modo dicha argumentación ha sido comunicada al conjunto de la población campesina. Sin embargo permite mostrar cómo se busca la adhesión popular a los programas de desarrollo apoyándose en los sentimientos profundos contenidos durante mucho tiempo.

Conviene precisar que este enfoque no deriva totalmente de las ideas marxistas-leninistas que orientan la política de las autoridades chinas. En condiciones diferentes, cuando la Costa de Oro (actualmente Ghana) escapó al dominio británico, su primer gobierno nativo se esforzó por aplicar un dinamismo popular asentado sobre la reivindicación de la autonomía y la oposición a los jefes. Kwame Nkrumah pudo convertirse de esta manera, en "el agente provocador de las emociones de millones de nativos", para emplear la expresión del escritor R. Wright[12]. Este caso particular es, al parecer, revelador del problema considerado en esta parte de nuestro estudio: Nkrumah, surgido de un medio "tradicional", no deja de asociar una ideología de orientación modernista y socializante (destructiva en lo que respecta a un punto de la vieja organización social: el que concierne a la autoridad política) con elementos que implican el respeto de las tendencias profundas de la cultura local. A estas observaciones agreguemos una última y paradojal, pero solo en apariencia. Para obtener una corriente favorable a la modernización y a la introducción de la civilización industrial, los responsables de los países en vías de desarrollo se ven llevados, por lo general, a utilizar el dinamismo que se origina en la hostilidad de un pueblo contra las naciones que fueron las creadoras de esa misma civilización y sus primeras beneficiarias, durante mucho tiempo en forma exclusiva y abusiva.

11 B. N. Ganguli *Economic Development in New China*, Indian Council of World Affairs, Oxford, 1955.

12 Richard Wright, *Puissance noire*, París, 1955.

II. LAS CONDICIONES SOCIALES DEL PROGRESO

1. En las sociedades en las cuales las actividades agrícolas siguen siendo predominantes, dado que el proceso de industrialización solo aparece en fecha reciente, los problemas sociales planteados por la modernización conciernen ante todo al medio campesino.

Este resulta así, la primera víctima de las insuficiencias técnicas y de las relaciones desiguales determinantes del viejo orden y es, al mismo tiempo, quien está más aprisionado en la red de las tradiciones.

La *cuestión agraria* en los países superpoblados (el sudeste asiático) y en los países en los cuales la implantación extranjera confinó a las poblaciones autóctonas en "reservas" o regiones marginales (amplias zonas del Africa), no puede ser eludida. Es indispensable considerarla al mismo tiempo que se encaran las soluciones de carácter técnico: equipamiento rural, irrigación, colonización de tierras vírgenes, etc. Los problemas que plantea la cuestión agraria datan de tiempos diferentes y tienen distinto origen, pero se hallan todos estrechamente imbricados. Algunos hacen a las condiciones tradicionales de la *relación con el espacio:* es así en el Africa negra, donde la apropiación del suelo, que tiene un carácter eminentemente sagrado, se diferencia —a menudo— del hecho de la ocupación y de la explotación de las tierras cultivables. En este caso pueden haber interferencias de derechos múltiples y contradictorios. Otros problemas están directamente vinculados con el sistema habitual de transmisión de las propiedades. Tal es el caso de la India, donde el sistema de herencia ha entrañado una extrema fragmentación de las propiedades al mismo tiempo que la interdispersión de los lotes. Una encuesta realizada en 1945 reveló la existencia de campos aldeanos constituidos por 8.000 parcelas al tiempo que subrayaba cuán imposible era emplear provechosamente en los límites de estos minifundios no ya la máquina, sino simplemente la yunta de búfalos. Este fenómeno de atomización no es único. Es característico de amplias zonas subdesarrolladas en las cuales se ejerce una grande y creciente presión de la población.

En este conjunto de viejos problemas se han injertado los que hacen a la evolución moderna de la propiedad de la tierra. Ello ha provocado la yuxtaposición de un mar de minifundios y grandes propiedades de carácter laico o religioso, la aceleración del proceso de despojo de los campesinos, al tiempo que la expansión de formas muy opresivas de aparcería (por ejemplo, el arriendo mediante el pago de 4/5 del producto obtenido, en Africa del Norte). En la India, la intervención de las autoridades británicas —que trataban de constituir una clase de hacendados ilustrados que pusieran sus conocimientos y sus riquezas al servicio de la agricultura y del sistema colonial— ha desembocado en el régimen de *zamindariat.* Efectivamente, se formó una clase de terratenientes que se apoya en una multitud de intermediarios que reducen aún más la porción del producto correspondiente a los campesinos. En algunas aldeas se ha comprobado la existencia de 50 intermediarios entre el agricultor y el propietario de la tierra. Tal evolución, que entraña la *degradación de los derechos y de las usanzas habituales,* acelera el proceso de endeudamiento de los campesinos, destruyendo las trabas a la usura que la tradición había impuesto. Un estudio de la "Reserve Bank of India" de 1937 revelaba que la deuda rural sumaba 1.350 millones de libras esterlinas (la deuda campesina más grande de la época) y afectaba alrededor del 75 o/o de la clase campesina. Ese mismo año, el Pandit Nehru, apreciaba con justeza la gravedad de la situación cuando proclamaba: "De todos nuestros problemas no existe seguramente ninguno que sea más urgente que el problema agrario. La sombra del campesino se proyecta sobre todo el paisaje hindú". Las dificultades del gobierno y las incertidumbres no le han permitido, sin embargo, progresar en dirección de una reforma agraria incuestionable y efectiva. El régimen del *zamindariat* fue abolido en junio de 1951. Pero, en marzo de 1955 Nehru estaba todavía por presentar un proyecto de ley tendiente a modificar la Constitución con el fin de facilitar los procedimientos de expropiación. La resistencia de los terratenientes está organizada y es eficaz. A largo plazo tiende a traducirse en resistencia política.

En China, la situación del mundo campesino antes de la Revolución estaba caracterizada por rasgos del mismo tipo: coexistencia del minifundio y de los grandes latifundios (una encuesta llevada a cabo por el gobierno nacionalista demostró que las familias de los grandes terratenientes poseían un promedio de 333 *arpents* mientras que los campesinos comunes detentaban un promedio de 2 y 3/5 arpents); el endeudamiento usurario (tasas del 40 al 60 o/o en 1936, durante la guerra tasas del 100 o/o en especie, por un período de 3 meses); la multiplicación acelerada del número de campesinos sin tierra y, correlativamente, la extensión de la desocupación virtual. Desde su creación, el Partido Comunista Chino, concentró su atención en el problema agrario y luego "experimentó" sus soluciones en las regiones fronterizas. Su interés por el mundo campesino era tal que pudo parecer como un partido, ante todo, de "reformistas agrarios". Son conocidas las soluciones que el Partido Comunista Chino impuso desde su llegada al poder. Aseguró la redistribución de las tierras, reglamentó la disminución de los arriendos y redujo las tasas de interés. Durante el mismo período estableció nuevos modos de organización campesina, los

"grupos de ayuda mutua" y las cooperativas de producción que prefiguran la socialización de la agricultura[13].

La amplitud de las soluciones que acabamos de mencionar revela la amplitud de los problemas designados bajo la expresión de cuestión agraria. Conviene agregar un punto más a esta breve revista. La casi totalidad de los países en desarrollo sufren una desocupación rural mal disfrazada que puede alcanzar una extensión todavía poco evaluada en las zonas de gran población. Según cálculos de P. Gourou, el campesino de la zona del Golfo de Tonkin trabajaría un promedio de 125 días por año. Se ha efectuado una evaluación del mismo orden para la India. R. Dumont, operando con datos en bruto, efectúa un nuevo análisis que conduce a una reflexión fructífera: "En ambos casos se puede indicar de un modo un poco más preciso que las zonas de mejor dominio de las aguas, que practican 2 cosechas por año, proporcionan algo menos de 200 jornadas de trabajo y que las zonas en las que se produce una sola cosecha anual proporcionan *apenas un centenar de días por año*"[14].

Se pueden observar fenómenos semejantes en otras partes: por ejemplo, en Africa del Norte, cuando se trata de la agricultura tradicional; en Egipto, donde los campesinos tienen ocupación durante menos de 160 días por año[15], etc. En tales casos también es visible un excedente de población rural que, al parecer, no puede emplearse provechosamente sino en un sector industrial en expansión, en el caso en que este se encuentre todavía en vísperas de crearse. La inferioridad de las agriculturas tradicionales tiene que ver con esta asociación de una desocupación rural enmascarada —pero incuestionable— y una débil productividad del trabajo agrícola resultante de condiciones que son técnicas y, a la vez, sociales.

2. Se acaba de encarar la industrialización como una de las condiciones necesarias para la resolución de los imperiosos problemas que el medio rural plantea en los países predesarrollados. Pero la brusca irrupción de los campesinos en las empresas industriales y en los sectores modernos de la actividad económica, no se opera sin dificultades. Estas no conciernen solamente a la necesidad de orientar las migraciones de trabajadores hacia sitios precisos. Las obras que tratan acerca de las "implicaciones sociales" del cambio

13 Cf. el estudio de B.N. Ganguli ya citado. *Notes et études documentaires:* documentos sobre la reciente evolución de la China Popular, Nº 1977, 1955. Sin hablar de los trabajos, cada vez más abundantes (los de J. Belden, J.J. Brieux y, recientemente, los de J. Myrdal).

14 Número especial de la revista *Esprit*, "Les paysans", 6 de junio de 1955.

15 Indicaciones y bibliografía en: U.N.O., *The Determinants and Consequences of Population Trends*, New York, 1953.

técnico y de la industrialización son abundantes, en particular en lo referente al Sudeste asiático y al Africa negra. No podemos examinar esta bibliografía en toda su extensión pero sí, al menos, llamar la atención sobre los aspectos que se consideran más generalmente y esbozar la indispensable crítica.

Si el examen de los países en vía de desarrollo revela, en el plano de los fenómenos económicos, la *yuxtaposición* de economías de diferentes tipos y de mercados con características peculiares, lo mismo ocurre en el campo de los fenómenos sociales. Algunos autores tales como J. S. Furnivall y H. J. Boeke, simplificando los hechos, se han visto inducidos a postular la existencia de *sociedades dualistas*. Desde el punto de vista del antropólogo dedicado al estudio de "sociedades tradicionales" sensibles a los procesos de cambios rápidos y desde la óptica del sociólogo, resulta útil, en un primer momento, establecer una distinción precisa entre el medio "tradicional" y el medio "moderno".

Si bien los esquemas dicotómicos siempre son engañosos, nosotros hemos tratado —en ocasión de un coloquio internacional organizado bajo nuestra responsabilidad[16]— de definir mejor dicha oposición, situándola dentro de la serie de pares de nociones opuestas a la que pertenece: sociedad preindustrial — sociedad industrializada; sociedad pre-capitalista — sociedad capitalista; sociedad cerrada — sociedad abierta, etc. Nos hemos aventurado a conformar dos series de características, en cierto modo paralelas, cuyos primeros elementos transcribimos a continuación.

Medio preindustrial	Medio en el cual se ha iniciado y se desarrolla un proceso de industrialización.
Papel dominante de la economía de subsistencia.	Papel decreciente de la economía de subsistencia.
Mantenimiento de un "dirigismo" relativo de los miembros que ejercen la autoridad sobre los grupos fundamentales.	Tendencia a la individualización de las rentas y del consumo de las riquezas.
Papel del intercambio y de la "reciprocidad", etc.	Papel de la competencia, etc.

Este cotejo sumario es suficiente para mostrar que el pasaje del individuo de un medio al otro no podrá llevarse a cabo sin conflictos.

16 Cf. Motivations et stimulations économiques dans les pays insuffisamment développés, en *Bull. intern. des Sc. soc., vol. VI, 3, 1954.*

Los problemas se plantean en todos los niveles. En primer lugar, son la resultante de la obligación de los individuos y los grupos sociales de adaptarse a tareas radicalmente nuevas. Herskovits, en un ensayo en el cual considera los problemas del trabajo en función de los sistemas modernos (cantera, fábrica o gran explotación agrícola), encara esencialmente tres cuestiones:[17].

a) Las transformaciones que aporta al *ritmo de trabajo* el hecho de haberse incorporado a empresas con técnicas productivas avanzadas. Afectan a los factores fisiológicos, psicológicos y socioculturales. Algunos rasgos característicos de la mano de obra de los países en desarrollo (*turnover*, ausentismo, rendimientos a veces menos elevados, etc.), en parte, son consecuencia de la inadaptación a los nuevos ritmos;

b) El modo mismo en que se moviliza a la *fuerza de trabajo:* la mayor parte del tiempo el trabajo se personaliza, lo que va en contra de todas las formas tradicionales de organización, sobre todo cuando interviene la competencia;

c) La naturaleza de *las motivaciones* y de *los estímulos* susceptibles de "animar" al trabajador de la manera más eficaz y de facilitar su integración al medio modernista.

Esta última y temible cuestión ha sido objeto de investigaciones específicas. Las conductas elaboradas en el seno de la civilización "tradicional" se siguen manifestando durante largo tiempo después que los cambios técnicos y económicos transformaron el viejo orden social. La difusión de la civilización industrial no solo plantea un problema de adaptación técnica, sino que también requiere un nuevo ajuste de las motivaciones y, en consecuencia, exige al individuo una verdadera "conversión" a corto plazo. Se captan las discordancias al estudiar en forma comparativa los "sistemas de motivaciones" que operan en el medio habitual y en el medio modernista respectivamente y, en especial, al encarar el problema de la remuneración del trabajo. A. Ombredane, al referirse a sus investigaciones en el Congo, informa que en este área cultural la remuneración implica antes una noción de prestigio que una noción de ganancia que apunta a un consumo inmediato y se inscribe en una organización del consumo "de carácter muy especial"[18]. El problema de la reorientación de las motivaciones es uno de los más complejos de los que acaparan la atención del investigador. Solo se lo puede considerar en forma satisfactoria si se determina previamente: *a*) Las *situaciones* en el interior de las cuales se inscribe el trabajador moderno (tomando en cuenta las coacciones experimentadas en modo directo o indirecto, el grado

17 En *The Progress of Underdeveloped Areas*, bajo la dirección de B. Hoselitz, Chicago, 1952.

18 Cf. Motivations et *stimulations* économiques, *op. cit.*

de acceso a las riquezas constitutivas de la economía moderna, los medios de organización y de expresión efectivamente detentados, etc.); *b*) Las *variaciones diferenciales* (según las categorías étnicas y sociales, las categorías de sexo y edad, etc.) cuya importancia demuestran los estudios sobre el terreno.

En este campo de las implicaciones y de las influencias socioculturales de la industrialización, los estudios sintéticos siguen siendo demasiado pocos. Pero, al parecer, hay una serie de investigaciones que comienza a llenar esa laguna. Es lo que aporta la obra de Beate R. Salz cuando, a partir de una investigación sobre los indios del Ecuador, plantea un "modelo" del conjunto de dichos efectos y reacciones[19]. Salz revela —entre otros fenómenos— hasta qué punto están indisolublemente ligadas la cuestión agraria y la industrialización y demuestra en qué medida la industrialización se ha realizado en forma "intersticial" (fuera de los sectores constituidos por la vieja economía) y dando lugar a una suerte de "feudalidad industrial".

3. La necesidad de producir un progreso económico y social relativamente rápido —debido a la urgencia de los problemas resultantes, en diferentes grados, del desequilibrio entre el incremento de la población y el movimiento de las fuerzas productivas— ha inducido a identificar a las categorías sociales más dinámicas. Esta preocupación y la matriz ideológica que deja su impronta en las investigaciones sociales, explican la importancia que se les atribuye en los medios científicos anglosajones a los estudios referentes al "espíritu de empresa" y al papel del "empresario" en el movimiento de modernización[20]. Todos los autores ponen de relieve una profunda diferencia con la situacion que evidencian —en el plano de la capacidad financiera y de la eficiencia productiva— las empresas "occidentales". Y señalan que el retraso hace tanto a las estructuras sociales peculiares como al desarrollo desigual de los niveles técnicos. Pero, todos dejan entrever que —por algún rumbo peculiar (por ejemplo, la coincidencia del sistema familiar y del sistema de la empresa capitalista, de lo cual Japón ha mostrado la posibilidad)— es posible introducir el dinamismo de un capitalismo "original" en el seno de las sociedades tradicionales.

Para otros autores, es *la clase media* —que se amplía como consecuencia del desarrollo ya producido— quien puede asegurar con más éxito dicho desarrollo. Una reunión internacional dedicada al tema lo relacionaba con el caso de los "países tropicales y

19 Beate R. Salz, *The Human Element in Industrialization. A Hypothetical Case Study of Ecuadorean Indians*, Chicago, 1955.

20 Véase por ejemplo, C. S. Belshaw, The Cultural Milieu of the Entrepreneur: A Critical Essay, en *Explorations in Entrepreneurial History*, vol. VII, Nº 3, 1955, pp. 146-163.

subtropicales". El documento de síntesis —un auténtico elogio de la clase media— insiste en la necesidad de contribuir a la formación de un grupo social de ese tipo, definiéndolo como creador de un "dinamismo que beneficia a toda la colectividad"[21]. Conviene, no obstante, desconfiar de las extrapolaciones que conducirían a modelar el futuro de los países en curso de modernización sobre el patrón del proceso histórico peculiar de las democracias capitalistas. Es tanto más válido por cuanto nunca están ausentes de tales análisis las intenciones políticas, en particular, la preocupación de hallar un elemento moderador. La sociología crítica debería impulsar los primeros y tímidos ensayos de una sociología del desarrollo.

Se han hecho tentativas para determinar los "portadores del progreso". Se trata de intentos muy abstractos. Algunos autores han reconocido en toda "sociedad tradicional" tres categorías de individuos de diferente aptitud para llevar adelante el progreso: los "conformistas integrales", los "conformistas aparentes" y los "no conformistas declarados". Evidentemente, estos últimos son los elementos más favorables para una política de cambio profundo, pero, una clasificación de ese género, no parece ser de mucha utilidad. Los elementos motrices difieren según las situaciones. No son los mismos si se trata de un país no autónomo que si se trata de un país que ha accedido recientemente a la independencia. Sobre todo, varían en razón del *modelo de desarrollo* adoptado: ya sea que se trate de un capitalismo autoritario —a menudo apoyado en el ejército— o de una planificación socializante, apoyada en la posición predominante de un partido.

III. EL COSTO SOCIAL DEL PROGRESO

Es frecuente (sino general) la afirmación de que la industrialización acelerada y un desarrollo rápido de las economías de las sociedades retrasadas no parecen posibles sino en el caso en que una generación de hombres, por lo menos, se sacrifique por las siguientes. No se puede considerar en la forma de esa contabilidad brutal la expresión *"el costo social del progreso"*. El concepto es impreciso. S. H. Frankel, en su ya citado estudio, lo introduce al constatar que: "Los nuevos gobiernos de los países subdesarrollados)... soportan la pesada carga de tener que reconciliar a sus pueblos con el hecho de que las transformaciones estructurales y sociales son los prerrequisitos necesarios para aliviar sus miserias, con el hecho de que es alto el *costo* del cambio, el capital escasea y sus frutos tardan en madurar"[22]. Esta expresión se retoma en

21 Cf. *Civilisations*, V, 3, 1955, p. 478 y ss.

22 *Op. cit.*, p. 78.

los estudios conjuntos emprendidos por un grupo de investigadores franceses que se dan —precisamente— como objetivo, la definición de un modo de operar adaptado a las sociedades en vías de modernización que asegure "el más rápido crecimiento al menor *costo*"[23]

El progreso económico provoca *una serie de trastornos en cadena* que afectan tanto a la estructura material de las "sociedades tradicionales" como a sus componentes no materiales. Impone la necesidad de resolver la cuestión agraria y una redistribución de las tierras que permita el empleo de técnicas modernas. Requiere apelar a amplios movimientos de población y a una nueva estructura de las profesiones. Debe atacar los viejos privilegios económicos, políticos y sociales. Exige un trabajo mayor, a menudo nuevo, y, por consiguiente, más exigente, para la obtención de resultados que, al parecer, son diferidos desde el punto de vista individual. El progreso económico, en fin, se compagina mal con las conductas habituales y con las concepciones que las animaban. Todos estos trastornos y "daños", en la fase inicial, aparecen como el costo social y cultural que hay que pagar por el desarrollo. Engendran descontento y tensiones. Explican la necesidad que experimentan los gobiernos de hallar periódicamente responsables (a menudo extranjeros) a quienes se les pueda transferir el resentimiento. Todos estos problemas terminan siempre por exigir el recurso a la coacción, en diferentes medidas.

Desde una perspectiva sobre todo sociológica, solo trataremos el problema en algunos de sus aspectos. En primer término, en lo que respecta a las *migraciones* que impone el desarrollo económico. Se puede tratar de campesinos impulsados a colonizar tierras vírgenes, pero, "el hambre de tierra" no siempre basta para que el traslado sea aceptado. Dichas experiencias, cuando se las improvisó por entero en Africa Negra con agricultores transferidos o importados, demostraron que las ventajas materiales obtenidas no compensan los inconvenientes psicológicos de tener que vivir en un territorio extraño que lleva superficialmente la impronta de la sociedad que lo reivindica suyo. Se puede tratar de campesinos que deben emigrar transitoriamente a *los mercados de trabajo asalariado* (empresas agrícolas, explotaciones forestales o mineras, fábricas diseminadas por todo el territorio) debido a exigencias directas o indirectas. En los países subdesarrollados, el "costo" de tales desplazamientos de mano de obra amenaza con ser elevado para los agrupamientos localizados en las zonas en las cuales se lleva a cabo el reclutamiento. Lo hemos demostrado, cuando estudiamos en

23 I.S.E.A., *Niveaux de développement et politiques de croissance*, París, 1955.

Gabón la influencia del proceso orientado en dirección de las explotaciones forestales. Las aldeas de las "regiones receptáculos" fueron afectadas en sus equilibrios demográficos (con una acentuación considerable de la feminidad) y en sus equilibrios sociales (relaciones anormales entre los sexos y las generaciones, alteración de las estructuras sociales fundamentales, relajamiento del control social sin que se compense el efecto negativo). La influencia de tales reclutamientos también es sensible en el interior de las zonas explotadas, donde se multiplican los campamentos de "destribalizados" y donde las relaciones sociales se ven falseadas por la inyección masiva de extranjeros[24].

El *éxodo rural* es, sin embargo, el más característico de los fenómenos citados, por su intensidad y por su rapidez. Está dirigido hacia las ciudades —en su mayoría recientes— que atraen a los campesinos en tanto focos modernistas, centros administrativos y mercados de trabajo. Este movimiento es general, más o menos pronunciado en el tiempo en función del grado de desarrollo económico. En el Japón, de 1920 a 1940, mientras la cifra de la población se elevó de 56 millones a 73 millones de habitantes, el número de personas que vivían en aglomeraciones inferiores a los 10.000 habitantes disminuyó a menos de 38 millones. La India posee en la actualidad unas sesenta ciudades que cuentan con más de cien mil personas. Bombay, Calcuta y los centros de la industria textil han duplicado su población en una decena de años. China está atravesada por corrientes de aldeanos migrantes como consecuencia de sus nuevos programas de equipamiento e industrialización; los reportajes que publica la prensa cotidiana muestran estos nuevos ciudadanos acampados en las "ciudades de paja" en espera de que las ciudades puedan agrandarse a un ritmo suficiente. En Africa, el éxodo rural se ha acentuado después de la finalización de la segunda guerra mundial. Las ciudades de Senegal duplican su volumen entre 1942 y 1952. En Brazzaville, el más importante de los "centros" africanos (Poto-Poto) se incrementa en las mismas proporciones en siete años (de 1954 a 1961). En el Congo colonizado por los belgas, la llamada población "destribalizada" que vive en las ciudades y en los centros no habituales, aumentó en un 130 o/o desde 1940 a 1951. En esas regiones, que constituyen un amplio sector del Africa central, la proporción de personas residentes fuera del medio aldeano se ubica, por lo general, en el 20 o/o, aproximadamente.

Este auge urbano descomunal plantea más problemas de los que resuelve. Ante todo, de orden material. Es imposible alojar en condiciones tolerables a una población que arriba en contingentes tan nutridos. Las "villas miseria" ("*bidonvilles*") se multiplican por

24 Cf. G. Balandier, *Sociologie actuelle de l'Afrique noire, op. cit. p. 164-169,*

doquier en el mundo subdesarrollado en los bordes de las grandes ciudades. La especulación con los alquileres, terrenos, habitaciones, pesan enormemente sobre un asalariado retribuido, por lo general, con los más bajos salarios. Hemos subrayado este aspecto en nuestro estudio de las Brazzaville negras[25]. Se han recogido testimonios del mismo tipo a propósito de Africa del Norte y la descripción de ciertas ciudades de la India evidencian la generalidad de dicho fenómeno. Estos nuevos habitantes urbanos ("acampados" más que integrados en el medio de la ciudad— no constituyen sino una *reserva de trabajadores.* Hacen visible la desocupación y contribuyen al sostenimiento de una política de bajos salarios.

Por consiguiente, los problemas económicos no son los de menor importancia. El mercado de trabajo no está organizado ni suficientemente extendido como para proporcionar empleos a una población tan numerosa. Este mercado, por lo general, es precario, vinculado con necesidades transitorias, sin que se desarrollen actividades permanentes que exijan una mano de obra numéricamente importante. Tal fue el caso de la expansión de Brazzaville. Desde 1951-1952, cuando la ciudad tomó su actual configuración, las empresas comienzan a fallar. Al poco tiempo, se registran oficialmente más de 3.000 desocupados. El segundo problema que se plantea es el del aprovisionamiento de víveres. Mientras el campesino no esté equipado con las nuevas técnicas de producción y adaptado a estas, le resulta difícil satisfacer la demanda sin perjuicios. Uno de los más graves peligros reside —como lo hemos notado en el Africa Negra—, en la aceleración de la rotación de los cultivos puesto que ello activa el proceso de degradación del suelo. En los países brutalmente abiertos a la modernización es más neta la ruptura del equilibrio entre el medio rural y el urbano y acarrea peores consecuencias que las que pudieron observarse en Europa en el período de la "revolución industrial".

La situación evidentemente señala que los fenómenos "patológicos" se tornan más evidentes. La nueva ciudad presenta, a menudo, una estructura demográfica aberrante. La emigración hacia los centros ha sido, al principio, un asunto de los hombres activos atraídos por el mercado de trabajo que aquellos constituyen. Las mujeres los siguen más tarde y en un número menor. Los estudios comparativos insisten en el predominio masculino en la población urbana, con las consecuencias sociales (mercantilización de las relaciones sexuales, prostitución) acarreadas por el hecho de una *sex-ratio* anormal[26]. La ciudad nueva aparece también como una sociedad "improvisada" afectada por continuas

25 *Sociologie des Brazzavilles noires,* París, 1955.

26 *INCIDI, L'attraction exercée par les centres urbains et industriels dans les pays en voie d'industrialisation,* Bruselas, 1952.

transformaciones. La rapidez con la que se edifican explica ese rasgo de sociedad poco estructurada y mediocremente organizada. Al parecer, lo que las caracterizan son las "instituciones de la riqueza". La ciudad provoca la transformación de las relaciones familiares tradicionalmente prescriptas. Entraña el relajamiento de las obligaciones sociales y suscita un estado de *disponibilidad* que genera una confusión cierta en el nuevo habitante de la ciudad. Esta impone la coexistencia de elementos heterogéneos y, con ello, una situación que induce conflictos entre individuos, culturas y diferentes grupos. Esta *sociedad no-formada* favorece la aparición y multiplicación de conductas delictivas entre los adultos y los jóvenes. Fenómenos semejantes desempeñan, de hecho, el papel de auténticos "reveladores" para apreciar el grado de suborganización social. En fin, es preciso recordar el problema que plantea un proletariado no estabilizado, mal equipado técnicamente, mal retribuido y, a menudo, desprovisto de medios eficaces que le posibiliten defender sus derechos. Su estudio no lo podemos encarar en el presente trabajo, pero, hay que hacer notar que la propia *inestabilidad* de ese proletariado obstaculiza su organización y el desarrollo de su conciencia de clase[27].

Parecía razonable pensar que el ejemplo dejado por Europa cuando procedió al despegue de su industrialización permitiría evitar la repetición de errores especialmente "onerosos". No ha sido así. Rara vez resultan eficaces las lecciones de la historia.

27 Conviene completar estos elementos informativos remitiéndose al capítulo "Los desequilibrios socioculturales y el desarrollo" /Cf. la edic. orig. franc./.

II. La problemática de las clases sociales en formación[28]

1. Los sistemas de estratificación social son actualmente conocidos en su *diversidad*. La prolongada serie de formas tiene su origen en las estratificaciones elementales de las sociedades consideradas arcaicas y se cierra transitoriamente con las estratificaciones complejas, que tienen una gran carga dinámica, en la forma que adoptan en las sociedades industrializadas de clases antagónicas. Las *características generales* de tales sistemas que constituyen la armazón de las sociedades globales se hacen, así, más evidentes. Desde el momento en que se intenta dar una definición se imponen especialmente tres de esas características: *a*) Se trata de sistemas que organizan las relaciones desiguales y jerárquicas entre los grupos sociales; *b*) Se trata de sistemas heterogéneos o multidimensionales en la medida en que coexisten varios modos de estratificación —algunos de los cuales heredados del pasado); *c*) Se trata de sistemas de un elevado potencial de dinamismo puesto que constituyen el lugar de una permanente tensión entre las fuerzas de cohesión (porque instauran un orden) y las fuerzas de ruptura (porque implantan la desigualdad y la dominación). Las estratificaciones sociales, en cualquiera de sus formas, generan un cuestionamiento más o menos activo[29].

Se puede medir, pues, la dificultad tanto mayor por cuanto las consideraciones ideológicas se entretejen a menudo con las consideraciones científicas en el curso de la investigación. Se plantea una cuestión: ¿cómo proceder para lograr una mejor evaluación de la validez de las teorías de la estratificación social? ¿Cómo llegar a resultados de alcance más general? Al parecer, se deben considerar dos condiciones. La primera es la posibilidad de un *estudio comparativo* mejor fundado. Las investigaciones más abundantes han sido consagradas a las primeras sociedades industriales, las que hoy se definen por el neocapitalismo y por su avance técnico. Las sociedades industriales socialistas no son bien conocidas en lo referente a su estratificación social y a sus rasgos específicos. Las sociedades en vías de industrialización están subanalizadas al tiempo que

28 Texto revisado de un artículo publicado con el título de "Problematique des classes sociales en Afrique noire, en *Cah. intern. de Sociol.*, XXXVIII, 1965.

29 Remitirse a mi estudio titulado: La stratification sociale, analyse comparative, en *Etudes sociologiques*, años 1967-1968.

subdesarrolladas. La generalización científica sigue siendo algo aventurado por cuanto debe basarse en una información reducida e insuficientemente diversificada.

La segunda condición es *la actualización de las herramientas intelectuales* que proporcionan los medios para estudiar con rigor las sociedades en tren de transformaciones rápidas. En efecto, la acumulación de cambios se convierte en el sucedáneo de la "experimentación sociológica". Permite captar las *estructuras en movimiento* y revela sus características con una especie de agrandamiento. Esta consideración justifica el examen de las estratificaciones sociales que se transforman, de los procesos que operan en ellas con rapidez, como es el caso de las sociedades en vías de desarrollo. Entonces se podrán reconsiderar ciertos problemas hasta ahora mal resueltos por la sociología de las estratificaciones sociales. El problema de la relación del sistema de clases sociales con el estado de sociedad industrial ¿surge con esta, como lo ha sostenido G. Gurvitch apelando a Marx? El problema de la relación del estado moderno con el sistema de estratificación social: ¿la fase de la construcción nacional impone la preeminencia de la instancia política y, en consecuencia, el privilegio de la clase "gestora"? El problema de la coexistencia de modos de estratificación sociales muy heterogéneos: ¿cuál es la influencia de las estratificaciones tradicionales sobre los procesos de formación de la estratificación moderna, en particular sobre la formación de las clases sociales? Estos problemas no pueden recibir una respuesta inmediata, ésta resultará de las investigaciones futuras. Sin embargo, es posible alcanzar una formulación menos esquemática al considerar *situaciones que cumplen una función de indicadores:* el Africa Negra nos brinda un gran número —y muy diversificado— de tales indicadores en sus grandes cambios en curso.

II. Los recientes cambios que afectan a las sociedades africanas, las controversias surgidas a propósito de los nuevos poderes establecidos en el momento de la descolonización, las "revoluciones" que expresan las luchas por la conquista del aparato estatal, todo ello ha llamado la atención de los "especialistas" sobre un problema subestimado o ignorado. ¿Se puede considerar la evolución moderna como un proceso que apunta a la constitución de clases sociales —más allá y a expensas de las relaciones sociales formadas en el medio tradicional del Africa—, se puede considerar a los enfrentamientos políticos o ideológicos como expresión de una oposición entre clases?

La formulación es precisa pero la mayoría de las respuestas son ambiguas. Estas revelan las incertidumbres en cuanto a la posibilidad de interpretar las sociedades africanas *actuales solo* bajo *el aspecto* de las clases y de sus dinamismos. Por lo general, los responsables políticos han rechazado el principio de la lucha de

clases, considerándolo "inadecuado" para las condiciones sociales aún existentes en Africa. Sekou Touré, en el momento mismo en que su opción política se pretendía radical, sostenía: no cabe la posibilidad de "trasladar —bajo el manto de tal o cual ideología— los antagonismos fundamentales que oponen a las clases sociales al dominio de nuestras particularidades internas"[30]. Los teóricos reconocen que las clases tienen más un carácter *naciente* que constituido (incluso los teóricos de estricta filiación marxista). I. Potekhin, consigna en una de sus últimas publicaciones: "En la gran mayoría de países africanos, la diferenciación del campesinado en clases es aún insignificante; los obreros agrícolas o los proletarios que han roto todo vínculo con la tierra todavía son poco numerosos"[31]. R. Barbé, en su estudio general sobre *Las clases sociales en Africa Negra*[32], pone de manifiesto clases en formación. Principalmente insiste en el hecho de la constitución de una burguesía, en particular de una burguesía burocrática, y subraya el carácter no homogéneo de las estructuras sociales. Lo cual es una manera de sugerir la presencia de viejas relaciones sociales. Durante largo tiempo los antropólogos y los sociólogos africanistas prestaron a este problema una discreta atención. Desde el momento en que comenzaron a considerarlo, fue para recordar las características específicas de las sociedades africanas y el peso de la tradición, la ausencia de ideologías de clase y de conciencia de clase. L. Fallers ha subrayado las dificultades y planteó que la noción de clase social —según él "distintiva" de nuestra historia y de nuestra cultura— es inutilizable fuera de las llamadas sociedades occidentales antes de adquirir "un significado de aplicación general"[33].

Antes de proceder a un nuevo examen, conviene trazar el inventario de los obstáculos con los que tropieza. Dos de estos obstáculos son de orden metodológico:

(*a*) La pronunciada *diversidad* de las situaciones que no puede explicarse a partir de un modelo estructural único puesto que es la resultante de múltiples factores convergentes: la variedad de las sociedades tradicionales, la influencia diferencial *de las* colonizaciones, las divergencias derivadas de las opciones políticas hechas después de la independencia. Sin embargo, esta diversidad no excluye las características comunes: amplio predominio del campesinado, pequeño número de "empresarios" autóctonos, importancia

30 Véase mi análisis de la "doctrina política guineana", en G. Balandier, *Les pays en voie de développement*, Cours de Droit, 1961.

31 I. Potekhin, Land Relations in African Countries, *Journ. of Modern Afric. Stud.*, I, 1, 1963. Ver este artículo en Frieland y Rossberg: *Africa Socialista*, F.C.E., México, 1964.

32 Número especial de la revista *Economie et Politique*, 103, 1964.

33 L. A. Fallers, *Social Class in Modern Buganda*, East African Institute, 1957.

de la capa social que vive de la burocracia, surgimiento de una "nueva clase", la de los gestores del estado moderno.

(*b*) La *heterogeneidad*, también pronunciada, de las sociedades africanas actuales constituye otra fuente de dificultades. Estas sociedades contienen en su interior elementos de diferentes épocas, ilusoriamente contemporáneos. Coexisten relaciones sociales de mayor o menor compatibilidad. Son múltiples las pautas de diferenciación social; unas heredadas del pasado, otras originadas en el período colonial o derivadas de las modificaciones operadas luego de la independencia. Los tipos de estratificación social y las modalidades de las contradicciones inherentes a cada uno de los tres períodos citados, actúan al mismo tiempo y se interfieren entre sí.

Sin embargo, el aspecto inacabado de las clases sociales en Africa Negra se explica por causas más esenciales. Ante todo, por el hecho de que la nación, el estado y la economía modernos se hallan, por lo general, *en vías de construcción*. Los particularismos internos mantienen a las clases sociales, en particular al campesinado, en un estado *fragmentario*. La economía moderna, siempre dependiente de agentes económicos exteriores, no se ha establecido aún en escala nacional. Se desarrolla por "islotes" mientras que el sistema de autosubsistencia existe en extensas regiones. En tales condiciones, las diferenciaciones sociales que expresan las nuevas relaciones de producción solo pudieron aparecer tardíamente: se hallan en vías de cristalización. *La distancia entre la ciudad y el campo* es, a menudo, más notable que la existente entre los grupos sociales que podríamos identificar como clases. Los sistemas de valores y sus ideologías específicas no se oponen con nitidez; la conciencia de clase se despierta lentamente, con excepción de las capas sociales, muy minoritarias, que se han convertido en las principales beneficiarias de la independencia. Se ha creado una solidaridad de intereses entre esas capas que las une o les impone, al menos, la necesidad de una estrategia común.

Este enfoque preliminar es incompleto porque no toma en cuenta las distinciones a las que apelan los africanos mismos con el fin de diferenciar a las clases sociales o a las *seudo-clases*. El examen de los "vocabularios" revela una real indigencia si se trata de los aspectos modernos y, en cambio, una relativa riqueza en el léxico cuando el caso se refiere a las jerarquías tradicionales y a la estratificación social que estas rigen. La mayoría de los campesinos se limitan —a imagen de los lugbaras de Uganda— a situarse en relación con los "hombres nuevos" (*Ba-odiru*, "los" de la novedad, frente a "los" de la tradición). Lo que implica, por cierto, una oposición, como lo demuestra también el corte establecido en la región de Stanleyville (Congo) en el tiempo de la colonización: por un lado los "civilizados" *(kisungu)* según la concepción de los europeos, del otro lado, los "tradicionalistas" *(kisendji)* según la

voluntad de los antepasados. Sólo en el curso de los últimos años aparece una terminología "importada", empleada para justificar las opciones políticas o los enfrentamientos que ellas provocan. Así aparecen los términos de burguesía, clase campesina, clase ("casta", en el lenguaje de los opositores) dirigente, etcétera.

III. Hay que mencionar una comprobación, a menudo subestimada, antes de proceder a cualquier nuevo estudio. La situación actual de las sociedades africanas es el producto de la *acumulación* de los aportes provenientes de una triple historia. Hay que distinguir también los elementos derivados de la época colonial de los elementos "modernistas" resultantes de la colonización y la descolonización. La investigación se sitúa desde una perspectiva histórica o deja escapar toda posibilidad de explicación de las relaciones sociales actualmente existentes en el Africa Negra. Por consiguiente, se considerarán tres sistemas de referencia.

El marco de referencia tradicional

A pesar de la diversidad de las viejas estructuras sociales, las economías que se hallan en su base presentan características comunes. En lo esencial, aseguran la subsistencia. Las actividades mercantiles —inclusive en las regiones en las cuales se efectúan los intercambios a larga distancia—, con frecuencia solo ocupan un lugar reducido. Cuando su importancia se hace mayor, esas actividades quedan bajo el control directo de los detentadores del poder[34]. Las actividades mercantiles están unidas de manera original a la propiedad de la tierra. La tierra está sacralizada (es más que un simple factor de producción) y es un bien colectivo, inclusive en las sociedades con estado tradicional en las cuales el soberano está teóricamente considerado como el "propietario" (amo) del conjunto del país. La ausencia de una numerosa clase comercial semiautónoma, y de una aristocracia terrateniente, tiene una influencia directa. Lo que determina la situación recíproca de los grupos sociales tradicionales, su *orden* en el seno de la sociedad global es la existencia o no del estado tradicional, la posición respecto del poder político.

En las sociedades clánicas con débil diferenciación del poder, se amortigua la influencia de la desigualdad, aunque pueda tener cabida la esclavitud doméstica. Algunas de estas sociedades han sido definidas como "igualitarias" (los fang de Gabón, los nuer de Sudán, etcétera), todas disponen de mecanismos que operan contra los abusos del poder y la riqueza. Tales rasgos no significan que estas sociedades no presenten, en ciertas circunstancias, una jerarquía de

34 En algunos casos, los dos aspectos están estrechamente imbricados como lo demuestran las investigaciones consagradas por Y. Person a la "revolución dyula" de Samori.

status sociales (un sistema de *rangos*) y una estratificación social que atribuye distintos derechos de acceso a los recursos estratégicos a los miembros adultos del mismo sexo"[35]

El estado tradicional africano se manifiesta en múltiples formas y estables jerarquías y estratificaciones sociales a su vez diversificadas. Pero hay un hecho que es el dominante *más allá de las diferencias:* el estado y la estratificación social progresan, en cierto modo, en forma conjunta; hay una estrecha correlación entre ambos fenómenos. Algunos ejemplos, transcriptos de modo sumario, permiten ilustrar dichas observaciones. Algunas sociedades estatales muestran una estratificación simple y rígida, que se interpreta como un ordenamiento ajustado de *castas* o *seudo-castas.* En el antiguo reino de Rwanda hay tres grupos, de diferente origen y distinto número, dispuestos según dicho principio, al tiempo que un sistema mítico-ideológico justifica esta jerarquía y esta desigualdad fundamentales[36]. El acceso a la independencia fue acompañado de una verdadera revolución: se abolió la monarquía y se eliminó la "casta dirigente". Existen sociedades estatales con jerarquías sociales convergentes e imbricadas. Tal es el caso de los estados hausas de Nigeria septentrional. En un sistema de "extrema complejidad" operan de modo convergente jerarquías de orden étnico, funcional, de status, político-administrativo y religioso, aunque subsisten las antiguas jerarquías de los clanes. El dualismo simple, que opone a los aristócratas y la gente común (*talakawa*) no da cuenta de manera suficiente de la situación que se ha perpetuado después de la independencia[37]. El marco ideológico lo proporciona el Islam. Sirve para justificar el poder establecido, las desigualdades en materia de prestigio y los resultados económicos desiguales. En fin, en ciertas sociedades con estado tradicional, la jerarquía expresa de modo directo la posición respecto del poder: la proximidad o la lejanía en relación con su detentador supremo. Así, en el antiguo Buganda (Uganda) se pueden distinguir: aristócratas (con status adscripto), beneficiarios de los cargos político-administrativos (con status adquirido) y campesinos o gente común, los *ba-kopi.* Cierta movilidad opera en favor de estos. La intervención del colonizador modificó esa estructura puesto que desquició el fundamento de la propiedad de la tierra basado en el clan: por consiguiente, la aristocracia del poder se convirtió en *una aristocracia del poder y del haber.*

Es evidente la resistencia que ofrecen las sociedades de esa naturaleza a cualquier interpretación en términos de clases sociales. Esta

35 M.H. Fried, The classification of corporate unilineal descent groups, en *Journ. Royal Anth. Inst.*, 87, 1, 1957.

36 J. J. Maquet, *Le système des relations sociales dans le Rwanda ancien*, Bruselas, 1954.

37 M.G. Smith, *Government in Zazzau*, Londres, 1960.

resistencia puede evaluarse mejor si se indica que: *a*) El orden social no es cuestionado eficazmente y las ideologías contestatarias difícilmente se expresen; *b*) La sociedad establecida dispone de varios mecanismos de defensa, incluidos los mecanismos de carácter ritual[38]; *c*) Las desigualdades se manifiestan más en el nivel del prestigio y del poder que en el nivel de la riqueza detentada.

El marco de referencia colonial

La colonización afecta a las antiguas estructuras. En cierto modo, establece los elementos *generadores de las clases sociales* al tiempo que frena su formación. Algunas de las condiciones propicias para el surgimiento de clases se evidencian en un primer examen: la generalización de la institución estatal o de su sustituto; el desarrollo de las ciudades y de la economía mercantil; la modificación directa o indirecta del régimen de la tierra; la difusión de un nuevo conocimiento que valoriza la palabra escrita —el del "letrado" o burócrata— a expensas del conocimiento oral. Hay que añadir a esta lista de transformaciones un fenómeno importante: *la desnaturalización de la cultura tradicional* y la disolución de los sistemas religiosos vinculados con ella. Se atacan los fundamentos sagrados y las ideologías justificadoras del orden social. Por tanto, se debilita la relación de adhesión a la sociedad global. Se ensancha el espacio en el que se sitúa el cuestionamiento.

Estos profundos trastornos se acompañan con una nueva diferenciación social que efectivamente opera en dirección a la formación de clases. De una manera esquemática, se pueden distinguir y ordenar las siguientes capas sociales:

1º Agentes políticos y económicos del poder colonial;
2º Agentes de la occidentalización (miembros de la enseñanza, del clero, etc.);
3º Plantadores ricos;
4º Comerciantes y pequeños empresarios;
5º Trabajadores asalariados organizados (o no) en el seno de agrupaciones profesionales.

Hay intereses comunes que tienden a unir a algunas de estas capas sociales y a provocar como reacción la toma de conciencia del sector social que se halla más desposeído, que es el de los asalariados. Se van dibujando los contornos de una burguesía burocrática, de una burguesía económica y de un proletariado aún poco numeroso.[39].

38 Los ritos de la inversión y de la rebelión cumplen esta función de liberar el desorden, *bajo control*, con el fin de restaurar mejor el orden establecido. Este procedimiento no es algo exclusivo de Africa.

39 Inclusive en territorios con un desarrollo muy retrasado, vésase G. Balandier, *Sociologie des Brazzavilles noires*, París, 1955.

Sin embargo, hay condiciones contrarias a la constitución de clases sociales que frenan el proceso. Muchas de ellas son conocidas. Por una parte, el desarrollo económico y la modernización discurren por cauces estrechos y condicionados: el colonizador los orienta y los dosifica de acuerdo con sus propios intereses. Están muy sometidos a los avatares exteriores, de lo cual deriva la inestabilidad que afecta bruscamente al mercado de trabajo, al volumen de los ingresos y a la composición misma de las nuevas capas sociales. Por otra parte, la situación de dependencia se interpone contra la formación de una clase social superior y la ampliación de la separación diferencial entre clases. Los europeos, sobre todo en las colonias de población, aseguran un bloqueo de hecho. Contienen "el proceso de formación de una burguesía nacional", según los términos de un informe de la Unión Sudanesa; instauran y luego mantienen una verdadera "albinocracia"[40]. En una época más reciente, desde el instante en que se expresa y organiza la reivindicación de la independencia, se crea un "frente" de oposición al colonizador. Esta amplia unidad contribuye a reducir, al menos en forma provisoria, los antagonismos entre las nacientes clases sociales. Este fenómeno se ha dado frecuentemente.

Sin embargo, parece ser esencial insistir en la influencia de la "tradición" y de los particularismos que ella induce. La constitución de las clases no pudo operarse de un modo igual en el conjunto de los grupos étnicos. *Ante todo*, se manifestó en el seno de etnias que establecieron tempranas relaciones con el exterior o se han encontrado en las inmediaciones de los focos de modernización. Es así en la región del golfo de Guinea, en las zonas costeras y en las bases de las plantaciones. Aunque es verdad que, en parte, la distribución de las clases se halla unida a la distribución de las etnias.

Cuando los dos fenómenos son distintos, los cortes étnicos fragmentan a las clases en vías de diferenciación y la pauta marcada por la pertenencia étnica prevalece, a menudo, sobre el criterio de pertenencia a una clase en un período de grave crisis. En un estudio dedicado a Freetown (Sierra Leone) M. Banton consigna, en el plano político, que "la filiación tribal es mucho más importante que la pertenencia a una clase". El autor trata de determinar las relaciones significativas entre las "tribus" y las clases examinando: *a*) Las "diferencias de clase dentro de las tribus"; *b*) "El carácter de clase que afecta a las relaciones entre tribus"; *c*) "La alineación en una clase", resultante de opciones individuales que desbordan las fronteras de la solidaridad tribal. Por consiguiente, el elemento importante consiste en poner de manifiesto las relaciones complejas que intervienen en ambos tipos de sistemas sociales.

40 Término utilizado por P.L. Van den Berghe en su obra titulada *Caneville*, Middletown, 1964.

Esta vinculación se expresa en otra forma. Las viejas relaciones interpersonales aún constituyen campos de solidaridad donde se sitúan los individuos "que representan" a clases diferentes. El parentesco (*lato sensu*), las economías familiares mantenidas con frecuencia, las asociaciones de residentes y las sociedades de ayuda mutua, numerosas en el medio urbano, inscriben dentro de un mismo agrupamiento a personas que deberían estar separadas y opuestas entre sí debido a la desigualdad de las condiciones sociales. Por lo tanto, el parentesco y la "fraternidad" étnica predominan sobre los antagonismos de clase. Continúan, con frecuencia, proporcionando el marco principal de la vida cotidiana. Esto es tanto más importante aún porque *la segregación* de hecho o de derecho, derivada de la situación colonial, impide a la burguesía autóctona en formación identificarse con esa *burguesía externa* que constituye la mayoría de los "coloniales" europeos. Esta engendra a aquella, pero le impone la "barrera y el nivel" que sus miembros no podrán sobrepasar.

El marco de referencia postcolonial

La independencia conquistada crea inmediatas exigencias: la construcción de la nueva nación, el impulso al desarrollo económico. Entraña un deshielo de la vida política y permite expresarse a la competición por el poder. De este modo, establece condiciones más propicias para la *actualización* de las clases sociales: una economía que vuelve a ser dinámica, una nación que se constituye por encima de los particularismos, la liberación de los antagonismos a favor de las luchas por el poder y los enfrentamientos referentes a las orientaciones políticas. Esta forma de plantear el problema es justificada y, a la vez, cuestionable porque simplifica una realidad harto compleja. J. Ziégler —quien en una obra de inspiración marxista[41] hace un análisis sociológico de la "nueva Africa" a partir del concepto de clase social— reconoce el valor de este instrumento al tiempo que señala sus límites en el caso de sociedades en las cuales el proletariado y la burguesía no se encuentran sino en un "estado embrionario".

La pobreza de las informaciones estadísticas y el número reducido de investigaciones sociales extensas tornan dificultosa la identificación de las clases en el África Negra. A pesar de estas incertidumbres, la consideración de un caso permite una mejor evaluación de las dificultades. El ejemplo que vamos a tomar es el de Senegal, país de tres millones de habitantes que ha concebido su desarrollo y modernización en un sentido socialista. La ideología oficial, por definición, es la del "socialismo africano". El trabajo asalariado solo ocupa un lugar reducido: 120 mil asalariados, de los cuales un 25 o/o se halla al servicio del estado. Sobre los 90 mil asalariados del sector privado, solo 400 pertenecen a los cuadros superiores y medios. Pese a esta

41 J. Ziégler, *Sociologie de la nouvelle Afrique*, París, 1964.

debilidad numérica, el sindicalismo hace mucho que se ha implantado y es relativamente vigoroso. La burguesía comercial casi no existe en forma autóctona, está constituida, sobre todo, por minorías extranjeras. La burguesía rural es débil porque no existe una economía de plantaciones que dé lugar a su expansión. La propiedad inmobiliaria está limitada a algunas etnías (por ejemplo, los lebu de la región del Cabo Verde), a algunos notables tradicionales (en particular, a los jefes religiosos) y a algunas personalidades de la "política" o de la alta administración. La masa campesina, que constituye el 75 o/o de la población total, está ampliamente sometida a las viejas jerarquías sociales, al sistema del "orden" y de las "castas artesanales"[42]. La diferenciación en clases aparece en forma más neta a nivel de la *élite modernista*[43] —constituida por los responsables políticos, los miembros de las profesiones liberales y la aristocracia asalariada— y en el nivel de los trabajadores del sector moderno, quienes aseguran un alto porcentaje de participación en las actividades sindicales y en la vida política. Como se puede verificar en forma inmediata, la lectura sociológica en términos de clases sociales se aplica a una *minoría* y, sobre todo, al *medio urbano*. La opción socialista de los gobiernos ha tenido como consecuencia el incremento del peso relativo de la clase dirigente.

Observaciones de carácter más general o resultantes del análisis de la actualidad africana permiten precisar la problemática de las clases sociales en devenir.

1) La vida política actual casi no aparece como indicador de una estructura de clases conformada, sino, antes bien, como el instrumento de *una* clase en formación. Los partidos, cualesquiera que sean sus posiciones, están controlados por dirigentes salidos de las mismas capas sociales. La observación de J. L. Seurin en Africa Occidental francófona, al parecer, se ha comprobado ampliamente: "Por lo general, las mismas capas sociales detentan las responsabilidades en todos los partidos y la "clase política" africana tiende a reclutarse en las mismas categorías"[44]. Esto se ha consignado hace mucho tiempo pero sigue siendo actual.

2) Los cambios revolucionarios que se operaron a partir de 1960 afectan más a las viejas jerarquías que a las relaciones sustentadas por las nacientes clases sociales. Ruanda, un país campesino y débilmente desarrollado, ha sido el teatro de la eliminación de la monarquía y de la aristocracia *tutsi*. El inesperado descubrimiento de esta capacidad de cuestionamiento indujo, además, a J. J. Maquet a reemplazar la noción de clase por la de casta (la que no desempeña más que un papel secundario) en sus últimas interpretaciones de la sociedad de Ruanda[45]. La Katanga industrial y minera, con su numerosa población obrera ya no es la provincia más revolucionaria del Congo belga. Parece una paradoja, pero, las zonas de la "rebelión" se hallan, por el contrario, en otras partes, en las regiones mucho más desposeídas, donde los asalariados son vistos como enviados beneficiarios del progreso material.

3) Estos elementos permiten una mejor comprensión de la actual controversia respecto de la *identificación* de la clase social más progresista. ¿Es acaso el campesinado (harto mayoritario, aunque poco constituido como clase) o la clase obrera (minoritaria, pero mejor conformada)? F. Fanon ha considerado al "proletariado embrionario" de las ciudades como "relativamente privilegiado". Ha denunciado el "superdesarrollo" de las capitales y ha recomendado una política asentada en las "masas campesinas"[46]. En un ensayo notable, antes que Fanon, Abdoulaye Ly había exaltado la revolución simbolizada por la hoz, pero no por el martillo que según él sacrifica al campesinado[47]. Ningún ensayista político —inclusive Fanon, quien propugna, no obstante, la "neutralización" de la burguesía en ascenso— y ningún responsable político consideran la lucha de clases como el motor del futuro africano inmediato. Todos apelan a la misión del pueblo; como Sekou Touré, "al dinamismo revolucionario de todo el pueblo consciente", porque esto coincide con "una sola y misma clase, la de los desposeídos".

4) Las vicisitudes políticas son también reveladoras. Las crisis producidas en los últimos años (levantamientos, complots, golpes de estado) están determinadas por dos tipos de problemas. Por un lado, por el resurgimiento de viejos antagonismos (en particular, tribales y religiosos). La reanudación del movimiento de la historia africana entraña en varios países la "tribalización" de la vida política, antes que un enfrentamiento de clases y de concepciones políticas opuestas. Por otro lado, tales crisis, desde el momento en que se inscriben en el cuadro de la política moderna, expresan antes que la actual situación de las clases, la competición por el poder dentro de la "nueva clase", la de los dirigentes y los burócratas. F. Fanon ha denunciado las contradicciones que afectan a la "burguesía nacio-

42 A. Hauser, *Les élites sénégalaises et L'émergence des cadres de base africains dans l'industrie*, comunicación efectuada en Ibadan, julio de 1964.

43 Fórmula empleada por A. Hauser.

44 J. L. Seurin, Elites sociales et partis politiques d'A.O.F., *Annales africaines*, 1958.

45 J. J. Maquet, La participación de la classe paysanne au mouvement d'indépendance du Rwanda, en *Cah. d'Et. afric.*, 16, 1964.

46 F. Fanon, *Les damnés de la terre*, París, 1961. Hay versión española: *Los condenados de la tierra*, F.C.E., México, 1964.

47 A. Ly, *Les masses africaines et l'actuelle condition humaine*, París, 1956.

nal", las cuales son fuentes de inestabilidad. J. Ziégler reconoce el mismo fenómeno como subyacente en los recientes acontecimientos africanos: la competencia por el control del estado y del poder, la acción de un grupo (el de los gestores) "que lucha por su supervivencia política"[48]. Este autor demuestra, en el caso del Congo-Kinshasa, el papel de la *contra-élite*, es decir, la influencia del cuestionamiento que se opera en el *interior* de una misma clase[49].

5) Estas observaciones convergentes están confirmadas por una quinta y última constatación: la endeblez de las ideologías, hecho incuestionable incluso en países tales como Senegal y Ghana[50]. Una situación generalizada de antagonismos entre clases netamente constituidas no podría estar en correlación con ideologías pobres, más repetitivas que contradictorias. Estas ideologías se tornan, además, ambiguas, como lo demuestra el uso y el abuso del socialismo. Cada vez más, ellas ceden el paso al empirismo. Algunas encuestas realizadas en Africa occidental entre los futuros responsables han evidenciado una gran preocupación por las "técnicas" del desarrollo y un marcado desinterés por las doctrinas[51]. Se está formando un espíritu tecnocrático, lo que engendra un nuevo lenguaje que se difunde en el seno del grupo de gestores pertenecientes a las nuevas generaciones.

Tales son los hechos dominantes. Sirven como indicadores. Sugieren el carácter de la estructura de clases como algo más *potencial* que actual en el Africa Negra. Uno solo de los elementos de esa estructura está más conformado: la clase dirigente, la de los gestores del nuevo estado, de sus dependientes y sus opositores.

IV. Sin embargo ¿se puede disponer de las claves necesarias para toda sociología de las clases africanas? La situación actual es de una complejidad incuestionable. Operan en ella viejos dinamismos falseados por la colonización y los dinamismos nuevos resultantes de la descolonización. La situación se caracteriza por el retraso, la dependencia económica, que continúan frenando la diferenciación de clases, incluso en las regiones donde el proceso es más activo como en el caso de Nigeria meridional. Las relaciones de producción (modernas) aún no han asumido en Africa el papel determinante que desempeñaron y desempeñan en Europa. Se debe buscar la explicación en otra parte, allí donde se definen las relaciones mantenidas con el *poder*. El acceso al poder y las luchas alrededor de este son los elementos que contribuyen a la consolidación de la única clase bien conformada, la clase dirigente. *El acceso al poder es lo que brinda el*

48 *Sociologie de la nouvelle Afrique*, Introducción.

49 *Op. cit.*, p. 218.

50 Y Tanzania, donde se desarrollan un pensamiento y una experiencia originales.

51 Remitirse al número especial de la revista *Prospective* preparada y redactada bajo mi dirección con el título de *L'Afrique en devenir*.

control de la economía, mucho más que el hecho inverso. Al respecto, el nuevo estado ejerce una influencia comparable con la del estado tradicional. La posición respecto del aparato estatal puede condicionar todavía el status social, la naturaleza de la relación con la economía y el poderío material.

La imagen de las clases sociales, tal cual fue creada en Europa, se ve modificada, así, por otros factores diferenciales. De hecho, se trata de opciones fundamentales que tienden a reducir —durante la fase presente— la función histórica de las clases. En ciertos países, como Senegal, se le da una preponderancia de hecho y de derecho a la *nación*. Las necesidades de la "construcción nacional" prevalecen sobre la reivindicación de la revolución social. L. S. Senghor ha afirmado —en reiteradas oportunidades— la primacía de la nación sobre las clases. Por otra parte, a menudo se define la solidaridad internacional en el plano de las relaciones entre "naciones proletarias" (y en el seno del continente africano) con preferencia al orden de las relaciones entre las clases desposeídas. Es lo que recuerda L. S. Senghor al comentar su teoría del socialismo africano "Un socialista de nuestros días no puede tener como ideal sino la supresión no de la desigualdad de clases en el interior de una nación sino las desigualdades resultantes de la división del mundo en estados desarrollados y estados subdesarrollados"[52]. En fin, hay que subrayar la voluntad (casi general) de llevar adelante una empresa de modernización original que no reproduzca "mecánicamente" los procesos de desarrollo de las sociedades industriales ricas, cualquiera que sea su régimen.

Los autores más comprometidos, al término de sus análisis sobre las clases africanas, tratan de evaluar las posibilidades de las "fuerzas del progreso". Al respecto, miden la capacidad de la clase dirigente y de la burocracia. Uno de ellos consigna, con más reticencia que originalidad: "La burocracia no se justificará históricamente como fuerza progresista sino en la medida en que logre revolucionar las bases económicas de la sociedad y llevar a cabo la acumulación primitiva. Para hacerlo le será necesario movilizar activa y eficazmente a las masas"[53]. Más allá de esto se perfila una enseñanza menos práctica pero de gran alcance científico. Las nuevas naciones africanas —como consecuencia de sus historias y de su voluntad (puede ser que utópica) de darle a la futura sociedad industrial una forma original— son portadoras, al parecer, de estructuras inéditas. Su evolución desquicia las falsas certidumbres. Nos impone la necesidad de diversificar nuestros instrumentos de análisis sociológico, de aceptar el etnocentrismo de nuestros conceptos y modelos teóricos; es decir, su puesta en discusión.

52 Discurso publicado en *Afrique-Express*, 33, 1962.

53 Africanus, *Le problème des classes sociales et les perspectives du socialisme en Afrique de l'Ouest*, inédito.

Tercera parte

DINAMICA DEL "ADENTRO" Y DEL "AFUERA"

I. Las dinámicas sociales

La historia presente resulta el verdadero indicador de la realidad social. Muestra las configuraciones sociales en movimiento y rompe la ilusión de la prolongada permanencia de las sociedades. Estas van adquiriendo cada vez más el aspecto de una obra colectiva nunca acabada y en constante reconstrucción. La historia presente torna más visibles los efectos producidos por las relaciones externas, "por el medio", según la terminología del análisis de sistemas— en las estructuras internas de las sociedades que mantienen dichas relaciones. Las características y las propiedades *dinámicas* y *de relaciones* de todas las formaciones sociales se imponen, pues, a la atención de los sociólogos. Ya no pueden seguir siendo consideradas como la parte de lo accidental, del acontecimiento (o fenómeno de corta duración) y de lo marginal, sino que se inscriben en la naturaleza misma de toda sociedad. Esta nueva orientación científica se apresta en momentos en que el pensamiento *crítico* avanza con rapidez, en que las apariencias de la sociedad no se confunden más con su realidad, siempre oculta o enmascarada. La influencia del neomarxismo y de los freudianos "sociologizados", el auge de las sociologías disidentes y la difusión de las teorías e ideologías contestatarias son los signos de este nuevo criticismo cuya impronta llevan algunas empresas sociológicas actuales. Dinámica, relacionante y crítica: tales son, al parecer, los atributos que califican una nueva ciencia social en vías de desarrollo. Esta rápida transformación es consecuencia, incuestionablemente, de las reacciones opuestas a la dominación de teorías impuestas en el curso de los últimos decenios: el funcionalismo, el estructuralismo y sus variantes híbridas. Pero es más aún el producto, el efecto, de una necesidad o de una exigencia: la que se le plantea al especialista que se encuentra frente a sociedades problemáticas y en proceso de cambio.

El examen de la bibliografía sobre los temas de sociología y antropología social publicada durante los últimos diez años demuestra la creciente importancia de los problemas específicos de la dinámica social y cultural, del cambio (o *social change*), del desarrollo y de la modernización. Para algunos autores, la fórmula que regía la sociología de Comte se ha transformado en "orden y cambio", según reza el título que W. Moore eligió para uno de sus recientes libros[1]. Esta ubicación en una nueva perspéctiva —aunque no carece de antecedentes en el pensamiento social de los siglos XVIII y XIX—

1 W. Moore, *Order and Change: Essays in Comparative Sociology*, New York, 1967.

ha conducido a una revaloración de las principales teorías de la dinámica social: evolucionistas, difusionistas, voluntaristas, cíclicas, factoriales, etcétera. Revaloración que desemboca, por el momento, en un conjunto bastante heteróclito y peligrosamente propicio para las combinaciones sincréticas. No obstante, incita a su superación, ya sea mediante un trabajo teórico y conceptual que enfoque particularmente el conflicto social[2], la innovación y la invención, el "pasaje" (o la transición) de una formación social a la que le sigue; ya sea por una investigación empírica que intente validar los indicadores y los índices del cambio social. Sin duda en el campo de la antropología social es donde la nueva orientación sigue siendo la más visible y la más "discordante", en la medida en que ella afecta las investigaciones consagradas a sociedades que por mucho tiempo se consideraron "sin historia" o ahistóricas. Se trata de un terreno en el cual entra en debate con las teorías antropológicas predominantes desde la década del treinta, en primer lugar con el funcionalismo y, en segundo término, con el estructuralismo. La nueva orientación está presente y es reconocida. A veces se la considera como generadora de una "escuela" dinamista[3]. Orienta algunos de los estudios que se han emprendido "sobre el terreno" y, en especial en antropología política y económica, además de aquellos que apuntan directamente a las relaciones recíprocas entre la tradición y la modernidad.

Esta concepción no puede considerar aceptable desde un punto de vista científico el viejo *corte* entre estática y dinámica sociales, entre estructuras y organizaciones establecidas bajo el signo de la permanencia y del no-acontecimiento y los procesos y transformaciones que operan bajo el signo del cambio, del movimiento histórico. Este corte reapareció en seguida detrás de la máscara de la oposición entre sincronía y diacronía[4]. El cuestionamiento de esta dicotomía —que, no obstante, se conserva en los manuales de introducción a la sociología— no se produce sin ambigüedades. Sobre todo porque la dinámica social sigue siendo vista, por lo general, solo en su faceta de cambio y de transformación de las estructuras. Ello va en desmedro de la observación de que dicha dinámica es *ante todo* inherente a las estructuras y *en todo momento* activa. Se subestima además, que ella es también consecuencia de los factores

2 Ver, por ejemplo, la contribución de T. B. Bottomore, Sociological theory and the study of social conflict, en: J. C. McKinney y E. A. Tiryakian (ed.), *Theoretical Sociology: Perspectives and Developments*, New York, 1970.

3 Cf. P. Mercier, *Histoire de l'anthropologie*, Paris, 1965. (Hay versión esp ñola. Historia de la Antropología. Edic. Península, Barcelona, 1969) y J. Poirier (dir.), *Ethnologie générale*, París, 1968, donde se aplica la fórmula a los trabajos de G. Balandier, M. Gluckman, E. Leach, etc.

4 Roman Jakobson destruye en este debate la referencia harto cómoda a la lingüística estructural: "la oposición entre lo diacrónico y lo sincrónico estalla en todos los puntos".

externos, del sistema de relaciones exteriores y no solo de los factores internos que determinan el ciclo de vida de las sociedades. Pese a estas insuficiencias, se ha llevado a cabo una primera localización de los problemas. Esto conduce al reencuentro con las preocupaciones que ahora se convierten en objeto de las ciencias sociales en tren de renovación.

La más importante de dichas preocupaciones apunta a remediar la carencia de los estudios teóricos y metodológicos de carácter atemporal que versan sobre sociedades "fijas", establecidas en una suerte de perpetuo presente. Para restituir el tiempo histórico a los sistemas sociales, se considera en primer lugar el proceso de cambio social. Se da en dos formas: *1*) la del cambio buscado, ya sea como efecto de la planificación, de la experimentación social, o —en el máximo punto de ruptura— por la revolución; *2*) la del cambio inherente a todo sistema social que se transforma en el propio curso de su funcionamiento. Este segundo aspecto impone una nueva manera de ver la sociedad, que puede permanecer cercana a las investigaciones de inspiración marxista pero que es independiente de estas. La sociedad aparece más amenazada por las "tensiones" que ella oculta, más sometida a las exigencias de la aproximación. La sociedad se define mediante modelos, "figuras", que marcan un corte en relación con las representaciones clásicas. Se la considera como una disposición *vulnerable* y *problemática* de los sistemas de relaciones que rigen la actividad colectiva. Disposición en la cual están presentes, en conjunto, el orden, el desorden y la incertidumbre[5]. Lo que se pone principalmente de manifiesto es: *a*) La ausencia de un ajuste total de cualquier sociedad con sus alrededores —el medio y el conjunto de las *sociedades en relación*—; *b*) La realización y el mantenimiento de todo orden social mediante el juego de *aproximaciones* sucesivas, a despecho de las apariencias a menudo contrarias; *c) La diferencia* entre los valores, las normas y las reglas sobre las que se funda la sociedad "oficial" y aquellos que se expresan a través de la práctica de los diversos agentes sociales. En tales condiciones, resulta claro que la continuidad social no puede ir de suyo y que, al menos, no se la debe considerar como una *estricta* reproducción en el tiempo de la sociedad existente. Incluso las interpretaciones más cibernéticas de la sociología —como, por ejemplo, las de A. Etzioni, que se caracterizan por el término de sociobernética— proponen una imagen de la sociedad que acentúa, por cierto, el papel desempeñado por la comunicación, la información y la manipulación de los símbolos, pero que hace lugar a las incertidumbres del *consensus* social, a la limitación de los poderes establecidos por parte de los contra-poderes y a la acción de la dinámica interna generadora de cambios

5 Ver, por ejemplo, W. E. Moore, Toward a System of Sequences, en J. C. McKinney y E. A. Tiryakian (ed.), *op. cit.*

difícilmente gobernables. Si bien es cierto que A. Etzioni refuta el concepto de "sociedad activa" —definido por un elevado nivel de control social y de *consensus*— al afirmar que la realidad social a la que dicho concepto se refiere "es en buena medida una utopía"[6] El intenta asentar el estudio de las sociedades globales sobre una energética, sobre una "teoría de la energía societal".

Las investigaciones producto de preocupaciones parecidas, pero no necesariamente convergentes, constituyen un campo científico renovado abierto a la actual labor de las ciencias sociales. Contribuyen en particular a la progresiva desaparición de una de las causas inhibitorias de la imaginación sociológica y de una de las razones de la inadaptación al estudio de las actuales sociedades que son las sociedades de la "movilidad": la afirmación de que las investigaciones que versan sobre el orden social, las permanencias estructurales (definidas de una manera formal) y los aspectos sincrónicos de los sistemas sociales son prioritarias y, a la vez, científicamente más puras. Cada vez se acepta menos que el rigor de los enfoques exija pagar el precio de una *reducción desnaturalizadora* del complejo social como consecuencia de una formalización simplificadora o de un microempirismo. El rigor no puede ser la coartada de una cientificidad más afirmada que demostrada o el efecto de un contrasentido cómodo (y, por consiguiente, mantenido con complacencia) en la naturaleza social. La primera condición funda una exigencia crítica permanente, la segunda impone el cuestionamiento de las delimitaciones (y las limitaciones) mediante las cuales la ciencia social ha intentado construirse en tanto conocimiento científico. Entre ellas figuran la "fijación" de las instituciones, las estructuras y los sistemas considerados en forma atemporal, los mecanismos generales de la acción social y la ubicación en la periferia (o el olvido) de los fenómenos que resultan de las relaciones exteriores de la sociedad global, de los efectos de la "causalidad externa"[7] a los cuales ella se halla sometida.

I. LAS ORIENTACIONES ACTUALES DE LAS TEORIAS DE LA DINAMICA SOCIAL

En uno de los recientes diccionarios de ciencias sociales el término "dinámica" se relaciona más con las preocupaciones teóricas de Comte y de Stuart Mill que con las de los especialistas contemporáneos, se conecta más con los temas de los economistas que con los de los sociólogos. Dicho término se sitúa dentro de una serie de oposi-

6 A. Etzioni, A macrosociology: a theory of societal energy, en J. C. McKinney y E. A. Tiryakian (ed.), *op. cit.*

7 Ver el estudio de R. Bastide, La causalité externe et la causalité interne dans l'explication sociologique, en *Cahiers Internationaux de Sociologie*, XXI, 1956.

ciones: estática-dinámica, equilibrio-desequilibrio, tradicional-moderno, etcétera. Se lo presenta de modo tal como si tuviera un significado crítico frente a los pasos del "análisis estático" que excluyen la acción del tiempo sobre las estructuras y los sistemas. Pero el término permanece mal definido en su acepción sociológica, en parte vaciado de su contenido a favor —y ello es significativo— de la noción de cambio social y cultural[8]. Se considera a la dinámica social principalmente en el aspecto de las diferencias que se derivan del devenir de las sociedades y no en el de *los dinamismos inherentes a los sistemas de diferencias constitutivos de estas últimas.* Ambas dinámicas o son ignoradas o se las reconoce mal en sus características propias y en su relación. Las empresas teóricas se ven afectadas por dicha ambigüedad.. A menudo, en ellas no se distingue con un suficiente rigor las dos formas de la dinámica social (la que se expresa en el funcionamiento mismo de la sociedad y la que se torna generadora de transformaciones en el curso de un período más o menos prolongado) y las dos fuentes de esta dinámica; una, interna; la otra, externa. Antes de encarar el problema de las dinámicas sociales de un modo que se pretende innovador, parece necesario proceder a una revisión de los trabajos teóricos que se efectuaron en los dos últimos decenios.

Sobre las ruinas del desacreditado evolucionismo del siglo XIX, se comienzan a levantar las construcciones del *neo-evolucionismo* por obra de sociólogos a veces inesperados, como Talcott Parsons[9]; o de grupos de estudio, como es el caso del equipo que se puso a evaluar la presente utilidad de la teoría evolucionista para la ciencia social (Universidad de Northwestern, Estados Unidos, 1961). Este retorno a las antiguas preocupaciones, luego del período de descrédito que duró entre ambas guerras mundiales, obedece a razones de actualidad y al mismo tiempo a razones científicas. Las primeras ya fueron mencionadas: la fuerza de las cosas —la transformación profunda y rápida de la mayor parte de las sociedades, frecuentemente signada por la mutación, y la exigencia dinámica que le impone a las sociedades más "avanzadas" el movimiento científico y técnico— le proporciona un renovado vigor a las sociologías del cambio y las incita a definirse mejor. Ello explica la multiplicación de las investigaciones teóricas que intentan determinar a largo plazo las tendencias modificadoras de las formaciones sociales, los modos de pasaje de una a otra, la(s) secuencia(s) que expresan el orden de su sucesión. Pero existe una justificación de mayor importancia: los desarrollos de la teoría neo-evolucionista son considerados cada vez más como necesarios para el avance de la "sociología comparativa", para

8 Los artículos "Dynamics", "Social Change" en J. Gould y W. L. Kolb (ed.) *A Dictionary of Social Sciences*, Londres, 1964.

9 T. Parsons, *Societies: Evolutionary and Comparative Perspectives*, Englewood Cliffs, N. J., 1966.

la elaboración de una tipología más pertinente de las sociedades globales, para el progreso de los estudios diacrónicos y, en una perspectiva casi durkheimiana, para una aprehensión más científica de la realidad social[10]. La prioridad de la sincronía sobre la diacronía, que postulaban las teorías funcionalistas y estructuralistas, se ve eliminada mediante una inversión total. Constatemos el hecho antes de mostrar en qué sigue siendo insuficiente esta simple inversión.

El neo-evolucionismo se diferencia por su rechazo de toda filosofía de la historia y de toda ideología del progreso continuo, por su rechazo a buscar en una escala universal las tendencias generales del desarrollo social —lo que implica una cierta reserva hacia las teorías unilineales de la evolución— por sus intentos de apuntar a la elección de criterios que no sean peculiares del movimiento histórico de un solo grupo de sociedades, las que la historia proyecta al primer plano de su escenario. Esto se formula *por lo menos en principio*. Es así que los tres indicadores de la evolución social tomados de Spencer: a) el grado de complejidad de la división del trabajo económico y social, b) el grado de complejidad de la organización social y c) el tamaño de la sociedad global[11], generalmente se conservan pero con una validez diferencial según los casos considerados. Una creciente complejidad no siempre es la señal de una evolución positiva. Puede resultar de una adaptación falsa a las nuevas condiciones de funcionamiento de la sociedad, puede ser el correlato de una verdadera *involución*[12]. El rápido desarrollo de las técnicas y de la economía en las sociedades industriales "avanzadas", exige valorizar más la capacidad de adaptación individual que la especialización parcelaria y rígida y provoca la inestabilidad en la distribución de funciones. En fin, las sociedades globales organizadas en gran escala en la forma de superestados, no gozan necesariamente de una gestión más eficaz o son más abiertas a las transformaciones positivas. Estas últimas, a partir de un acceso variable, dependen de una verdadera "regionalización" de las responsabilidades y las actividades[13]. No solo se someten a una evaluación crítica los hitos que marcan el rumbo de la evolución sino también la posibilidad misma de situarlos a lo largo de una línea única. El evolucionismo *multilineal* orienta las investigaciones consagradas a los procesos de cambio cultural, co-

10 Cf. R. M. Marsh, *Comparative Sociology*, New York, 1967. En particular la sección del cap. X, intitulada: "Evolutionary theory and comparative sociology"

11 Ver el vol. I. (1876) de los *Principles of Sociology*. (Hay versión española.)

12 Cf. Cl. Geertz, *Agricultural Involution: The Processes of Ecological Change in Indonesia*, Los Angeles, *1964*.

13 Se puede encontrar una crítica de los tres criterios spencerianos de la evolución social y de su actual *uso*, en la obra de W. F. Wertheim, *Evolution and Revolution*, Amsterdam, 1967.

mienza a reducir el sociocentrismo de los politicólogos al enfocar el desarrollo de las sociedades políticas y, por el contrario, afecta menos el estudio de los cambios que se operan en el seno de las formaciones sociales y que provocan su transformación. Por otra parte, el cotejo de los procesos de desarrollo y de modernización —mediante el examen de diversas generaciones de sociedades industriales y de las que están en vías de serlo— ha impuesto el abandono de modelos teóricos demasiado simplistas. Dicho cotejo hace aparecer mejor las discontinuidades, las "rupturas de modernización", el movimiento diferencial de cada uno de los sistemas constitutivos de una misma sociedad global que no se transforma "en bloque", la diversidad estructural resultante de la industrialización[14].

Si bien el neoevolucionismo valora en una medida más exacta las dificultades, no ha renunciado en forma completa a las ambiciones de la filosofía de la historia, de poner de manifiesto las "leyes" que rigen el ascenso y la declinación de las civilizaciones. Un ejemplo parece ser muy elocuente: el aporte teórico de M. P. Sahlins y de E. R. Service en *Evolution and Culture* (1960), obra que lleva un título en el tono del siglo pasado, trastorna el hermoso ordenamiento de las teorías del evolucionismo unilineal. Ya no se asocia "el progreso" con un desarrollo continuo, necesario y repetitivo de una sociedad a otra sino que se lo ve como consecuencia de discontinuidades y sus focos más activos se desplazan en el espacio en el curso de la historia. El potencial "evolutivo" es más alto en las formas atrasadas —en este sentido, el atraso se torna en un "privilegio"— que en las formas más avanzadas; "cuanto mayor sea la especialización y la adaptación de una forma a un estado determinado de la evolución tanto más reducida es su capacidad potencial de pasar al estado siguiente". De esta manera, según Sahlins, el feudalismo no ha engendrado al capitalismo porque este constituyese, en un tiempo, el tipo de sociedad más desarrollada sino debido a su carácter de formación social atrasada. Del mismo modo, según Service, el Japón ha accedido con mayor rapidez al estadio de la sociedad tecnológica e industrial porque fue durante mucho tiempo el pariente cultural pobre de la China; su propensión al cambio era muy superior a la de una China que se había hecho pasiva puesto que estaba "altamente especializada y adaptada" al modo asiático de civilización agrícola. Desde esta perspectiva, la realización del socialismo en Rusia y no en Europa Occidental se torna comprensible; se pudo producir, no porque allí la sociedad capitalista hubiera alcanzado un estado de madurez, *sino* porque no lo alcanzó[15]. En cierta manera, los logros del presente

14 Remitirse, por ejemplo, a S. N. Eisenstadt, *Modernization: Protest and Change*, Englewood Cliffs, 1967.

15 Se trata de la tesis de Jan Romein que proviene de su teoría de la "dialéctica del progreso". Cf. *Het onvoltooid verleden: culturer-historische studies*, 2a. edic., Amsterdam, 1948, donde hay un análisis crítico de W.F. Wertheim, *op. cit.*, p. 62 y ss.

hipotecan las posibilidades de una gran transformación en el futuro. En tales condiciones, los cambios fundamentales no pueden resultar simplemente de un proceso acumulativo, se llevan a cabo mediante saltos, a favor de un movimiento discontinuo, precipitado a la manera de las *mutaciones* reconocidas en el orden biológico. Los puntos en que emergen formaciones sociales y culturales que representan "un estado superior de la evolución" varían a lo largo de la historia. Las sociedades *líderes* no tienen la posibilidad de permanecer en forma indefinida como portadoras de una dinámica de transformación cuya naturaleza es revolucionaria más que "evolutiva".

Dicha tesis confiere la función de agente provocador del progreso a las sociedades menos avanzadas (y, por consiguiente, a las menos privilegiadas) *entre aquellas* que han accedido a una misma etapa de evolución, a la manera como el marxismo muestra a las clases explotadas y dominadas en el papel de agentes históricos principales. En este sentido, se considera que los países semidesarrollados y los menos atrasados de los países del Tercer Mundo son aquellos donde germinan las mutaciones del futuro, a largo o mediano plazo. La teoría posee amplitud pero carece, evidentemente, de convalidación. Tiene el mérito de proponer una versión multilineal y policéntrica del evolucionismo y de romper con un ilusorio determinismo histórico. Se trata de la tendencia (a veces discreta) de las investigaciones recientes, incluso si algunos socioeconomistas que permanecen en la órbita de W. W. Rostow aún consideran que *la* secuencia del desarrollo (o del crecimiento) se define por las mismas fases que necesariamente se suceden en el mismo orden y que ella posee una validez universal[16]. Parsons, al parecer, traza la línea de la evolución social a partir de tres etapas principales: Primitiva, Intermedia y Moderna, a la manera de los teóricos evolucionistas del siglo pasado. De hecho, debe determinar sub-estados y, lo que es más importante, consagrarse en lo esencial al examen de las variaciones estructurales que se manifiestan en cada una de las fases[17]. Las tipologías del neoevolucionismo, por lo general, expresan la siguiente exigencia: para cada nivel o estadio de la evolución, fijar la más amplia serie de variaciones. Estas tienden, al menos —y en ello reside lo nuevo—, a la conformación de un evolucionismo *diferencial.*

Según una fórmula habitual en los sociólogos estadounidenses, tales empresas científicas solo pueden provocar investigaciones que tengan un carácter de "tentativa". Determinan orientaciones y

16 Cf. el muy conocido libro de W. W. Rostow *Les étapes de la croissance économique*, trad. franc. París, 1962. El carácter declarado de "Manifiesto no comunista" subraya la implicación política del estudio. Las etapas del crecimiento económico F.C.E., México, 1964.

17 T. Parsons, *op. cit.*

etapas de evolución referidas a un tiempo distendido al máximo, comparable al tiempo geológico, donde lo que importa es más el orden de sucesión de los estados (en términos de antes/después) que la genealogía de los acontecimientos. Se ubican en un elevado nivel de abstracción. Se preocupan por los tipos de formación social que se suceden, pero no proponen una teoría del pasaje, de la transición de uno de dichos tipos a otro. La dinámica de las grandes transformaciones sociales permanece evidentemente mal conocida o en terreno hipotético.

Se busca un avance en el marco de los trabajos teóricos que se ubican, actualmente, bajo la rúbrica del *desarrollismo.* Se apunta no ya a la reconstitución de las largas perspectivas del cambio y la determinación en lo inmediato de los estadios o etapas de la evolución social, sino a aprehender el juego de los mecanismos internos que provocan *desde adentro* la modificación o el cambio de los grupos y sistemas sociales. Es un hecho reconocido que estos encubren una potencialidad, una capacidad de desarrollo independientes de las circunstancias exteriores. Los citados sistemas sociales obedecen a una *tendencia* que les es inherente e intenta plasmarse, en cierto modo, a lo largo de todo su ciclo de vida. Queda, pues, planteado el problema de la dinámica de adentro y de sus efectos en el plazo más corto. Se trata de un avance si se lo compara con los vastos cuestionamientos peculiares del evolucionismo sin fronteras, si bien los pasos son muy semejantes. Estos pasos presentan en especial las mismas diferencias en relación con el método histórico: les preocupa el pasado, no tanto por el encadenamiento de los acontecimientos que constituyen su trama, como por los procesos de cambio, por los movimientos de transformación que pone de manifiesto. Se ve en lo esencial el devenir de las sociedades globales, o de los sistemas y estructuras que las componen, en función de una necesidad interna, haciendo abstracción, ampliamente, de las exigencias que les son exteriores. En fin, poco importan los hitos en el tiempo (la datación) y los lugares, lo que cuenta es el orden en que aparecen las diversas formas de una institución o de una estructura. Los dos grupos de investigaciones operan así dentro de un tiempo abstracto y no dentro de un tiempo concreto que es el del historiador.

De acuerdo con esta manera de ver las cosas, los conceptos clave son los de *inmanencia, continuidad* y *realización.* El más importante es el primero; diferencia las teorías desarrollistas de las demás teorías del cambio social. Se lo toma en la acepción que ya le daba Leibniz en los comienzos del siglo XVIII: todo ser es portador de su estado futuro y este necesariamente se plasmará si no hay nada que se lo impida. De este modo, el sistema social —cualquiera que sea su extensión: sociedad global o elemento de esta— se desarrolla por la acción de las fuerzas que lleva en su seno, por la actualización de estructuras que comprende en un

estado potencial. No se niega la influencia de las relaciones exteriores, pero estas no pueden ser determinantes. Aceleran o retardan, modifican o bloquean por un tiempo el proceso de transformación, pero nunca son el agente que lo provoca. El modelo del desarrollo, tal como fue concebido por los grandes teóricos —Condorcet, Comte, Marx, Spencer— expresa la acción total del principio de inmanencia, se refieren a sistemas sociales ampliamente desprovistos de exterioridad.

Los conceptos de inmanencia y de continuidad son correlativos. El primero implica un desarrollo continuo de las formaciones sociales que excluye los "saltos", las rupturas y los cambios bruscos de orientación y traza una línea comparable a la que recorren los seres vivientes en el curso de su ciclo. Según un célebre axioma, el presente está preñado de futuro y, por lo mismo, es la garantía de la continuidad. En esta reside para Comte el principio general de la dinámica social: los estados sociales consecutivos son el producto necesario del estado anterior y el generador de los estados futuros. Durkheim mismo, a despecho de las afirmaciones en sentido contrario contenidas en el quinto capítulo de las *Règles de la méthode sociologique*, ha adherido en parte a las concepciones desarrollistas. El sostiene que la realidad social no puede conocerse sin "saber cómo se ha hecho". Su método explicativo es genético. El piensa que es imposible afirmar, "con algunas posibilidades de éxito", lo que será la sociedad del mañana sin "haber estudiado las formas sociales del pasado más lejano"[18]. Marx, no obstante, es quien ha recibido el título de "apóstol del principio de continuidad"[19]. Es verdad que el Marx más sistemático, el que hace profesión de sociólogo, determina las "leyes naturales" del movimiento de la sociedad, define "las sucesivas fases de su desarrollo normal", muestra la acción de una necesidad interna (a la cual no puede reemplazar por entero la revolución misma) que conserva una continuidad en la sucesión de las diversas formaciones sociales. El acontecimiento golpea sobre la dinámica de las estructuras sin poder reducirla ni modificar el sentido del devenir que ella implica.

Desde esta perspectiva, el concepto de realización aparece como complementario de los precedentes. Lo que se halla latente, en estado rudimentario, en el seno del sistema social, tiende necesariamente a plasmarse, como acontece en el mundo orgánico, en el cual el germen lleva consigo todas las condiciones (las "informaciones" y los medios) que permiten la cristalización del organismo plenamente desarrollado. Para la mayoría de las teorías sociales modernas de carácter desarrollista dicho movimiento es el que asegura la diferenciación más pronunciada, la especialización más efectiva y la creciente complejidad de los "órganos" que constituyen la sociedad y aseguran su funcionamiento. Sigue siendo un modo simplista de apreciar el proceso de desarrollo y revela los efectos recurrentes del viejo evolucionismo.

18 Cf. el prefacio a L'Anée sociologique, vol. II, 1899, p. v. Y el punto de vista contrario, en *Les règles de la méthode sociologique*, nueva edic., París, 1967, p. 117: "El estado precedente no genera al siguiente sino que la relación entre ambos es de carácter exclusivamente cronológica". Hay varias versiones en español: E. Durkheim: Las reglas del método sociológico, Daniel Jorro Editores, Madrid 1912.

19 R. A. Nisbet, *Developmentalism as a Perspective*, en J. C. McKinney y E. A. Tiryakian (ed.), *op. cit.*

El citado punto de vista se sitúa al final de una larga tradición presentada como la característica de un pensamiento occidental que durante mucho tiempo se nutrió de las ideas de desarrollo, crecimiento y progreso[20]. No faltan jalones en esta tradición. Para la ciencia griega no existe otro concepto más importante que el de *physis*, deformado luego en su interpretación latina (*natura*). Torna inteligible —tanto en el plano de la naturaleza como en el de la sociedad y el de la civilización— el desarrollo de todas las cosas que se inscribe en su propio ser y es inherente a su estructura. El cambio forma parte de la naturaleza de las cosas, plasma su ciclo de vida mediante estados sucesivos. Por consiguiente, la función del saber científico es identificar dicho ciclo en lo que posee de específico y determinar su finalidad (*telos*). También es la de reconocer la fuente eficiente, la fuerza que proporciona el dinamismo al proceso de desarrollo y lo alimenta hasta su culminación. O sea, de definir, así, la ley del "ser-movimiento", según la expresión de Aristóteles. Para él, esa ley es la cooperación; para Heráclito es la contradicción y el conflicto; pero en ambos casos subyace una misma concepción dinamogenética del ser. La sociología desarrollista encuentra una antigua ilustración en la *Política* de Aristóteles. En esta se identifica la "naturaleza" del estado con la secuencia de su desarrollo en tres estadios: la familia, la comunidad, la *polis* y, en el interior de esta, con el movimiento que se opera a partir de la forma monárquica. También el pensamiento cristiano lleva la marca del desarrollismo, que aparece con nitidez en la doctrina de San Agustín referente a la formación de los seres, en particular en su obra *La ciudad de Dios*. Si los seres espirituales se forman de inmediato como entes perfectos, los demás solo lo están en forma de "razones seminales" puesto que se hallan en estado embrionario y se harán en el curso del tiempo mediante el juego de una causalidad inmanente. De esta manera, el desarrollo aparece como la ley que rige la creación, incluida la que es producto de la obra de los hombres. Pero, este proceso solo puede plasmar lo que ya estaba preformado en los orígenes; en su curso no se opera ninguna transformación, no hay un aporte de nada verdaderamente

20 R.A. Nisbet, *op. cit.*

nuevo. En la obra de Teilhard de Chardin es donde este desarrollismo cristiano —heredero más o menos encubierto del pensamiento griego— sufre el viraje más radical. Ya no se considera más el curso de los fenómenos como el resultado del mero desarrollo de lo preexistente en forma potencial. Por el contrario, ese curso provoca un crecimiento perpetuo, expresa la "creación mediante la transformación"[21].

La historia de la filosofía occidental tampoco carece de hitos, estos no solo jalonan el movimiento de ideas a lo largo del siglo XIX. Spencer reconoce a Coleridge y Schelling como inspiradores de su primer intento de aplicación de las ideas del desarrollo a las formas sociales mismas. Rousseau, Kant y Hegel proponen teorías del desarrollo de carácter axiomático. Pero, Leibniz es quien constituye el principal punto de referencia desde Comte, que invoca sus "axiomas" intentando fundar la dinámica social, hasta algunos de los "dinamistas" actuales. La posición teórica que se le confiere al principio de inmanencia, la insistencia con que se define una ley de la continuidad y el papel que se le atribuye a la idea de la plenitud explican dicha influencia en detrimento de las corrientes que ponen el acento sobre el acontecimiento, la ruptura y la crisis. La confrontación sigue estando presente —y en forma vigorosa— en las obras de los filósofos más contemporáneos, en los más abiertos a las preocupaciones de la época actual. En particular, en el trabajo que G. Deleuze consagrara al problema de "la diferencia y la repetición", en el cual se revaloran los interrogantes planteados por las teorías de la evolución y el desarrollo y por las teorías que intentan dar cuenta del proceso de actualización de las estructuras y del pasaje de lo virtual a lo actual[22].

La contribución más reciente y sistemática a la sociología desarrollista es la de R. Nisbet[23]. Este autor ve en ella el instrumento apto para la consideración y la interpretación de los "hechos manifiestos del cambio y de la continuidad en el tiempo". El cambio "implica como características centrales la sucesión de diferencias en el tiempo; pero, en el interior de una identidad que se conserva". Se trata de un proceso que supone un vínculo de causalidad entre *las* diferencias que conforman la serie que culmina en *la* "diferencia final". Se considera el desarrollo de un modo más radical: es "el cambio que deriva en forma directa de la estructura, la esencia o la naturaleza de la cosa que lo experimenta", él apunta a la efectivización como resultado de la culminación de una

21 Cf. M. Barthélemy-Madaule, *Bergson et Teilhard de Chardin*, París, 1963. Hay versión española de las obras de *Teilhard de Chardin*, Editorial Taurus.

22 G. Deleuze, *Différence et répétition*, París, 1968.

23 R.A. Nisbet, Developmentalism as a Perspective, en J. C. Mc Kinney y E.A. Tiryakian (ed.), *op. cit.*

serie de estados. El conocimiento de los principios que rigen el pasaje de uno a otro brinda el conocimiento profundo de la cosa sometida a su ley. Nisbet, al buscar los conceptos que tornen inteligibles los fenómenos de desarrollo, retiene algunos de los que acaban de proponerse y agrega otros: 1) La *inmanencia* expresa el carácter distintivo por excelencia; 2) La *continuidad* permite afirmar, desde la perspectiva misma de Leibniz, que todas las cosas, en la naturaleza, procesa por grados y no por "saltos"; 3) La *uniformidad* revela la acción de los mismos mecanismos de cambio que provocan un "desarrollo normal" en el seno de sistemas idénticos o similares. Pero, sugiere una diferencia fundamental con el evolucionismo que ha tratado de determinar las etapas a través de las cuales necesariamente deben atravesar *todas* las sociedades globales; 4) La *diferenciación* es el resultado del pasaje progresivo de lo que está latente o en estado embrionario en las formaciones sociales nacientes a una complejidad y especialización más pronunciadas cuando ellas se encuentran plenamente desarrolladas; 5) La *temporalidad* se refiere al orden en que se suceden las etapas del desarrollo y no a una cronología semejante a la de la historia de los acontecimientos. En este sentido, la "contemporaneidad" es el resultado de una misma posición en la secuencia del desarrollo y no de una misma ubicación en el tiempo señalado por el calendario[24].

Esta óptica reaparece en la sociología actual en respuesta a ciertas exigencias. Ya no se trata de identificar los estados a través de los cuales se realiza la humanidad en tanto que totalidad (proyecto de Comte), ni las etapas que necesariamente debe recorrer cada sociedad humana, ni siquiera, tampoco, se trata de la evolución a la cual se halla sometida toda "institución" de extensión universal. El desarrollismo actual apunta con mayor claridad a la unificación de la estática y de la dinámica sociales en un mismo sistema teórico. Esta es, según Nisbet, su mayor contribución: mostrar que "la estática —es decir, la estructura o la organización— involucra en calidad de componentes de su realidad misma a los elementos necesarios para la dinámica". Es así que Nisbet aparece como uno de los que cuestionan las teorías sociales de carácter "fijista" que privilegian las permanencias estructurales y las situaciones de equilibrio y sitúan la principal fuente del cambio en un conjunto de causas externas. Nisbet reconoce la existencia de un movimiento en la profundidad que contradice la apariencia de inmovilidad de los sistemas sociales, inclusive en los períodos en los cuales el acontecimiento en cierto modo no se hace presente. Pero, su búsqueda teórica se halla aún en la fase de las intenciones

24 Lo que se aproxima al uso que le ha dado Spengler a este mismo concepto en su comparación de los ciclos de la civilización.

y no en la de las realizaciones decisivas desde el punto de vista científico: Sin embargo, dicha búsqueda significa un progreso al plantear *el problema de la dinámica de las estructuras*, sin reducirlo a las leyes de un evolucionismo generalizado que opera en el cuadro de una historia perfectamente homogénea y de duración muy prolongada.

Las investigaciones teóricas neomarxistas permiten avanzar hacia la solución de dicho problema. Algunas de ellas proponen los elementos para una teoría del pasaje de una forma social a otra y abren un campo de estudio que se puede situar bajo el signo del *transformacionismo*. Tal es el caso de los trabajos que se llevan a cabo bajo la dirección de L. Althusser, en particular las estimulantes contribuciones críticas y elaboraciones de E. Balibar[25]. La cuestión fundamental de la continuidad, de la reproducción de las relaciones sociales —que asegura "la permanencia de las condiciones generales de la producción"— es encarada en términos dinamistas. Aparece como imponiendo un análisis apto para poner en movimiento relaciones que, de inicio, fueron vistas con una óptica estática (las relaciones que definen el modo de producción), apto para determinar las características del cambio y de las nuevas estructuraciones en acto. Y, de una manera que podríamos denominar simétrica, se considera el problema de la transición desde una perspectiva estructural: el pasaje no es un hiato, un momento más o menos breve de desestructuración sino "un movimiento sometido a una estructura que hay que descubrir"[26]. De esta manera, la problemática de la "reproducción" revela la dinámica inherente a las estructuras y la problemática de la "transición" nos pone en presencia de una estructura todavía desconocida que orienta y moldea la dinámica del cambio. Estructura y movimiento aparecen, pues, como dos términos indisolubles.

Por una parte, Balibar diferencia en forma rigurosa lo que nosotros denominaremos dinámica de las estructuras y de los sistemas (que rigen su composición, funcionamiento y conservación) y, por otra parte, distingue la dinámica de la transformación. El identifica dos movimientos que es imposible analizar de la misma forma: uno, opera en el interior mismo de la estructura y "no es posible sino a condición de su permanencia"; el otro, pertenece a un género totalmente diferente "puesto que toma la estructura como objeto de transformación"[27]. La distinción es fundamental. Más arriba yo la había retenido para expresar dos

25 Cf. L. Althusser y E. Balibar, *Lire le Capital* I y II nueva ed., París, 1968. Hay versión española: *Para leer el Capital*. Siglo XXI, Bs. As. 1969. En particular "Elementos para una teoría del tránsito" y "Sobre la 'media ideal' y las formas de transición".

26 Todo este análisis se funda en el estudio de E. Balibar *Acerca de los conceptos. . .* (ver vol. cit.).

27 *Op. cit.*

modos de la dinámica social y mostrar que esta última solo coincide en forma muy parcial con el sistema de las fuerzas generadoras del cambio y luego de la evolución de las sociedades globales.

Desde la perspectiva neomarxista, dicha diferenciación a menudo se entiende en un sentido bien delimitado y, sin duda, demasiado limitativo. No se concibe la dinámica de las estructuras como algo que se opera de manera *permanente* —como lo exige, de modo implícito, Saint-Simon al definir la sociología como el estudio de las sociedades en acto— sino que se la considera, en lo esencial, como tendencia o desarrollo. La dinámica del sistema social es el movimiento que "depende únicamente de las relaciones internas de la estructura" y de "su existencia en el tiempo": dicho movimiento está "suficientemente determinado por ella. . . se opera de acuerdo con un *ritmo* y una *velocidad* propios, determinados por la estructura, posee una *orientación* necesaria irreversible y conserva (reproduce) de modo indefinido, a otra escala, las propiedades de la estructura"[28]. El conocimiento de tal movimiento permite evaluar si un particular sistema social presenta, en un orden que le es peculiar, "avances o retrasos en su desarrollo". Movimiento aprehendido en un doble aspecto: 1) el de la tendencia que lo expresa detrás de las apariencias que lo ocultan y a despecho de las distintas causas que lo contrarían y provocan una "actualización" de eficacia"; 2) el del desarrollo que obedece —según la fórmula de Marx— a una ley "cuyo efecto no aparece de un modo visible sino en determinadas circunstancias y a lo largo de prolongados períodos". La noción de realización, al parecer, no resulta menos indispensable en esta teoría de lo que lo es en las tesis desarrollistas ya consideradas.

De tal modo, el sistema social se conserva al tiempo que experimenta toda una serie de transformaciones que, en cierta forma, constituyen su ciclo natural. Tiende, a través de estas, a su realización total. Si la estructura se identifica con la contradicción —puesto que esta le es "inmanente"— el resultado no deja por ello de ser "un cierto *equilibrio*, inclusive cuando a este equilibrio se arriba por medio de una *crisis*"; o más aún: "el único resultado intrínseco de la contradicción. . . no tiende a la superación de la contradicción sino a la perpetuación de sus condiciones"[29]. El movimiento inherente al sistema social (y, más fundamentalmente, al modo de producción) no cuestiona en forma directa su mantenimiento, se opera como ciclo de su desarrollo. El problema del pasaje de un sistema a otro —de la diacronía que Balibar opone a la dinámica del desarrollo— queda totalmente en pie.

28 *Op. cit.*

29 *Op. cit.*

A esta altura del análisis interviene el concepto de *límite*, el cual no se presenta con una acepción desprovista de ambigüedad. Los límites no son las fronteras que definen los puntos de variación, más allá de los cuales el sistema social debería transformarse. Son "interiores" al sistema. Resultan del modo de articulación (o de correspondencia) de las estructuras que lo conforman y le confieren su carácter particular. La complejidad del modo de producción es lo que crea sus límites: en la forma que en él asuma la relación de las fuerzas productivas con las relaciones de producción. La dinámica del desarrollo, que es ineluctable, *pone en tela de juicio las articulaciones establecidas.* Solo con esta dinámica es suficiente para que se manifieste el carácter histórico o transitorio del sistema existente: mediante sus "efectos", dicha dinámica transforma (o rompe) la concordancia de las estructuras constitutivas. En el movimiento mismo a través del cual ella apunta a la plena realización crea, al mismo tiempo, las condiciones de su superación. En la medida en que el límite se define por la "correspondencia" tanto en el seno de la estructura económica como entre las "instancias" de la sociedad global, y esta correspondencia es considerada como la condición del mantenimiento del sistema, la "no correspondencia", las diferencias, definen los períodos de transición. Esta situación brinda a los elementos liberados por la disolución de los antiguos vínculos, la capacidad de ensamblarse en una forma nueva. Involucra la coexistencia —"dentro de una única simultaneidad"— de varios modos de producción, de varios modos de combinaciones, lo que torna necesario su jerarquización, el dominio de uno de esos modos. El proceso de constitución de las "estructuras" económicas y la correlativa formación social que sucede al sistema anterior opera, entonces, en toda su plenitud. Sus vías de desarrollo son diversas, pero su orientación es ineluctable, está determinada, puesto que deriva del orden económico y social cuyo reemplazo viene a producir.

Este enfoque incorpora las intenciones del neoevolucionismo y las del desarrollismo. Se funda sobre una misma posición inicial: el conocimiento de toda realidad y, por tanto, de la realidad social, es el conocimiento de sus formas de movimiento. Pero, en dicho enfoque se aprehenden estas formas de una manera más sistemática y menos esquemática. Diferencia mejor de lo que lo hacen los diversos órdenes de temporalidad: tiempo de "largos acontecimientos" o de permanencias, tiempo de la tendencia y del desarrollo, tiempo de las transformaciones radicales o de la secuencia de acuerdo con la cual se ordena la sucesión de los modos de producción y de las formaciones sociales. Dicho enfoque, no obstante, asegura un tratamiento más satisfactorio de las dos últimas categorías mencionadas que de la primera. Se considera que la sincronía es, sobre todo, el presente del análisis teórico. Los

"tiempos sociales"[30] se manifiestan en su multiplicidad en la misma medida en que *la diferencia de ritmo* entre las esferas de acción constituidas en el seno de la sociedad global esté verdaderamente integrada en la elaboración teórica. El citado enfoque, en fin, adolece de las dos limitaciones que ya fueron señaladas: estudia sociedades desprovistas de exterioridad y elimina, de esta manera, la dinámica del afuera; es de difícil articulación con los estudios empíricos cuya realización orienta[31].

Junto a estas investigaciones que, en cierto modo, se sitúan sobre una misma línea, se ubican las búsquedas sociológicas que intentan —mediante la teoría y el empirismo; con frecuencia más a través de este que de aquella— abordar los problemas del cambio social y de la dinámica de los sistemas sociales. Tienen en común el hecho de poner en tela de juicio las interpretaciones fijistas de las sociedades y de las culturas. Pero, por lo demás, constituyen un conjunto bastante heteróclito. En este sentido, dichas investigaciones revelan la generalización de las problemáticas de carácter dinamista al tiempo que evidencian lo rudimentario e incipiente de la actividad desplegada en la búsqueda de respuestas y la extrema disparidad de los resultados propuestos. Para algunas de estas investigaciones, el cambio es el producto de una *convergencia* y no de un determinismo. Se origina en la experimentación espontánea de los agentes sociales, en la acumulación de modificaciones que estos introducen. Este proceso acumulativo asume la forma de una verdadera "tendencia" que opera en el seno de la sociedad global y es tanto más activo por cuanto las instituciones se hallan vinculadas "dentro de un equilibrio dinámico imperfecto, sujeto a constante cambio"[32]. Para otras investigaciones, también son los agentes sociales los que están vinculados con el cambio, más que el sistema. Pero dichos agentes están determinados y limitados: por ejemplo, los "desviados", las "personalidades anómalas"[33] o las categorías sociales obligadas a la innovación en razón de la "degra-

30 Cf. G. Gurvitch, *La multiplicité des temps sociaux*, París, 1958.

31 Se hallan actualmente en curso en el campo de la antropología económica algunas investigaciones a título experimental. Mencionemos a G. Dupré y P. Ph. Rey, Reflexiones acerca de la pertinencia de una teoría de la historia del intercambio, en *Cahiers internationaux de Sociology*, XLVI, 1969 y la tesis (en particular, en el sentido doctrinario del término) de P.Ph. Rey consagrada a las transformaciones del modo de producción de varias sociedades tradicionales del Congo.

32 Se puede encontrar una ilustración de esta tesis en la obra de N. F. Washburne *Interpreting Social Change in America*, New York, 1954, p. 21 y p. 12.

33 Cf. R. T. La Piere, *Social Change*, New York, 1965 y J. Duvignaud, *Anomie et mutation sociale*, en G. Balandier (dir.) *Sociologie des mutations*, París, 1970.

dación de su status"[34]. Existen otras investigaciones que constituyen la mayoría, que consideran que lo determinante en la transformación de los sistemas sociales es un factor dominante, una combinación de factores o un orden de estructuras.

Al parecer, no es útil proceder, una vez más, a su evaluación. En cambio, parece fructífero examinar las recientes investigaciones que se emprendieron con el fin de poner de manifiesto las *propiedades dinámicas* de los sistemas sociales: las que estos expresan en su funcionamiento mismo y no solo a través de las etapas de su cambio. Durante mucho tiempo, estos trabajos han estado marginados por el dominio de las escuelas estructural-funcionales. En la actualidad, han retomado la iniciativa. Es el caso, por ejemplo, de los estudios llevados a cabo en el campo de la sociología del *conflicto*, tema cuya importancia no ha dejado de crecer desde los años de la década del 50. Dichos estudios reconocen como antecedente a las filosofías de la contradicción, en particular el marxismo, sin por ello adoptarlas por entero. G. Simmel, desde inicios del siglo, sitúa el conflicto en el centro de su teoría de la sociedad: niega la posibilidad de existencia de una unidad social en la que las corrientes convergentes y divergentes no se encuentren estrechamente imbricadas. Afirma que la sociedad no podría asumir una determinada forma sin "una cierta proporción de armonía y de discordia, de asociación y de competición, de tendencias favorables y de tendencias adversas"[35]. Simmel hace del conflicto (y, también, de la competición) uno de los factores componentes de la sociedad y uno de los agentes del cambio social. En ausencia del conflicto, ningún grupo social tendría la capacidad de manifestar "un proceso de vida real". Lewis Coser, quien forma parte en cierto modo de los discípulos estadounidenses de Simmel, ha subrayado con mayor minuciosidad en los pormenores las funciones *positivas* del conflicto[36]. Ha emprendido la investigación de las condiciones en las cuales "el conflicto social puede contribuir al mantenimiento, al ajuste o a la adaptación de las relaciones y de las estructuras sociales": ya sea cumpliendo una función de "válvula de seguridad", que libera a la unidad social de las tensiones que la amenazan; ya sea reforzando la cohesión de cada uno de los grupos afectados por relaciones conflictivas y estableciendo entre

34 Es la tesis muy vulnerable de E. E. Hagen Cf. *On the Theory of Social Change*, Londres, 1964. La formulación inglesa es: *withdrawal of status* y *withdrawal of status respect*.

35 Se trata del capítulo 4 de *Soziologie* (1908), cuya versión inglesa se publicó con el título de: *Conflict and the Web of Group-Affiliations*, New York, 1955. Versión española: G. Simmel: Sociología. Estudio sobre las formas de socialización. Revista de Occidente-Espasa Calpe Argentina, Bs. As., 1939.

36 L. Coser, *The Functions of Social Conflict*, Londres, 1956. Hay versión española: Las funciones del conflicto social. F.C.E., México, 1961.

estos un equilibrio de poder. En las más recientes elaboraciones teóricas de la antropología social, la consideración del conflicto ha tenido como consecuencia el deterioro de la vieja imagen "unánime" de las sociedades llamadas arcaicas o tradicionales[37]. Como lo señalan B. Siegel y A. Beals, ello posibilita remediar la insuficiencia de las concepciones dominantes de carácter sumamente estático e impone la elaboración de "modelos dinámicos"[38]. Pero, con frecuencia, se sigue poniendo el acento sobre el papel que desempeña el conflicto en el mantenimiento de la cohesión social; función que se reconoce a un grado tal que el conflicto *ritualizado* deviene en uno de los instrumentos de la tradición y del conservatismo[39]. Ello, evidentemente, sin excluir los efectos "negativos" del conflicto, que origina cortes, grietas, en el seno del sistema social y se convierte, en virtud de eso mismo, en un agente del cambio.

Resulta más fácil captar las transformaciones mayores, las que derivan de los conflictos de gran envergadura (lucha de clases, movimientos sociales, revoluciones, guerras), que determinar las consecuencias de conflictos más sencillos, o más cotidianos, en el seno de los sistemas sociales. Sin embargo, esta segunda tarea tiene más importancia para el conocimiento de la dinámica inherente a los conflictos. Simmel ha vinculado las formas de los conflictos, sus diversos grados de intensidad y su frecuencia con características que se podrían denominar estructurales. J. Van Doorn ha sugerido, siguiendo el mismo camino, que el conflicto muestra significativas diferencias según sea que opere en el interior de una organización del tipo "coalición" o de una organización del tipo "secta"[40]. Sin embargo, la obra de R. Dahrendorf es la que brinda la ocasión a la mayor cantidad de debates, en la medida en que ella pone profundamente en tela de juicio la teoría marxista del antagonismo y del conflicto[41]. Dahrendorf construye un modelo teórico que posibilita explicar la formación de los grupos en conflicto y permite dar cuenta de los procesos a través de los cuales ellos provocan los cambios de estructura. Su disidencia con el marxismo se refiere a tres cuestiones fundamentales: *a*) Todos los conflictos históricamente determinantes no se reducen a la

37 Ver el número especial del *Journal of Conflict Resolution* (marzo de 1961).

38 B. J. Siegel y A. R. Beals, Conflict and Factionalist Dispute, en *Journ. Roy. Anthr. Inst.*, 90, I, 1960.

39 Remitirse a la obra de M. Gluckman, en particular al planteo que efectúa en su "Introducción" a *Order and Rebellion in Tribal Africa*, Londres, 1963.

40 J. A. Van Doorn, Conflict in Formal Organizations, en A. de Renck y J. Knight (ed.), *Conflict in Society*, Londres, 1966.

41 R. Dahrendorf *Class and Class Conflict in Industrial Society*, Stanford, 1959. Hay versión española: *Las clases y el conflicto de clases en la sociedad industrial*. Edic. RIALP, Madrid 1962.

lucha de clases; *b*) La revolución —o la mutación— no es la salida necesaria de la lucha de clases; *c*) El origen de la lucha de clases no reside únicamente en la propiedad de los medios de producción. Es así que en las "sociedades postcapitalistas" ya no aparece más una línea de demarcación dominante sino un entrecruzamiento de líneas de confrontación que deriva de la "disociación de los conflictos industriales y políticos". Estas tesis, más que una disidencia, denotan una oposición total. Queda en pie, no obstante, el común reconocimiento de un hecho capital: las raíces de las relaciones conflictuales se encuentran en las estructuras mismas. Para Dahrendorf (si se toma de manera esquemática su principal argumento), el conflicto *siempre esta presente* puesto que proviene del sistema de diferencias y de autoridad que implica cualquier tipo de organización social. Pero, el análisis se torna superficial en el hecho de que conduce a una conclusión de carácter banal: la sociedad se revela como un sistema integrado y al mismo tiempo como un sistema portador de conflictos.

La sociología del conflicto, en su actividad dominante, ha apuntado más a la interpretación y la explicación de los procesos de cambio social que al conocimiento de la sociedad en tanto sistema dinámico (si se considera en forma separada el aporte del marxismo en este terreno). Además de la orientación que la citada sociología ha impreso a toda una serie de investigaciones —en particular, las que versaron sobre los movimientos sociales y los fenómenos revolucionarios[42]— contribuyó a una lenta modificación de las concepciones generales acerca de la naturaleza del sistema social. Asimismo, dicha sociología incita a la búsqueda de nuevos instrumentos, como lo evidencian las tentativas de elaborar *modelos dinámicos* o los estudios acerca de *estrategia* que se inspiran (con éxito variado) en la teoría de los juegos. I. Horowitz llega hasta conferirle el mérito de "cubrir un conjunto más vasto y profundo de problemas".

Sin embargo, en la esfera de la antropología social es donde la teoría "dinamista" halla sus ilustraciones más notorias sino las más abundantes. Esta teoría se propone un objetivo muy preciso: aprehender la *dinámica de las estructuras* al tiempo que el sistema formal de relaciones que la conforman. Es decir que dicha teoría pone en tela de juicio las "imágenes" que durante mucho tiempo han definido el tipo de sociedades tradicionales. E. R. Leach ha contribuido en forma directa al nacimiento de esta nueva tendencia luego de haber buscado las razones de su tardanza en aparecer. Al respecto, él subraya —puede ser que con un poco de humor— la

42 Ver el excelente y breve estudio de A. Decouflé, *Sociologie des révolutions*, París, 1968. Hay versión española: *Sociología de las revoluciones*, Proteo, Bs. As. 1968 y la obra de J. Baechler, *Les phénomènes révolutionaires*, París, 1970.

influencia preponderante de Durkheim en detrimento de la de Pareto o la de Max Weber. Esta influencia habría posibilitado una interpretación de los sistemas sociales que acentúa los equilibrios estructurales, las formas de solidaridad y las uniformidades culturales por más que las sociedades portadoras de conflictos aparentes y abiertas a los cambios aparezcan como "sospechosas de anomia". Leach denuncia con vigor los prejuicios que han llevado a eliminar algunos datos de la realidad para no considerar sino sociedades estables, no amenazadas por contradicciones internas y aisladas en el interior de sus fronteras. Lo que resulta de ello es "la descripción de ciertos tipos de situaciones irreales, a saber, la estructura de sistemas de equilibrio"[43]. En síntesis, Leach incita a tomar en consideración lo contradictorio, lo conflictual, lo aproximativo y *el sistema de relaciones externas*. Los antropólogos de la escuela de Manchester, impulsados por Max Gluckman, también orientan sus investigaciones en la dirección de una lectura dinámica de las formaciones sociales. Es así que Gluckman consagró una parte importante de sus obras al examen de las relaciones existentes entre la "costumbre" y el "conflicto", entre el "orden" y la "rebelión"[44]. En lo que a mí respecta, he querido llevar adelante una labor de igual inspiración en el curso de los últimos veinte años y he hallado un terreno de aplicación en particular en la esfera de la antropología política. Ello, ya sea al demostrar que la dinámica es una propiedad necesaria del sistema social y que cualquier tipo de sociedad solo puede ser un sistema *aproximado*, ya sea al expresar las prácticas sociales en cuatro formas principales: la conformidad, la estrategia, la manipulación y el cuestionamiento[45]. La consideración de lo político a partir de las enseñanzas de la antropología acaba de conducir a F. Bailey a mostrar e ilustrar algunas de las ya mencionadas exigencias dinámicas mediante "casos": se trata de las que derivan de la confrontación de las "reglas normativas" con las "reglas pragmáticas" y de las que se refieren al hecho de que todo sistema de acción social se halla en relación con determinadas "*inmediaciones*" que, por una parte, son sociales y, por otra, no lo son. Esta relación nunca establece una concordancia o un perfecto ajuste[46]. Se impone, como mínimo, una conclusión. El carácter aproximado de los ordenamientos sociales y el "cálculo" de los actores sociales determinan el hecho de que la sociedad no pueda conocer períodos "muertos", al igual

43 Remitirse a la obra ya clásica de E. R. Leach, *Political Systems of Highland Burma*, Londres, 1954.

44 Además de las obras de M. Gluckman, consultar las de V. Turner y J Van Velsen.

45 G. Balandier, *Anthropologie politique*, 2a. edic., París, 1969.

46 F. G. Bailey, *Stratagems and Spoils*, Oxford, 1969.

que existe a veces tiempo muerto. La sociedad se origina en el movimiento, se mantiene a través de este y cambia mediante él.

La sociología que se debería denominar "dinamista" con el fin de diferenciarla de los estudios que apuntan exclusivamente al cambio social y a la acción histórica, está en vías de desarrollarse. Se propone la búsqueda de un rigor teórico y metodológico más completo. Algunas tentativas, las más audaces, se inspiran en el análisis de sistemas y en los modelos cibernéticos. Un riesgo similar afronta A. Etzioni al proponer una "teoría de la energía societal", la cual está referida, como lo sugiere su denominación, a las sociedades globales y no a unidades sociales de extensión reducida. La reacción inicial que provoca el proyecto es una oposición razonada contra las representaciones "fundamentalmente pasivas" que surgen a través de la mayoría de las teorías macrosociológicas; en especial, las de carácter funcionalista que recurren de manera explícita o implícita a un "modelo de plena integración".

La proposición central en la que se basa dicho enfoque es la afirmación de que toda sociedad (y toda "unidad societal" en su seno) es el espacio en que se libra "una lucha interna entre los mecanismos de dirección y los elementos pasivos y no solo una lucha externa entre las unidades". La dinámica social, en lo esencial, está referida al poder, a las exigencias sociales, al *consensus* y a la forma especial que asumen las relaciones entre estos tres términos. En consecuencia, el potencial de actividad de los factores sociales depende de tres factores: *1*) Sus capacidades de orden "cibernético"; es decir, sus posibilidades desiguales de reunir, analizar y utilizar la "información"; *2*) Su poder, o sea los medios[47] de los cuales disponen para tomar decisiones, trazar sus estrategias y establecer una red de comunicaciones con los agentes de ejecución; *3*) Su capacidad para intervenir en la formación del *consensus*, siendo definido este como "la congruencia de las preferencias de las unidades gobernadas". Mientras que la teoría marxista relaciona la energética social con el modo de producción, la teoría elaborada por A. Etzioni y conocida como "sociobernética" se podría decir que la relaciona con el modo de producción del poder. En este sentido, él diferencia "las unidades pasivas", en lo fundamental sometidas a los efectos de sus "inmediaciones"[48], de las "unidades activas" que hallan en sí mismas los medios para su transformación. Y utiliza el concepto de "movilización" mediante el cual determina el grado de capacidad de acción de una unidad social ("societal") en el marco de una "acción colectiva" (global). Etzioni apunta, en especial, al problema de la actualización del poder potencial del cual está imbuida cualquier tipo de colectividad y al problema de la estabilización más o menos precaria de las relaciones entre las unidades. Pero su objetivo principal sigue siendo conocer con mayor rigor la "energética" de los sistemas sociales con el fin de determinar rigurosamente sus modos de transformación. Lo demuestra su definición del análisis dinámico: "él [se refiere a dicho análisis] procede por comparación en el tiempo de los cambios de poder potencial y actual" y mediante el examen "de los efectos del cambio sobrevenido en el poder de algunos de los actores sociales frente al de otros"[49].

47 Los cuales, en su conjunto, constituyen "el equivalente sociopolítico del centro electrónico".

48 Se ha considerado este término en la misma acepción que tiene en la terminología del análisis de sistemas.

La teoría elaborada por A. Etzioni es el extremo y el punto más peligroso de los estudios que en la actualidad se consagran a la energética de los sistemas sociales y a los procesos que determinan sus cambios. Esta teoría reemplaza los viejos modelos institucionales y funcionales y los modelos estructurales más recientes por los modelos que se denominan cibernéticos. Intenta aprehender en términos de "acción" las relaciones entre las unidades sociales, con lo que la sociedad global deviene el producto inestable y cambiante de dicho tipo de relación generalizada. La "decisión" de los agentes sociales sustituye en buena medida a los determinantes estructurales, por lo que la orientación del cambio social parece más abierta. Se podría calificar dicha teoría como *voluntarista*. De todos modos constituye el final de nuestro inventario de las nuevas investigaciones, de una serie que se inicia con la manifestación de las exigencias del desarrollo y de la transformación de los sistemas sociales y que se cierra con el intento de demostrar la posibilidad —presente en toda sociedad— de "gobernar" los sistemas de relaciones que la componen y recomponen y los cambios que constituyen su devenir. Dejemos a un lado la crítica para no retener sino una comprobación principal. Lo que nosotros hemos denominado "la dinámica de lo de adentro" ha sido objeto de continuas y diversificadas indagaciones sociológicas. No ocurre lo mismo en el caso de "la dinámica de lo de afuera" y de su relación con la anterior.

Los trabajos de los antropólogos (o etnólogos) han dado cuenta desde temprano de la causalidad externa. Pero, de una manera particular: la difusión de los conjuntos y elementos culturales que actúan como agentes de transformación en el seno de las sociedades receptoras, las relaciones más globales entre culturas y civilizaciones diferentes, generadoras de fenómenos de aculturación[50]. Este

49 *A. Etzioni*, A macrosociology: a theory of societal energy, en J. C. McKinney y E. A. Tiryakian (ed.), *op. cit.*

50 Acerca de las cuales Durkheim reconocía —a pesar de la prioridad atribuida a la causalidad interna— que ellas "daban lugar a ordenamientos totalmente nuevos".

contacto se entiende siempre —según la fórmula de M. Fortes— como "proceso dinámico". Y este también se presenta en *dos* formas principales. Respecto de las sociedades tradicionales se debe diferenciar nítidamente las relaciones establecidas entre sociedades y culturas relativamente parecidas —inscriptas dentro de una misma configuración histórica— de las relaciones impuestas por el colonialismo moderno y la universalización de la "civilización industrial". Los efectos de las primeras han permanecido durante mucho tiempo poco conocidos debido a la carencia de informaciones históricas y por la debilidad de un enfoque científico que casi ya no podía sostener una representación de las sociedades "primitivas" privándolas de toda historicidad y aislándolas en el interior de fronteras estrechas. Estas sociedades estaban desprovistas de dinámica externa y, al mismo tiempo, estaban congeladas en un perpetuo presente etnográfico; es decir, vaciadas de su dinámica interna. El nexo de estas dos negaciones no deja de ser significativo[51]. A partir del estudio de un caso —del de las sociedades Kachin en Birmania— E. Leach mostró la necesidad de considerar *en conjunto* el doble sistema de relaciones, las de adentro y las de afuera. Esta confrontación le ha posibilitado poner de manifiesto el fenómeno de la oscilación entre dos polos —el tipo "democrático" y el tipo "aristocrático"—, la inestabilidad del sistema y los variables ajustes de la cultura, la estructura sociopolítica y del medio ecológico. Los contactos estrechos entre grupos diferentes son los que han provocado la aparición del nuevo sistema Kachin, el cual halla su cohesión en el juego mismo de las contradicciones que involucra y recibe de este juego el impulso que conduce a los grupos de una a otra forma de integración social. La demostración se refiere a un caso particular, pero sus enseñanzas tienen un alcance general.

Las consecuencias *internas* de la expansión política y económica de las sociedades industriales y conquistadoras son de naturaleza distinta y poseen una intensidad diferente. Dichas consecuencias constituyen un modo diferente de la dinámica que resulta de las relaciones exteriores. De inicio fueron consideradas como "contacto cultural", como "interpenetración de civilizaciones", según la expresión de R. Bastide. Estas relaciones, por lo general, han sido interpretadas de un modo esquemático y mecanicista, inclusive por B. Malinowski, quien ha propuesto —en una recopilación de ensayos referidos a ejemplos africanos— su teoría de las tres culturas. Este autor distingue tres tipos de realidad: la cultura tradicional autóctona, la cultura europea importada y la nueva cultura "producto" de la relación entre ambas. Al tiempo que reconoce su

51 Cf. G. Balandier, Dynamique externe des sociétés "archaiques", en G. Gurvitch (dir.) *Traité de sociologie*, t. II, 3ª edic., 1968. Hay versión española: G. Gurvitch (dir.): Tratado de Sociología. Edit. Kapelusz Bs. As. 1962-63, 2 vols.

interdependencia, Malinowski admite la posibilidad de considerarlas en forma separada y elimina, de esta manera, las condiciones necesarias para todo estudio de "dinámica cultural", a despecho del título que lleva su obra[52]. Su enfoque lo lleva a encarar el "contacto cultural" en la forma de relaciones establecidas entre instituciones de un mismo carácter y de un mismo nivel, a pesar de que cada institución "occidental" importada tiende "a dirigir su impulso hacia su equivalente indígena". Esta concepción incita a poner el acento sobre las chances de acuerdo entre las culturas en contacto, a subestimar de modo peligroso las contradicciones y los antagonismos que se originan en las relaciones entre dichas culturas. En este caso, el oscurecimiento de la dinámica inherente a las relaciones entre las culturas cede su lugar a la ingenuidad científica, e inclusive política, puesto que Malinowski ha extraído conclusiones que no tardaron en ser desmentidas por los hechos. De resultas de ello, las investigaciones consagradas a la aculturación han originado modelos más complejos. Estas investigaciones recurren a un análisis diferencial que se funda en la naturaleza de los sistemas culturales unidos y confrontados (distinguiendo sus mecanismos de defensa, su grado de rigidez y su capacidad de adaptación), en la diversidad de las situaciones de contacto (las cuales varían en función de los niveles técnicos, de las características demográficas y del grado de compatibilidad) y en las diferencias de la reacción frente a los procesos de aculturación según el sector de la cultura que se considere[53].

Este enfoque más exigente, sin embargo, encierra el peligro de sustituir un formalismo sofisticado por otro de carácter simplista. Además, dicho enfoque muestra dos debilidades que se evidencian de inmediato: la de separar los aspectos sociales y los aspectos culturales de las relaciones entre diferentes sociedades globales y la de no considerar de una manera lo suficientemente crítica las situaciones que generan relaciones que se establecen por lo general entre sociedades *desiguales*. En este sentido, los estudios que han vinculado a las sociedades tradicionales con el sistema de las *dependencias* establecidas por el colonialismo han provocado un progreso incuestionable. M. Gluckman ha desempeñado un papel de precursor al considerar, desde dicho punto de vista, la "situación social" de una etnia sudafricana (los zulúes). Gluckman comienza por la comprobación de que la sociedad zulú comporta grietas que le son peculiares y verifica, a continuación, que las transformaciones que se derivan de la intervención europea operan de inicio según dichas líneas de debilidad estructural. El sugiere en

52 R. Malinowski, *The Dynamics of Culture Change, New Haven, 1945.*

53 Se trata de los trabajos del grupo de estudio constituido por el "Social Science Research Council" (New York) cuyos resultados fueron publicados en *American Anthropologist*, 56, 6, 1954, pp. 973-1002.

qué medida pudo la situación colonial orientar las innovaciones y los cambios sociales y culturales con posterioridad a haber trastornado los basamentos físicos de la sociedad tradicional. Gluckman pone de manifiesto el estrecho vínculo existente entre los agentes del cambio internos y externos. Por mi parte, yo he intentado definir la situación colonial y luego las situaciones de dependencia[54], subrayando que estas constituyen el sistema fundamental de referencia; que determinan la *totalidad* que posibilita la ubicación y la interpretación de las transformaciones sectoriales. Asimismo he señalado la función *reveladora* que cumplen los acontecimientos, las crisis y los movimientos provocados por esas situaciones. Estos reveladores abren "otras tantas vías que iluminan el fondo sobre el cual se desarrollan no solo los fenómenos de contacto sino también la sociedad colonizada en sus formas tradicionales"[55]. Es así que se sabe cómo la dinámica "de afuera" puede no solo desviar la "de adentro", o modificarla en profundidad, sino también operar a la manera de una prueba, de una cuasiexperimentación a los ojos del observador. Se hace necesario una observación más, que deriva de la aplicación de mi enfoque al estudio comparativo de dos etnias africanas: en el caso de situaciones en las cuales las fuerzas del cambio se hallan en cierto modo exacerbadas, se pone aún más de relieve la necesidad de encarar a las sociedades como *sistemas dinámicos*, cuando se hallan bajo los efectos de un mayor exacerbamiento. El carácter aproximado, problemático y vulnerable de los ordenamientos sociales surge con una nitidez excepcional a los ojos de quien sabe ver más allá de las apariencias formales.

En el campo propiamente sociológico, la obligación de considerar los problemas del desarrollo y de la modernización de las sociedades exteriores a la sociedad occidental constriñe a tomar en cuenta los efectos que produce la dinámica externa en los sistemas sociales. Los hechos revelan dichos efectos, la crítica política los interpreta —en particular la que suscitan los nuevos imperialismos— en el marco de las ideologías más militantes. Por consiguiente, el problema está planteado; pero, parece como si de inmediato escapara a toda posibilidad de tratamiento científico, tomando una dimensión planetaria. Lo que constituye uno de los motivos que incitan a la construcción de una "nueva sociología" o a una diferente orientación de los estudios que apuntan a determinar las relaciones entre los "sectores" en el seno de la sociedad; puesto que esta ya no puede seguir siendo considerada como una unidad que escapa a los efectos de sus relaciones de "exterioridad". Ya se

54 Remitirse a la sección de la presente obra que versa sobre la Sociología de la Dependencia.

55 G. Balandier, *Sociologie actuelle de l'Afrique noire*, Paris, 1955, 3a. edic., 1971, la parte titulada: "La situation coloniale et sa négation".

señalaron los caracteres comunes a estos intentos de renovación: aprehensión dinámica de las relaciones, consideración de la interdependencia de las relaciones internas (o "domésticas") y las externas (o "internacionales") y la confrontación mediante un método comparativo que posibilite desembocar en una dinámica social diferencial. Los proyectos son ambiciosos, pero, por el momento, los resultados continúan siendo discretos.

Como ocurre en todos los períodos de cuestionamiento de los conocimientos considerados científicos, prevalecen las cuestiones teóricas y metodológicas. J. Nettl y R. Robertson han intentado abordar algunas de estas cuestiones en un audaz trabajo que encara el proceso de "modernización". Es decir, el aspecto dominante de la dinámica del mayor número de sociedades actuales, estudiado en función de los sistemas de relaciones internacionales[56]. La definición del proyecto científico se articula con una *necesidad* del presente: "Las recientes discusiones acerca de la evolución, la industrialización, el desarrollo, la modernización y los problemas afines han implicado tantas referencias *implícitas* (raras veces explícitas) a las relaciones entre sociedades y naciones que se hace absolutamente necesario que la sociología incluya a las relaciones internacionales en su campo de indagación y análisis, que las convierta en componente normal de su sistema de referencia"[57]. Nettl y Robertson aportan una primera respuesta a esta exigencia, no solo porque proponen el concepto de "sistema internacional" sino porque proceden a una primera evaluación de los "modelos" que pueden dar cuenta de este sistema y registran los "clivajes" que determinan la dinámica inherente a dicho sistema, como asimismo los agentes que intentan orientarlo. Desde esta óptica, se aprehende en cualquier sociedad el proceso de modernización como: *a*) La utilización del "potencial" de transformación; *b*) Apuntar a objetivos que se encuentran en constante "movimiento"; *c*) Una empresa dirigida con el fin de incrementar la "calidad" de la sociedad "en su relación con las demás sociedades".

O sea que se sitúan en el centro de la investigación los dinamismos, los procesos de cambio permanentemente en acto, las relaciones de competición (o de desafío) que se derivan de las relaciones exteriores. En este caso se siente la tentación de aportar respuestas vigorosas al desafío que nos impone la obligación de aprehender la sociedad (por lo menos en sus actuales formas) como un sistema dinámico, ubicado dentro de la totalidad de sus "*inmediaciones*", incluida la más extensa de esta el *entorno* internacional. Se coloca el acento sobre este último, sobre los efectos directos y los efectos

56 J. P. Nettl y R. Robertson, *International Systems and the Modernization of Societies*, Londres, 1968.

57 Op. cit., p. 137.

de retorno que produce; y, desde un punto de vista que ya hemos definido como voluntarista puesto que, toma en consideración, sobre todo, a "los actores que están ubicados en una situación estratégica que les posibilita actuar sobre la dirección y la naturaleza de los cambios"[58] Más allá de una investigación que corre los más grandes peligros en dicho dominio —no enfoca de manera crítica los medios a través de los cuales los agentes (o actores) sociales tratan de gobernar el cambio— surge una conclusión esencial. Es la siguiente: "El intento de interpretar y corregir ciertas contradicciones y ciertas carencias lógicas del análisis de los cambios *en* las sociedades contemporáneas lleva a una mejor comprensión de la importancia sociológica de las relaciones internacionales. De ello deriva el hecho de acentuar, directa o indirectamente, las continuidades entre los procesos de carácter intra-societal y los de carácter intersocietal"[59]. Según mis propios términos, de dicho modo se ponen de manifiesto las interrelaciones entre la dinámica "de adentro" y la "de afuera", en su realidad y en su influencia sobre la naturaleza y el funcionamiento de los sistemas sociales.

El inventario de trabajos teóricos que acabamos de realizar expresa una determinada problemática común (a despecho de fundamentales diferencias y de desiguales capacidades de innovación) de las tendencias reveladoras de una forma de cuestionamiento del fenómeno social que caracteriza a la nueva sociología. Esta revisión permite medir la distancia que se ha tomado respecto del microempirismo, de los diversos procedimientos de "reducción" de la complejidad social y de las engañosas formalizaciones que requieren —según la expresión de Mauss— que se considere a las sociedades "como si estuviesen congeladas, en un estado estático o más bien cadavérico". Todos los ensayos mencionados apuntan al rigor, pero no a cualquier precio. Todos son críticos, pero con una firmeza variable. Muchos de ellos alientan ambiciones sin duda prematuras; ya sea porque pretenden aprehender el devenir de las sociedades a lo largo de un período excesivamente prolongado —a pesar de las reticencias afirmadas por el neoevolucionismo— o porque extienden demasiado ampliamente el campo de las relaciones externas, dándoles desde ya una vastedad de carácter planetario. Todo esto en lo concerniente a los riesgos. El verdadero aporte es de otro tipo: consiste en una representación *diferente* de la naturaleza de las sociedades y, por ello mismo, induce la necesidad de un *enfoque científico modificado*. Al respecto, el empleo del término "societal" revela las tentativas que llevan hacia una nueva definición de la sociedad, si bien su sentido es marcadamente

58 En este sentido, A. Etzioni subraya, al presentar la obra de Netl y Robertson, el aporte que hace a "la teoría de la dirección de la sociedad" *(societal guidance)*.

59 *Op. cit.*, p. 186.

ambiguo y su uso resulta muy poco útil. Al menos, dicho término pone de manifiesto la intención de captar la "sociedad en acción" y no solo los aspectos de las instituciones, las organizaciones y estructuras a través de las que se *la define*[60].

En realidad, las más recientes investigaciones innovadoras incitan a una aprehensión dinámica de la realidad social. Pero, la mayor parte de ellas se limitan al examen de factores y de procesos de cambio —con lo que contradicen a las teorías que colocan las formaciones sociales dentro de los moldes de una pura continuidad— sin llegar, no obstante, hasta las últimas consecuencias de su cuestionamiento. Se trata de las consecuencias que imponen la necesidad de encarar la sociedad misma como un sistema dinámico: *los dinamismos están en su propio interior*, son inherentes a las relaciones en las que la sociedad se basa, a las prácticas que aseguran su funcionamiento y a las relaciones que mantiene con sus inmediaciones. En todo momento dichos dinamismos hacen a la sociedad, y también la deshacen; con lo que crean las condiciones para su transformación a corto o largo plazo. Es lo que observaba Gurvitch a su modo, al afirmar que: "Toda realidad supone un *compromiso inestable*, variable, difícil de captar, entre continuidad y discontinuidad", y que: "No existe ningún tipo de sociedad que pueda alcanzar una cohesión sin choques"[61]. Esta comprobación no puede ser suficiente, sigue siendo excesivamente general al subrayar, meramente, el carácter aproximativo y vulnerable de los ordenamientos sociales. Lo que importa, ahora, es construir marcos teóricos que puedan tornar inteligibles *las* dinámicas sociales, tanto en lo que respecta a sus diferencias como a sus relaciones recíprocas.

II. LAS DINAMICAS SOCIALES

Las propias sociedades "tradicionales" consideradas repetitivas se captan como *problemáticas*. Algunos recientes trabajos de antropólogos lo revelan con nitidez, rompiendo la armonía de las arquitecturas que las definieron durante largo tiempo. Todas las sociedades, inclusive las que parecen más congeladas, las más conformes con las normas que las instituyen, están obsesionadas por la sensación de vulnerabilidad. La obra de G. Calame-Griaule consagrada a los dogones de Mali muestra —a partir de un análisis de la "teoría de la palabra" y del sistema de representaciones— cómo ellos,

60 Cf. por ejemplo, J. O. Hertzler, *Society in Action*, New York, 1954, nota de la p. 6.

61 Cf. *Vocation actuelle de la sociologie*, París, 4a. edic., 1968, pp. 70-71.

aseguran la lucha contra la degradación y provocan la constante conversión del desequilibrio en equilibrio *que parece ser* conforme al modelo primordial. Según el pensamiento social dogon, la sociedad y el cosmos son espacios de confrontación de fuerzas contradictorias y opuestas: los hombres deben, a su vez, contribuir sin cesar al "necesario triunfo del partido del orden sobre el del desorden"[62]. Esta concepción esencialmente dinámica mediante la cual se justifican las prácticas tendientes a asegurar el mantenimiento de la sociedad y "el avance del mundo", emana de una sociedad considerada arcaica y relativamente preservada. Por ello es tanto más demostrativa. En realidad, todas las sociedades "tradicionales" tienen una clara conciencia de los obstáculos que amenazan su continuidad y que limitan su capacidad de reproducción, a saber: el deterioro de los mecanismos de conservación por la acción de la entropía por un lado y, por el otro, del juego de las fuerzas que operan en su seno y en el campo de sus relaciones exteriores. Dichas sociedades han concebido medios de distensión, de periódicos ajustes "a nuevo" y de renovaciones del orden establecido. En la actualidad, los antropólogos modernos emprenden el estudio de estos procedimientos tendientes a "purificar" el sistema social, dominando las fuerzas disolventes, y a revitalizar periódicamente el poder[63]. Estos autores muestran hasta qué grado las sociedades llamadas de la tradición y la continuidad se reconocen, no obstante, como sociedades en constante reconstrucción.

En el caso de las sociedades "industriales", la apreciación existente, al parecer, está profundamente signada por la ambigüedad mientras que el pensamiento social del siglo XIX las caracterizaba como sociedades dotadas de una excepcional capacidad de transformación y probreso. Por una parte, se las considera en forma de sistemas cerrados, desprovistos de toda posibilidad de cambio cualitativo, como consecuencia de exigencias e iniciativas de las que los hace objeto el estado industrial[64]. Esta tesis ha sido propuesta por H. Marcuse. Aunque por razones muy distintas a una conclusión parecida llega el político que evalúa las dificultades con que tropieza para actuar sobre una sociedad que considera "bloqueada". Es así que por una suerte de movimiento invertido, la sociedad industrial avanzada carece de ciertos dinamismos de transformación al tiempo que a la sociedad tradicional se le acreditan dinamismos que le negaba la antigua antropología. En ambos casos, el debate esencial se sitúa sobre un mismo terreno en el cual se reduce la brecha que separa a los dos géneros de sociedad. El examen de la "dialéctica de la tradición y de la modernidad" que

62 G. Calame-Griaule, *Ethnologie et langage. La parole chez les Dogon*, París, 1965, particularmente la pág. 500.

63 G. Balander, *Anthropologie politique*, París 2a. edic., 1969.

64 Remitirse al capítulo titulado "Sociologie des mutations".

efectúan los antropólogos o los especialistas de la sociología del desarrollo[65] encuentra su réplica en el examen de la "dialéctica de la modernidad" que llevan a cabo varios analistas del orden social industrial[66].

R. Aron, al hacer el balance de las "desilusiones del progreso" de una manera un poco sombría, reconoce desde el comienzo que dicho orden solo puede tornarse inteligible en el movimiento (el cambio) y en las oposiciones que lo fundan y, a la vez, lo amenazan: la dialéctica de la realidad que instaura impone la necesidad de recurrir a los métodos del análisis dialéctico. El tema dominante en los ensayos de R. Aron es el de las diversas expresiones mediante las cuales se manifiesta la dialéctica de la igualdad y la jerarquía. Aron muestra que esta dialéctica siempre opera en todas las sociedades industriales existentes, cualquiera que sea el régimen que las rija. El subraya la *contradicción fundamental* entre la naturaleza de dichas sociedades, sus ambiciones dignas de un Prometeo y su ideología igualadora. Las diferencias, las desigualdades y las jerarquías cambian de forma y se expresan a través de normas nuevas, pero no desaparecen. Más aún, las sociedades del poderío material están constreñidas a descubrir sus *límites*; su orden es aproximativo, se halla amenazado por los cuestionamientos que se generan en la alienación que ellas producen y por su propia incapacidad para dominar las incompatibilidades que engendran anomia. El orden internacional que dominan dichas sociedades es aún más "incierto", poco menos que "anárquico". En efecto, estas sociedades se revelan de más en más y en una escala propia de sus dimensiones, como sociedades problemáticas, vulnerables, a despecho de sus técnicas de posesión del mundo. Mediante ellas se revela en sus aspectos más exigentes el carácter de cualquier sociedad, su calidad de ser una totalidad siempre en vías de hacerse y deshacerse y, por tanto, sometida a la *exigencia de creación constante*. Estas sociedades no dan tregua en la medida en que se reducen los períodos de continuidad simple, en que se produce con mayor rapidez el deterioro de los mecanismos sociales y en que, a menudo, se carece de medios de renovación periódica.

Esta confrontación sumaria de dos conjuntos de sociedades —las "tradicionales" y las "industriales"— pone de relieve un hecho fundamental común a ambas: *el carácter problemático de todo orden social*. También que el problema no es tanto el de saber las causas que provocan la discontinuidad de dicho orden —óptica predominante en los historiadores contemporáneos— como el de conocer los motivos de su continuidad y cuáles son las formas que

65 Remitirse al capítulo VII de nuestra *Anthropologie politique*.

66 En particular por R. Aron en su obra *Les désillusions du progrès, essai sur la dialectique de la modernité*, Paris, 1969.

esta reviste. Sin embargo, resulta imposible disociar por completo ambos puntos de vista, e imponen, por igual, una concepción dinamista de los sistemas sociales. La oposición estática social/dinámica social no es pertinente ni para la definición del campo sociológico ni para la determinación de un método que apunte a captar la sociedad "en acción". Ninguno de los dos términos puede prescindir del otro. Lo que no excluye el hecho de partir de la dinámica; por el contrario, puesto que las teorías clásicas con frecuencia han ido en búsqueda de seguridad ateniéndose únicamente a la consideración de la estática social. Por consiguiente, es necesario invertir la tendencia. Pero, ello requiere una investigación de largo aliento que en la actualidad solo se halla en sus comienzos. Por el momento se deben determinar las pautas que orienten la marcha de dicha investigación. Es conveniente diferenciar, desde el inicio, *las* dinámicas sociales sin darse por satisfechos con una definición imprecisa que identifique el campo de la dinámica social exclusivamente con el cambio, siendo este otra categoría mal caracterizada y falsamente homogénea.

En un primer análisis se pueden señalar tres tipos de índices dinámicos: 1) el de los dinamismos inherentes al sistema social, a sus condiciones de composición, funcionamiento y reproducción; 2) el de los dinamismos a través de los cuales el sistema tiende a su realización plena y 3) el de los dinamismos que provocan transformaciones que involucran un cambio del régimen estructural. Al parecer, no hay una ruptura neta entre los tipos citados sino que son las exigencias de la lógica las que imponen su distinción. Una tipología simplificada de esta índole es, evidentemente, insuficiente. Los dinamismos nos remiten a los agentes sociales a través de los cuales se expresan y, por consiguiente, a las prácticas y a los niveles (o instancias de la realidad social) que constituyen el espacio donde emergen a la superficie. Los dinamismos expresan, sobre todo, la acción del tiempo sobre los sistemas sociales, no obstante que ellos son solo parcialmente el resultado de dicha acción, generadora de heterogeneidad y de discordancias en todas las sociedades. Esta primera localización no considera sino características y propiedades *internas*, determina las contradicciones de la dinámica "de lo de adentro"; lo que es insuficiente en la medida en que todo sistema social sostiene relaciones de *exterioridad*. La dinámica de "lo de afuera" produce efectos en la otra y, en determinadas situaciones, estos pueden llegar a ser dominantes. En fin, desde el momento en que la dinámica social se examina en la forma de cambio, de transformación, es importante distinguir sus manifestaciones imprevistas (y experimentadas en una amplia medida) de sus manifestaciones provocadas (y aceptadas o probadas también en gran medida). Es así que se pueden evaluar mejor, a partir de este análisis preliminar, las dificultades de la tarea. Y si el sociólogo se plantea como objetivo captar la sociedad en su realidad profunda y se niega a recurrir a las simplificaciones complacientes o alteradoras, resulta inútil esquivar dichas dificultades. Los problemas mencionados son los que se plantean en todo sistema social parcial y en cualquier sociedad en escala macrosociológica, si bien las dinámicas sociales se distribuyen de manera diferente según sea la escala de los fenómenos considerados. El futuro de una sociología más adecuada a su objeto y mejor adaptada a su función depende de la posibilidad de aportar respuestas a dichos problemas. Aprehender la realidad tal como es; sociedad "en acción" según Saint-Simon; realidad social "en marcha", según Durkheim[67]. Captar la sociedad penetrando a través de las apariencias (desechando las ideologías y las conductas oficiales, las *"mises en scène"* y las imágenes elaboradas por los diversos agentes sociales) en su verdadera realidad, como lo exige Marx.[68]

PRIMER PUNTO: *la dinámica de las estructuras y los sistemas sociales.* —R.K. Merton, intentando conciliar su tibia adhesión al funcionalismo con el reconocimiento de hecho de los dinamismos activos en todas las sociedades, se ve obligado a encarar el "dinamismo interno de las estructuras" y a unirlo por una parte a la esfera de lo *latente*, ya sea que se trate de las funciones o de las configuraciones dependientes de esta categoría. Dicho autor cuestiona el principio de la *unidad funcional* de la sociedad, introduce la consideración de las disfunciones, identifica funciones que no son "ni comprendidas ni queridas"[69]. En otro lenguaje, que puede que sea más trivial, se podría afirmar que esta posición teórica supone al sistema social como aproximativo y vulnerable, portador de elementos contrarios (sin llegar al límite de aceptar la existencia de contra-sistemas) y de elementos que asumen funciones cuya finalidad aún no ha sido comprendida. Esto significa el reconocimiento del carácter dinámico de los sistemas sociales *con independencia* de los cambios que sufren por la acción del tiempo. Más recientemente, los enfoques que van más allá de una simple crítica al estructural-funcionalismo han querido sobrepasar la verificación y mostrar que la estática social involucra una dinámica en razón misma de su naturaleza, de lo que en ella hay de constitutivo.

67 E. Durkheim, *Pragmatisme et Sociologie*, París, 1955. Hay versión española.

68 Ver sus consideraciones sobre la imaginación social en *Dix-huit brumaire de Louis Bonaparte*. Hay varias versiones en español: C. Marx: el 18 Brumario de Luis Bonaparte. Ed. Ariel, Barcelana, 1968.

69 En particular: R. K. Merton, *Eléments de théorie et de méthode sociologique, trad. franc. París, 1953, extractos de Social Theory and Social Structure*, Ginebra, 1951. Hay versión española: R. K. Merton: Teoría y estructura sociales, F.C.E., México, 1962.

Recordemos que R. A. Nisbet ha subrayado esta propiedad [70].

El problema que se considera con mayor frecuencia es el que plantea la confrontación de "la" estructura (ordenamiento de relaciones que conserva determinado grado de estabilidad a lo largo del tiempo) con "el" cambio. R. Bendix en el trabajo que ha incluido en un volumen colectivo que trata de la teoría social y la interpretación de los cambios económicos sugiere algunas razones de la *relativa conservación* de las relaciones sociales y de los equilibrios: los grupos alcanzan un determinado grado "de adaptación o de compromisos entre los imperativos en conflicto". Se establece "un equilibrio entre las tendencias antagónicas". El equilibrio, en fin, no es más que el producto "de esfuerzos permanentes tendientes a mantener la estabilidad [71]. De este modo, dicha interpretación considera que las condiciones de *existencia* de la sociedad están dadas por el conflicto entre los intereses, las opciones y los valores y por los antagonismos. La sociedad siempre se halla en estado de "composición" puesto que los equilibrios en los que se basa son el resultado de "esfuerzos" constantemente renovados. Para retomar una imagen durkheimiana, la sociedad no es una noción comparable con los objetos materiales. Los análisis actuales se vuelven a topar —a veces contra la voluntad de sus autores— con las preocupaciones teóricas dominantes de los grandes fundadores del siglo pasado: las que se refieren al juego de las contradicciones y de los antagonismos desde la perspectiva de Marx o, inclusive, de Comte, las concernientes a las relaciones de antinomia desde la perspectiva de Proudhon o la ineluctable conjunción de la estructura y del devenir desde la óptica de Durkheim. Con el fin de establecer un orden en estas investigaciones dispersas conviene examinar las implicancias —respecto de la dinámica— de la definición de la realidad social como sistema, y con tanto más atención cuanto que tal definición es considerada con demasiada frecuencia como algo que va de por sí.

a) *Dinámica y sistema.* Admitir que la sociedad es un sistema [72] (o un gran sistema) o la resultante de un acuerdo entre varios sistemas (según una interpretación que ya propuso Comte) significa admitir que ella debe satisfacer exigencias propias de todos los sistemas. He aquí un punto de partida, independientemente de los problemas fundamentales concernientes a la distinción entre la realidad social existente en tanto sistema, los "discursos" o sistemas discursivos mediante los cuales se explica y se convalida la

70 R. A. Nisbet, Developmentalism as a Perspective, *op. cit.*

71 R. Bendix, The Comparative Analysis of Historical Change, en T. Burns, y S. B. Saul, *Social Theory and Economic Change*, Londres, 1967.

72 Ver, por ejemplo, la obra publicada por H. Janne bajo el expresivo título de *Le sistème social. Essai de théorie générale*, Bruselas, 1968.

sociedad y los sistemáticos cortes a los cuales recurren las ciencias sociales para describir, analizar, clasificar y alcanzar la explicación. Puesto que es muy evidente que el carácter sistemático está más acentuado en el caso de los dos últimos de los tres aspectos citados.

Una gran cantidad de investigaciones teóricas han intentado conformar, durante los últimos años, una teoría de los sistemas, partiendo de los aportes de la cibernética, las matemáticas modernas, etc. y, en un campo más "aplicado", de las enseñanzas de la investigación operacional. Algunos sociólogos esperan de ello un impulso susceptible de provocar el rejuvenecimiento de sus disciplinas [73]. Es importante superar dicho estado que, a menudo, queda en la más pura fascinación. En una primera etapa es posible limitarse a recordar las propiedades y las exigencias inherentes a todo sistema; es decir, a una especie de examen lógico mínimo. Por otra parte, no basta con atenerse a la definición por extensión que caracteriza al sistema por la *interdependencia* que vincula a sus unidades o elementos constitutivos.

Si es verdad que cada tipo de sistemas posee, sin duda, sus condiciones particulares, no es menos cierto que estas son conformes a caracteres comunes. En especial, a la exigencia de organizarse de acuerdo con el juego de las *diferencias*. G. Deleuze lo recuerda y muestra sus implicancias: "Es preciso que un sistema se constituya en base a dos o varias series, siendo que cada serie está definida por las diferencias entre los términos que la integran. Si suponemos que las series entran en comunicación por la acción de una fuerza cualquiera, se desprende el hecho de que esta comunicación relaciona diferencias con otras diferencias o constituye en el sistema diferencias de diferencias" [74]. Deleuze señala que ambos géneros de diferencias citados se determinan como "intensidad". Subraya que la comunicación que se establece entre series heterogéneas tiene "toda clase de consecuencias": "estallan hechos, fulguran fenómenos... dinamismos espacio-temporales llenan el sistema..." [75]. Desde el punto de vista de nuestro análisis lo que importa es el hecho de que el sistema definido en su generalidad (o pureza) implica "dinamismos" a causa, precisamente, de las diferencias que lo integran. Ambas características son inseparables.

Algunas de las investigaciones llevadas a cabo en el campo de la lingüística moderna llegan a resultados del mismo tipo. Tanto las tentativas que apuntan a mostrar la lengua como una "cinética" que engendra un orden y se origina a partir de este (según la

73 Por ejemplo, W. Buckley, *Sociology and Modern System Theory*, Englewood Cliffs, 1967.

74 G. Deleuze, *Différence et répétition* Paris, 1968.

75 Id., *ibid.*, pp. 154-155.

formulación que hace A. Jacob[76], como las que se plantean como objetivo la "dinamización" de las estructuras lingüísticas bajo los efectos de la influencia inicial de N. Chomsky. Con independencia del hecho de que el tiempo está *dentro del idioma* y este *dentro del tiempo*, es su calidad de sistema lo que confiere a la lengua propiedades dinámicas inmediatas. Esta se organiza en series de diferencias (intervalos, oposiciones) y el sistema de estas diferencias es ordinal, asimétrico (no establece relaciones "iguales" sino jerárquicas) y tensional. Por esta última propiedad es portador de un dinamismo. El sistema se revela "inestable", siempre en estado de construcción. Las estructuras que lo basamentan involucran un dinamismo y este, en un período dado, "se traduce en cambios"[77].

Estos dos géneros de referencias, si bien los hemos considerado en forma sumaria, revelan las condiciones de existencia de cualquier sistema, con un efecto simplificador tolerable que no intervendría en el examen de los sistemas complejos con los que operan las ciencias físicas y biológicas. No hay sistema sin diferencias, sin poner en relación elementos (o unidades) diferenciados. Esta puesta en relación impone el hecho de que los elementos no sean considerados como equivalentes sino ordenados y jerarquizados; el orden es resultado de esta jerarquía, de las relaciones asimétricas establecidas entre los elementos. Este orden, que se funda en relaciones de dicha naturaleza sobre una o varias jerarquías generadoras de subordinación, es inestable y portador de tensiones que le son específicas. Este orden constituye un conjunto más o menos vulnerable de unidades que contribuyen a su constitución. No está "fijo" sino sometido a una permanente exigencia de composición[78]. De acuerdo con la óptica desde la cual nos situemos, dicha exigencia será captada como obligación dialéctica y movimiento consecuente, como expresión de un desarrollo (o de una génesis) impuesto a las estructuras o como una "construcción" que es resultado de constantes regulaciones de tipo cibernético. Por el momento, tales divergencias, si bien son fundamentales, tienen menos importancia que el reconocimiento de un común punto de partida: el conjunto de propiedades mínimas sin las cuales no se podría hablar ni de estructuras ni de sistemas.

Si se trata de sistemas sociales, las investigaciones realizadas en el campo de la antropología social revelan dichas condiciones, en particular cuando versan sobre sociedades consideradas como las más simples, que poseen una especie de "mínimum sociológico".

76 A. Jacob. *Temps et langage*, París, 1967.

77 Ver, por ejemplo, las contribuciones de H. Seiler y A. Jacob a la obra colectiva: *Genèse et structure*, París, 1965.

78 Se trata de una exigencia particularmente aguda desde el momento en que se considera la diferencia como portadora de una contradicción, o configurando por sí misma una contradicción.

En este caso, las diferencias naturales (sexo, edad, parentesco biológico) se convierten en diferencias sociales por lo que las mínimas desigualdades, las jerarquías "elementales", parecen ser ya necesarias para la formación del sistema. Ellas son generadoras del sistema y rigen su composición continua, al tiempo que originan "tensiones", "acontecimientos", que pueden operar en el sentido de su modificación y, por tanto amenazarla. El estudio dinámico y crítico de las sociedades evaluadas como menos diferenciadas o más igualitarias las muestra bajo esa doble faz. Funcionan signadas por la incertidumbre[79]. Estas sociedades, si bien el número de elementos puestos en relación es reducido, evidencian un orden social que se expresa en lo esencial en forma de un ordenamiento de mayor o menor estabilidad de las unidades que concurren a su conformación. Esta vulnerabilidad es lo que posibilita operar a las fuerzas modificadoras y cuestionadoras y ella explica, también, en qué sentido concreto la dinámica es inherente al sistema social, con un carácter de necesidad semejante al de los principios estructurales que definen la formación del sistema.

b) *Dinámica de los sistemas complejos.* —Por consiguiente, el dinamismo es una de las propiedades comunes a todos los sistemas. Es aún más manifiesto desde el momento en que se encaran sistemas de sistemas y se considera a las sociedades, por lo general, como formaciones complejas de este tipo. G. Deleuze ha mostrado las consecuencias que se derivan de la comunicación establecida entre "series heterogéneas". Según el autor, son acontecimientos, fenómenos fulgurantes, dinamismos que colman el sistema. Efectos similares —pero expresados en un nivel superior y con intensidad mayor— se producen como consecuencia de la puesta en relación de sistemas o subsistemas constitutivos de una totalidad de amplia extensión. Este es el caso de cualquier sociedad global.

Comte parte de una consideración parecida en su proyecto de elaboración de una dinámica social. Luego de definir la sociedad como el acuerdo entre varios sistemas —el que rige la división del trabajo y condiciona, así, un determinado tipo de organización y de clasificación social; el que posibilita la organización de los poderes políticos; el que cimenta la unidad social mediante las "ideas"— Comte observa la fragilidad de dicho "acuerdo". Según él estos sistemas diferentes están siempre en movimiento, *por definición*. Su equilibrio se mantiene de manera precaria y cualquier ruptura en la solidaridad, cualquier antagonismo entre los elementos que lo componen, provocan su degradación a plazo fijo. Desde

79 Ver, por ejemplo, el testimonio (rico aunque polémico) sobre los indios yanoamas de la cuenca del Orinoco: E. Biocca, *Yanoama*, París, 1968. Los Yanoamas. El último paraíso. Edit. Ferma, Barcelona, 1967.

el instante en que uno de los elementos no está más en relación armónica con los otros a los cuales se halla vinculado, los "gérmenes de la destrucción" amenazan dicho equilibrio desde adentro. Se multiplican las *contradicciones* y son éstas las que Comte considera para diagnosticar la caducidad de una sociedad. Su formulación no tiene ambigüedades: a partir del momento en que un sistema está condenado, los poderes que intentan consolidarlo "caen en perpetuas contradicciones al contribuir a través de sus propios actos ya sea a tornar más caótica la desorganización de dicho sistema, ya sea a acelerar la formación del que debe reemplazarlo"[80]. Se puede afirmar que el "pasaje" es ineluctable puesto que no existe "un solo acto, un solo paso, tendiente al restablecimiento del viejo sistema que no se vea seguido por un acto dirigido en sentido contrario". Sin profundizar excesivamente en la interpretación comtiana es posible, no obstante, verificar que caracteriza la transformación de las sociedades como transformación de las diferencias mediante las cuales se fundan los sistemas y se establecen sus relaciones recíprocas en contradicciones que provocan su destrucción y determinan sus formas de sustitución. Esta interpretación toma en cuenta el "movimiento" de los sistemas, los cambios que se producen a consecuencia de sus desajustes; pero, desde la perspectiva de una dinámica que opera *a largo plazo*. Ella hace de la contradicción entre sistemas y en el interior de estos el agente del devenir histórico; pero, situando la contradicción principal en las relaciones entre las "ideas" y la organización social. Al considerar la contradicción como un acontecimiento —que surge desde el instante en que se falsean las relaciones entre sistemas— y no como algo constitutivo y constantemente en acto, la teoría comtiana limita el campo de acción de las dinámicas sociales. Sin embargo, ella establece una relación necesaria entre estas dinámicas y las características de los sistemas complejos.

En el plano de los sistemas sociales —dado que es la manera de ver la realidad social que seguimos considerando por el momento— el problema de las relaciones múltiples que estos mantienen en el seno de la sociedad global se puede encarar en tres campos principales (y siempre con el objetivo de poner de manifiesto la "carga" dinámica inherente a esas relaciones); a saber: *a*) La compatibilidad de los sistemas y su ajuste; *b*) La acción de los agentes sociales y su influencia y *c*) La presencia del tiempo "en la sociedad" y sus efectos. Los problemas están vinculados. Si se reconoce —contrariamente a cierto estructuralismo que subraya las discontinuidades radicales de la historia— que las discontinuidades (incuestionables) se expresan en relación a una continuidad profunda, es preciso extraer de ello una primera conclusión. Los elementos constitutivos de los sistemas sociales no proceden todos de la misma época, lo mismo que los diversos sistemas que componen la sociedad global. Su combinación es el resultado del movimiento histórico de dicha sociedad y tiene un carácter precario en razón misma de las incompatibilidades que pueden generarse en tales diferencias de origen. Si la sociedad global efectivamente es un sistema de sistemas, ella impone una jerarquía entre éstos, los sitúa en posiciones dominantes o subordinadas, respectivamente[81]. Los caracteres específicos de dicha sociedad están dados por la jerarquía en la importancia relativa de los diferentes sistemas; pero, al mismo tiempo, esta jerarquía origina en su seno, tensiones, puntos potenciales de ruptura y una dinámica tendiente a imponer una nueva combinación, una nueva distribución de los elementos integrantes. En fin, la consideración de los agentes sociales conduce a una conclusión parecida. Sus prácticas se localizan en varios sistemas, lo que les brinda un margen de maniobra que les posibilita mantenerse activos —y no meramente pasivos— ya sea para obtener máximas ventajas, ya sea para poner en tela de juicio su posición en la sociedad global. El funcionamiento mismo de cualquier sociedad revela una creación constantemente en acto. El análisis "sistemático", cualesquiera que sean sus limitaciones y sus artificios, expresa la conexión *necesaria* entre el sistema y la dinámica. El examen de las relaciones entre los niveles o instancias de la realidad social debe confirmar esta conclusión, proporcionándole una referencia más concreta. Este examen señala una segunda etapa en el conocimiento de los dinamismos inseparables de toda formación social.

SEGUNDO PUNTO: *Los niveles de la realidad social y la dinámica social.* —El problema que hay que considerar puede formularse mediante tres interrogantes principales: ¿cuáles son los dinamismos activos en cada uno de los niveles? ¿cuál es el grado de correspondencia entre éstos? ; ¿cuáles son las relaciones de dominación, subordinación y autonomía parcial que se establecen de instancia a instancia? Sin embargo, el objetivo al cual se apunta no es tanto la identificación *del* nivel determinante de las relaciones significativas de la sociedad como el poner de manifiesto los dinamismos que resultan necesariamente de las relaciones entre los niveles, sin las cuales no podría existir ninguna formación social.

La obra de Durkheim brinda un punto de partida puesto que involucra —como lo ha mostrado R.A. Nisbet al refutar las conclusiones opuestas de Parsons[82]— los elementos de una dinámica

80 A. Comte, "Appendice" al tomo IV de *Système de politique positive.*

81 Se hallan indicaciones sobre este aspecto en un debate referente a "los límites y los usos del concepto de sistema social", en *Epistémologie sociologique*, 6, 1968.

82 R.A. Nisbet, *Emile Durkheim*, Englewood Cliffs, 1965.

social. Y ello, precisamente, cuando estudia las interacciones entre niveles de materialización de la realidad social, la cual se capta bajo esta faz más que en la forma de relaciones entre grupos o entre personas. Durkeim distingue tres niveles, a su vez subdivididos (o susceptibles de serlo), a veces designados como hechos estructurales, funcionales o representativos. El primero, identificado bajo la forma de *estructuras reales*, corresponde al soporte físico o material de la sociedad: territorio, población, instrumentos y objetos, etcétera. Según Durkkeim la vida social "reside y brota allí"; pero, asimismo, se halla obligada a la "consolidación" al materializarse sobre esa base. Este sustrato de las sociedades tiene, por consiguiente, cierta estabilidad (o peso) pero no es estático: "se encuentra en el devenir". Los hechos funcionales corresponden a las *instituciones*, a los sistemas de normas y reglas que rigen la acción de los agentes sociales. Están afectados por una inercia propia, más aparente en los períodos durante los cuales se multiplican y aceleran los cambios materiales y en las circunstancias en que las *representaciones colectivas* se tornan innovadoras por estar sometidas a los efectos de la acción de corrientes "efervescentes". Estas —que constituyen el tercer nivel— comprenden los valores, los ideales y las imágenes correspondientes a la sociedad existente y, a la vez, los que se originan en los "momentos de efervescencia" mencionados por Durkheim en diversas ocasiones[83]. Dichas corrientes incluyen los valores sociales últimos y establecidos de modo permanente, generadores de conformismo, como asimismo los valores emergentes, generadores de cuestionamiento.

Estos niveles y sus subdivisiones se conciben, en sus relaciones, con referencia al modelo de las interacciones; pero ello, no sin incertidumbres ni dificultades. Las incertidumbres se refieren a la determinación del orden dominante de hechos. Durkheim vacila en lo que respecta a la posición que conviene otorgarle a lo económico y en cuanto a los efectos que produce el sustrato en los otros niveles. Se ve llevado a subestimar su importancia en favor de las representaciones colectivas. Les confiere una autonomía, una capacidad creadora, que las convierten en un factor fundamental para el desarrollo social. Las dificultades no solo se originan en dicha subestimación sino también en la delimitación establecida entre elementos más fijos (como las estructuras espacializadas) y elementos más móviles (como las representaciones colectivas innovadoras). Ambas ideas afectan su estudio del proceso de "materialización" (y de "consolidación") de la realidad social. También

83 Cf., en particular, *Les formes élémentaires de la vie religieuse*. Hay versión española: E. Durkheim: Las formas elementales de la vida religiosa. Edit. Schapire, Bs. As., 1968.

pesan sobre sus concepciones del desarrollo y del cambio. En este último caso —según Durkheim— interviene "la voluntad humana"[84].

Su aporte se hace más decisivo cuando considera el problema de la "correspondencia" entre los niveles. Aquí reconoce la influencia del hecho de que el tiempo opera en toda sociedad y que esta, a su turno, se inscribe en el tiempo, en el devenir. Esta influencia torna *imposible* una correspondencia perfecta entre los niveles y, en el seno de éstos, entre sus subdivisiones. Los tiempos sociohistóricos son diferentes y diferenciales, generadores de discordancias más o menos pronunciadas. Las transformaciones del sustrato no provocan de manera inmediata la determinación de reglas que aseguren su ajuste (o su compatibilidad) a los valores y normas predominantes. La creatividad en el nivel de las representaciones colectivas no siempre se traduce, o no se traduce en forma inmediata, en normas formales y en instituciones. Y éstas, por lo general, están dotadas de una inercia que las torna, en un período dado, en incongruentes con los cambios sobrevenidos en las demás instancias. Durkheim enfoca, sobre todo, los conflictos entre las instituciones —cuya capacidad de adaptación es reducida— y las representaciones colectivas, que están dotadas de un movimiento más rápido. Al poner de manifiesto la disparidad de ritmos de desarrollo y de cambio, Durkheim se ve llevado a elaborar una teoría de las *crisis*.

Ya no se considera a estas como accidentes que se producen en la historia de las formaciones sociales sino como momentos inevitables que en cierto modo jalonan el devenir de las sociedades. Los períodos de crisis son aquellos durante los cuales se acentúa más la *no correspondencia* entre un nivel y otro y en el interior de cada uno de los niveles. Este desajuste máximo es el producto de las desiguales velocidades de transformación de las distintas instancias. Ello es inevitable y, en cierto modo, positivo. Según Durkheim, el "progreso" deriva en parte de dichas crisis puesto que la anomia obliga a nuevos ajustes y la crisis favorece la "efervescencia" creadora de nuevos valores y reglas que plasmarán las futuras instituciones que se han hecho necesarias.

La dinámica social de Durkheim permanece inscripta en la concepción de que "la sociedad deviene sin cesar en algo nuevo al tiempo que permanece fiel a su naturaleza"[85]. De esta manera, la continuidad se ubica en su relación con los cambios. Pero, la búsqueda del (o de los) determinante(s) de dichos cambios parece

84 Ver, en especial, los textos de Durkheim reunidos bajo el título de *La science sociale et l'action*, París, 1970, y la sección V de la "Introducción" de J.-Cl. Filloux.

85 E. Durkheim, *Montesquieu et Rousseau*, Introducción de G. Davy, publicación póstuma, París, 1953.

operar a tientas y está sometida a variaciones. Por consiguiente, hay que extraer una enseñanza de otro tipo. Se trata de la manifestación de los dinamismos que constantemente se originan de las relaciones entre niveles (o instancias) de la realidad social. Se trata, también, del reconocimiento del hecho de que bajo la "fría" superficie de las sociedades se encuentran las "fuentes de energía", espacios en los cuales "se elabora una vida intensa que busca las vías para manifestarse abiertamente y que terminará por hallarlas"[86]. La teoría sociológica de Durkheim es, por una parte, *dinamista*, aunque esta orientación no ha sido llevada hasta sus últimas consecuencias. Asimismo es, al parecer, *crítica*, si bien se le puede achacar la misma limitación. Se reconoce que la sociedad es percibida de manera errónea. Lo que incita a distinguir correctamente "la verdadera naturaleza" de la sociedad de "la manera en que [esta] se concibe a sí misma". Se debe aprehender la realidad social más allá de las apariencias. Su mera expresión tiene un alcance crítico, con independencia del hecho de que el sociólogo pueda poner en tela de juicio el orden establecido. Los antecedentes de algunas investigaciones teóricas actuales se encuentran en estas ideas; pero, Durkheim no pudo (o no quiso) empeñarse en su desarrollo.

Su principal argumento de carácter dinamista se refiere a la interacción de los niveles, por un lado, y, por otro, a la inserción del tiempo y las discordancias que ello acarrea. Esta última preocupación es la que tienen hoy los historiadores modernos que han entrado en polémica con los sociólogos, a menudo, sobre el tema de la continuidad y la discontinuidad la permanencia y la transformación. También estos historiadores enfocan "el complejo de una sociedad en disputa con el tiempo", según la excelente expresión de F. Braudel. Ellos oponen —a los sociólogos que definen la sociedad mediante niveles de realidad sometidos de modo diferencial a los efectos de la acción del tiempo— los diversos niveles en que se sitúa la historia, revelando con su acción los diferentes aspectos de la naturaleza social. F. Braudel, "simplificando mucho", señala tres niveles históricos. El de corta duración (en el cual se inscribe el acontecimiento y en el cual el individuo desempeña el papel de interlocutor privilegiado) nos remite a la microhistoria. El que transcurre en "un tiempo más dilatado y a un ritmo más lento"; en este caso intervienen las diversas unidades sociales —podríamos decir los colectivos por oposición a la formulación anterior—, lo que se refiere a la historia coyuntural. Finalmente, los períodos muy prolongados, que abarcan siglos y ponen de manifiesto las estructuras: "El lapso prolongado es la historia interminable, duradera, de las estructuras y los grupos de estructuras. Para

86 Cf. *La science sociale et l'action*, "L'avenir de la religion".

el historiador, una estructura no sólo es una arquitectura, un conjunto, sino también permanencia y, a menudo, una permanencia más que secular"[87].

F. Braudel se niega a considerar a cada uno de dichos niveles históricos en forma separada de los otros. Piensa que hay que aprehender la totalidad de lo social. El historiador debe "aproximar etapas, períodos, diversos tiempos, estructuras, coyunturas, eventos"; "este conjunto conforma a sus ojos un equilibrio global sumamente precario que no puede conservarse sino a condición de constantes ajustes, choques y desplazamientos"[88]. Significa poner de manifiesto —mediante esta investigación integral— las incertidumbres y la precariedad que acechan a los ordenamientos sociales e incitan a dudar de que la sociedad posea *una* estructura de conjunto. Esta aparece cada vez más obligada a un debate constante consigo misma. Es preciso no seguir más imaginando a la estructura a la manera de "un mecanismo cuyo movimiento se puede detener para presentar, a voluntad, una imagen inmóvil". La estructura, desde el momento en que hay que considerar la acción del tiempo, se presta mal "a un ágil doble juego de la sincronía y la diacronía". Se reduce la distancia que separa a la nueva historia y la nueva sociología. La interpretación dinamista de la sociedad —tal como yo la he formulado— subraya el carácter aproximativo y problemático de ésta, su constante movimiento de formación y transformación y su continua relación con un tiempo que opera en su seno y que constituye el marco en el que ella se sitúa. El problema de la continuidad y la discontinuidad social, de la repetición y las diferencias se plantea, así, en términos tales que acercan a los historiadores y sociólogos[89]. La convergencia tiende a confirmar la previsión de Durkheim: "Llegará el día en que el espíritu histórico y el espíritu sociológico no diferirán más que en algunos matices".

El neomarxismo llega a conclusiones que revelan algunas preocupaciones de tipo semejante en el tratamiento que da a las relaciones entre instancias, entre estructuras de niveles diferentes. Esta corriente propone una diferenciación neta —ya formulada por Marx, pero en este caso acentuada— de las estructuras subordinadas y de las diversas formas de determinación. En particular, la determinación en última instancia referida a la economía "en el hecho de que ésta determina la instancia de la estructura social

87 F. Braudel, Histoire et sociologie, en G. Gurvitch (dir.). *Traité de Sociologie*, t. I.

88 Op. cit.

89 Remitirse a la recopilación de textos de F. Braudel publicada bajo el título de *Ecrits sur l'histoire*, París, 1969. Hay versión española. La Historia y las Ciencias Sociales. Alianza Editorial, Madrid, 1968.

que ocupa el lugar determinante"[90]. Este enfoque torna más problemática la relación entre los niveles de la realidad social. Y esta característica se hace aún más manifiesta —como lo he demostrado— desde el momento en que los neomarxistas intentan elaborar una teoría del pasaje de una formación social a otra. Basan sus elaboraciones en el hecho de que se produce una ruptura de la "correspondencia" en el interior de las instancias y entre éstas. La no correspondencia es el resultado de los tiempos propios de cada nivel y de los diferentes ritmos con los cuales opera el proceso de desarrollo en dichos niveles. Ello conduce al reconocimiento —y, durante ciertos períodos con mayor nitidez— de la coexistencia concurrente, la presencia "en una misma simultaneidad" de varios sistemas de relaciones sociales, no todos ellos contemporáneos[91]. Por consiguiente, la dinámica social pareciera estar exacerbada. Sin embargo, este análisis es vulnerable tanto por exceso como por defecto. Al parecer, subestima el hecho de que la sociedad se realiza (o se mantiene) como sistema global mediante una *aproximación constante*. Dicho análisis da cuenta, en forma exclusiva de las determinaciones internas, despreciando los efectos que produce la dinámica de lo de afuera, ellos que operan también de modo diferencial en los diversos niveles de la realidad social. Lo que genera, en un período dado, discordancias que resultan principalmente de las relaciones de exterioridad. Sin embargo, lo que interesa como saldo de esta evaluación incompleta es la verificación del hecho de que se plantea una relación más compleja —y, a la postre, más aleatoria— entre las instancias, entre las estructuras constitutivas de la sociedad. El sitio que se deja a la incertidumbre es el espacio donde se ubica de modo preferente el juego de los agentes o actores sociales, individuales o colectivos.

TERCER PUNTO: *los agentes sociales y la dinámica social.* —El examen de los sistemas ha mostrado que la dinámica y la estructura son hechos simultáneos. El análisis de los niveles ha puesto de manifiesto que la dinámica es la resultante, más concretamente, de las relaciones de los niveles y de la acción diferencial del tiempo sobre cada uno de ellos. El estudio de las prácticas —por ejemplo, las que determinan el "uso" confrontado con el "idioma"— debe posibilitar la aprehensión de la modalidad del grado en que los agentes sociales utilizan y crean las posibilidades dinámicas. La relación del individuo con el idioma que él aprende y emplea puede considerarse como un "proceso creador" (N. Chomsky). Del

90 L. Althusser y E. Balibar, *Lire le Capital.*

91 Ver asimismo el estudio de Ch. Bettelheim Problématique de l'economie de transition, en *La Transition vers l'economie socialiste, II, París, 1968.*

mismo modo, la relación de los agentes sociales con la sociedad —en las múltiples *situaciones* en las que éstos intervienen— expresa el proceso de creación constante que opera en ella.

El enfoque de esta problemática está orientado por tres exigencias. Establece el cotejo de los "sistemas" o estructuras lógicas —mediante los cuales se definen las sociedades y en los que fundan su orden específico— con las prácticas, es decir, con las formas de la *praxis* que se manifiestan en las distintas circunstancias que se les presenta a los agentes sociales. Este enfoque parte de las prácticas y no a la inversa. A partir de estas intenta captar los sistemas sociales en su constante formación y transformación y determinar su margen de incertidumbre, puesto que dichos sistemas ya no se consideran como dados de una vez para siempre de conformidad con una suerte de código inviolable, incluidos los casos de las sociedades que se *estima* regidas por la tradición y capaces de asegurar su propia "reproducción" sin mayores modificaciones. Este enfoque —concebido y probado durante los últimos años[92]— no se halla aislado. Converge, en forma inesperada, con algunos recientes trabajos que versan sobre los problemas de la formación de la ciencia y de la composición del "discurso científico". M. Foucault —quien los encara en su última obra— recurre al concepto de "estrategia" para designar la elección y el ordenamiento de conceptos y enunciados que constituyen "temas y teorías", de acuerdo con su grado de rigor, coherencia y estabilidad. Se "individualiza" una ciencia al explicitar el sistema de elaboración "de las diferentes estrategias que se despliegan en ella". Se determina al "sujeto que hace el discurso" al considerar las opciones realizadas en función de la "situación". La definición del discurso científico requiere, de inicio, el reconocimiento de los procedimientos sistemáticos a los cuales recurren los autores en relación con su propia situación para conformar y formular dicho discurso. Ello nos remite a que partamos de las prácticas para buscar el sistema científico al que ellas apuntan; un sistema captado en su "movilidad", en su movimiento de formación y de transformación[93].

Al ponerse de manifiesto los dinamismos sociales —necesariamente vinculados con las prácticas de los agentes sociales—, nos impone la necesidad de recurrir a un mismo procedimiento. Los conceptos indispensables para caracterizar a dichos agentes y establecer sus categorías dominantes son cuatro: *conformidad, estrategia, manipulación y cuestionamiento.* Se refieren a prácticas, todas

92 Desde 1966 es objeto de enseñanza y de investigaciones en nuestros "seminarios" de la Ecole Pratique des Hautes Etudes, y en el seno del Grupo de Investigación en Antropología y Sociología políticas.

93 Cf. M. Foucault, *L'archéologie du savoir*, París, 1969.

ellas ubicadas dentro del sistema social existente, mientras que el concepto de *revolución* nos remite a prácticas definidas, antes bien, en relación con un sistema social que está por llegar y cuya irrupción hay que provocar. La conformidad corresponde a la pasividad más o menos consentida, a la sumisión al orden establecido. La estrategia se origina en el hecho de que ciertos agentes sociales intentan utilizar al máximo en su propio beneficio las normas y las reglas que rigen los sistemas y las situaciones que las expresan. La estrategia corresponde a la búsqueda de la maximización dentro de los límites del orden existente. La manipulación apunta al mismo fin —la ventaja máxima— pero sólo aparentemente respeta las normas y las reglas. El cuestionamiento provoca, en diversos grados, la impugnación del orden social. Es la resultante de prácticas que contribuyen a bosquejar un contra-sociedad en el seno mismo de la sociedad "oficial".

Estas definiciones necesitan ser aclaradas. No fijan categorías rigurosamente separadas, hay un pasaje de una a otra que, al parecer, se opera mediante sucesivas implicancias en el mismo orden que acabamos de señalar. Dichas categorías marcan un *continuum* que se extiende desde la aceptación pasiva hasta la impugnación radical, pasando por la aceptación activa y "calculada". Tales definiciones nos remiten a prácticas que deben considerarse en conjunto, una vez que se haya traspasado la fase del estudio analítico. La determinación de su importancia relativa y de sus relaciones mutuas es lo que permite *establecer la dinámica interna de un sistema social en un momento dado.* En fin, los tipos de práctica social designados por dichos conceptos revelan, en cierto grado, las posiciones en las cuales se sitúan los agentes sociales. El predominio de uno de estos sobre los demás caracteriza, en parte, la sociedad global (por ejemplo, la conformidad en las sociedades autocráticas).

La prueba de pertinencia impone mostrar que los conceptos propuestos no posibilitan una lectura de la realidad social como tantas otras sino *que fundan* [su validez] en la naturaleza misma de los sistemas sociales. Lo que obliga a la investigación de las características y las condiciones de los sistemas en los que se hace necesario el empleo de dichos conceptos. Limitaré la demostración a dos de ellos: estrategia y manipulación. Lo haré apoyándome, en lo esencial, en algunos aportes recientes de la antropología social (los que han liberado a las sociedades tradicionales del inmovilismo en el que las había confinado la teoría clásica).

En realidad, en cualquier sociedad se encuentran las condiciones que posibilitan estrategias y manipulaciones sociales (hablamos de aquellas que son necesarias y podrían ser suficientes): la elección; la "retribución" (en el sentido de la teoría de los juegos), determinada por la rareza; la desigualdad en el acceso a los elementos escasos (sean estos personas, poderes, cosas, signos o símbolos); la

competencia que se origina en la búsqueda de una mayor ventaja e induce, de este modo, a maximizar la posición ocupada en tal o cual "situación". Existen circunstancias que tornan a tales condiciones más aparentes y desempeñan, de alguna manera, el papel de revelador: las confrontaciones y desafíos del tipo *potlatch*[94], las rivalidades por los cargos políticos, las luchas de carácter económico.

Dos de estas cuatro condiciones —que nunca están ausentes en las múltiples situaciones sociales— ocupan una posición dominante en relación con las otras. Se trata de las que se refieren a la *escasez* y a las relaciones de *desigualdad.* Por un lado, la escasez es algo real (por más que desde una óptica clásica se sigue considerando el sistema económico como un modo de gestión de la escasez) y, por otro lado, en gran medida, es algo construido (puesto que los elementos raros se fijan en forma "cultural"). No basta con esta constatación. En efecto, la escasez obedece a determinaciones internas— que están definidas por las condiciones de la producción material y de la producción cultural— y a determinaciones externas que son consecuencia del limitado número de elementos importados y de la incidencia del intercambio desigual. Las raíces de la desigualdad se encuentran en las "diferencias" sin las cuales no podrían existir las relaciones sociales en tanto sistemas y organizaciones. Se traduce de manera constante en desigualdad de acceso a los elementos escasos, lo que pone de relieve la necesaria vinculación existente entre las dos condiciones que hemos privilegiado. J. P. Sartre expresa esta relación con la fuerza de una fórmula al afirmar que cualquier sociedad "elige" sus muertos; es decir, las categorías sociales que sacrifica o desfavorece a causa de la escasez. Los tiv de Nigeria, por ejemplo, que desconfían de los poderes y de las relaciones desiguales, se hacen eco de Sartre de una manera impensada: para ellos, el acceso a posiciones superiores no puede concretarse sino "devorando la sustancia de los otros" En definitiva, el debate social versa sobre la escasez y la desigualdad y orienta, en esta forma, las más importantes prácticas sociales.

Deben considerarse también condiciones de otra naturaleza: las que originan la complejidad y el funcionamiento de las sociedades globales y las que son resultantes de la presencia de la historia en el interior mismo de dichas sociedades. Se las ha considerado cuando se vinculó la dinámica con los sistemas y niveles de materialización de la realidad social. Se imponen una vez más puesto que estas condiciones son las que posibilitan la conformación de las estrategias y las manipulaciones, su diversificación y su intervención en el mayor número de situaciones.

94 Para una ilustración africana de tales situaciones, véase: G. Balandier, *Sociologie actuelle de l'Afrique noire*, Paris 3a. edic., 1971, "Conclusión, IV".

La primera condición está ligada con lo que podríamos denominar la esfera de lo *aproximativo*, que siempre está presente en toda sociedad. Lo "aproximativo" puede identificarse, al menos, en tres aspectos. El más visible es la correspondencia imperfecta entre las estructuras y los sistemas constitutivos: ya se ha evaluado el efecto generador de dinamismos sociales que produce este hecho. Los otros dos aspectos son complementarios. Por un lado, las reglas y los códigos nunca poseen un carácter unívoco: el "universo de las normas" cede su lugar a la trampa puesto que prestarse al equívoco es inherente a su naturaleza misma. Es así que las recientes investigaciones llevadas a cabo por los antropólogos han mostrado mejor la discordancia existente entre las convenciones que rigen el parentesco y las prácticas, la diversidad de estrategias basadas en los intercambios matrimoniales[95]. Por otro lado, la definición de las relaciones sociales siempre involucra cierta imprecisión: en las sociedades tradicionales, donde la situación genealógica determina las relaciones más importantes son frecuentes las manipulaciones genealógicas; en las sociedades en las cuales parece prevalecer la jerarquización del linaje, las incertidumbres que afectan las relaciones entre los miembros de un mismo linaje se tornan favorables a los cálculos de tipo individual[96].

Los "casos antropológico" son los más simples pero, evidentemente, no son los únicos. El carácter aproximativo de las formaciones sociales da lugar —de manera variable según el tipo de sociedad— al cálculo de los agentes sociales, a la innovación y al cuestionamiento. Pero, hay más aún. En la medida en que las sociedades no se pueden concebir como mecanismos puros —cada elemento ocupando $1/n$ posición(es) y asumiendo rigurosamente $1/n$ función(es)— la estrategia y la manipulación aparecen, a su turno, como condiciones *necesarias* para el funcionamiento del sistema social. A partir de una cuestión técnica —al poner de manifiesto "ciertos aspectos mal conocidos de los sistemas de doble filiación"— E. Leach se ha topado con dicha necesidad al final de su análisis. El saca la conclusión de que los sistemas estructurales en los cuales todas las modalidades de la acción social estuviesen fijadas, institucionalizadas, se convertirían en sistemas imposibles. Para poder ser viables estos deben implicar un terreno de opciones, o sea de libertad, de manera tal que el individuo pueda tener la posibilidad de intervenir en él en función de sus cálculos, de sus

95 Entre los estudios más reveladores, nosotros elegiremos los correspondientes a P. Etienne, consagrados a varias sociedades de la Costa de Marfil: los artículos referentes a las estrategias matrimoniales, *Documents*, Orstom, 1970.

96 Véase, por ejemplo, la evaluación crítica de M. de Lepervanche Descent, Residence and leadership in the New Guinea Highlands, en *Oceanía*, 1968, p. 134-189.

estrategias[97]. Los agentes sociales detentan así el poder de actuar *sobre* el sistema social, de manipularlo y, en consecuencia, de contribuir en forma permanente a su definición. El carácter aproximativo y vulnerable del sistema es, por esa causa, mucho más pronunciado.

La segunda condición a considerar es la resultante de la multiplicidad de instancias o niveles según los cuales se organiza el ordenamiento de las relaciones entre los hombres, las cosas y los símbolos. Siempre existe la posibilidad de "jugar" de uno a otro de dichos planos de lo social y de llevar adelante, a través de este juego, estrategias y manipulaciones. También en este dominio, los ejemplos tomados de los trabajos antropológicos conservan su eficacia para la demostración. El estudio de las innovaciones religiosas modernistas, en particular en Africa y Melanesia, ha mostrado de qué manera se recurre al "lenguaje" y a las prácticas de lo sacro para posibilitar el enmascaramiento (y, al mismo tiempo, la justificación) de una estrategia política[98]. En este caso se va en pos del objetivo principal —de orden político— mediante instrumentos que se sitúan en otro nivel —el religioso—. Otra ilustración la brinda la *conversión* de una ventaja obtenida en uno de los niveles en una ventaja, que se estima superior o más jerarquizada, situada en otro nivel. Por ejemplo, el logro económico será "transformado" en una preeminencia de status o poder suplementarios, por intermedio de la creación de alianzas, de dependencias, etcétera. Una reciente investigación que versa sobre la sociedad de los alladianes de Costa de Marfil puso de manifiesto las estrategias a las que puede recurrir "el hombre rico". A menudo estas se concretan en la formación de un nuevo linaje familiar, en el cual el "rico", convertido en su fundador, se beneficia del privilegio "genealógico"[99]. Se origina una situación parecida desde el momento en que el agente social debe optar entre estrategias, todas posibles, que se refieren a diferentes niveles y apuntan a distintos objetivos. Yo he podido considerar esta posiblidad al estudiar en la Región de Brazzaville (ex Congo francés) la opción que debe enfrentar el ahorrista: o bien busca una riqueza suplementaria efectuando una verdadera inversión o bien busca un status complementario realizando una inversión "sociológica" que le permita capitalizar medios y signos de preeminencia o de poder[100]. En las sociedades

97 E. Leach, On certain unconsidered aspects of double descent systems, en *Man*, 62, 1962.

98 Además de nuestras propias contribuciones, consúltese los trabajos de V. Lanternari, P. Worsley, W. Mühlman, K. Burridge, etcétera.

99 M. Augé, *Organisation et évolution des villages alladian*, París, 1969.

100 Véase la II Parte, capítulo citado.

"tradicionales" de capacidad económica reducida, las estrategias no están determinadas por la riqueza como por la acumulación de derechos sobre las personas, de símbolos y atributos, unidos a posiciones orgánicas superiores a posiciones de autoridad.

Desde el instante en que se considera la sociedad como una formación *heterogénea*, se impone la necesidad de nuevas condiciones, las cuales no son de importancia secundaria. Dicha heterogeneidad debe enfocarse como expresión de la presencia del tiempo en el interior de los sistemas sociales. En efecto, las estructuras y sistemas de relaciones, los ordenamientos culturales mediante los cuales se constituye la sociedad y expresa su "personalidad", no son todos coetáneos. La sociedad está hecha de formaciones que no tienen igual edad: se trata de una característica cuya importancia ya había indicado Marx, en particular en los *Fundamentos de la crítica de la economía política*. Esta coexistencia de conjuntos originados en distintos tiempos engendra las condiciones para la intervención de algunas estrategias sociales. Surgen con gran nitidez en las sociedades en las cuales la dialéctica de la tradición y la modernidad se halla en cierto modo exacerbada. El "tradicionalismo", es decir el recurso a las viejas configuraciones, interviene en múltiples estrategias: las de adaptación (reveladas por el estudio, entre otros ejemplos, de las ciudades africanas, donde los nuevos ciudadanos recurren a los modelos "tradicionales" para establecer pautas sociales provisorias en una sociedad urbana aún no conformada); las de resistencia, activas durante el período de la dependencia colonial, que encubren las iniciativas dirigidas contra el poder extranjero; las que surgieron en países que recientemente han alcanzado su independencia y toman distancia (o marcan su disidencia) respecto de los grupos que controlan los modernos centros de decisión. En estos diferentes casos, la "tradición" proporciona los medios de una acción social que responde a un "cálculo" y, a la vez, un lenguaje[101].

Tales posiblidades —que tienen en común la peculiaridad de recurrir ampliamente a los recursos del sector llamado tradicional— no son las únicas. La coexistencia de configuraciones de edad y épocas diferentes permite a los agentes sociales *jugar* en una u otra, de acuerdo con las coyunturas y los designios de cada uno. Dos de los ejemplos mencionados mantienen, al respecto, su valor ilustrativo. El de los nuevos medios urbanos africanos: la pluralidad de derechos, de costumbres y de instancias de conciliación brinda a los invididuos, en el momento del arreglo de los diferendos la oportunidad de apelar a los "derechos tradicionales" o al nuevo derecho que ha surgido junto con la ciudad. Lo que orienta

101 Véase nuestra obra *Anthropologie politique* (capítulo VII) y el capítulo del presente libro referente a "La sociología del desarrollo".

la opción es la búsqueda de ventajas y del menor riesgo[102]. El caso de las situaciones coloniales: la presencia de dos poderes concurrentes; uno, dominante y modernista; el otro, "condicional" (o encubierto) y sometido a las normas de la tradición, proporciona el medio para buscar, en función de las circunstancias, el apoyo de las autoridades más propicias a la solución a la que se aspira.

Hay, en fin, una posiblidad que, al parecer, es la inversa de las que acaban de considerarse. La referencia a las configuraciones, más modernistas, —y al lenguaje que las expresa— puede ser uno de los instrumentos del dominio ejercido sobre los grupos sociales que permanecen al margen de ellas. Las nuevas clases gestoras de los países que tratan de desarrollarse intentan utilizarlo, compitiendo con las estrategias que emplean la tradición y sus símbolos. Pero, en las sociedades industriales más avanzadas es donde dicho "procedimiento" se torna frecuente debido al dominio técnico-tecnocrático en su elenco dirigente y a su movilidad. Se multiplican y ganan en eficacia las estrategias que se llevan adelante en nombre de la técnica, o de la prospectiva, o, más sencillamente, de la novedad (la cual se puede referir a la sociedad en su conjunto, mediante la incitación a construir una nueva sociedad).

Las condiciones de expresión de las estrategias y las manipulaciones han sido señaladas en su diversidad y generalidad puesto que son las resultantes de la *naturaleza* misma de las formaciones sociales. Sin embargo, existe una que se define, en cierto modo, en un segundo grado. Las relaciones que pueden considerarse como características y predominantes para cada agente social son aquellas con referencia a las cuales éste debe situarse y actuar con mayor *frecuencia*. El predominio, que es variable según los casos, sólo designa en este caso al conjunto de relaciones que se le imponen al agente de modo directo, durable y práctico. Estas relaciones no todas son igualmente propicias a la estrategia y la manipulación. Las posibilidades que abren varían, tanto en cantidad como en importancia, de acuerdo con la posición de los agentes sociales. No obstante, las citadas posibilidades nunca están ausentes por completo. La búsqueda de la estrategia óptima conduce, si se permite la expresión, a una estrategia que se determina en relación con las estrategias posibles. Las ilustraciones que se han tomado de los recientes estudios —que tienen una significación crítica— de los antropólogos sociales posibilitan dar cuenta del fenómeno. Las referidas a las sociedades de Nueva Guinea ya fueron mencionadas: continúan siendo ejemplares[103]. El parentes-

102 Cf. la II Parte, el capítulo citado.

103 Cf. M de Levervanche, *op. cit.*

co y las alianzas, las relaciones de filiación, las relaciones de localidad y las afiliaciones constituyen en este caso los registros más importantes en base a los cuales se organiza la vida social. De acuerdo con los designios, tal o cual de dichos registros puede parecer más "rentable": es así que las alianzas y las afiliaciones intervienen, por lo general, en las estrategias de hombres eminentes (los *big men*); las relaciones resultantes de la residencia común a menudo predominan en las opciones individuales sobre las que están únicamente determinadas por el parentesco; la filiación contribuye más a la definición de una "ideología" que a la formación de grupos investidos de funciones precisas e importantes. La impresión dominante resulta la de una sociedad que se presenta con una incuestionable plasticidad, sometida a un constante movimiento de composición[104], abierta a las estrategias y manipulaciones que expresan —al igual que la competencia de los agentes sociales— cuál es el principio de ordenamiento por el cual se rige.

A esta altura del análisis, se plantea de nuevo un problema cuya presión ha sido constante. Las prácticas sociales hallan las condiciones para su intervención no sólo en la sociedad y en su dinámica interna sino también en las relaciones de exterioridad. Estos constituyen un terreno reconocido como el lugar por excelencia para las estrategias: en el sentido militar (guerra), en el político (alianzas y coaliciones) y en el sentido económico (intercambio y poderío económico logrado afuera). También inciden en lo interno, en todos los puntos de la sociedad global. Establecen relaciones de acción y reacción entre las dos dinámicas, la "de adentro" y la "de afuera". Las sociedades de Melanesia pueden ilustrar este hecho de manera simplificada. Las pequeñas unidades autónomas que componen la población de los Highlands de Nueva Guinea se inscriben en sistemas de relaciones exteriores muy fluctuantes pero que, no obstante, producen importantes efectos en el interior. La guerra impone a los grupos la necesidad de mantener un efectivo mínimo, regula la estrategia de los líderes, obliga a "calcular" la distribución de las relaciones de enfrentamiento y de las de intercambio. La posición de los hombres "importantes" no sólo depende de los factores internos —y, en primer término, de la cantidad de personas que se hallan bajo su dependencia— sino también de factores exteriores: de la capacidad de establecer las alianzas, multiplicar los intercambios favorables, intervenir en el ritual de gran amplitud, etcétera. En realidad, el liderazgo se va conformando al mismo tiempo que el grupo que le estará sometido. Esta conformación —que el análisis de los antropólogos de Oceanía ha puesto de manifiesto— muestra la indisolubilidad de los aspectos

104 Ello, a tal punto, que se ha podido mencionar, al respecto, las leyes para la resolución de un crucigrama *(puzzle)*.

internos y externos, económicos y militares. En estas microsociedades, con fronteras móviles, la doble dinámica rige de modo permanente las variaciones que afectan los status individuales y las relaciones entre los grupos. Nada está allí congelado, nunca: se impone, también en este caso, la verificación.

III. — LAS CONSECUENCIAS DE LA INTERPRETACION "DINAMISTA".

Al subrayar las incertidumbres que afectan a las sociedades, al expresar el modo problemático de existencia que les es inherente, la sociología dinamista pareciera empeñarse en un camino en el cual han desaparecido los jalones que marcan las etapas del análisis científico. Esto puede parecer verdad en lo inmediato, pero seguramente no lo es a largo plazo. Esta afirmación no es la resultante de una presunción aventurada. Se origina en la certeza de que una definición más crítica del objeto social condiciona en el presente los ulteriores progresos. Se funda en la necesidad que tienen las ciencias sociales de proceder a la evaluación de los resultados logrados y de responder a los cuestionamientos parciales de los que son objeto, como asimismo a los problemas que les plantean todas las sociedades actuales. Para obtener mayor rigor, dichas ciencias han limitado el campo de sus investigaciones, abandonando, a menudo, la macrosociología a la especulación filosófica; han congelado —se podría decir "naturalizado"— con frecuencia los fenómenos y rara vez han tenido en cuenta con exactitud la incidencia de las relaciones externas sobre las unidades sociales y las sociedades globales. Toda la cuestión reside en saber si tales limitaciones voluntarias se justifican, si tal "reducción" de la realidad social no la deforma y, por ello mismo, no genera una cientificidad ilusoria.

Las nuevas tendencias de la investigación llevan a dicho cuestionamiento. En forma progresiva, estas tendencias van esbozando una imagen de las sociedades en la cual los rasgos y características otrora difusos, ahora se acentúan. La *heterogeneidad* de las formaciones sociales se sitúa en el primer plano de las preocupaciones. No sólo porque ella se expresa en las relaciones contradictorias o de parcial incompatibilidad, sino también porque tiene su expresión en razón de los efectos que produce la acción del tiempo en la sociedad. Esta acción afecta a cada nivel de la realidad social y, asimismo, las relaciones entre los niveles: aunque esta comprobación no es nueva —ya fue señalada por los fundadores de la ciencia social—, no obstante, casi no ha guiado a la sociología empirista durante los últimos decenios. Se reconoce la existencia de diferencias en los tiempos, se verifica el desarrollo desigual de un nivel respecto de otro. Sin embargo, sigue estando retrasada la elaboración constitutiva de una verdadera *dinámica diferencial*. Esta situa-

ción, común a todas las sociedades, genera discordancias cuyas consecuencias aún permanecen mal evaluadas. Refuerza, a la vez que contribuye a establecerlo, el carácter *aproximativo* de los sistemas sociales; amplía el campo en el cual puede desplegarse la acción determinante de los actores sociales; requiere una intervención permanente que condena a la sociedad a una perpetua definición de sí misma. Jamás hay algo dado de una vez para siempre, jamás hay algo definitivamente adquirido. Lo comprueba, a su manera, el físico von Weizsäcker, al considerar el problema de la previsión en el caso de las sociedades "avanzadas" que poseen un movimiento rápido: "Para emplear un término de geometría, no debemos suponer que pueda haber un crecimiento 'similar' de un organismo tan complejo como la economía o la sociedad. La palabra 'similar' significa que todas las partes crecen con una tasa contante y, por consiguiente, permanecen en equilibrio"[105]. Este autor extrae de ello la conclusión de que se hace urgente trazar de modo diferente "las vías habituales de dirección de los fenómenos, las vías de gobierno y de administración". Esto es poner de manifiesto una propiedad general en su más extensa expresión.

La consideración del tiempo en su relación con la sociedad nos pone en presencia de varios sistemas de exigencias a los cuales ella se halla sometida. La relación con el pasado, la anterior definición de la sociedad, imponen determinadas obligaciones al sistema. Por otra parte, esta relación es la única que retienen las sociologías que niegan el movimiento inherente a las formaciones sociales y desestiman la historia de la cual la sociedad es portadora. La relación con el presente —lo que podríamos denominar la definición inmediata de lo social— expresa la exigencia de las prácticas propias de los diversos actores sociales, de la *praxis*. Las sociologías de la "acción" y las que se definen en relación con el "evento", la sitúan en el centro del quehacer científico. La relación con el devenir, la definición prospectiva de la sociedad, hacen surgir la exigencia de las tendencias, de las fuerzas del desarrollo y del cambio, y la necesidad de optar entre las posiblidades que cada formación social lleva en su seno. Las sociologías dinamistas (en particular, las que se vinculan con las enseñanzas marxistas) encaran estas posiblidades en relación con los dos anteriores tipos de exigencia. Esta necesaria vinculación y el tipo de heterogeneidad que se deriva de ella inducen a cuestionar la posibilidad de la existencia de sociedades unidimensionales. A riesgo de no emplear una fórmula gramaticalmente correcta, se puede afirmar que la sociedad es "varias".

Este primer "paquete" de cuestiones entraña otro conjunto de problemas. El que plantean los debates dedicados a la *persistencia*

105 C. F. von Weizsäcker, De l'art à la prévision, en *Le monde scientifique*, 3, 1969.

y a la *discontinuidad* sociales, a la reproducción de las relaciones sociales y a la producción de nuevas relaciones. Continuidad y discontinuidad, repetición y diferencias; tales son los términos opuestos que designan un tipo de problemas que el sociólogo ya no puede seguir eludiendo. Ello urge tanto más por cuanto a un siglo XIX que ha exaltado la continuidad (denominándola progreso) se le opone, en cierto modo, un siglo XX que toma conciencia de las discontinuidades (al sufrir mutaciones mal dominadas y cortes entre naciones desiguales). Las permanencias no sólo se revelan en la forma de esas configuraciones morales y psíquicas, surgidas en tiempos remotos y conservadas debajo del aporte de los tiempos modernos, a las cuales B. Russell ha comparado con las "capas geológicas". Marx ha mostrado su importancia y la mutiplicidad de sus expresiones: la coexistencia de modos de producción, de sistemas de relaciones sociales de épocas y edades diferentes; el papel que desempeña la tradición dentro de "las condiciones de la acción de los hombres"; la función de los recuerdos y del pasado en la elaboración de las creencias sociales, etcétera. Lo que hubiera debido provocar un cuestionamiento eludido durante demasiado tiempo por las ciencias sociales. ¿Cuál es el carácter y cuáles son los medios de la continuidad? La primera parte de la formulación impone la necesidad de definir las modalidades de la localización de lo verdaderamente nuevo (de la modernidad real) y de los sitios de la sociedad en los cuales se originan las discontinuidades más determinantes. Esta parte obliga a investigar las formas mediante las cuales las discontinuidades innegables pueden comunicarse dentro de una continuidad profunda y el lapso durante el cual ello se mantiene. La cuestión no es de orden secundario y se traduce en un lenguaje más práctico o más político. Es así que este problema sitúa a las teorías del desarrollo de los sistemas sociales en una perspectiva diferente. Si es verdad que cada sociedad tiende hacia su realización plena ¿las discontinuidades que sobrevienen, y que tienen un carácter inevitable, no convierten dicha realización en algo perpetuamente huidizo? Y, a la inversa, si toda revolución se determina como ruptura ¿no resulta, acaso, desviada y falseada por lo que subsiste como continuidad? Si bien es verdad que ésta siempre está por ser retomada o reconstruída. En ambos casos, la sociedad se aprehende —mediante la dialéctica de la continuidad y la discontinuidad— como una *creación permanente:* ella es, al mismo tiempo, *dato real* y *proyecto*.

La consideración de los medios de continuidad significa enfocar *lo político* en su definición más general. Significa determinarlo como el conjunto de funciones que resisten los procesos que amenazan de muerte a las formaciones sociales, reduciendo los cortes que éstas portan en su seno y limitando los efectos modificadores resultantes de la acción del tiempo. Lo político y lo

"histórico" aparecen inextricablemente unidos en un combate sin fin y la sociedad puede definirse, pues, parafraseando la fórmula de los físicos, como la energía encerrada en las instituciones que en cualquier momento es capaz de desbordarlas. Esta representación dinamista de la realidad social sugiere la indigencia de las concepciones que vinculan la institución (o la estructura) con la continuidad, el acontecimiento (o el proceso) con la discontinuidad, oponiendo pura y simplemente ambos pares de términos.

El cuestionamiento es aún más amplio. Ubica en el primer plano de la investigación a los aspectos de la vida social que, si bien eran ciertamente conocidos, estaban al margen de las precauciones dominantes. Dicho cuestionamiento lleva por diferentes caminos a una definición implícita de la sociedad mediante las *interacciones*, mediante las dinámicas de *formación* y de *transformación* constantemente en acto. Las interpretaciones "sistemáticas" se ven constreñidas de aquí en más a reconocer que los elementos estructurales determinantes de un sistema vuelven a encontrarse en otros sistemas y se hallan, en cierto modo, sometidos a requerimientos múltiples y que compiten entre sí. Del mismo modo, dichas interpretaciones ya no pueden seguir eludiendo el problema de las relaciones de dominio y subordinación de cada estructura constitutiva de la sociedad[106]. Ya no es únicamente el neomarxismo de L. Althusser quien introduce la perturbación del movimiento dentro de los ordenamientos de relaciones congelados por los lógicos-sociales.

Queda en pie un conjunto de consideraciones aún más decisivo. Se trata de aquellas que, partiendo de las prácticas sociales, de la *praxis*, muestran cómo la sociedad no sólo se expresa a través de éstas sino que se forma y se transforma a medida que dichas prácticas se despliegan en el tiempo. Se trata de las consideraciones que subrayan las diferencias que se producen entre el orden prescripto —que podríamos denominar sociedad oficial (definida por las instituciones y organizaciones, los valores proclamados, los signos y símbolos exhibidos)— y la sociedad real que se expresa y se plasma a favor de las prácticas que llevan adelante los diversos agentes sociales. Entre ambas sociedades se abre una brecha en lo que respecta al grado de realidad y a la posición "histórica": la segunda le lleva la delantera a la primera. Ahora los sociólogos deben tomar en cuenta este hecho, al haber evaluado mejor las incertidumbres que afectan al conjunto de la vida social. Y los antropólogos mismos comienzan a hacerse cargo de ello puesto que

106 E. Terray ha subrayado esta exigencia en su ácida obra, *Le marxisme devant les Sociétés "primitives"*, París, 1969. Hay versión española: El marxismo ante las sociedades primitivas. Edit. Losada, Bs. As., 1971.

renuncian de manera progresiva a las teorías no-problemáticas acerca de las sociedades "arcaicas" o "tradicionales"[107].

Los datos más exigentes —en el sentido de que obligan a una renovación profunda de los enfoques científicos establecidos— son, sin embargo, los que se derivan de las relaciones de *exterioridad*. Toda una serie de circunstancias contribuye a ponerlas ante la consideración de los estudiosos de la ciencia social. Unas son de carácter político: se refieren a la transformación de las relaciones entre las sociedades nacionales. Por primera vez estas se inscriben *juntas* dentro de una misma configuración histórica. Son cada vez más sensibles a los efectos de las relaciones internacionales y se hallan sometidas —en diversa medida— a la acción del sistema internacional. Este sistema se hace más visible en el caso de las sociedades menos desarrolladas y, por lo mismo, dependientes. Trae como consecuencia (o señala una tendencia hacia) el hecho de que predomine la dinámica de "lo de afuera" sobre la dinámica de "lo de adentro". La crítica teórica y activa del neocolonialismo y del imperialismo revela el vigor de esta presión. Pero existen otras circunstancias menos ligadas al acontecimiento y más vinculadas con el porvenir de la ciencia social. El neomarxismo, en sus intentos de renovación, termina oponiéndose a una consideración más efectiva de las relaciones de exterioridad; al menos en las obras de algunos de sus exponentes. El estudio sociológico y antropológico de las sociedades en cambio, de los procesos de desarrollo y de modernización, tiene las mismas consecuencias. Se va imponiendo de modo progresivo la certeza de que *ninguna sociedad puede ser definida, determinada, únicamente por sus características internas*. También la antropología comparativa conduce lenta pero necesariamente a sacar dicha conclusión, más allá del mero reconocimiento de los modernos procesos de *aculturation*. E. Leach ha demostrado que el sistema social de los kachin de Birmania sólo se puede entender si se ubica a cada sociedad dentro de una amplia configuración. Las fuerzas que contribuyen a las permanentes variaciones de los ordenamientos políticos se originan en el medio o en el *entorno*, para emplear la expresión de Merlau-Ponty[108]. Un reciente estudio, consagrado al vasto conjunto de sociedades *peul* que se extiende desde Senegal hasta el Camerún, proporciona una demostración aún más convincente. Revela que las características específicas de cada una de esas sociedades se originan en su historia particular y en sus relaciones con las sociedades extranjeras vecinas. Estas relaciones afectan a

107 El último libro de F. G. Bailey lo pone de relieve al considerar de manera crítica algunos problemas de la antropología política: *Stratagems and Spoils*, Oxford, 1969.

108 Remitirse a la obra ya citada *Political Systems of Highland Burma*.

los niveles principales de la realidad social. Provocan, a lo largo del tiempo, una diferenciación siempre más pronunciada de sociedades que solo manifiestan, entonces un parecido cada vez más lejano. Sus efectos no producen tan solo la imposición de modelos externos, la sustitución o adición de elementos, sino que originan nuevas alternativas. Es así que se multiplican y se diferencian las "posibilidades" abiertas para el devenir de cada uno de los grupos de sociedad *peul*[109]. Las dinámicas internas y externas se muestran con toda claridad y en todas sus imbricaciones.

Al ponerse de manifiesto las consecuencias del enfoque dinamista se debe desembocar en los problemas del método puesto que este enfoque acentúa las incertidumbres del investigador al restituir a los fenómenos sociales su complejidad y movimiento. Ello implicaría abrir la reflexión científica a un terreno en el cual algunos espacios permanecen mal explorados. La tarea exige mucho más que consideraciones incidentales. Sin embargo, es útil recordar el hecho de que quienes asuman esta tarea no se hallan desprovistos de medios e instrumentos. Las tentativas realizadas con el fin de captar a la sociedad en acción, a la sociedad *real* más allá de sus definiciones institucionales o formales, han ido delineando dichos medios en el curso de las dos últimas décadas. Lo que ha determinado mejor sus condiciones de viabilidad es el estudio de las prácticas y de la forma en que los actores sociales (colectivos o individuales) aprovechan las coyunturas, las alternativas que siempre se presentan en cualquier sociedad. El análisis situacional posibilitó la aprehensión de la realidad social no sólo en la forma de los modelos y esquemas que parcialmente la rigen sino también bajo el cariz de las prácticas y los dinamismos que revelan que todas las sociedades se hallan constantemente en vías de plasmarse[110]. La búsqueda de los indicadores sociales —microdramas, eventos, crisis, etcétera— ha demostrado cuáles son las circunstancias que develan a la sociedad y la ponen en presencia —podríamos decir— de la dinámica y de los problemas resultantes de su funcionamiento. Si se admite el hecho de que la dialéctica —en su función operatoria— es el método que posibilita la captación de la heterogeneidad y el arribo a la comprensión de lo que hay de dinámico en un fenómeno cualquiera, entonces los citados enfoques suponen la dialéctica. Esta resulta la compañera reconocida o desconocida del investigador que no acepta encarar las formaciones sociales como entidades muertas.

109 Cf. M. Dupire *Organisation sociale des Peuls, étude d'ethnographie comparée*, París, 1970.

110 Consultar en especial: J. Van Velsen, *The Extended-case Method and Situational Analysis*, en A.L. Epstein (ed.), *The Craft of Social Anthropology*, Londres, 1967.

II. La sociología de las mutaciones[111]

¿Podemos contribuir a la elaboración de una sociología de las mutaciones sin correr el riesgo de plegarnos complacientemente a una especie de moda o —con una temeridad peligrosa— a una empresa científicamente arriesgada? El proyecto da la impresión de hacer excesivas concesiones a los requerimientos de la época: recurre a términos de uso vulgar desde el instante en que se encaran las grandes transformaciones que se concretan en todas las sociedades de nuestros tiempos, o que ellas reivindican como tales; parece ser el eco de los estudios de los "futurólogos" que se aventuran fuera de los límites del saber científico comprobado[112]. Sin embargo, el hecho de los cambios múltiples y acumulados, profundos e irreversibles, se impone a los ojos de cualquier estudioso de las ciencias sociales que actualice sus investigaciones y reflexiones. Los logros técnicos que posibilitan el dominio del espacio, el acceso de naciones durante largo tiempo "marginales" a la edad industrial desarrollada y a la adultez histórica, el surgimiento del hombre de las *mass media* y las tentativas tendientes a "transformar al hombre" llevadas a cabo en ciertos países socialistas; todo ello testimonia —al igual que otros hechos— el movimiento que se halla en curso y las rupturas ya producidas. Por primera vez en la historia, las sociedades humanas revelan *en conjunto*, en el interior de una configuración histórica que las vincula a todas, el carácter esencialmente dinámico de las relaciones que las conforman y de las existentes entre ellas. El evento reconocido se convierte de inmediato en un desafío científico a su medida.

La sociología de las mutaciones, que se halla en formación, se traza el objetivo de aportar una primera respuesta. Pero, desde el inicio, hay que consignar que dicha sociología se conforma al margen de las instituidas y que es tanto más sospechosa de "aventurerismo" por cuanto su campo de investigación, al parecer, no tiene fronteras delimitadas. Los sociólogos estadounidenses, por lo general, oponen las sociologías del *consensus* —situadas en el campo de gravitación del funcionalismo y que privilegian la integración y estabilidad sociales— a las sociologías del conflicto, las cuales dirigen su atención a los dinamismos de las estructuras, a las conductas innovadoras o contestatarias y son más sensibles a las enseñanzas del criticismo científico. En la medida en que las sociolo-

111 Contribución a un libro colectivo escrito bajo mi dirección y publicado bajo este mismo título *Sociologie des mutations*, París, Anthropos, 1970.

112 Se trata de estudios a los cuales, a veces, el término mutación sirve como título. Por ejemplo, M. McLuhan, *Mutations 1990*, París, Mame, 1969.

gías del consenso modelan sus teorías en la "matriz ideológica dominante" en las sociedades y atribuyen la primacía a las situaciones de "equilibrio social", estos sociólogos casi no se refieren a la sociología de las mutaciones. Dichas sociologías entienden el cambio como la acción disolvente de lo "espontáneo" sobre las estructuras, como rupturas resultantes de empresas en cierto modo "apocalípticas"[113]. La sociologías del conflicto reconocen el carácter *precario* de los ajustes sociales, inclusive si ellas atribuyen al conflicto una función integradora de lo social, y no sitúan las expresiones de la dinámica social solo bajo el signo del no funcionamiento y de la acechanza permanente contra el orden establecido. Las teorías que se derivan de estas sociologías no establecen cortes entre los factores de conservación y continuidad y los factores de transformación. El enfoque es similar al que requiere el estudio de las mutaciones sociales, a condición de admitir la existencia de éstas. Lo que no es algo que vaya de suyo, ni aun en el marco del marxismo. Es conocida la fórmula clave de F. Engels en el *Anti-Dühring*: "Precisamente la vida consiste, ante todo y principalmente, en el hecho de que a cada instante un ser es él mismo y, sin embargo, es otro". Se considera a las formaciones sociales en función de su desarrollo, de su movimiento mismo y de la necesariedad de los procesos originados en las contradicciones que los constituyen y determinan su devenir. De acuerdo con la expresión de R. Nisbet, el marxismos se sitúa en la línea de las interpretaciones "desarrollistas": la sucesión de las formaciones sociales corresponde a su "desarrollo normal", ella revela una continuidad más que la presencia de bruscos cambios de orientación. La revolución misma solo puede reducir la duración de las etapas[114]. Es aquí que la sociología de las revoluciones no necesariamente coincide con la sociología de las mutaciones. Del mismo modo que esta no puede ser confundida con los análisis y enfoques que siguen los lineamientos del evolucionismo vulgar.

La sociología de las mutaciones se ha impuesto por la fuerza de los hechos —el movimiento generalizado de todas las sociedades y civilizaciones actuales —más que por el proceso interno de las ciencias sociales. Ella choca con obstáculos que contrarían sus aspiraciones sin disponer aún del bagaje intelectual necesario. Por consiguiente, son evidentes los riesgos que se corren, como ocurre con toda investigación que no se limita a las prácticas del empirismo rutinario. La primera de las tareas a emprender exige una

113 Cf. I. L. Horowitz, Consensus, Conflict and Cooperation, en *Professing Sociology*, Chicago, Aldine Pub. Comp., 1968.

114 Cf. la contribución de R.A. Nisbet a la obra colectiva dirigida por J.C. McKinney y E.A. Tiryakian *Theoretical Sociology: Perspectives and Developments*, New York, Appleton Century Crofts, 1970.

mejor determinación del status científico del término "mutación social", luego de inventariar los problemas específicos del campo de estudios que él designa.

I. EL CONCEPTO DE MUTACION SOCIAL

El término *mutación* aparece desde el siglo XII para calificar determinado tipo de cambio, dándose las principales condiciones de su empleo en el dominio de las disciplinas jurídicas. En cambio, su uso científico es tardío. Lamarck utiliza a menudo el término con una acepción incierta puesto que se vale de él para denominar las transformaciones de poca monta. La primera definición rigurosa es la de los paleontólogos, los cuales, al considerar una serie de formas de una misma especie fósil, oponen las "variaciones" (diferencias morfológicas que presentan los individuos provenientes de una misma capa) a las "mutaciones" (diferencias entre individuos pertenecientes a capas sucesivas), siendo que estos expresan la historia de la especie en *la larga duración*. La utilización más reciente del término es la que se impuso en el lenguaje biológico y luego, en el filosófico. No ocurrió sin controversias. Se aplica a las transformaciones bruscas y hereditarias de los tipos vivientes que se producen en un reducido número de generaciones. H. de Vries formuló la teoría del "mutacionismo" en una obra publicada en 1901. Ya se habían propuesto términos diferentes para designar el género de fenómenos a los cuales se refiere dicha teoría: "salto", a sugerencia de Cope; "heterogénesis", a propuesta de Korchinski. Si se consideran, finalmente, los aportes de la antropología física, se ve que esta piensa que los factores determinantes de la formación de las razas humanas son "los mismos que presiden la evolución general de los seres vivos: mutación, selección, adaptación"[115]. También en este caso, la mutación revela la modalidad con la cual las características de las poblaciones humanas varían con el correr del tiempo, las unas respecto de las otras y la medida en que la evolución es portadora de discontinuidad.

Desde el momento en que el término mutación se relaciona con el dominio de la cultura y ya no con el de la naturaleza, se multiplican las imprecisiones y ambigüedades. Y, con ellas, los motivos de polémica. Se usa —en competencia con el término revolución— para determinar los momentos que marcan las grandes estapas de la evolución técnica moderna: la aparición de los motores en Europa Occidental hacia mediados del siglo XVIII, la primera "revolución industrial" del siglo siguiente, la edad de la electró-

115 H.-V. Vallois, L'anthropologie physique, en J. Poirier (dir.), *Ethnologie générale*, París, Gallimard, 1968.

nica y de la conquista del espacio, en la actualidad. El término señala, así, los "saltos" operados en la creación de medios intelectuales e instrumentales que posibilitan el dominio de la naturaleza. Por una suerte de deslizamiento se lo ha insinuado en el vocabulario de las ciencias sociales donde ha podido lograr una resonancia teilhardiana. Su significado común sigue siendo el de los cambios acumulados —que afectan a varias instancias de la sociedad global— y, aparentemente, irreversibles. La mutación se refiere a las transformaciones profundas de las estructuras sociales y los ordenamientos culturales que se han tornado evidentes y, también, a las crisis resultantes. El concepto de mutación social trata de precisarse mediante la reducción de su extensión, sin que por ello, no obstante, se hayan eliminado los usos abusivos. Por consiguiente, la mutación designa los cambios que aseguran el *pasaje* de una estructura social a otra, de un sistema de estructuras a otro. En este punto, R. Bastide propone la fórmula mejor desarrollada: "Nosotros no hablaremos de mutación en tanto permanezcamos en una misma estructura; reservaremos dicho término a todo cambio que se defina como el pasaje de una estructura a otra, como la transformación de los "sistemas" [116].

El concepto entendido de esa manera revela una exigencia de la sociología actual que no carece de antecedentes, pero que se diferencia por su requerimiento más apremiante, como, por otra parte, ocurre en el campo de la biología moderna. Esta se empeña, en la actualidad, en el estudio de los mecanismos del cambio que operan a corto plazo. Sin renunciar a sus perspectivas evolucionistas, la biología moderna se aleja de las concepciones del siglo XIX que definían las etapas y el sentido de un cambio considerado en un período muy prolongado. Los movimientos de ambas ciencias parecen ser, en cierto modo, paralelos: Comte, Marx y Spencer han introducido el evolucionismo en las ciencias sociales, incluso antes de que Darwin lo hubiera impuesto en el estudio de las especies biológicas. Las investigaciones actuales siempre consideran —en ambas disciplinas— los procesos y los modos de transformación a los cuales se hallan sometidas las estructuras. Pero prestan mayor atención a los "pasajes" que a la sucesión de los estadios que aseguran el desarrollo desde los orígenes. Se podría afirmar, recurriendo a una expresión poco elegante, que dichas ciencias se han convertido en transformacionistas más que en desarrollistas.

Sin embargo, las ciencias sociales han acumulado retrasos e incertidumbres. Los primeros derivan de su historia: la reacción frente a las teorías evolucionistas e historicistas del siglo pasado condujeron a valorizar las funciones fundamentales que debe cum-

116 R. Bastide, *Le probleme des mutations religieuses*, en *Cah. Intern. de Sociol.*, vol. *XLVI, 1969.*

plimentar *toda* sociedad y a fijar las estructuras que la definen. Ha terminado imponiendo una concepción intemporal, conservadora y falsamente unitaria de las formaciones sociales. Esta falta de atención a los procesos que fundan, plasman y modifican a las sociedades explican las actuales insuficiencias en materia de pertrechamiento teórico y conceptual. El término mutación (en el sentido sociológico) se inscribe en un campo semántico ampliado en el que se sitúan términos en cierto modo parecidos: cambio, evolución, revolución, desarrollo, modernización, etcétera. Todas estas palabras están cargadas de ambigüedad. Son útiles para expresar las *diferencias* que surgen en relación con la repetición estricta (o reproducción) de las formas sociales. Pero, unos subrayan la persistencia de una identidad fundamental a despecho de las aparentes modificaciones; otros ponen el acento sobre la ruptura. La noción de mutación social, como la de revolución, expresa esa idea de ruptura, acentuándola al máximo. Esta serie de términos implica una segunda diferenciación interna: impone la distinción del cambio que proviene de la cosa misma o del sistema —al que se identifica como proceso de desarrollo— del cambio producido por los efectos externos, derivado de una relación con el exterior. Esta distinción, empero, una vez hecha, no reduce la dificultad de separar los efectos producidos por la dinámica social de "lo de adentro" de los que provoca la dinámica de "lo de afuera". Los intentos teóricos propuestos en el marco de la sociología del desarrollo son, en este sentido, reveladores. Tratan, por lo general, de considerar los factores exógenos —aquellos que dependen de las relaciones exteriores y de las tentativas de ajustarse al sistema internacional— como provocadores de "modernización" (ruptura) y de mutación (rápida transformación estructural). Sin embargo, no pueden determinar un corte aceptable entre los dos tipos de dinamismo que operan en la actualidad en el seno de las sociedades del Tercer Mundo [117].

El término mutación tiende a ocupar una posición dominante dentro de la serie mencionada. A causa de los hechos producidos específicamente en los dos últimos decenios *todas* las sociedades están obligadas al movimiento, *todas* toman conciencia del hecho de que se puede poner en tela de juicio su continuidad. Esta es una situación absolutamente nueva porque el siglo XIX sólo había provocado una primera muerte de las sociedades "tradicionales", las del Occidente europeo. Por ende, junto a la noción de progreso, la noción de crisis provoca la división entre visiones optimistas y visiones pesimistas (o críticas) de la historia que se plasma: crisis

117 Remitirse a la discusión y a la reflexión teórica de J. P. Nettl y R. Robertson en *International Systems and the Modernization of Societies*. Londres, Faber, 1968.

de la sociedad, del hombre, de la civilización. Marx instruye el proceso, contra la sociedad industrial conquistadora. Kierkegaard y Nietzsche, contra el hombre europeo. Más tarde Durkheim enjuicia a la sociedad y a la civilización modernas e introduce el concepto de *anomia (anomie)*. La segunda mitad del siglo XX, sin renunciar a dicho aporte intelectual que se enriquece con nuevas "lecturas", incita a la elaboración de teorías e ideologías que acentúan el hecho de los cambios de estructura, de las modificaciones acumuladas, de las mutaciones sufridas o provocadas. El enfoque dinámico se suma, así, al enfoque crítico y esta doble dimensión define, de más en más, el campo de las ideas peculiares de nuestro tiempo.

Desde esta nueva perspectiva se perfilan asimismo representaciones nuevas del futuro de las sociedades y las civilizaciones. En el curso del siglo XIX, el evolucionismo *unilineal* y la filosofía del progreso impusieron una teoría unitaria del desarrollo social. La sociedad industrial que entonces se plasmó parecía la forma hacia la cual debían necesariamente tender las sociedades consideradas menos "avanzadas". Hoy, el neoevolucionismo se torna *multilineal* y termina por admitir que cada sociedad tiene la posibilidad de crear su modernidad peculiar. Los trabajos de los sociólogos y politicólogos que versan sobre los países del Tercer Mundo comienzan a obligar al reconocimiento de la pluralidad de las vías de acceso al estado de sociedad moderna. G. Maryanov, en un estudio dedicado a las transformaciones políticas de la Indonesia contemporánea, llega a dicha conclusión en su investigación: "Cada sociedad sigue su propio camino de desarrollo hacia un estado de modernidad que le es peculiar... No podemos emplear por más tiempo el modelo occidental en tanto patrón de medida"[118]. Más allá de esta constatación, las más recientes formulaciones de las teorías del "cambio" sostienen —en oposición al viejo evolucionismo— la posibilidad del surgimiento de *sociedades inéditas* y —a la inversa de la ideología del progreso— la posibilidad de procesos de *involución*. A falta de una teoría de las mutaciones sociales ya estructurada, está en curso una mutación de las teorías del cambio (de la diacronía), lo que prepara la elaboración de aquella. Esto posibilita una mejor localización de las dificultades. Y permite la percepción de un problema durante mucho tiempo desdeñado: ¿en qué medida la historia de todas las sociedades humanas —y ya no tan sólo de algunas, agentes históricos privilegiados— puede introducir rupturas y convertirse en generadora de "diferencias"?

118 G. Maryanov, *Politics in Indonesia, an Interpretation* (1966). Esta obra la analiza en forma crítica W. F. Wertheim en su *Evolution and Revolution*, Amsterdam, 1967.

II. LA CONTRADICCION

De dicha cuestión se deriva otra desde el momento en que el especialista de las ciencias sociales recurre al concepto de mutación. Se plantea el interrogante de si este concepto, en una época de intensa inflación semántica, no es víctima —a causa del hábito que genera— de un fraude de lenguaje susceptible de multiplicar una ilusión óptica en el enfoque de lo social. En realidad no se puede negar la *contradicción* que se expresa en las diversas apreciaciones de la situación actual: por un lado, la afirmación de un mundo sujeto a mutaciones, en el umbral de una "nueva era de la humanidad" (según una fórmula de uso creciente); por otro lado, el reconocimiento de una especie de "cerrazón" *(verrouillage)* de las actuales sociedades por la acción de múltiples agentes de conservación.

Las sociedades "tradicionales" —en las que se han abierto hace poco procesos de rápida transformación bajo la influencia del desarrollo técnico-económico y de la modernización— fueron consideradas de entrada como ajenas a la historia. Por consiguiente, se las concebía entonces como sociedades "frías" o simplemente portadoras de una historia extraña que han debido interiorizar: la historia de las naciones expansionistas e imperialistas[119]. En el presente se las considera bajo el cariz de sociedades "problemáticas", en las cuales se expresa con la mayor intensidad el debate entre la tradición y la modernidad y donde el desarrollo se mantiene aún en la fase del "ensayo". Al parecer, en estas sociedades se muestra con la mayor magnitud el fenómeno de *la alienación al pasado*. Pareciera que en ellas se verifica más que en las otras una afirmación de Marx: "La tradición gravita con un peso enorme sobre las cabezas de los seres vivos". El bloqueo resulta tan resistente que el cuestionamiento de la tradición es sumamente vigoroso y la transformación de las estructuras, a menudo, sólo puede producirse como consecuencia de una acción revolucionaria. Esta tensión exacerbada entre ambos sistemas de fuerzas (continuidad-cambio) hace que las jóvenes generaciones sublevadas de las sociedades metropolitanas busquen en el Tercer Mundo la renovada esperanza de una radical mutación de todas las sociedades.

Esta transferencia es tanto más explicable por cuanto la sociedad industrial llamada avanzada, cuyo modelo es el norteamericano, es captada con frecuencia como una sociedad "encerrada", privada de toda salida hacia una posible superación. Esta es la conocida tesis de H. Marcuse. Las sociedades industriales más

119 Esta tesis es también la que sostiene Sartre en su *Critique de la raison dialectique*. Hay versión española. Crítica de la razón dialéctica. Edit. Losada, Bs. As., 1963, 2 vols.

desarrolladas asumen la característica de "sociedades clausuradas" y han dado origen al "hombre unidimensional". Bajo los efectos de la acción de un sistema de producción "totalitario", dichas sociedades han expulsado todo aquello que podría entrañar su modificación. Han adquirido en una medida jamás alcanzada la capacidad de convertir "la potencia de lo negativo" en un "factor de cohesión y afirmación". La argumentación es doble: la potencia integradora del estado industrial se refuerza en forma constante, el nuevo capitalismo multiplica sus propios consumidores y elimina de modo progresivo a los agentes provocadores de su transformación. La conclusión política empalma con una posición ya atacada por la crítica de Marx: deposita la esperanza de un cuestionamiento en las fuerzas marginales (los desheredados y los parias) y en las naciones proletarias. Marcuse agrega, pero a título de hipótesis incierta, la acción potencial "de las capas que en forma creciente ejercen funciones de *control* en el proceso de la producción social y que pueden detenerla más fácilmente"[120]. En síntesis, las modificaciones posibles son de carácter *cuantitativo* —la expresión "sociedad de consumo", pese a su difuso sentido, tiene tal connotación— y no de tipo *cualitativo* (que son las referidas al plano en que se conforman y transforman las relaciones sociales fundamentales). *La cerrazón* es tanto más efectiva por cuando el "universo totalitario" no se reduce a las sociedades neocapitalistas avanzadas sino que se extiende a las sociedades industriales cuyo modelo es el soviético[121]. La afirmación de Marcuse no adolece de ambigüedad: "La sociedad contemporánea parece capaz de impedir todo cambio social". Así, vaciada de su potencial de transformación, se habría convertido —pese a las apariencias— en lo inverso a una sociedad de mutación.

Este punto de vista acerca de la sociedad industrial y de la forma estatal que le es inherente no se halla en una contraposición esencial con la tesis que sostiene —como durante cierto tiempo lo ha hecho R. Aron— que dicha sociedad solo presenta, en sus diversas realizaciones actuales, las formas de *un mismo género*. Se trata de la versión francesa de una teoría propuesta por T. Parsons, según la cual los procesos de modernidad resultantes de técnicas complejas, de la industrialización y su dinámica, necesariamente operan con un elevado grado de *convergencia*. Esta tesis extrae la conclusión de que el sistema industrial tiende a *homogeneizar* las sociedades más desarrolladas, incluidas las que surgieron de una revolución. Pasa por alto hechos de la realidad tales como la diversidad de las sociedades industriales como consecuencia de su situación particular al comienzo del proceso y del momento de su industrialización y opera su análisis en un plano de gran abstracción. Las demás sociedades, retrasadas en su desarrollo, no podrán sino seguir la misma senda. Sencillamente, se borra el movimiento de heterogénesis, que es el de todo devenir en un período prolongado[122].

Tales posiciones —las cuales tienen un común denominador, a despecho de las diferentes ideologías en que se basan— contradicen la impresión dominante de que la presente segunda mitad del siglo abre la era de las mutaciones, o mejor dicho, de la mutación social *generalizada*. Dichas tesituras refuerzan, al darles una apoyatura teórica, las ideas acerca de una doble "cerrazón": la de la mayoría de las sociedades del Tercer Mundo, que plantean una exigencia de modernidad difícil de satisfacer, la de las sociedades técnicas, que mantienen la iniciativa en la innovación técnica pero parecieran haber destruido en su interior los gérmenes de la historia. Esta convicción de la existencia de un doble bloqueo del cambio —si cada uno de los dos conjuntos de sociedades queda abandonado a su propia dinámica— podría contribuir a explicar las semejanzas y afinidades entre los movimientos contestatarios de ambos grupos de países. Y, en particular, a explicar la expansión de formas de rebelión que recuerdan, al parecer, las expresiones del movimiento revolucionario propias del siglo XIX. Tal aproximación contribuye —en forma más o menos consciente— a justificar la solidaridad de hecho que se establece entre algunas estrategias políticas— ya sea que se trate de las tendientes a la conservación como de las que apuntan al cambio forzado— en ambos grupos de países. Pero, hay una consecuencia de mayor alcance: la toma de conciencia del bloqueo de las fuerzas generadoras de la transformación, inclusive si tal bloqueo es más aparente que real, explica el renacimiento de las utopías y de las políticas que transitan el terreno de lo imaginario. La oposición a la racionalidad técnico-económica y a las instituciones "represivas" del estado industrial puede asumir en las sociedades ricas la forma de una contra-modernidad, de un recurso a un seudotradicionalismo que expresa, en lo esencial, el cuestionamiento no violento de la sociedad existente[123]. La exaltación de las manifestaciones espontáneas de la acción revolucionaria, en particular de una "revolución cultural" más imaginada que imitada, vuelve a valerse en esas mismas sociedades de los medios empleados por las primeras insurrecciones contra el orden

120 H. Marcuse, *L'homme unidimensionnel*, París, Ed. de Minuit, 1968. Hay versión española. El hombre unidimensional. Seix Barral, Barcelona, 1999.

121 En su otra titulada *Soviet Marxism* (1958, trad. franc. París, Gallimard, 1967), Marcuse pretende analizar "las bases socialistas" del totalitarismo soviético. Hay versión española. El marxismo soviético, Alianza Editorial, Madrid, 1969.

122 Para conocer la tesis de T. Parsons, véase *Structure and Process in Modern Societies*, Glencoe, 1960.

123 Véase el siguiente capítulo titulado "La tradición y la continuidad".

colonial. En cualquier sociedad en la cual se extiende el cuestionamiento sin disponer de la posibilidad efectiva de poner de inmediato en tela de juicio al orden establecido, la disidencia se apoya, ante todo, en la imaginación social. Intenta organizar la batalla del sentido y de la fuerza, se construye de acuerdo con un modelo mesiánico. Detrás de estas reacciones cabe advertir la convicción más o menos conciente de que la anticipación puede ser más fuerte que lo real.

Las mencionadas tesis dan origen a una contradicción que no es tan neta como pareciera desprenderse de su letra. Más que nada, revelan la *ambigüedad* que es inherente a todas las épocas de "pasaje", de transición: la entrada en la era industrial, si se trata de países en vías de desarrollo; la entrada en la segunda o tercera etapa industrial, en el caso de países técnicamente avanzados. Hace un centenar de años que J. Burckhardt, en sus *Consideraciones sobre la historia universal,* se esforzaba por comprender el cambio y rechazaba los presupuestos de cualquier filosofía de la historia. Denotaba su angustia ante el auge de los grandes estados modernos (y ya entonces debido a su capacidad represiva) y también señalaba la dificultad con la que se chocaba para la identificación de las "auténticas crisis", aquellas durante las cuales el proceso histórico recibe el impulso de una "terrible aceleración". Estas observaciones prefiguran las actuales incertidumbres. Incertidumbres —que en nuestro contexto hemos considerado signadas por la contradicción— que expresan también la ambigüedad y la inadaptación del pensamiento social. Los problemas se formulan primeramente en un lenguaje antiguo y sumamente inadecuado, lo que provoca la búsqueda de nuevos lenguajes, incluidos los artificiales, desde el instante en que se toma conciencia de la existencia de dicha diferencia y se generaliza esta comprensión. La contradicción se mantiene también por el hecho de que las ciencias sociales evidencian una débil capacidad para tratar de un modo satisfactorio las cuestiones específicas de los períodos de transición y de mutación. Este conjunto de observaciones ha posibilitado el reconocimiento de la necesidad de una sociología de las mutaciones y una mejor evaluación de sus riesgos. Pero, asimismo, una determinación más precisa de sus tareas inmediatas.

III. LA SOCIOLOGIA DE LAS MUTACIONES

En las ciencias sociales no se puede adoptar sin modificaciones la definición biológica de la mutación tal como está formulada en los trabajos de Hugo de Vries. Esta definición nos remite a los fenómenos de transformación bruscos y hereditarios de ciertos tipos de seres vivientes, pero establece sus propios límites al imponer la necesidad de considerar el problema de la *persistencia*

de la mutación (de la cantidad de generaciones a través de las cuales puede transmitirse la mutación sin extinguirse) y el de las mutaciones *dañinas (deteriorantes)* que limitan la capacidad de sobrevivir del ser que las experimenta al impedir su reproducción. En el campo de los fenómenos sociales, la transformación no es *nious daine,* ni total, ni generadora de un corte visible e inteligible de inmediato. Dicha transformación es la resultante de varios procesos cuyos efectos se van acumulando y afecta de modo variable a las distintas instancias de la sociedad, con lo que provoca desigualdades sectoriales en la intensidad y rapidez de los cambios. Incluso la revolución —instrumento de la mutación provocada; es decir, de la que no se produce en forma espontánea sino de la que busca premeditadamente— tampoco escapa a dicho yugo, si bien se afirma, en lo esencial, como ruptura. Se trata de hechos, en todos estos casos, que han sido señalados por los historiadores de los movimientos sociales. Contradicen las doctrinas de las filosofías evolucionistas de la historia según las cuales la sociedad global se desarrolla y se transforma *en su conjunto* mediante una serie de fases o estados. También se oponen a las teorías sociales moldeadas por las nuevas filosofías del sistema: en la medida en que la estructura (y el sistema) solo se aprehenden a la luz de la estática y de la sincronía, dichas filosofías no pueden captar los cambios de sistema (y de estructura) sino en la forma de transformaciones *globales* y casi *instantáneas.* En el primer caso, se enfoca la historia como desarrollo y evolución; en el segundo, como continuidad de rupturas, serie ininterrumpida casi negada porque la cuota de continuidad que la define queda, de esa manera, borrada. J. W. Lapierre ha esbozado esta doble crítica al recordar que "ninguna sociedad, ningún grupo, deja alguna vez de hallarse en estado de transición"[124]. Sin embargo, por una suerte de paradoja, pareciera que se llegara, de esta manera, a negar la existencia de las mutaciones sociales, precisamente en el momento en que se intenta darle categoría científica a la sociología de las mutaciones. Se trata de un espejismo que es importante reducir puesto que obstaculiza cualquier avance ulterior en la investigación.

a) *El problema de la* identificación *o de la localización.* Es imposible considerar como criterio principal la conciencia que eventualmente puede tomar la sociedad global de la transformación de la cual es objeto. Siempre hay una diferencia entre los cambios en tren de efectivizarse y su percepción: ésta por lo general no es nítida, clara, y al comienzo, no se obtiene mediante una captación colectiva sino, antes bien, por intermedio de individuos consi-

124 J.-W. Lapierre, L'asynchronisme dans les processus de mutation, en G. Balandier (dir.), *Sociologie des mutations,* París, Ed. Anthropos, 1970.

derados disidentes, desviados o marginales. Estos dan origen a nuevos lenguajes —a los cuales, por otra parte, utilizan en cierto modo a título de ensayo— que generarán el lenguaje por medio del que se definirá e impondrá la presencia de la mutación (como de la revolución). Sin embargo, tal revelación puede ser tardía, expresar más que una transformación en curso, una ya consumada y, con ello, imposibilitar el dominio de la transformación ya que no se la identifica a tiempo. La identificación interviene en la fase final, cuando ya está jugado. A la manera como Tocqueville enfocaba la acción del proceso revolucionario, punto de llegada y no punto de partida, culminación súbita de "lo que se hubiera acabado poco a poco, a la larga, por sí mismo"[125].

Para el sociólogo dedicado a la interpretación y explicación del fenómeno, el lenguaje que establece la mutación concretada no puede constituirse en el medio para identificarla. Si se limitara a este único modo de localización, el sociólogo no se diferenciaría, casi, del historiador del pasado inmediato. Más allá de esta constatación, se perfilan las dificultades de método y de teoría. Durante un período de extensión variable, cualquier mutación en vías de concretarse se mantiene *encubierta*. Ante todo, está asfixiada por las configuraciones latentes que porta toda sociedad, una parte de las cuales está destinada a delinear el futuro y otra, a desaparecer sin efectivizarse. Los procesos de transformación radical son tanto más discretos —durante un primer momento— por cuanto se hallan sometidos a los mecanismos de reabsorción de la sociedad "oficial". Para esta, lo nuevo debe entenderse como escándalo o perversión y los cambios acumulados como peligro de muerte. El aparato político, en lo esencial, aparece como el instrumento que posibilita el mantenimiento del estado de cosas y la lucha contra la entropía que amenaza al sistema social[126]. El poder establecido —y ello en todas las sociedades— sólo puede tolerar aquellas modificaciones que aseguran el mantenimiento del orden. Según las coyunturas, la discontinuidad aparente encubrirá la continuidad real o, a la inversa, la continuidad afirmada tratará de disimular la discontinuidad real o, a la inversa, la continuidad afirmada tratará de disimular la discontinuidad consumada. Para ilustrar el primer caso, se recordarán las experiencias reformistas; estas experiencias intentan realizar las *adaptaciones* ineluctables (atribuyéndoles, eventualmente, a estas modificaciones la calidad de transformaciones profundas que afectan las estructuras fundamentales) pero se ven obligadas a permanecer más acá del *punto crítico* que determinaría una auténtica mutación. Se trata del mismo límite con el

125 Cf. *L'Ancien Régime et la Révolution*, Libro 1º cap. V.

126 Cf. G. Balandier, *Anthropologie politique*. París, Presses Universitaires de France, 2a. edic., 1969, capítulo II.

cual ya se había topado el teórico del austro-marxismo, Otto Bauer, al abordar las vicisitudes de la revolución lenta, sin tener una total certeza de que sea sólo inherente a esta.

Para ilustrar el segundo caso, tomaremos el ejemplo de la Iglesia en tanto gobierno de lo sacro: se afirma la permanencia a despecho de los cambios del mundo exterior y de los ajustes que, a consecuencia de ello, se hacen necesarios para el mantenimiento de la Iglesia. R. Bastide atribuye a esta "la doble voluntad de readaptarse a la sociedad que la rodea cuando la diferencia se ha hecho tan grande que corre el riesgo de sucumbir y, al mismo tiempo, de sostener, en el plano ideológico, que ella no se mueve de su sitio pese a las apariencias"[127]. Estas observaciones conducen a una primera conclusión: los procesos de mutación social no están "dados" de una manera directa a los ojos del sociólogo. Tienen una existencia "subterránea" antes de tornarse manifiestos y de provocar las transformaciónes de las cuales son los agentes. Impone un enfoque sociológico de carácter crítico, capaz de detectar las corrientes del cambio debajo de las aguas estancadas de la continuidad.

Además, la propia *naturaleza* de la sociedad global es lo que hace difícil la identificación de las mutaciones que se gestan en su seno. No puede ser aprehendida como un sistema que ajusta estructuras, todas ellas contemporáneas y compatibles. La sociedad global comprende elementos heredados del pasado (la parte de la continuidad), elementos recientes (la parte predominante del orden vigente) y elementos potenciales que se contarán entre los componentes de su futura configuración (la parte del cuestionamiento y del cambio). La sociedad no es algo fijo desde los tiempos de su creación, está constantemente en tren de plasmarse y no puede ser definida sino "en acción". Ya lo hemos indicado en el estudio precedente. En todo momento, la sociedad está impulsada por el movimiento que constituye su historia peculiar; la historia de su desarrollo y de sus transformaciones. En tales condiciones, es difícil situar los *cortes* que marcan el pasaje de un tipo de sociedad a otro y que posibilitan establecer la "genealogía" de las formaciones sociales.

Es más sencillo identificar los niveles de la realidad social que experimentan los efectos de una mutación que determinar la fecha de surgimiento de una sociedad inédita. La energía nuclear, la automatización, la informática, la multiplicación de los *media*, son considerados, por lo general, como los agentes provocadores de cambios profundos y en cadena. Es posible desde ya captar y evaluar su accionar en el plano de las técnicas, de las relaciones sociales de producción, de las modalidades del tratamiento de la

127 El problema de las mutaciones religiosas, *op. cit.*

información y de la ciencia, de la elaboración de una nueva cultura (sobre la cual McLuhan propone una definición espectacular). Pero no por ello es ya un hecho concreto que las sociedades portadoras de dichas fuerzas transformadoras sean, *desde ahora*, sociedades en mutación. Se ha sostenido una tesis inversa: recordemos la afirmación de Marcuse, que parece contradecir la evidencia, según la cual la sociedad industrial más avanzada conserva, tras su aparente dinamismo, "un sistema de vida perfectamente estático". El problema de la localización de las transformaciones reales —más allá de las apariencias— y de la determinación del momento en que surge una nueva sociedad, se hallan estrechamente vinculados.

Al respecto, son reveladores los estudios consagrados a la historia de la "revolución industrial" en Gran Bretaña, una "mutación" que se generalizó enseguida. Del mismo modo que es imposible atribuirle *una* única causa tampoco es posible establecer *la* fecha de su aparición. Uno de los mejores especialistas M. W. Flinn, ha puesto de manifiesto la *conjunción* de factores y ha determinado las *condiciones* que permitieron la concreción de dicho fenómeno. El muestra que la continuidad del desarrollo económico en Gran Bretaña, a lo largo del siglo XVIII, preparó la gran transformación del siglo siguiente. Paralelamente a esta evolución determinante, Flinn distingue tres grupos de elementos que la hacen posible: 1) la modificación del entorno social que muestra que "el crecimiento económico implica una revolución social"; 2) el cambio de "las actitudes sociales" de la mano de obra, provocado por una nueva enseñanza (vehiculizada en particular por los *Sunday Schools*) que se difundió "en el seno de la generación ascendente de los trabajadores de la industria. 3) la multiplicación de los "innovadores", de los disidentes que rompen con el "cordón autoritario": a medida que se va realizando la revolución industrial van en aumento las sectas, los marginales, los "empresarios" animados por la voluntad de éxito personal[128]. De este modo dicha revolución aparece como el producto de una *combinación* de elementos que gozan de una relativa independencia. Su proceso debe concebirse, ante todo, en el nivel de dichos elementos y no de las estructuras resultantes. El nivel estratégico en el cual se debe situar de preferencia cualquier estudio sociológico de los cambios profundos, de las mutaciones sociales, es el nivel de lo *coyuntural* y no el estructural.

Lo que se acaba de decir acerca de la revolución técnica y económica que provocó la irrupción de las sociedades industriales, se podría reiterar a propósito de la gran revolución "política" que ha signado todos los proyectos revolucionarios ulteriores: la de

128 M. W. Flinn, Social Theory and the Industrial Revolution, en T. Burns y B. Saul (ed.) *Social Theory and Economic Change*, Londres, 1967.

1789. Esta fecha, por lo general, es considerada como la que marca un corte decisivo, un momento de la historia universal: el del nacimiento de *la* revolución. Para Tocqueville, dicha revolución en realidad señala una etapa, el ineluctable fin de una época: "Si ella [la Revolución] no se hubiera producido, no por ello hubiese dejado de derrumbarse por doquier el viejo edificio social, en un sitio más temprano, en otro más tarde. Sólo que se hubiera seguido cayendo pedazo a pedazo en lugar de venirse abajo de un solo golpe"[129]. El alcance de un evento deriva menos de su propia significación que del proceso que lo ha preparado y hecho necesario. La violencia es sólo el acelerador del cambio social. En un idioma más actual, se podría decir que la revolución se gestó en aquella parte de la sociedad donde lo que contradice el orden establecido fue largamente rechazado y donde se formó la contra-sociedad. La revolución se halla presente, como modo de transformación, en el interior de la formación social "oficialmente" reconocida. El momento de su irrupción y su forma peculiar son cuestión de la coyuntura. Es en esta cuando la revolución se define como agente de la ruptura, como iniciadora de nuevas condiciones de existencia y cuando devela el "discurso oculto" mediante el cual expresa los cambios que la vieja sociedad se negaba a reconocer[130].

El problema de la identificación de las mutaciones sociales no se reduce a los aspectos hasta el momento considerados. Para que las mutaciones sean efectivas es preciso que las transformaciones que afectan a la sociedad global tengan un carácter *irreversible*. La cuestión de la irreversibilidad del cambio se impone desde el punto de partida de la investigación teórica. No se la debe esquivar: cualquier sociedad está librada a los factores de conservación y a los de la transformación *a fortiori* durante los períodos de "transición". La historia está jalonada de mutaciones malogradas. Los teóricos modernos de la revolución saben que ésta jamás es enteramente victoriosa. Rosa Luxemburgo ha recordado (y demostrado) que la revolución puede regresar hacia el caos. Radek, Lenin, Stalin, han justificado la "dictadura del proletariado" con el argumento de la posible reversibilidad de las conquistas revolucionarias. Los actuales gestores de ciertos países socialistas aún se oponen a los movimientos contestatarios de su poder invocando la acción retrógrada "de los restos de las clases explotadoras". Se puede apreciar cómo la gran transformación se inscribe en el tiempo por

129 *Op. cit.*, libro I°, capítulo V.

130 A. Decouflé ha subrayado correctamente esta característica de la revolución en tanto lenguaje o discurso. Cf. La révolution et son double, en *Cah. Intern. de Sociol.*, vol. XLVI, 1969 y *Sociologie des mutations, op. cit.*

partida doble: una vez para producirse y una segunda para mantenerse, provocar el "dominio" definitivo y la reproducción de las estructuras que ha originado. En realidad, no se puede eludir *el problema de las recurrencias y de las supervivencias* debido a que ninguna sociedad nunca queda liberada por completo de su pasado. Este confiere a la sociedad global identidad y personalidad (situada bajo el signo de la continuidad), permanece presente en la memoria colectiva y en el paisaje, actúa por intermedio de las configuraciones conservadas y transmite algunas de las palancas indispensables para el funcionamiento y la legitimidad de los nuevos poderes. Desde esta perspectiva interesa ubicar en la actualidad el examen no dogmático de la relación de la revolución con la mutación social.

A esta altura del análisis surge una dificultad de mayor envergadura. ¿En que forma las mutaciones parciales —si es que se admite su existencia— están vinculadas con la mutación global de la sociedad? ¿La conjunción mediante la cual esta se consuma puede concebirse como una *suma* de mutaciones parciales? Si la contestación es positiva, si se entiende el cambio como un incremento cuantitativo, como una acumulación de innovaciones, entonces, el problema de la localización parecería simplificado. Este podrá hallar solución en la determinación de los *puntos* a partir de los cuales surgen "otras" formaciones sociales, aunque siempre ubicadas en una línea de continuidad. Se trata de una solución tentadora pero ficticia, como ya lo ha mostrado la crítica marxista. Por un lado, los elementos constitutivos de la sociedad global se hallan en relación de dependencia y de determinación que son específicas. Las transformaciones que afectan a cualquiera de dichos elementos no tienen igual gravitación en el conjunto sino que se inscriben en el marco de una *dinámica diferencial.* Esta referencia era obligada. Conduce a una primera conclusión: es preciso encarar las mutaciones sociales como un cambio del sistema de relaciones de dependencia y de determinación que definen a los diversos tipos de sociedad. Por otro lado la dinámica diferencial se presenta en forma distinta pero, en cierto modo, parecida, los "niveles de profundidad", según la terminología de G. Gurvitch) de la sociedad global no reaccionan ante los agentes transformadores en el mismo sentido ni con igual ritmo. Cada una de dichas instancias posee un *tiempo particular:* entre ellas se originan diferencias en el tiempo en materia de innovación y de interiorización del cambio. La teoría marxista ha subrayado el hecho de que las superestructuras se "retrasan". La sociología religiosa ha mostrado la oposición *esencial* existente entre las mutaciones y la religión: esta "no se inscribe en la historia sino para detenerla y fijarla a un momento: el instante en que el presente ha encarnado lo Eterno"[131]. Los

131 R. Bastide, *op. cit.*

diferentes tiempos de las instancias generan distorsiones y contrarían el movimiento sincronizado y global de la sociedad. Induce a extraer una segunda conclusión, complementaria de la anterior. Las fuerzas del cambio que operan en el seno del sistema social devienen generadoras de contradicciones, las cuales se agudizan a medida que se desarrolla la acción de dichas fuerzas. Se trata de *contradicciones que podríamos denominar dinámicas:* la "respuesta" a estas, en forma de una nueva combinación de todos los elementos integrantes de la sociedad, abriría, así, la fase de la mutación. Tales conclusiones, resultantes de un primer análisis, sólo se pueden evaluar si se alcanza un conocimiento riguroso de los mecanismos mediante los cuales se efectivizan las mutaciones sociales o las transformaciones reconocidas como tales. Puesto que la atribución de dicho carácter a ciertos tipos de cambios es por sí misma un problema. Se puede definir este campo de la investigación en dos direcciones principales: por una parte, la determinación de los límites y de las variaciones en el interior de los cuales la sociedad sigue siendo *aproximadamente* la misma; por otra, la localización de los procesos mediante los cuales la sociedad se convierte en generadora de diferenciación y ya no de repetición. Pero, en este caso, la formulación encubre la dificultad que afecta a los fundamentos mismos de la labor sociológica. Lo que está cuestionado es la concepción de la sociedad y de su relación con la historia, la idea de la modalidad con la que se produce en la sociedad el "juego de la diferencia y la repetición"[132].

b) *La* dinámica *de la mutación social.* Este problema nos remite a la parte más oscura de la sociología de las mutaciones en vías de desarrollo. Hasta el momento presente, dicha cuestión sólo puede encararse de un modo problemático. El sentido común induce a reconocer la presencia de procesos de mutación cuando se modifican las condiciones de la *reproducción social* y se ven amenazadas por la ineficiencia a corto plazo. En este caso, las configuraciones sociales solo se mantienen en tanto formas ilusorias; contribuye muy poco a la integración de los individuos y la sociedad virtual *en curso de efectivización* importa más que la sociedad establecida, mal establecida puesto que se halla en vías de desaparición. De esta manera, la mutación es concebida como una ruptura de la continuidad, como la conjunción de eventos que provocan una profunda transformación que asegura una continuidad por otros medios. Al proceder de ese modo no nos interrogamos, casi, acerca de la naturaleza —y el sentido— de la continuidad en el caso de las formaciones sociales. Se olvida: 1) Que toda sociedad está bajo la

132 Sobre este problema que no puede ser ya más esquivado por las ciencias sociales, consúltese la obra de G. Deleuze, *Différence et répétition*, Paris, Presses Universitaires de France, 1968.

permanente amenaza de la no reproducción; 2) Que sus estructuras, en sí mismas y en sus relaciones, están cargadas de acontecimientos, los cuales, unos la mantienen dentro de sus límites de variación y otros preparan las condiciones de su transformación; 3) Que sus problemas —más allá de las crisis— ponen de manifiesto los límites de la sociedad y la acción de los agentes del cambio. Es preciso admitir, sin duda, que cualquier sociedad está vinculada con varias historias: la que ella misma ha recorrido y de la cual conserva más que simples trazos, la que está transitando y las que lleva en su seno como otras tantas "posibilidades", sin que se pueda predecir con exactitud cuál de estas logrará efectivizarse. La continuidad social no es una perfecta línea recta. Es lo que recuerda J. Berque, con otros términos, cuando dice que "el conjunto histórico es heteróclito", hecho de elementos mezclados, de eventos de libertad y de azar. El fondo del problema es el conocimiento de los procesos que hacen prevalecer una configuración potencial sobre todas las demás y generan la transformación de las relaciones de dependencia y determinación que vinculan entre sí a los agentes sociales. Péguy, en su descripción del acontecimiento, le atribuye al pasaje por los "puntos críticos", por un "punto de crisis", la fuerza para resolver las dificultades "cuyo fin no se vislumbraba" y para engendrar en una forma "por así decirlo física" un nuevo estado de cosas[133]. Crisis y revolución, crisis y mutación, sus relaciones recíprocas son reconocidas; pero, sin que se ponga de manifiesto algo más que la coyuntura que impone una gran transformación de la sociedad o la aceptación de su declinación.

Por el momento, es conveniente renunciar al descubrimiento de una solución única y global y proceder a la localización de problemas más limitados, suceptibles de recibir una respuesta menos endeble. Una de estas cuestiones, la primera sino la más simple, es la *evaluación del papel respectivo que desempeñan ambos dinamismos* —los "de adentro" y los "de afuera" en el movimiento generador del cambio y luego la mutación social. Por lo general, se enfoca a esta última como proveniente del interior mismo de la sociedad, como plasmando lo que ya está presente en forma latente, recubierta u oculta. De acuerdo con un modelo que se ha podido denominar "orgánico", la mutación (más aún que la revolución) en cierto modo liberaría y abriría el paso a configuraciones hasta ese momento rechazadas y mantenidas en reserva en la historia. De esta manera, la dinámica interna se convierte en el verdadero motor de la transformación, siendo el sistema de relaciones exteriores al cual está sometida la sociedad sólo el *condicionante* que le da un aspecto particular al cambio, sin poder influir profundamente en él y, menos aún, determinarlo. Todas las teorías

133 Cf. C. Péguy, *Clio*, París, edic. Gallimard, p. 269.

llamadas desarrollistas sostienen ese punto de vista y se remiten —en el modo que les es peculiar— al principio de la inmanencia. Comte, en su interpretación de la dinámica social, en tanto explicación directa de las "leyes fundamentales" del "desarrollo humano", atribuye a la *contradicción interna* la función de agente del cambio. Este deriva del hecho de que toda formación social implica la coexistencia de varios sistemas, siempre en movimiento, articulados entre sí en un equilibrio precario. Todo antagonismo resulta fatal para el sistema social y su caducidad se mide de acuerdo con las contradicciones en las cuales irremediablemente cae[134]. El estudio dinámico de las sociedades impone la necesidad de poner de manifiesto esas contradicciones, la visualización de las *diferencias* que se originan en su desarrollo. Este enfoque es parecido al de la segunda de las conclusiones formuladas en el curso del estudio de la localización de las mutaciones sociales, pero solo toma en cuenta algunos de los mecanismos existentes al ignorar la función de la dinámica de "lo de afuera". Es decir, desconociendo aquello que convendría poner en cuenta de la contradicción externa. El marxismo mismo no escapa a esta crítica, si se admite que las consideraciones referidas a estos aspectos de las relaciones (y que sólo existen en la teoría del imperialismo) son tardías y limitadas. Inclusive, el marxismo ha podido llevar perfectamente a la definición de estructuras y sistemas *exentos de exterioridad*. Para Marx, los factores externos no pueden sino acelerar o retardar un proceso de cambio que se deriva en forma directa de los conflictos y las contradicciones que operan en el interior mismo del "modo de producción". La vieja formación porta en su seno y engendra a la nueva "con la fatalidad que preside las metamorfosis de la naturaleza". Para E. Balibar, uno de los más recientes comentaristas de Marx y uno de los representantes actuales del neomarxismo "el análisis de *la tendencia histórica* del modo de producción" sugiere que este se transforma "por sí mismo", por el juego de sus propias "contradicciones", o sea de su estructura[135]. El desarrollo de la contradicción interna constituye el motor de la superación. Las relaciones exteriores del sistema social *(sus "inmediaciones")* al parecer, solo ejercen una débil influencia, de orden muy secundario.

Una óptica de este tipo se imponía en cierto modo en forma natural en un siglo XIX que aseguró el triunfo de las burguesías conquistadoras de Occidente, que reverenció a la ideología del progreso y que hizo de la sociedad industrial el "futuro" de todas las sociedades menos avanzadas. En el curso del siglo XX, dicha

134 Al respecto, consúltese el comentario de P. Arnaud, *Sociologie de Comte*, Paris, PUF, 1969. Remitirse, también, al estudio anterior.

135 Elements pour une théorie du passage, en L. Althusser y otros, *Lire le Capital*, París, Mapéro, 1965.

óptica se invierte por la fuerza de los hechos. Jamás se subrayará en demasía el hecho de que las *relaciones generalizadas* entre las actuales sociedades se ha convertido en un dato real dominante. Estas relaciones se muestran verdaderamente abultadas en el caso de los países en vías de desarrollo. Las relaciones externas —y la dinámica que proviene de ellas— han determinado el carácter de su subdesarrollo y las modalidades de su acceso a la modernidad. Esos países se hallan sometidos a transformaciones en gran medida *inducidas*. En muchos casos se carece de la referencia histórica que posibilitaría la captación —con una precisión satisfactoria— de la modalidad con la que ambas dinámicas actúan por acción y reacción, la forma en que el proceso de mutación se origina o se conserva en la fase de lo no evolucionado. Hay un ejemplo de mutación más antigua que sigue estando privilegiado, el del Japón de los Meiji. Muestra cómo han operado conjuntamente dos sistemas de fuerzas: el que es inherente a la sociedad feudal japonesa que lleva en su seno las condiciones de su propia transformación, incluidas las resultantes del sistema educacional[136]; el que se origina en las nuevas relaciones exteriores, las cuales constituyen una prueba decisiva para el antiguo régimen al introducir nuevos elementos y modelos y al *transformar la transformación* que estaba en germen. Varios decenios ocupa el período del pasaje, durante el cual operan ambos dinamismos. Dicho período se caracteriza por el ingreso de la "clase" samurai al circuito de la producción, por el acceso a las funciones dirigentes de una parte de los feudales víctimas del poder de los Tokugawa, los cuales supieron derivar y captar los dinamismos de la vieja sociedad, al tiempo que se caracteriza por la apertura del proceso de los cambios técnicos y materiales que tuvo como consecuencia un resultado excepcional. En el momento de la restauración imperial, el Japón muestra facetas a la vez "feudales" y "revolucionarias". Por consiguiente, asegura la coexistencia de varias formaciones sociales convertidas provisoriamente en contemporáneas. La conjunción de lo viejo y de lo nuevo, de lo interno y de lo externo, se revela en este caso con toda nitidez. Al igual que el movimiento originado por sus relaciones mutuas y sus contradicciones.

Este ejemplo, que hemos reseñado en forma sumaria, no tiene sentido sino en tanto ilustración de las exigencias que imponen la necesidad de considerar la dinámica social desde la doble perspectiva de lo "interior" y lo "exterior". Algunas de las actuales corrientes investigadoras tienen su origen en dicha necesidad. En particular, en el plano económico, existen trabajos de inspiración marxista que aspiran a restituir la exterioridad a los sistemas: es el caso, por ejemplo, de los sistemas cuyos mecanismos de "intercambio desigual" estudia A. Emmanuel[137]. En el campo de la macrosociología en especial en la esfera de los estudios referidos al proceso de modernización que tratan de interpretar científicamente la principal expresión de las actuales mutaciones. Muestran que no cabe la posibilidad de conocer científicamente dichas mutaciones sin ubicarse dentro de su "medio" internacional. Para Nettl y Robertson, el "análisis del cambio *en* las sociedades contemporáneas lleva a un reconocimiento más completo de la importancia sociológica de las relaciones internacionales: no hay un corte entre los "procesos de carácter intrasocietal y los procesos de carácter intersocietal"[138]. Y A. Etzioni, en su reciente tentativa de conformar una macrosociología moldeada en las enseñanzas de la cibernética —una socio-cibernética— se ve llevado a subrayar la función de las relaciones externas, del "*entourage*", en la transformación de las sociedades globales. También recuerda este autor que el proceso de sucesivas adaptaciones de un sistema social (o de una unidad social) a los cambios de las *inmediaciones* "tiende a devenir de más en más gravoso"[139]. Lo que remite a la afirmación de que la opción en favor del mantenimiento del estado de cosas existente entraña el peligro de una disgregación lenta oculta tras la ilusión de una continuidad y que la *auténtica continuidad*, retomada en otro nivel, exige una *profunda transformación* ampliamente determinada por las condiciones exteriores.

El reconocimiento del papel desempeñado por la dinámica "del afuerá" en las coyunturas de mutación social, torna más difícil aún el estudio de los mecanismos internos (los "operadores") mediante los cuales la mutación necesariamente se consuma. Los teóricos del cambio, al limitar o despreciar la acción de los factores externos, se han orientado, ante todo, hacia la búsqueda de la instancia o del conjunto de estructuras que rigen las grandes transformaciones sociales, desde la perspectiva del marxismo o del antimarxismo. También se han orientado hacia la determinación de los agentes provocadores del cambio y de las resistencias opuestas a la acción de estos desde una óptica ya empleada por Comte; o hacia la definición de las situaciones de transición, de "pasaje", en el marco de las investigaciones llevadas adelante en el curso de las últimas décadas. Estos tres enfoques no son los únicos aunque el más reciente —el último— no ha alcanzado todavía el nivel de su plena expresión teórica.

Por consiguiente, este enfoque exige un nuevo esfuerzo científico, tanto más por cuanto el neomarxismo se topa con algunos de

136 Cf. el estudio de R. P. Dore, *Education in Tokugawa Japan*, Berkeley, Univ. Calif. Press, 1965.

137 A. Emmanuel, *L'échange inégal. Essais sur les antagonismes dans les rapports économiques internationaux*, París, Máspero, 1969. Hay versión Española. El Intercambio desigual. Ensayos sobre los antagonismos en las relaciones económicas internacionales. Bs. As., Siglo XXI, 1972.

138 J. P. Nettl y R. Robertson, *op. cit.*

139 A. Etzioni, *op. cit.*

los temas que entraña al intentar la formulación de una "teoría del tránsito", para llenar el vacío que produce la carencia de una sociología marxista, la cual, según las palabras de L. Althusser, no ha producido una teoría de la "constitución del modo de producción". Sin embargo, dicho enfoque se diferencia en la medida en que acentúa las rupturas, en que se esfuerza por poner de manifiesto la disgregación de estructuras ocultas, por descubrir las diferencias que se originan en el cambio y que traban el funcionamiento de la sociedad global. Se puede afirmar, simplificando, que este enfoque aprehende las *situaciones* generadoras de las grandes transformaciones sociales en tanto fenómenos que originan las condiciones y la necesidad de una nueva combinatoria social, sin que ello sea considerado como *el* ineluctable "desarrollo" unívoco de la sociedad y el orden anteriores. Desde tal perspectiva, la búsqueda de los *indicadores* de la mutación, búsqueda que no se lleva a cabo al aire libre, se convierte en la tarea número uno. Los indicadores de *anomia* están vinculados con dicha categoría: muestran los desajustes, las inadaptaciones, las desviaciones, los cuestionamientos; es decir, la brecha que se ha abierto entre la sociedad establecida y las reglas que la definen y la realidad. Dichos indicadores posibilitan ciertos agentes potenciales del cambio. Es entre estos donde J. Duvignaud detecta a los individuos o grupos particulares, separados, cuyas "manifestaciones existenciales, activas o expresivas, reproducen desde ya la realidad de aquello que mañana va a ser la regla universal"[140]. En tanto generadores de *diferencias rechazadas*, dichos indicadores sostienen a las fuerzas rupturistas en el corazón mismo de la sociedad. En varias sociedades actuales se impone la atención de un fenómeno, el cual revela, igualmente, la presencia de separaciones e innovaciones: se trata de la multiplicación de las *sociedades experimentales* en el interior de la sociedad global. Pueden ser colectividades productivas, comunidades (o comunas) de "jóvenes" —las cuales son cada vez más numerosas en los Estados Unidos —o "grupos" familiares inspirados en los que han surgido en Escandinavia. La cuantía y la extensión de las disidencias sociales, innovaciones y experimentaciones se reconocen, de tal manera, como indicadores del cambio y de la intensidad de éste. En ciertos casos, también en tanto prefiguraciones.

Luego de haber investigado de qué modo la mutación en curso puede salir a la luz, era importante , en un segundo paso, reconocer cuáles son los medios a través de los cuales se expresa, los *signos* y el *lenguaje* que emplea. Esta segunda tarea se halla bien delimitada, pero permanece en la etapa de proyecto en un grado mayor aún que la anterior. Los grandes períodos de transformación son aquellos durante los cuales se incrementa la creatividad. La utopía

140 Véase la contribución de J. Duvignaud, Anomie et mutation sociale en G. Balandier (dir.) *Sociologie des mutations*, op. cit.

intenta plasmarse y la imaginación social se carga de nuevas configuraciones. En todos los casos, se nota una voluntad de anticipación de la experiencia futura en la experiencia presente. Por consiguiente, se debe admitir que en estas circunstancias la sociología de las mutaciones suscita una sociología de la imaginación. En la medida en que se conciben las situaciones de "pasaje" bajo el doble signo del evento y del problema, el pensamiento renovador va sumiendo las formas de la anticipación que imagina las "soluciones" y elimina lo imposible. Los estudios y comentarios consagrados al Renacimiento ya han subrayado tal característica. A. Koyré ha recordado con fuerza que "en el Renacimiento, no había ideas sobre imposibles". La fórmula conserva su validez para otros períodos de mutación cultural y social, desde el siglo XVIII hasta nuestros días. El pensamiento de anticipación tiene su correlato en los lenguajes de ruptura, ya sean estos revolucionarios (al expresar el cambio mediante la violencia), "mesiánicos" (al proyectarse en el tiempo escatológico) o, incluso, técnico —tecnocráticos (al indicar cuáles de las configuraciones potenciales "tienen futuro"). Como ya lo hemos señalado, las palabras del cambio, empero, pueden inducir a engaño. Los nuevos discursos —en parte— se hallan moldeados en viejas matrices: hasta tal punto que se ha llegado a negar la existencia de un lenguaje revolucionario específico. Dichos discursos —en cambio— posibilitan el enmascaramiento de una realidad que los contradice, que es resultante de mutaciones ilusorias, pero también producto de revoluciones demasiado bien establecidas. La ambigüedad se halla en el centro de los problemas que plantea la interpretación de los citados discursos. Desde el punto de vista del sociólogo, su importancia es menor en lo que hace a su significado directo que en lo que respecta a lo que ellos *señalan:* toda una situación[141].

El enfoque que acabamos de reseñar desemboca más en una fenomenología de las mutaciones sociales que en una explicación de éstas. Para alcanzar esto último, queda por recorrer el mayor tramo del camino: la investigación de las determinantes de la mutación, admitiendo desde el inicio que pueden conjugarse según diferentes fórmulas; la localización de los "sitios" —en la sociedad y en su espacio propio— a partir de los cuales la mutación arrastrará en su movimiento a la sociedad global; la identificación de los agentes de la mutación, de las *élites del futuro* que han adquirido la capacidad de operar en los procesos de transformación social y cultural. He aquí el esbozo de un programa. Muestra la vastedad de las necesidades al igual que la exigencia del cambio,

141 Es lo que ya notaba R. Barthes al citar el "discurso" revolucionario de Hébert en el comienzo de su libro *Degré zéro de l'écriture*. Hay versión española. *El grado cero de la escritura. Jorge Alvarez, Bs. As., 1969.*

activa en todas las sociedades actuales, revela la necesidad de la puesta en práctica inmediata de dicho programa.

Engendra también la posibilidad de contribuir a una mutación de la sociología debido al tremendo desafío científico que implica.

III. La Tradición y la Continuidad[142]

Se puede considerar a cualquier sociedad en dos formas aparentemente opuestas. Si se toman en cuenta sus "invariantes", sus factores de conservación, su continuidad o, a la inversa, sus fuerzas transformadoras, sus cambios estructurales, es posible trazar imágenes muy diferentes y, en parte infieles, tanto unas como otras. Estos modos de encarar la realidad social, en sus expresiones extremas, llevan a vincular toda sociedad con su tradición o, por el contrario, conducen a considerar principalmente los procesos que determinan su modificación y provocan, en un período dado, una revolución o mutación. La historia del pensamiento social revela el prolongado enfrentamiento de ambas interpretaciones, el debate inacabado entre "conservadores" y "radicales". En realidad, se pueden justificar ambos enfoques aunque en grados distintos. El más conservador se funda, en última instancia, en la observación de que todas las sociedades —incluidas las más sensibles a los cambios rápidos y acumulados— expresan cierta continuidad. No todo cambia y lo que cambia no se modifica "en bloque". Es importante alcanzar una superación dialéctica de esos modos de lectura de la sociedad. Se trata de una superación homóloga —en el plano teórico— de la que se opera en el seno de los sistemas sociales y que G. Gurvitch encaraba en la forma extrema de una dialéctica permanente entre tradición y revolución.

I. LA SOCIOLOGIA DE LAS SOCIEDADES EN VIAS DE CAMBIO

La sociología de los procesos y los cambios, más allá del éxito aún cercano de la sociología de las estructuras —la cual desemboca en el análisis formal de *ciertos tipos* de relaciones sociales—, retoma la iniciativa y la capacidad de imaginación[143]. Con mayo-

142 Extraído de los *Cahiers Internationaux de Sociologie*, XLVI, 1968, en el cual figuran varios trabajos sobre el tema *Tradition et continuité* que constituyen el texto de las comunicaciones presentadas en octubre de 1967 en Bruselas, en ocasión de una Mesa Redonda realizada en el Instituto de Sociología a iniciativa de la Asociación Internacional de Sociólogos de Lengua Francesa.

143 Sociología del "cambio", ya antigua pero renovada, que no debe confundirse con la sociología o la antropología "dinamista" en el sentido en que yo las entiendo. Estas últimas ponen de relieve el hecho de que no se puede considerar ninguna estructura con independencia de la dinámica que le es inherente puesto que, de lo contrario, dicha estructura queda reducida a una forma muerta.

res ambiciones aún, se conforma una nueva teoría evolucionista que trata de definir, a largo plazo, las tendencias modificadoras de la sociedad, la (o las) orientación(es) dominante(es) que rigen su movimiento general. Las recientes investigaciones de Talcott Parsons no escapan a dicho requerimiento, lo que habla de la fuerza persuasiva del neoevolucionismo[144]. Al parecer, se está concretando —por diferentes medios, no todos ellos de idéntica eficacia— en los dominios antropológicos y sociológicos la aspiración que expresara R. Firth desde 1957: el pasaje de un "análisis estructural de tipo convencional" a una investigación tendiente a la interpretación rigurosa de "los fenómenos dinámicos".

Los motivos de la renovación de las teorías dinamistas se deben al actual desarrollo de las ciencias sociales y, a la vez, a la fuerza de los hechos. Existe una presión de la realidad presente que es, al parecer, en gran medida determinante. En ningún momento de la historia hubo tantas transformaciones concomitantes que afectaran a tantas sociedades. *Todas* las sociedades y *todas* las civilizaciones están, en cierto modo, pasando por una prueba; unas, por un exceso de modernidad difícil de controlar; otras, por una reivindicación de modernidad difícil de satisfacer. Ello origina una situación histórica totalmente inédita. Tal generalización del cambio, de las transformaciones estructurales profundas, provoca, a causa de su carácter acumulativo, un verdadero "salto cuantitativo" que reclama una audaz modificación del pensamiento social, de los instrumentos intelectuales y las teorías. G. Bachelard, filósofo de "lo actual" siempre en tensión para la toma de conciencia de su tiempo, ha llamado constantemente a una renovación de ese tipo, ha exaltado un rejuvenecimiento de las ideas que solo el *presente* puede hacer factible.

El problema que se plantea en primer lugar, es sobre la elección de la expresión de la actualidad que sea la más significativa y pueda desempeñar el papel de estimulante de la imaginación sociológica. Se puede buscar un bosquejo de respuesta en la confrontación entre los dos "grupos" de sociedades entre los cuales hoy se dividen de manera inicua las riquezas y los medios del progreso material.

Primeramente las sociedades que se proclaman desarrolladas, en las cuales se multiplican y aceleran los cambios. Marx las ha enfocado, desde el siglo pasado, como portadoras de una fuerte carga histórica, como generadoras de revolución. Weber las ha encarado como esencialmente "racionales", capaces de previsión, eficaces y expansivas. En ambos casos, lo que las define es su

144 Remitirse a T. Parsons, *Societies: Evolutionary and Comparative Perspectives*, Englewood Cliffs, 1966. W. F. Wertheim hace un notable análisis crítico de los trabajos de carácter neoevolucionista en su estudio *Evolution and Revolution, Sociology of a World on the Move*, Amsterdam, 1967.

propio movimiento, su dinamismo interno. Por consiguiente, el devenir —producto de su capacidad de acumulación— es la más importante de las propiedades específicas de dichas sociedades. A las "otras" sociedades —consideradas ahistóricas o de historia retardada— se las concibe como tributarias de un movimiento inducido del exterior, que tiene su origen en la expansión de las sociedades consideradas dinámicas por naturaleza. Además, las sociedades emprendedoras son ahora objeto de transformaciones cada vez más frecuentes y rápidas. Se generan en ellas tales rupturas que pareciera que el presente solo puede dominarse *en función del futuro*. Se generaliza una lectura "prospectiva" de los problemas en tanto respuesta técnica (o tecnocrática) a ese auténtico desafío. Tal "futurología", para retomar la orgullosa denominación a veces empleada, que se conformó en los países de régimen neocapitalista, comienza a desarrollarse en los países socialistas. El "Centro de Investigaciones sobre la Cultura Moderna" de la Academia polaca de Ciencias, estimula las investigaciones "futurologistas" y ha convocado una primera conferencia que tiene como tema oficial el siguiente: *Los problemas de la previsión del porvenir y el modelo cultural*[145] Esta iniciativa se funda en una comprobación ya señalada: es la primera vez en el curso de su historia que la humanidad conoce en el espacio de una sola generación una serie tan vasta de mutaciones. Aún así es conveniente matizar esta afirmación[146]

Las sociedades llamadas desarrolladas siguen siendo aquellas en las cuales se tornan cada vez más operativos los *generadores del cambio* y donde se ven sucesivamente afectados vastos espacios de la realidad social. La creación de nuevas fuentes de energía, la automatización de la producción, la acción de los agentes estimulantes del consumo (ya sea que se trate de bienes, de ciencia o de símbolos sociales y culturales de los que se les propone a los consumidores), los nuevos procesamientos de la información y los rápidos avances de la informática, constituyen los aspectos considerados con mayor frecuencia. Pero, el hecho fundamental sigue siendo *el efecto multiplicador de la acumulación de transformaciones:* pone en tela de juicio la mayoría de las estructuras existentes, incluidas las que materializan la implantación de la sociedad en el espacio. Esta dinámica interna sobreactivada trae aparejado el hecho de que se pueda definir de aquí en adelante a las sociedades desarrolladas como *sociedades de la movilidad generalizada*. Esta afecta la población y las residencias, la distribución de las profesiones y las formas de la competencia, las jerarquías sociales y los prestigios, etcétera. En una sociedad tan móvil, la capacidad de

145 Véanse las actas de esta conferencia reunida en Tarda, en B. Gowski, "Les futuribles à Tarda", en *Démocratie nouvelle*, enero de 1968.

146 Para esta crítica, consúltese el capítulo precedente

adaptación tiende a convertirse en el "valor central"[147]: ya hoy se la aprecia al mismo nivel que a la competencia y la tendencia es a que la sustituya en el primer término de la escala.

La intensidad de los cambios amenaza con ocultar los hechos que hablan de la continuidad. Algunas de las fórmulas de uso común revelan, sin embargo, tales "permanencias" en la medida en que se las identifica como obstáculos que entorpecen la acción de las fuerzas modernizadoras. Las expresiones que señalan la pesadez sociológica y la inercia de las conductas, las que sostienen la necesidad de la reforma de las estructuras, son manifestaciones de dichas resistencias. La verificación sigue siendo banal y sumaria. En efecto, lo que importa es una buena diferenciación de la influencia de la tradición *en consonancia con las fases del proceso de crecimiento*. En Europa Occidental, durante el período de la acumulación liberal, generadora de una máxima tensión entre las clases sociales, el recurso a la tradición se torna en un medio para reforzar las distancias y las barreras sociales: se trata de una observación reiterada a menudo desde Tocqueville hasta S. M. Lipset[148]. Durante el período que se caracteriza como el del establecimiento de la llamada sociedad de consumo, se multiplica la adhesión al cambio sin revolución. En un caso, la tradición es una de las armas de la lucha de clases; en el otro, opera como recurso de las tentativas tendientes a contener los agentes transformadores de la sociedad dentro de los marcos de una *evolución controlada*.

En el seno de las sociedades en proceso de desarrollo es donde el enfrentamiento entre lo tradicional y lo moderno se puede captar en la forma más nítida, dado el relieve diferencial que en ellas adquiere. Dichas sociedades son llamadas "dualistas" (lo que sugiere la coexistencia de esos dos sectores), "en transición" o con "estructuras desarticuladas" (lo que subraya el pasaje de un estado al otro y sus consecuencias estructurales). La lista de los factores transformadores, al parecer, está bien establecida y nos podemos limitar simplemente a recordarla. En primer lugar, dos procesos dominantes que se hallan parcialmente unidos: el acceso a las técnicas complejas y a la industrialización, el progreso de las ciudades y de la civilización urbana. Ambos procesos generan desigualdades regionales, en la medida en que crean *islotes de modernismo* en el interior de vastos espacios rurales poco afectados por el cambio. Ello entraña, de acuerdo con la expresión del

147 Concepto tomado de Talcott Parsons, mediante el cual éste designa los valores que, en una sociedad dada, permiten *evaluar* y *ordenar* las diversas actividades colectivas.

148 E. Globot hace esta observación a su modo. Muestra cómo la burguesía francesa de fines del siglo XIX definió su "nivel" y erigió la "barrera" que la protege. Cf. E. Globot *La barrière et le niveau*, nueva edic., París, 1967.

economista A. Piátier, "una proletarización mediante clases geográficas o espaciales". La segunda fuente de transformaciones profundas es la nueva organización de la vida política que se ha implantado junto con la reciente conquista de la independencia. Esta fuente es tanto más activa por cuanto la supremacía del político, al menos durante un tiempo, proviene de dicha conquista. Los particularismos guardianes de la tradición deben desaparecer ante las exigencias de la construcción nacional y esta asegura el reforzamiento de la burocracia moderna y provoca la formación de una clase de gestores. Es así que, a consecuencia del debilitamiento de los guardianes del tradicionalismo, las fuerzas conservadoras se ven afectadas en sus pilares mismos —y en su acción. Finalmente, el tercer agente de los cambios debe ser identificado en múltiples formas: en las nuevas condiciones de la educación, en las formas nuevas del conocimiento y la difusión de los *mass media*. Debido a su convergencia, estos últimos provocan en su conjunto una verdadera revolución mediante la información.

En el caso de las sociedades actualmente en vías de desarrollo, existe una característica que parece tan específica como la transformación intensa: *la dependencia* Los medios de la modernidad son, en gran medida, *importados*, en forma de capitales, bienes de equipo, técnicas, modos de consumo y modelos institucionales. Esta dependencia deriva de la historia y pudo ser atribuida a la naturaleza misma de las sociedades que la padecen. Ya Comte, en una de las lecciones de su *Curso*, considera la capacidad de cambio, la posibilidad de escapar a la repetición y, en consecuencia, el progreso, como una propiedad *únicamente* inherente a la civilización occidental[149]. Max Weber atribuye a la "racionalización" y a la eficacia —propias de la moderna sociedad occidental— el poder de sacar a las demás sociedades fuera de su estado tradicional. Este punto de vista, ampliamente compartido, entraña una concepción "dualista" al delimitar los respectivos dominios de la tradición y la modernidad: la primera se considera íntegramente autóctona y define las configuraciones anteriores al ingreso dentro del sistema de relaciones externas; la segunda se enfoca en tanto algo extraño, producto, en lo esencial, de dichas relaciones. La concepción autóctona, tal como se expresa en el plano de las comunidades lugareñas, puede parecer que justifica dicha interpretación: el ajuste del espacio lugareño y las prácticas se ven afectados por ese dualismo y algunos de los nuevos modelos son en parte rechazados en la medida misma en que se los considera extranjeros. Un análisis más preciso muestra que, a menudo, la realidad no se ajusta a esa intepretación simplificadora. Este análisis posibilita la

149 Véase la lección Nº 52 del *Cours de philosophie positive*. Hay versión española de esta obra.

captación de la dialéctica entre el sistema tradicional (degradado) y un sistema nuevo (determinado desde el exterior) y hace visualizar un tercer tipo de sistema socio-cultural, inestable, pero portador de una *modernidad auténtica*[150].

Tales observaciones adquieren un relieve aun más pronunciado si se recuerda que la teoría del "desarrollo" *unilineal* sigue siendo muy utilizada, al menos por parte de ciertos economistas. Esta teoría se ha perpetuado a través de las ideas sociales del siglo XVIII, la interpretación marxista de las etapas necesarias (y universales) que determinan la sucesión de las formas sociales y del evolucionismo de los primeros antropólogos. Todo aquello que no responde al modelo de la sociedad industrial avanzada —considerada generadora, constantemente activa, de la modernidad— se caracteriza como tradicional: todas las tentativas de desarrollo no pueden dejar de repetir la historia de las sociedades industriales de Occidente. Este neoevolucionismo pervertido aparece, en particular, en la teoría del crecimiento económico elaborada por W. W. Rostow. Se trata de una interpretación general formulada en términos económicos, pero que incorpora los fenómenos sociales a su análisis. Rostow distingue cinco etapas (o fases) que deben ser recorridas por todas las sociedades *de acuerdo con un orden necesario*. La primera etapa corresponde al estado de "sociedad tradicional", siendo el crecimiento, de esta manera, la distancia que se recorre a partir de ese estado cero[151]. Las teorías unilineales ignoran (o subestiman) el hecho de que la civilización industrial, al difundirse, alcanza a sociedades muy diferentes de aquella que provocó su surgimiento y expansión. Esta civilización debe moldearse en nuevas matrices por más que parezcan posibles los desarrollos *diferenciales* y, con ello, la aparición de sociedades modernas "inéditas". La debilidad de ese tipo de teorías reside en su enfoque abstracto del movimiento general de las sociedades, un enfoque con independencia de sus rasgos específicos peculiares, ignorando, pues, la continuidad que puede desviar el sentido (la dirección) del cambio e imponerle formas originales en el curso de su concreción.

En síntesis, predomina la siguiente idea: las sociedades en proceso de desarrollo son las que mejor permiten aprehender la dialéctica de la tradición y la modernidad, la dialéctica de la tradición y la revolución. Por otra parte, ambas se encuentran unidas en los casos en que el crecimiento económico es la resultante de una política tendiente a la transformación radical de las estructuras.

150 A título de ejemplo, consúltese el excelente estudio de G. Althabe. *Opression et libération dans l'imaginaire. Les communautés villageoises de la côte orientale malgache*, París, 1969.

151 Remitirse a W. W. Rostow. *Les étapes de la croissance économique*, trad. francés. París, 1962. Véase el análisis y la crítica de este enyaso teórico en J. Freyssinet, *Le concept de sous-développement* París, 1966, pp. 135 y ss.

II. LA TRADICION Y LA CONTINUIDAD

F. Engels, haciéndose eco de Marx, sostiene que la tradición "se cultiva en el cerebro de los hombres". Esta fórmula afirma el vigor del vínculo con los factores de la continuidad. Es insuficiente y se deben precisar las diversas acepciones del término tradición. Se la puede encarar en tanto aplicación a un *sistema*: al conjunto de los valores, símbolos, ideas y coacciones que determinan la adhesión a un orden social y cultural justificado por referencia al pasado; conjunto que asegura la defensa de ese orden contra la acción de las fuerzas del cuestionamiento radical y del cambio. Algunas sociedades tradicionales están obsesionadas por el sentimiento de vulnerabilidad, por el temor a las rupturas: se empeñan en una permanente lucha contra las desviaciones y los desequilibrios que las acechan[152]. Se puede enfocar la tradición en tanto *práctica* social y reguladora de las conductas. En esta forma vívida se convierte en *tradicionalismo*: su función consiste en suscitar la conformidad, en mantener *de la mejor manera* la "repetición" de las formas sociales y culturales. En fin, se puede considerar la tradición como determinante de un tipo de sociedad global o de ciertos sistemas de relaciones en el interior de ésta. De este modo caracteriza al tipo ideal de la llamada "sociedad tradicional" o a los llamados sectores "tradicionales" de una sociedad que no se conforma íntegramente a ese tipo. Max Weber opuso la moderna sociedad occidental (y su civilización) a las sociedades en las que rige la tradición. Del mismo modo han planteado las cosas antropólogos tales como R. Redfield, los cuales han construido los tipos de sociedad folk y de sociedad campesina. En ambos casos, a pesar de la búsqueda de rigor científico, el concepto de sociedad tradicional define más un *contra-tipo* (lo opuesto a la sociedad industrial) que un tipo sociológico. De igual manera, el concepto de tradicionalismo que se maneja en una acepción muy grande sigue siendo ambiguo. No da cuenta de las muy diversas formas en que existe el tradicionalismo, de las formas en que se manifiesta según las situaciones[153].

Esto último, por lo general, se lo caracteriza mediante la conformidad, por medio de la continuidad que regula el tradicionalismo, mientras que la modernidad es comúnmente concebida como

152 Puede encontrarse, por ejemplo, una expresión de ello en la obra de G. Calame-Griaule *La parole chez les Dogon*, París, 1965.

153 Algunas de estas "figuras" se consideran en G. Balandier, *Anthropologie politique*, cap. VII "Tradition et modernité". Véase asimismo el capítulo precedente titulado "Las dinámicas sociales" en la presente obra.

algo que implica la ruptura, la transformación irreversible. Esta oposición término a término puede ser ficticia y peligrosa. Recientes estudios antropológicos, entre los cuales se cuentan los de D. Apter, han subrayado el carácter dinámico de ciertos sistemas tradicionales. Todas las interpretaciones dinamistas denuncian con igual vigor el prejuicio "fijista" que ha alimentado durante largo tiempo la impresión contraria[154]. Se impone una reflexión simple, de sentido común: si no se sostiene un punto de vista semejante ¿cómo resolver el problema del "pasaje", del cambio estructural que ha originado las primeras sociedades modernas? Algunas sociedades "tradicionales" al menos, tuvieron que portar en su seno suficientes fuerzas transformadoras para producir, las diferentes formas de la llamada sociedad occidental. Inclusive si se considera que se trata de un caso único, el interrogante se plantea igual al respecto.

En esta polémica, es importante tener muy en cuenta las ilusiones ópticas del enfoque social. Cuando se trata de sociedades "tradicionales" (y, por añadidura exóticas), al parecer, se acentúa la impresión de continuidad. Recién ahora, gracias a los antropólogos, se comienzan a identificar sus dinamismos y a restituirlas a la historia. A la inversa, cuando se trata de sociedades industriales desarrolladas, la impresión de cambio es tan fuerte que ella impone la certeza de que se producen verdaderas mutaciones, mientras que lo que en realidad ocurre es que sobreviven esferas tradicionales, como lo muestran, en particular, las ciudades —los focos más activos de la transformación—, las cuales poseen sectores tradicionales de vida urbana y frentes que son pioneros del cambio. La tradición no es totalmente incompatible con el cambio, de igual modo que no lo es la modernidad con cierta continuidad.

III. LA CONTINUIDAD: HECHO SOCIAL GENERAL

La sociedad siempre es el sitio donde se produce un enfrentamiento *permanente* entre los factores de conservación y los de cambio. Lleva en su seno las causas de su orden y las razones del desorden que provocará su modificación. Este *equilibrio inestable* explica el hecho de que, sin embargo, sean más frecuentes y más numerosas las adaptaciones (que en el lenguaje político se denominan con el término general de reformismo) que las transformaciones estructurales globales (de carácter revolucionario). Tal característica del sistema social —ser el producto de dinamismos que simultáneamente lo constituyen y lo acechan; siendo unos, agentes de la continuidad y los otros, agentes transformadores— en el caso de las sociedades globales, entraña una consecuencia. En el seno de

154 Cf. G. Balandier, *op. cit.* También entre las recientes obras de D. Apter, consúltese *The Politics of Modernization*, Chicago, 1965.

éstas, nunca es total el corte que resulta del éxito de la empresa revolucionaria. La revolución jamás es *íntegramente* victoriosa. Lo que determina las diversas tentativas tendientes a desarrollar la revolución *en* la revolución, según la fórmula retomada por R. Debray.

Existe otro rasgo cuya importancia no le va en zaga al anterior. Toda sociedad en vías de transformación revela la existencia de *desigualdades sectoriales* en materia de cambio, y en lo que hace a la intensidad y la velocidad de éste[155]. A algunos sectores se los puede denominar más "lentos": el de la religión, el cual, por su esencia, trata de situarse fuera de la acción del tiempo, al abrigo de las embestidas de la historia; el de los ordenamientos culturales que definen a una nación o a una etnia y le proporcionan su ser y su personalidad. Por su propia naturaleza, se trata de un terreno en el cual se mantienen e incluso se refuerzan los factores de continuidad, si bien la innovación religiosa puede expresar una rebelión y el nacionalismo combatiente puede poseer propiedades revolucionarias. Por otra parte, la teoría y la práctica revolucionarias han denunciado vigorosamente la religión y cierta forma de nacionalismo, como constituyentes del frente de defensa del conservatismo. Se pueden considerar varios sectores como más "rápidos": el del conocimiento científico y las técnicas de aplicación, el de la economía, el de las técnicas de gobierno y administración de los hombres y las cosas. En algunos de estos sectores es donde se origina el cambio: en última instancia, constituyen las *estructuras determinantes*. Los sectores sometidos a transformaciones *inducidas* se ubican entre esos dos extremos (el polo lento que desempeña el papel de freno y el polo rápido que cumple la función de motor).

Tales condiciones de funcionamiento determinan el hecho de que *cualquier* sociedad —inclusive la más móvil— lleva en su seno mecanismos que posibilitan la expresión de la tradición y/o del conservatismo. El rendimiento de éstos es máximo en las llamadas sociedades "tradicionales", aunque en ellas sea activo el cuestionamiento y se produzcan cambios. La eficacia de dichos mecanismos decrece en las sociedades en vías de modernización, sobre todo en las sociedades modernas más avanzadas que acabamos de definir como sociedades de la movilidad generalizada. Lo importante, en primer lugar, es poner de manifiesto en relación con estas sociedades los aspectos y artificios de la continuidad y la tradición, más allá de las apariencias.

Ante todo, se evidencia un primer hecho en el plano de la expresión: la *inercia* relativa *de los lenguajes* y de las formulaciones a los cuales puede apelar la reflexión social. Las concepciones

155 Remitirse a las consideraciones hechas en la segunda seccion del capitulo titulado "Las dinámicas sociales".

referentes al presente y el futuro se expresan, en parte, en el idioma del pasado. L. Althusser ha considerado este problema al analizar la génesis del pensamiento del "joven Marx": muestra la relación de este pensamiento singular con el campo ideológico *existente*, plantea la cuestión de "los comienzos de Marx" y recuerda "el enorme material ideológico del cual surgieron . . .material aplastante del cual Marx supo desprenderse". Althusser encara en forma crítica el desarrollo de las ideologías y pone de relieve la difícil génesis de los descubrimientos. Marx, inventor de un mundo nuevo, tuvo que ejercitar su espíritu primeramente "en las viejas formas"[156]. Estas poseen un peso que asegura su mantenimiento. No es fácil escapar a su presión para concebir nuevas formas que posibiliten pensar un nuevo objeto y, de esta manera, convertirse en un agente del cambio.

Hay que vincular —a esta inercia relativa de las "formas" que posibilitan pensar la sociedad— con la inercia relativa de las conductas y las actitudes que intervienen en la práctica social. *Toda sociedad, cualquiera que sea su régimen, toda clase y todo grupo tienen sus conservadores por interés, conformismo o indiferencia.* En una situación de cambio generalizado, en la cual se ponen en tela de juicio amplios sectores, se ahonda el corte entre los organizadores del futuro (que tienen una visión prospectiva de la sociedad) y los gestores del pasado (que poseen una visión retrospectiva). La continuidad se torna, pues, en el medio de protección contra los trastornos repetidos e intranquilizadores, contra un porvenir cuya configuración se mantiene imprecisa.

Esta verificación lleva, precisamente, a subrayar la *función aseguradora* de la tradición; esta es tanto más eficaz por cuanto al individuo le resulta difícil adaptarse a las situaciones inestables. Al respecto, son reveladores los retrocesos a una tradición degradada o reconstruida en las sociedades en vías de desarrollo económico y de modernización, en las cuales las transformaciones se suceden en cadena. La tradición proporciona el "lenguaje" que permite darle un sentido a la novedad o formular las reacciones que ésta provoca. La tradición mantiene una parte del viejo paisaje sociológico y, con ello, hace posible la conservación de ciertos marcos sociales y culturales cuyo contenido se ha modificado. Alimenta la posibilidad de recurrir a acciones simbólicas o a ritos "tranquilizadores". Tales medios, que permanecen ampliamente disponibles en el caso de las llamadas sociedades "tradicionales", tampoco se hallan ausentes de las sociedades modernas. Si es necesario, se recrean en éstas a partir de tradiciones fabricadas o importadas.

156 Cf. L. Althusser, *Pour Marx*, "Sur le jeune Marx", París, 1965. Hay versión española. La revolución teórica de Marx, "Acerca del joven Marx", Siglo XXI, México, 1967.

Por otra parte, en el seno de las sociedades modernas es donde se revela actualmente un fenómeno al cual se puede calificar de *recurrente:* el recurso a la *contra-modernidad* en tanto forma de protesta no revolucionaria. Se expresa mediante el resurgimiento —con mayor o menor artificialidad y precariedad— de formas arcaicas de existencia social. La banda, la comunidad de participación (incluida la "comuna" en la cual se organiza el consumo de estimulantes psicológicos y de drogas alucinógenas), la secta, los grupos formados alrededor de motivos folklóricos, todos ellos, expresan la disidencia y el cuestionamiento específicos de ciertas categorías de jóvenes, sin que pueda identificarse en esto la reacción específica de un tipo de edad perteneciente a una determinada clase social. Las investigaciones consagradas a los *beat* norteamericanos ponen de manifiesto esa caracterización vívida de la crítica social. El estilo de vida que adoptan es el reverso de lo que define el *american way of life.* La subsociedad y la subcultura bosquejadas son la caricatura de la sociedad de la eficiencia, del beneficio y del consumo en masa. La ideología de los *beats* exalta el rechazo del trabajo, el rechazo de la acción política (lo que implica la aceptación, de hecho, de un tipo de sociedad que se condena), la pobreza que posibilita el desarrollo de la "Verdadera Persona" (en inglés: *Simon Pure*). La no posesión se presenta como el medio de escapar a una triple alienación: la del trabajo convertido en insignificante, la de las cosas y la de los *mass media.* Tales temas ideológicos se acompañan de opciones culturales precisas: estímulo artificial de la imaginación, orientación mística (Zen, adivinación, etcétera), exaltación de la música perteneciente al folklore etnográfico. El repudio a la actual sociedad estadounidense se transforma en rechazo de toda forma de la sociedad moderna: los *beats* reducen al mínimo la organización social, forman grupos acerca de los cuales se ha podido afirmar que se asemejan a la banda primitiva tal como la describiera R. Linton[157]. En estos casos de contramodernidad, ya no se trata de una real tradición que expresa la acción de la continuidad en el seno de una sociedad en constante cambio (y que, en consecuencia, reivindica el monopolio de la modernidad) sino de una tradición construida y sincrética que expresa el cuestionamiento de dicha sociedad.

157 Remitirse al excelente estudio de Ned Polsky, *Hustlers, Beats and Others*, Chicago, 1967. El capítulo titulado "The Village Beat Scene". Véanse también los trabajos consagrados a la contra-cultura, el mas conocido de los cuales es: T. Roszak, *The making of a counter culture*, New York, 1969.

IV. CONCLUSION

El análisis general de las relaciones entre tradición, continuidad y cambio lleva fundamentalmente hacia una problemática. Sin embargo, posibilita poner de manifiesto los hechos dominantes, las orientaciones de la investigación y de la teoría. En primer lugar, se impone el carácter *permanente* de la dialéctica entre la tradición y el cambio: opera en todas las sociedades. En segundo lugar, aparece un dominio de nuevos hechos: los que derivan de la *cantidad* de cambios (los cuales se acumulan de más en más) y de la *generalización* de las transformaciones provocadas por la expansión de la civilización industrial. En fin, la confrontación de los "casos" y su cotejo sistemático inducen a formular una sugerencia. Las relaciones dinámicas entre la tradición y el cambio se aprehenden mejor a favor del extrañamiento, del distanciamiento. Desde este punto de vista (sin invocar razones aun más determinantes), debemos orientar más nuestras investigaciones hacia las "otras" sociedades, las que están abiertas a los procesos de desarrollo. En cierto modo, la antropología que elaboramos a partir de ellas condiciona nuestra propia prospectiva.

IV. La Sociología

La sociología del desarrollo es nueva y, sin embargo, ya recibe las embestidas del cuestionamiento. Un sociólogo crítico y de ideas radicales, André G. Franck, le reprocha el devenir "de más en más subdesarrollada", a la manera de las sociedades a las cuales dicha sociología pretende aplicarse. La acusa de ser cada vez menos adecuada "por razones empíricas, teóricas y políticas"[159]. Si bien la crítica es excesiva, no carece de fundamentos. Obliga a efectuar una evaluación de esta sociología nueva en vías de elaboración, a poner de manifiesto los aportes de las disciplinas afines, en particular los de la antropología social y cultural, a balancear también los resultados obtenidos en materia de la teoría dinámica de las formaciones sociales.

I. LA SOCIOLOGIA DEL DESARROLLO Y EL SUBDESARROLLO DE LA SOCIOLOGIA

Los problemas del desarrollo comenzaron a tomarse en consideración en el curso de los años que siguieron a la segunda guerra mundial. En el plano político los ha expresado el rechazo a las dependencias coloniales. La necesidad de interpretar rigurosamente los profundos cambios que, por consiguiente, afectan a *todas* las sociedades ha provocado el examen de éstas en el campo de las ciencias económicas y sociales. Este doble requerimiento —que es el de la actualidad— ha operado con rapidez. Alimenta una abundante literatura: una reseña bibliográfica aproximada y ya vieja, muestra la existencia de más de dos mil títulos que se refieren directamente a las economías y sociedades del Tercer Mundo. Una reciente obra que J. Freyssinet dedicara al "concepto de subdesarrollo" considera más de quinientos estudios necesarios (o útiles) solo para esa definición[160]. Al parecer, la información abunda pero su evaluación crítica rápidamente la revela como falaz.

Las circunstancias que explican esa situación son múltiples y convergentes. Unas se refieren al orden de cosas. Las sociedades en

158 Texto de una introducción a la sociología del desarrollo, 1969.

159 A. G. Franck, Sociologie du développement et sous-développement de la Sociologie, en *Cah. int. de Sociol.*, XLII, 1967. Hay varias ediciones en español: A. G. Franck: Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología (en: Franck y Otros: Economía Política del Subdesarrollo en América Latina), Signos, Bs. As. 1970.

160 J. Freysinet, *Le concept de sous-développement*. París, 1966.

vías de desarrollo, que ahora acceden a la modernidad, constituyen la amplia mayoría de las sociedades y reúnen los contingentes más numerosos de la población mundial. Imponen un verdadero desafío científico a causa de su número, de su diversidad y de su estado actual que lleva a denominarlas "sociedades en transición". Se evidencia una primera contradicción. La urgencia de los problemas no ha permitido esperar a que estuviesen elaboradas las teorías del desarrollo económico y social. La política del desarrollo —que hubiera debido ser el producto de una rigurosa información y de elaboraciones teóricas innovadoras— se ha fundado en un grosero empirismo, poco propicio para el avance de un conocimiento científicamente estructurado. Pero existen causas de otra naturaleza: son las que se refieren al hecho de que las ciencias sociales se han formado *a partir* de una experiencia limitada, la de los llamados países occidentales, y en función de un tipo de sociedad privilegiada, la sociedad industrial de origen europeo. En estas condiciones, los conceptos y las teorías, los métodos y las técnicas de investigación, se han revelado —a menudo— como inadaptables al caso de las sociedades del Tercer Mundo. Este constituye un verdadero *campo de prueba* de la validez general de las ciencias sociales. Ha provocado la invalidación de ciertos puntos de vista científicos e incitado a la búsqueda de un nivel superior de generalización.

Antes de considerar los enfoques específicos de la sociología del desarrollo, es importante precisar las condiciones y las exigencias que determinan su eficacia científica. Son cuatro. Cualquier estudio de las sociedades del Tercer Mundo requiere: 1) La investigación de las características propias de este grupo de sociedades, para lo cual es insuficiente el concepto de "sociedad tradicional" definido por los antropólogos y por los sociólogos sometidos a la influencia teórica de Max Weber[161]; 2) La localización de los *dinamismos*, de las fuerzas que operan "en el interior" mismo de dichas estructuras y pueden adquirir la capacidad de provocar su transformación; 3) Poner de manifiesto los *procesos* de modificación de los ordenamientos sociales y culturales que están en curso; 4) Finalmente, la determinación de *las relaciones externas* que afectan el devenir de las sociedades en vías de desarrollo y modernización, en particular las relaciones de dependencia (incluida la dependencia tecnológica) que hacen que estas sociedades no sean plenamente dueñas de su futuro inmediato.

De hecho, la sociología del desarrollo aparece como una nueva sociología en curso de elaboración. No puede ser de otra manera debido a la cantidad y diversidad de las sociedades a considerar y la

161 El estudio de E.E. Hagen, centrado en la definición de un estado de la sociedad llamado "tradicional" muestra esta insuficiencia de manera implícita. Cf. *On the Theory of Social Change*, Londres, 1964.

obligación de estudiarlas principalmente bajo el aspecto de sus transformaciones estructurales. El complejo juego de las diferencias, los dinamismos diferenciales y las relaciones de exterioridad explican la dificultad de este cometido científico. Lo que permite una mejor comprensión de las exigencias metodológicas a las que conviene someterse.

I. LOS ENFOQUES Y LOS YERROS TEORICOS

Los primeros intentos tuvieron por objeto, en lo esencial, la definición y la localización. Han investigado los *criterios* específicos de las sociedades del Tercer Mundo y han tratado de construir los *indicadores* que permitan medir el estado de su subdesarrollo.

a) *La criteriología.* —Este estado se determina, en primera instancia, por sus *manifestaciones:* demográficas (gran fecundidad y crecimiento de la población que no tiene su correlato en el crecimiento económico), económicas (pequeñez del ingreso por habitante e insuficiente cubrimiento de las necesidades que aseguran la "reproducción" del productor), sociales y culturales. Algunos autores, en particular A. Sauvy, han considerado rasgos estimados muy generales en lo tocante a las últimas de las manifestaciones citadas: debilidad numérica de las clases medias, a quienes se atribuye una función más bien innovadora; status inferior de la mujer, que puede alimentar las influencias tradicionalistas y retardar la adaptación a la modernidad; vulnerabilidad de las organizaciones, incluida la organización político-administrativa a escala nacional o territorial; alto nivel de analfabetismo (más del 75 o/o en muchos países) mientras que la difusión de la educación moderna constituye un presupuesto de toda política de desarrollo[162].

A estas manifestaciones —varias son cuestionables en su generalización— se pueden agregar las que se refieren de un modo más global a las *estructuras* y los *comportamientos*. Las sociedades en vías de desarrollo, a menudo, son consideradas como *dualistas*, donde coexisten un sector moderno, limitado y dinámico y un llamado sector tradicional, de amplia extensión, condenado a la mera "repetición". También se presenta a dichas sociedades como si estuviesen conformadas por *estructuras desarticuladas*, faceta que puso de manifiesto F. Perroux en el plano económico. Por su parte, los antropólogos y sociólogos subrayaron, con frecuencia, el doble proceso de desestructuración y reestructuración, la multiplicación de los desequilibrios que hacen que las sociedades del Tercer Mundo se definan en tanto sociedades "a prueba" y, a la vez, "en mutación". Por su parte, los politicólogos insisten en la

162 Se trata de pautas retomadas por C. Lévy en: Les critères du sous-développement, en G. Balandier (dir.), *Le Tiers Monde, sous-développement et développement*, París, 1a. edic., 1956.

inestabilidad de los regímenes, en la intensidad de la competencia que se opera en el seno de la "clase" de los dirigentes y gestores en la carga revolucionaria de la que de aquí en más son portadoras las sociedades políticas del Tercer Mundo. Los trabajos de orientación psicológica han puesto de relieve algunos aspectos generales de las actitudes y de las conductas: *el estado de alternancia*, de vacilación entre las conductas ajustadas a la tradición o las costumbres y los comportamientos innovadores resultantes de la adhesión a lo moderno; sumisión de las necesidades al *efecto de demostración* que hace que el nivel de las necesidades tienda a alinearse junto al de los países desarrollados mientras que los medios para satisfacerlas no existen en los países del Tercer Mundo.

El método de acumular pautas es, al parecer, insuficiente y cuestionable. Se limita a la suma de criterios heterogéneos: *datos estadísticos* (por ejemplo, tasas de crecimiento demográfico anual superior al 2 o/o, ingreso por habitante inferior a 100 dólares norteamericanos o situado entre 100 y 300, etcétera), *características estructurales* (por ejemplo, desequilibrio de las estructuras) y *aspectos* considerados comunes y específicos. Este método conduce a una representación estática —da la imagen de un estado de cosas determinado en las sociedades del Tercer Mundo— mientras que el fenómeno del desarrollo exige un estudio dinámico, un conocimiento de los procesos que aseguran el *pasaje* de una formación social a otra. En fin, el recurso a la acumulación de pautas posibilita más que la explicación, la localización del subdesarrollo y la descripción de sus manifestaciones. Puede contribuir a la determinación de sus *formas* pero no aporta ninguna información en lo tocante a sus *mecanismos*. Se ha podido decir, con toda razón, que la criteriología no es sino una "morfología" mientras que el estudio de los países en vías de desarrollarse exige, más que cualquier otro estudio, una "fisiología"[163].

b) *La tipología mediante diferencias.*— Muchos autores (en general, norteamericanos), con el fin de dominar mejor la interpretación sociológica, han reducido la diversidad de las sociedades que acceden al desarrollo a un solo tipo, definido como modelo de la "sociedad tradicional". Este modelo se puede construir mediante diferencias por oposición al modelo de la sociedad moderna que se refiere al conjunto de las sociedades industriales con técnicas avanzadas, por más que la "sociedad tradicional" termina por aparecer como la mera imagen *invertida*[164] de la "sociedad moderna". El sociólogo y economista B. F. Hoselitz ha considerado tres

163 J. Freyssinet, *op. cit.*, en su crítica de la criteriología.

164 Al respecto, véase la crítica formulada en el capítulo intitulado "La tradición y la continuidad".

principales características para oponer los dos tipos de sociedades de la siguiente manera[165].

Tipo de Sociedad "tradicional	*Tipo de Sociedad "moderna"*
1) Particularismo	1) Universalismo
2) Conformidad	2) Espíritu emprendedor y eficacia
3) Estado funcional difuso	3) Especialización funcional

Tomemos una característica cultural: la cultura de la "sociedad tradicional" sigue siendo "particular", específica y no puede ser expansiva. Examinemos una característica psicosocial: el hombre sometido a la tradición, a las reglas del conformismo, no puede ser un innovador y el "espíritu de empresa" se encuentra frenado en el interior de estrechos límites. Veamos una característica socioeconómica: la sociedad predesarrollada no está lo suficientemente diferenciada como para que se especialicen las funciones de los grupos e individuos y se plantee la necesidad de poner en pie organizaciones racionalizadas y propicias a una creciente eficacia. La oposición sigue siendo muy esquemática y, por lo mismo deformadora y de poca validez. Se ha llegado a caracterizar a dicho enfoque como "erróneo en los hechos, teóricamente inadecuado y políticamente ineficaz"[166].

Tentativas más recientes han tratado de componer una imagen menos grosera de la sociedad tradicional. Un economista y sociólogo norteamericano, E. Hagen, se ha arriesgado a intentar lograrlo en una obra consagrada a la "teoría del cambio social" y a su ilustración con casos concretos[167]. Al tiempo que reconoce que las sociedades definidas por el tradicionalismo son muy diversificadas; esto por un lado, y por otro, que el tradicionalismo caracteriza ciertos aspectos de *todas* las sociedades; no por ello deja de definir *la* sociedad "tradicional". Este autor señala cinco elementos o rasgos característicos: 1) Las conductas se transmiten de generación en generación, sufriendo sólo pequeñas variaciones; 2) La conducta está regida por las costumbres y no por las leyes; 3) El sistema social presenta una jerarquía dominante que afecta las relaciones sociales fundamentales; 4) Las posiciones individuales están determinadas por la cuna más que por las empresas y los éxitos personales; 5) La productividad de la economía se mantiene en un nivel bajo. A continuación de este inventario de característi-

165 B. F. Hoselitz, *Sociological Aspects of Economic Growth*, Glencoe, 1960. Hay versión española: B. Hoselitz: Aspectos sociológicos del desarrollo económico. Eidt. Hispano-Europea, Barcelona, 1962.

166 A.G. *Franck, op. cit.*

167 E. E. Hagen, *On the Theory of Social Change. How Economic Growth Begins*, Londres, 1964.

cas, E. Hagen sostiene que el orden que moldea a la "sociedad tradicional" sólo puede romperse mediante la acción de fuerzas poderosamente perturbadoras. Según él, las causas de esta resistencia al cambio residen en la conjunción de una *visión del mundo* (que implica la idea del dominio del entorno físico y las fuerzas sobrenaturales), de estructuras sociales de *tipo autoritario* y de una *estructura de la personalidad* que se mantiene, ella misma, autoritaria. Estos tres géneros de estructuras tendrían una relación de homología entre sí y contribuirían a conservar las relaciones de dominación-conformidad. En conjunto se opondrían a las fuerzas del cuestionamiento y de la transformación. Esta imagen retocada de la "sociedad tradicional" pone de manifiesto *ciertos* aspectos peculiares de *algunas* de las sociedades subdesarrolladas pero sigue siendo muy esquemática y de relativa utilidad explicativa.

c) *El enfoque neoevolucionista.*— Las teorías del desarrollo se relacionan —por filiación— con las teorías evolucionistas que caracterizan las ideas científicas de la segunda mitad del siglo XIX. Aunque las modifican, no eliminan, empero, sus insuficiencias ni reducen sus errores. Sin embargo, tienen el mérito de plantear los problemas del desarrollo en término de transformación y de proceso. El economista Walt W. Rostow, con motivo de un análisis que se desnaturalizó al convertirse en un "manifiesto", ha tratado de definir "las etapas del crecimiento económico"[168]. Su interpretación general está formulada en el idioma de la ciencia económica, pero incorpora elementos propiamente sociológicos. Distingue cinco etapas (o fases) que debe recorrer cualquier sociedad de acuerdo con *un orden sucesivo necesario*. La primera corresponde al estado de "sociedad tradicional"; el crecimiento se mide por la distancia recorrida a partir de dicho punto cero. La última etapa conduce a la sociedad de consumo intenso. Desde esta perspectiva, el despegue de la economía y el acceso a la modernidad —que interviene en la tercera etapa— exigen previamente una profunda transformación de las estructuras económicas y sociales que definen el estado de "sociedad tradicional". Los tres primeros términos de la secuencia histórica son: tradición — transición — despegue *(take off)*. A continuación, el sistema devenido autodinámico evoluciona hacia las fases de la "madurez" y del "gran consumo". Este enfoque involucra un determinismo técnico-económico simplista y un "político-centrismo" muy vulnerable. Adhiere (sin excesivas inquietudes) a un evolucionismo unilineal que condena a las sociedades en desarrollo a repetir los procesos que hayan garantizado el progreso de ciertas sociedades hoy "avanzadas". Les niega la posibilidad de dar origen a sociedades y

168 W. W. Rostow, *Les étapes de la croissance économique*, trad. franc., París, 1962. El subtítulo de la edición inglesa es expresivo: "El manifiesto no comunista".

economías *inéditas*. La teoría de Rostow concibe el proceso de desarrollo (que se logra en forma óptima en su versión capitalista) como un fenómeno repetitivo y de validez universal.

El neoevolucionismo afecta de un modo aún más directo la sociología del desarrollo. H. Spencer, en sus *Principles of Sociology*, ya consideraba el "progreso" de las sociedades en función de tres pautas fundamentales: la complejidad de la división del trabajo económico y social, la complejidad de la organización social, la envergadura de la sociedad global. Estas afirmaciones se vuelven a encontrar en muchos trabajos que versan sobre el pasaje de la tradición a la modernidad, si bien con adaptaciones y matices. El objetivo buscado es un mejor conocimiento de los procesos de modernización, de los modos de acceso al estado de sociedad moderna y dinámica. Tal es el caso, en particular, de las obras de C. Geertz, D. Apter y S. N. Eisenstadt[169].

El autor citado en último término caracteriza la modernidad mediante una acumulación de pautas: pautas ecológicas (urbanización desarrollada), económicas (elevado nivel técnico y predominio de los sectores secundarios y terciarios), sociales (pronunciada diferenciación y especialización), políticas (difusión del poder en grupos cada vez más amplios) y culturales (una nueva "visión" que ensancha el horizonte cultural). Este inventario enriquece el aporte de los ensayos de criteriología pero adolece de las fallas que ya se señalaron cuando se examinó dicho método. En el curso de su análisis teórico, Eisenstadt ofrece algunos elementos más novedosos. Asocia la modernidad, la *movilidad* de las estructuras y la capacidad de *adaptación* a las situaciones que se caracterizan por cambios rápidos. En el primer caso, el autor señala que la tendencia a la transformación continua "se encuentra en la naturaleza misma de la modernidad"; en el segundo, considera la "flexibilidad" de los sistemas como una condición necesaria para la concreción del proceso de modernización. Asimismo, Eisenstadt indica que dicho proceso puede sufrir "rupturas" *(breakdown of modernization)*, producir estructuras diversificadas, operarse con modalidades muy diferentes *según los períodos históricos*. En el caso de sociedades que acceden hoy al desarrollo y a la modernidad, la transformación se opera, en cierto modo, a la inversa de la que aseguró la construcción de las sociedades industriales de la primera generación. La creciente urbanización, las nuevas necesidades y aspiraciones, los modernos mecanismos de la vida política y administrativa, las obligaciones internacionales, todos ellos en su conjunto, imponen sus exigencias y sus efectos antes de que se hayan consolidado las estructuras económicas y culturales de la nación,

169 C. Geertz, *Old Societies and New States*. N. York, 1963; D. Apter, *The Politics of Modernization*, Chicago, 1965; S. Eisenstadt, *Modernization: Protest and Change*, Englewood Cliffs, 1967.

antes de que su propio dinamismo pueda ser activo en forma autónoma. De ello resulta una modernización que se difunde de modo incompleto —se opera de manera *parcelaria*— y sufre rupturas. El establecer las comparaciones entre las formas del desarrollo según los períodos que éste atraviesa puede ser fructífero, a condición de no olvidar que este complejo proceso no es unilineal y que, en todas las circunstancias, entraña un costo social.

III. ESTRUCTURAS Y PROCESO

Antes de considerar los aspectos más evidentes de las sociedades del Tercer Mundo y los problemas que plantea su transformación de conformidad con el orden industrial, es conveniente determinar su posición singular. En primer lugar, porque cada uno de los grandes períodos durante los cuales se produjo y difundió la industrialización originó la aparición de "otras" sociedades, con regímenes económicos y políticos diferentes y ampliamente antagónicos. La primera ola de industrialización es la que se originó en el curso de los siglos XVIII y XIX en Europa Occidental y que se esparció en algunas de sus dependencias. Esta ola portó consigo el capitalismo y el neocapitalismo. La segunda aparece con el advenimiento del socialismo en la URSS, el cual implica la exaltación de los valores técnicos y de la actividad productiva al tiempo que la ponderación de los valores colectivistas. Esta ola tiende a recubrir la precedente. La tercera ola acaba de surgir de las regiones en vías de desarrollo: al parecer, trae aparejada nuevas formas de la economía y de la sociedad. Además del hecho de que *las fases de la industrialización no se repiten*, se operan diferenciaciones que se deben a la historia singular y la específica herencia cultural de los países predesarrollados. Cada uno de estos, incluso si se pretende revolucionario y en ruptura con su pasado, *traduce* la civilización industrial al idioma de su tradición. Los cortes no excluyen la conservación de una profunda continuidad [170].

Los factores transformadores de las sociedades en desarrollo son bien conocidos: el acceso a las técnicas complejas y a la industrialización que acabamos de examinar; el progreso de las ciudades y de la cultura urbana, que le es correlativo; la nueva organización de la vida política que se opera a favor de la reciente independencia; las nuevas condiciones de la educación, las formas modernas del conocimiento y la difusión de los *mass media*.

Sin embargo, hay una característica que, al parecer, es tan específica como dicho conjunto de procesos de cambio rápido: *la dependencia*. Los medios de la modernidad son, en su gran mayoría, *importados* en forma de capitales, de bienes de equipo, de

170 Remitirse a las consideraciones teóricas que figuran en el capítulo titulado "Las dinámicas sociales".

técnicas, de modos de consumo y modelos institucionales. Una semejante dependencia —que se deriva de la historia— ha sido atribuida durante largo tiempo a la *naturaleza* misma de las sociedades que la sufren [171]. Este enfoque, ampliamente compartido, entraña una concepción teórica defectuosa. Conduce a ignorar o a subestimar dos géneros de hechos comprobados: por un lado, el juego de las fuerzas internas que hubiesen operado *plenamente* en el marco de una historia no sometida al dominio externo, por otro lado, la influencia de una subordinación que se mantiene en detrimento de quienes la sufren e introduce un *corte* en el devenir de las sociedades dominadas. Se debe reducir el impresionismo teórico: se trata de una de las principales tareas de la sociología del desarrollo durante la primera fase de su formación.

a) *El problema de la transición.*— Se ha podido concebir todo desarrollo consumado como el equivalente de una mutación: un pasaje más o menos "brusco" de un sistema de producción a otro, de una formación social a otra. La teoría de tales transiciones —si se renuncia a las explicaciones conjeturales de la filosofía de la historia— no ha sido aún elaborada. La sociología marxista, como lo hace notar L. Althusser, "no ha producido la teoría de la transición de un modo de producción a otro; es decir, de la constitución de un modo de producción" [172]. No por ello ha dejado de identificar el problema y proponer respuestas parcialmente comprobadas. En el caso de las actuales sociedades en desarrollo, se multiplican las dificultades. Como acabamos de señalarlo, el cambio es menos la resultante del devenir interno que de la acción de fuerzas exteriores. En tal sentido, lo que ha impulsado a la sociedad predesarrollada y le impone una transformación a la manera de las sociedades industriales (neocapitalistas o socialistas) es un movimiento de origen extranjero. A tal transformación *inducida* es a lo que resisten ciertas estructuras tradicionales y esta resistencia lleva a determinar —en cierto modo por un mecanismo de defensa— una estrategia del desarrollo y, finalmente, a modificar el juego de las influencias externas. Las sociedades del Tercer Mundo no pueden ser repetitivas del modelo de las sociedades que las han comprometido en el actual proceso de modernización. Si quieren "tener éxito", están obligadas a innovar.

La interpretación teórica es tanto más aleatoria por cuanto las sociedades subdesarrolladas sólo se encuentran —en su gran mayoría y desde hace poco tiempo— *en tentativas de* desarrollo y, por lo mismo, no permiten un juicio que se apoye en la necesaria

171 Ello, en particular, por parte de Comte y de Weber. Cf. supra, "Tradition et continuité".

172 L. Althusser y E. Balibar, *op. cit.*

experiencia histórica. Son raros los ejemplos de sociedades homólogas que hayan accedido plenamente al estado de sociedad industrial avanzada: el del Japón, que lleva a cabo su mutación mediante la "revolución" Meiji a partir de los últimos decenios del siglo XIX, sigue siendo un caso excepcional. Muestra que, durante este período, la vieja nobleza de los samurais ha captado los dinamismos latentes de las estructuras tradicionales y los ha orientado en la dirección de la modernidad. En este caso, el corte revolucionario (propio de una revolución "burguesa") no excluye cierta forma de continuidad. La dialéctica de la tradición y la modernidad se halla en el centro del debate puesto que *la dinámica de la transformación positiva no se importa*, debe surgir de las estructuras existentes.

b) *La dinámica del tradicionalismo.*— El concepto de tradicionalismo sigue siendo impreciso. Se lo une al de *continuidad* mientras que el concepto de modernidad se vincula con la idea de *ruptura*. A menudo, se lo define de conformidad con normas inmemoriales: las que transmite la "tradición" mediante toda una serie de procedimientos. De hecho, el concepto puede determinarse con el máximo de rigor solo si se intenta diferenciar las diversas manifestaciones actuales de tradicionalismo. La primera de tales expresiones —y la más conforme al uso corriente del término— corresponde a un tradicionalismo *fundamental:* aquel que trata de salvaguardar los valores, los ordenamientos sociales y culturales fuertemente caucionados por el pasado. El tradicionalismo *formal* corresponde al mantenimiento de las instituciones y los cuadros sociales o culturales cuyo contenido se ha modificado. De la herencia del pasado, solo se conservan ciertos medios; han cambiado las funciones y los fines. Durante el período de dominio colonial, el tradicionalismo de la *resistencia* ha servido como pantalla protectora o de *simulación* que permitía disimular las reacciones del rechazo. Las tradiciones, modificadas o convertidas a la vida, sirven de abrigo a las manifestaciones de oposición y a las iniciativas tendientes a quebrar los lazos de la dependencia. Más allá del período colonial, surge un nuevo fenómeno, al cual se puede calificar de *seudotradicionalismo*: en este caso, la tradición se convierte en el instrumento de estrategias de sentido contrario. Permite darles una significación inmediata a las nuevas realidades o expresar una reivindicación, marcando una disidencia respecto de los responsables modernistas[173].

Esta tipología no basta para dar cuenta de la dinámica del tradicionalismo y la modernidad. Proporcionan, sí, hitos para la

173 Remitirse a la ilustración que trae J. Favret, a propósito de las disidencias en Aurès y Kabylie: Le traditionalisme par excès de modernité, en *Archives européennes de Sociologie*, VIII, 1967.

encuesta directa, al tiempo que excluye las interpretaciones simplificadoras. El fenómeno puede ser aprehendido a fondo mediante el estudio de las comunidades lugareñas. En el interior de sus límites es donde se operan transformaciones radicales, no sin resistencias y sin malentendidos. Por consiguiente, las investigaciones referidas a ellas son los elementos que pueden brindar las mayores enseñanzas. Una de las investigaciones más ricas acaba de ser consagrada a un conjunto de aldeas de la región costera oriental de Madagascar, en la zona de los betsimisaraka[174]. En particular, revela lo difícil que resulta ajustar a la comunidad a los sistemas de organización y administración instaurados por el estado malgache surgido de la descolonialización. En el seno de dichas aldeas, se ve un corte entre la esfera de la vida interna —en su estado actual dominada por la tradición— y la esfera de la vida externa, que ordena las múltiples relaciones que ahora se han establecido con el exterior, esfera donde se imponen los agentes y las fuerzas de la modernidad. Este dualismo se expresa de una manera tangible en el ordenamiento del espacio lugareño, de un modo totalmente práctico en ocasión de los procedimientos que rigen la vida de la comunidad y de la regulación de los diferendos que la pertuba. Sin embargo, la realidad lugareña no se reduce a esos dos "registros". Surge un nuevo sistema sociocultural más allá de los dos sistemas enfrentados: él asegura la combinación dinámica de elementos y símbolos modernos, de elementos y símbolos tradicionales. Dicho sistema prefigura una nueva forma de comunidad. Este tercer "registro" posibilita el estudio, a partir de la experiencia vivida, de la dialéctica que opera entre un sistema tradicional (degradado) y un sistema moderno (impuesto del exterior): los hechos ponen de relieve la falsedad y banalidad de las teorías del "dualismo" sociológico.

La comunidad lugareña, a causa de su dimensión, constituye la unidad donde se aprehende del mejor modo esta compleja dinámica y donde se localizan en su estado naciente las nuevas estructuras. Los trabajos de los antropólogos, en toda su extensión geográfica, muestran que se verifica lo mismo por doquier.

En la medida en que el Tercer Mundo deviene un campo de batalla del campesinado sublevado, su problemática se expresa con mayor nitidez en las aldeas. En el interior de estas se la puede captar en sus expresiones más inmediatas.

c) *Las desigualdades del mundo rural predesarrollado.*— En sociedades con amplia mayoría campesina, la tierra es el principal factor de la producción y en función de la relación con ella se estructura, ante todo, el sistema de desigualdades. Los elementos principales de la *cuestión agraria* son: la insuficiente explotación

174 G. Althabe, *op. cit.*, prefacio de G. Balandier.

de la tierra (en el Brasil, se trabajan menos del 5 o/o de las superficies), mala distribución de las explotaciones (en América Latina, el 75 o/o de los espacios cultivados pertenecen al 10 o/o de los propietarios de la tierra), malas condiciones de gestión y de trabajo (debido a las insuficiencias técnicas y al desinterés de los propietarios ausentes) y coacción de las tradiciones. Son también los motivos de las furias y las rebeliones campesinas que han prefigurado las empresas revolucionarias y las acciones de la guerrilla.

Las sociedades fuertemente unidas a las representaciones y a las prácticas tradicionales (en particular, las del Africa Negra) han mantenido la relación agraria en el centro de un complejo sistema de relaciones simbólicas y rituales, jurídicas y técnicas, sociales y políticas. Se choca con derechos y usos múltiples y contradictorios; estas interferencias afectan la expansión de nuevos cultivos destinados al mercado internacional. Tal situación contraría y retrasa la mutación de la sociedad campesina. El modo ancestral de transmisión de las tierras puede influir de la misma manera. En la India, la herencia de tipo tradicional ha fragmentado al máximo las propiedades y, al mismo tiempo, ha entrañado la interdispersión de los lotes cultivados. Una investigación realizada hace unos veinte años atrás muestra la existencia de terrenos aldeanos constituidos por millares de parcelas: subraya la imposibilidad de emplear con provecho en los límites de dichas micropropiedades, no ya la máquina, sino ni siquiera la yunta de búfalos. El progreso exige una reestructuración de los espacios cultivados.

En estos complejos de relaciones tradicionales se injertan las relaciones y los problemas resultantes de la evolución moderna de la propiedad de la tierra. Provoca la yuxtaposición de micropropiedades y de grandes latifundios de carácter laico o religioso. Estas transformaciones han acelerado el proceso de despojo de los campesinos pobres —los cuales se convierten en campesinos sin tierra— y han estimulado la expansión de las formas de aparcería que extraen una amplia parte del producto del trabajador de la tierra. Dichas transformaciones han asimismo acentuado la desocupación rural disfrazada, el subempleo de los hombres. Tales procesos se han operado en muchas regiones del Tercer Mundo. En las Filipinas, sobre todo en la Isla de Luson, las granjas se mantuvieron en su reducido tamaño (una media de 2 Ha. de superficie) aunque existían grandes explotaciones e importantes bienes de comunidades religiosas inalienables, que, en su mayoría, databan de la época de la colonialización española. El llamado movimiento campesino de los huks ha tratado de provocar mediante la acción revolucionaria una verdadera reforma agraria luego de la segunda guerra mundial. En la India, la intervención de las autoridades británicas que buscaban la constitución de una clase de terratenientes "emprendedores", ha desembocado en el régimen del *zamindariat*. Se ha formado una clase de ese tipo, efectivamente, pero no ha tenido la conducta esperada. Se ha apoyado en una multitud de intermediarios que han reducido aún más la parte correspondiente a los campesinos. Por otra parte, dicha "evolución" —que aceleró la descomposición de los derechos y las costumbres— ha agravado el endeudamiento de los agricultores al romper las trabas que la tradición imponía a la usura. Luego del establecimiento del poder independiente, los intentos de reforma fundados en la ley, en el ejemplo justificado espiritualmente y en la revolución campesina no han tenido éxito todavía en sus tentativas de dar una solución al problema agrario.

En verdad, la reforma agraria, por sí misma, no es suficiente para la resolución de problemas de dicha índole: el ejemplo de Méjico lo demuestra. Como el hecho de que la reforma puede ser otorgada, impuesta "desde arriba" y no ser el producto del cuestionamiento y del derrocamiento del viejo orden social. En Irán, los grandes terratenientes (el 1 o/o de la población) han detentado entre el 55 o/o y el 60 o/o de las tierras anualmente cultivadas hasta el último decenio, mientras que el 22 o/o de los campesinos poseía menos de 1 Ha; es decir, una superficie insuficiente para asegurar la subsistencia de una familia. Los dueños de la tierra, propietarios de varias aldeas, controlaban a distancia toda la vida de estas comunidades y desempeñaban el papel de prestamistas-usureros. Desde el momento en que el gobierno, en 1963, aplicó *su* reforma agraria que convirtió a los aparceros en propietarios pero que confirmó a los demás en su condición de asalariados rurales, los campesinos manifestaron su incertidumbre o su pasividad. Ningún movimiento campesino había impuesto la reforma y ésta aparecía como un peligro que amenazaba los equilibrios y las protecciones resultantes de la tradición. La consecuencia social más visible ha sido la formación de una nueva capa de pequeños propietarios y el desarrollo de una "clase" de comerciantes que ha recuperado las funciones de dirección y el papel financiero desempeñado por los notables terratenientes[175]

La cuestión agraria, en la que se sintetizan las desigualdades del mundo rural subdesarrollado, involucra múltiples facetas: unas, *las preponderantes*, se derivan del modo de producción, el nivel de desarrollo técnico y de las relaciones de dependencia externa (la acción de los polos *extranjeros* dominantes respecto de la economía nacional, la importancia relativa de los sectores económicos, la forma de la propiedad de la tierra y de la organización de los campesinos en tanto productores, etcétera). Las otras facetas son las resultantes de la historia misma de las comunidades lugareñas,

175 Véase K. Khosrovi, La stratification sociale rurale en Iran, en *Etudes rurales*, 22-23-24, 1966 y La réforme agraire et l'apparition d'une nouvelle classe en Iran, n.p.

de su tradición y de su capacidad de adhesión al cambio provocado. En ambos casos, el hecho de que las masas compesinas retomen la iniciativa implica una fuerza de cuestionamiento y una acción colectiva capaces de desencadenar las "tres revoluciones del desarrollo" (la técnico-económica, la cultural y la política).

d) *Las disidencias campesinas.* —En la mayoría de los países del Tercer Mundo, el campesinado, aunque mayoritario, no dispone ni de medios de presión económica y política ni de medios de educación e información que les serían necesarios. El campesinado está "separado". Las revoluciones que se han pretendido campesinas, la de la Nueva China y, en menor medida, la de Cuba, tuvieron ante todo por finalidad la ruptura de esa separación. Las relaciones entre las ciudades (espacios de la modernidad) y el campo (sitio de la tradición y del desarrollo lento) tienen, en parte, un carácter antagónico. En el caso de las nuevas naciones, que acaban de acceder a la independencia política, ese fenómeno se halla acentuado. En Africa Negra, las transformaciones operadas en el curso de los últimos años se ven, sobre todo, como un conjunto de medidas que benefician a los sectores urbanos, incluidos los obreros. Consecuencia de la "proletarización mediante clases ecológicas" mencionada a propósito de las desigualdades regionales[176].

El segundo corte se ha establecido entre el campesinado y la *nueva clase*: la de los gestores, los dirigentes políticos y los técnicos responsables. Esta clase, a menudo, es considerada "distante", exterior al medio campesino y a sus auténticos problemas, encerrada en un universo burocrático cuya finalidad casi no aparece. Se la juzga como beneficiaria abusiva de las ventajas adquiridas y excesivamente preocupadas por la consolidación de su poder, proporcionándose una base económica conforme a sus intereses de clase. F. Fanon, teórico y militante del Tercer Mundo rebelde ya había denunciado a las "burguesías nacionales", mostrándolas como falsas burguesías, sin espíritu de empresa y sin gusto por el riesgo[177]. La "nueva élite" pudo ser asimilada, con suma rapidez, a una "casta" privilegiada y rechazada: lo que ha contribuido al auge de los gobiernos militares, a la transformación de muchas sociedades en las cuales el desarrollo rural permanecía diferido o era demasiado lento en sociedades militares (por ejemplo, en Egipto).

Las disidencias campesinas se expresan, en algunos casos, mediante el recurso a procedimientos vinculados con el tradicionalismo. En Argelia se produjeron insurrecciones rurales posteriores

176 Remitirse al capítulo de la II Parte titulado "La problemática de las clases sociales en formación"

177 Les damnés de la terre, París, 1961.

a la independencia en Aurés y en Kabglia. Un estudio de J. Fauvet ha mostrado los mecanismos que operan en cada una de las rebeliones citadas[178]. Los campesinos de Aurés emplearon la violencia a la antigua manera de los *siba* (disidentes) para "llamar la atención del estado" y obligar a las autoridades a una acción que redujera la diferencia entre sus exigencias de progreso y los insuficientes medios puestos a su disposición. Estos campesinos se levantan en armas reivindicando la modernidad. En Kabylia, donde el particularismo es vigoroso, la creación de "*maquis*" y el establecimiento de poderes locales permitieron la distensión de las relaciones con un estado considerado lejano y abstracto, luego de modificar las decisiones del gobierno adoptadas bajo el impulso de las élites políticas de Kabylia. Las reticencias frente a la nueva burocracia conducen a reactivar, por un tiempo, las tradicionales formas del poder.

En esos pocos ejemplos, se puede ver al campesinado del Tercer Mundo expresándose mediante *su propia ambigüedad*. Sufre al máximo la tensión entre la tradición y la modernidad. Asimismo es dable observar en los casos citados *su relación ambigua* con las otras clases o grupos sociales: el campesinado debería ser el primer beneficiario de las políticas de desarrollo, pero, a menudo, se lo sacrifica a las exigencias de la industrialización o/y del prestigio y, con mayor frecuencia aún, a los intereses de la nueva clase gestora. Ello puede explicar la función de refugio que cumplen los mesianismos revolucionarios y la duradera adhesión de ciertas masas campesinas a su propia "imaginación" social. La integración en una sociedad "fantasma" compensa el sentimiento de exclusión o de marginalidad experimentado en el plano de las reales relaciones sociales.

IV. APERTURAS TEORICAS E IDEOLOGICAS

El carácter aún precario de la sociología del desarrollo no debe ocultar el hecho de que ella debe ser el instrumento de una transformación decisiva en la sociología. Al mismo tiempo, es el agente provocador de una crítica de las ideologías que *se han convertido* en específicas de las sociedades industriales. Dicha sociología impone nuevos hechos y nuevas exigencias. Las teorías del desarrollo propias del Tercer Mundo, primeramente, estuvieron marcadas por las teorías exteriores: las que se formaron y se confrontaron en el seno de las llamadas sociedades avanzadas, hoy cuestionadas. Los países en vías de mutación son reticentes y dudan de los "modelos" extranjeros que durante un primer período, parecían poder orientar sus proyectos. Estos países desconfían de toda doctrina proveniente del exterior, incluso de las portadoras

178 *Op. cit.*

de la revolución (cuando se trata de opciones progresistas). Al mismo tiempo que afirman su derecho al desarrollo sostienen su *derecho al cisma*. Esta reivindicación no es la menos revolucionaria.

China y la URSS difieren, se oponen y rivalizan. Sin embargo, cada una de ellas proclama su fidelidad al auténtico marxismo-leninismo. Los socialismos en curso (o las tentativas en ese sentido) se diversifican —vías cubana, argelina, africana, hindú— y se multiplican. Se adaptan a las condiciones locales y se esfuerzan por preservar los antiguos valores cardinales. Los socialismos se tornan específicos y, en cierta medida, *sincréticos*. La India tiene el valor de un ejemplo ilustrativo, si nos remitimos a las afirmaciones *iniciales*. La doctrina *oficialmente* definida revela la diversidad de las fuentes de inspiración. En ellas se encuentra el ruralismo heredado de Gandhi, la exigencia de *social welfare* recibida del pensamiento económico anglosajón, la pasión por la industrialización (con la voluntad de acceder a las técnicas más avanzadas) y el socialismo, determinado en base a las condiciones hindúes. Es decir, un socialismo reconocido en tanto *necesidad*, pero que debe asegurar el mantenimiento de los valores considerados fundamentales, que niega la lucha de clases y rechaza inclusive el análisis dialéctico de los fenómenos. Este bosquejo incompleto, unido a una teoría sumamente vulnerable, encuentra sus réplicas en otros países del Tercer Mundo. En su conjunto, esos ejemplos ponen de relieve que el socialismo se transforma al generalizarse[179]. Sociedades de nuevo tipo se erigen o tratan de nacer. Reivindican el dominio pleno de los medios para su desarrollo, incluidos los instrumentos teóricos e ideológicos. Al proceder de este modo nos sacan de nuestra rutina intelectual.

179 Remitirse, por ejemplo, al "Preámbulo" del segundo Plan Quinquenal de la India. Véase, también, G. Balandier, Inventer des societés neuves, en un número especial de la revista *Arguments*, 15, 1959.

V. La Antropología y el Estudio del Cambio [180]

I. OBSERVACIONES PREVIAS

La literatura especializada se torna abundante pero, no obstante, sigue siendo difícil formarse una idea precisa de los procesos de cambio social que afectan las "sociedades tradicionales", en particular en los países considerados subdesarrollados. No es que se carezca de materiales: lo atestiguan las investigaciones bibliográficas. Tampoco ocurre que no existan tentativas de comprension de conjunto que llevan a construcciones teóricas que se pretenden novedosas: lo evidencia la amplia reseña trazada por un grupo de investigadores holandeses, publicada con el título de *Social Change as influenced by Technological Change*[181].

¿Cuáles son, pues, las dificultades que contribuyen a explicar una situación tan desconcertante? Residen, en primer término, en la ambición de los proyectos. El actual desarrollo de las ciencias sociales y el tipo de formulaciones a las cuales ellas pueden llegar, aún no posibilitan la elaboración de una *teoría general* del cambio social (condicionado por el desarrollo de las fuerzas productivas) que pueda ser válida para todas las sociedades. Los medios de estudio, si se dejan de lado las ciencias económicas y ciertos sectores de la demografía, no son, casi, propicios a los procedimientos de "reducción" de lo real sin los cuales los intentos teóricos resultan excesivamente parciales y, por consiguiente, precarios.

Las dificultades son inherentes también a la especialización creciente que ha diferenciado a las ciencias sociales en el curso de sus progresiones "separadas". Cada una de ellas, al considerar una particular instancia de la realidad social, ha elaborado métodos de investigación y sistemas conceptuales que les son peculiares. Este movimiento continuo de diferenciación —que era necesario para sus respectivos avances— las ha alejado entre sí al punto de privarlas de un mínimo lenguaje común, de los medios de comunicarse de manera fructífera. Los textos recopilados en ocasión de las llamadas investigaciones "interdisciplinarias" muestran a las claras (aunque los temas de la investigación hayan sido determinados en forma conjunta y de antemano) hasta qué punto es difícil llevar a cabo un ajuste.

180 Extracto revisado de un capítulo de la obra colectiva G. Balandier (dir.) *Les implications sociales du progrès technique*. Paris, PUF, 1959.

181 Op. cit.

La idea que tenemos actualmente del dinamismo de las sociedades y las civilizaciones nos ha impuesto el reconocimiento de que todo cambio *parcial* —por ejemplo, en el plano de las técnicas— produce efectos que se extienden a otros sectores de la realidad socio-cultural y efectos "de retorno" (fenómenos de *feed-back*), los cuales no pueden considerarse de un modo científico mediante un examen unilateral. Se trata de aspectos que han sido subrayados por los estudios de dinámica social y cultural. Desde el punto de vista del economista, S. Kuznets ha puesto de relieve la misma exigencia. Ha insistido en el hecho de que "las implicancias económicas" del cambio técnico deben aprehenderse en términos de "interrelación estrecha" y ha señalado los límites de su disciplina al sostener que las evaluaciones de orden económico "de ninguna manera son reveladoras de las numerosas experiencias que tienen los hombres en tanto criaturas sociales"[182].

Los especialistas concuerdan en el reconocimiento de la necesidad de una investigación "interdisciplinaria" en el estudio de los cambios sociales vinculados con los rápidos desarrollos técnicos y económicos y también en el que versan sobre los grandes problemas de la sociedad. Pero hay un trecho muy largo entre esta verificación y la posibilidad de llevar a cabo una eficaz colaboración. Debido a la falta de "contacto" en el momento señalado: las ciencias sociales descubren la necesidad de unir sus esfuerzos cuando ya un avance aislado las ha separado entre sí. Esto ocurre de un modo muy visible, como puede comprobarse si se observa la posición de las ciencias economicas en relación con la sociología, la psicología social y la antropología. Sería conveniente iniciar los trabajos en común entre varias de las disciplinas citadas con la determinación de campos limitados de investigación y la ubicación de los niveles estratégicos en los cuales parece más fácil el restablecimiento de las comunicaciones.

Las ciencias económicas, sobre todo preparadas para la consideración de los problemas de las sociedades industriales avanzadas, se hallan poco pertrechadas para el examen de los problemas propios de las "sociedades tradicionales" en vías de concretar una verdadera mutación. A menudo carecen de una dimensión histórica de suficiente extensión y del conocimiento de los recientes aportes de la antropología social y cultural. En tanto disciplinas que versan sobre "cantidades", las ciencias económicas deben referirse a series estadísticas, siendo estas —por lo general— incompletas e insuficientes en el caso de los países en vías de desarrollo. Esta situación entorpece la determinación de índices y las mediciones y cálculos requeridos en los trabajos de investigación económica. S. Kuznets ha mostrado —precisamente— como se complica al extremo, en

182 *Op. cit.*, Measurement of social implications for technological change.

este caso particular, el problema de la identificación de los cambios con "unidades contables" En fin, las ciencias económicas modernas están mejor preparadas para razonar sobre conjuntos de vastas dimensiones (naciones, regiones, grandes empresas) que para analizar unidades de extensión limitada, como, justamente, son las "sociedades tradicionales", separadas y abiertas a la economía de mercado desde hace relativamente poco tiempo. La diferencia de dimensiones trae aparejada otra perturbación más. Es importante también señalar que las opciones políticas de una cantidad de naciones nuevas ponen a prueba una ciencia económica que sobre todo se ha conformado y comprobado en el sistema del capitalismo liberal y luego del capitalismo organizado.

La demografía capta *transformaciones* de orden estructural y las *tendencias* de carácter suficientemente general que se evidencian en el movimiento de las poblaciones. Un estudio de K. Davis —quien formula una "teoría de los cambios de población que se operan en las sociedades preindustriales"— pone de manifiesto dichas transformaciones y tendencias[183] Pero no por ello los límites dejan de estar presentes. Por una parte, se trata de resultados sobre todo válidos, como son los de las ciencias económicas, para grandes conjuntos. Por otra parte, los conocimientos que aportan tales investigaciones —debido a las fuentes y a la naturaleza de las informaciones disponibles— se aplican con preferencia a los países que animaron la revolución industrial (con datos históricos precisos que se remontan a la segunda mitad del siglo XVIII) que a los países de distintas civilizaciones que recibieron de afuera los elementos de la nueva cultura técnica. Queda en pie, y visible, el peligro de una extrapolación que podría ser desmentida por los hechos. Se observa —como lo subraya, por otra parte, K. Davis— que las relaciones entre elevación de los niveles de vida, incremento de la renta nacional y movimientos de la población no son ni tan automáticas ni tan directas como podría inferirse luego de haber analizado la evolución demográfica únicamente en las sociedades económicamente avanzadas. A la demografía se le plantean los problemas de las *motivaciones* y las *actitudes*, lo cual remite a consideraciones de orden psicosociológico y cultural. K. Davis lo recuerda en la conclusión de su estudio —el cual acabamos de citar—: "No nos ha sido posible considerar las relaciones referentes a las motivaciones, salvo para llamar la atención sobre ellas. Para la mayor parte de los casos, no se deben extraer conclusiones referidas a los motivos y actitudes de los acopios de datos. Tales conclusiones pueden sacarse mediante trabajos sobre el terreno, recurriendo a entrevistas *(interviews)* de tipo diferente de las efectuadas en el momento del acopio de datos. La metodología de

183 *Op. cit.*, The demographic consequences of change in productive technology.

tales estudios pertenece más al campo de la psicología social y de la sociología que al de la demografía, si bien el papel que ésta desempeña en la comprensión de los comportamientos demográficos es evidente" [184].

Venimos de considerar dos disciplinas que se caracterizan por su *gran capacidad* para emplear la medición —con independencia de sus sectores y aportes específicos—. La investigación sociopsicológica muestra su inferioridad al respecto; lo cual, al aparecer como una profunda diferencia en el método y en la formulación de los problemas, hace difícil la confrontación "interdisciplinaria". W. Moore, en ocasión de una contribución a un trabajo colectivo, reveló —más que los autores anteriormente citados— una "sensibilidad" por el hecho de la diversidad de las dimensiones mediante las cuales se captan los fenoménos[185]. Al pasar de los "subsistemas" a las "estructuras y estratificaciones sociales", luego a "las naciones o sociedades globales", se produce un cambio de escala que explica el hecho de que el trabajo del investigador en la realidad observada sea desigual desde el instante en que se desplaza desde uno hacia el otro de los conjuntos citados. Se deteriora su dominio al agrandarse el tamaño de los ordenamientos sociales.

La dificultad, en cierto modo, se complica si se aborda, al mismo tiempo, la posibilidad de recurrir a una medición. W. Moore, al plantear el problema de las implicancias sociopsicológicas de los cambios técnicos define tres tipos de medida:

Tipo A — Las mediciones son posibles si existen informaciones estadísticas de fuente oficial u otra.

Tipo B — Las mediciones concebidas en ocasión de encuestas sobre el terreno, que son específicas de tales encuestas.

Tipo C — Las mediciones deducidas mediante el análisis, que resultan de la observación indirecta.

Estos tres géneros de instrumentos son de naturaleza y calidad diferentes. No le dan exactamente la misma significación al concepto de "medida". No se los puede utilizar de igual forma para cada uno de los tres planos de la realidad social que hemos señalado hace un instante. Es significativo el modo en que se distribuyen —en función de tales planos— los tipos de medición determinados por Moore[186] En el siguiente cuadro transcribimos la distribución numérica por tipos, según los cálculos de Moore:

184 Op. cit.

185 *Op. cit.*, Measurement of organizational and institutional implications of changes in productive technology.

186 *Op. cit.*

Distribución de los tipos de medida que permiten la evaluación de la influencia sociopsicológica de los cambios técnicos.

	Tipo de medición			
Escala del estudio	*Tipo A*	*Tipo B*	*Tipo C*	*Totales*
Subsistemas sociales	13	29	5	47
Estructuras y estratificaciones sociales	4	14	3	21
Naciones o sociedades globales	5	4	8	17
	22	47	16	

Se evidencian dos hechos: la medición, en sus diferentes formas, se torna más difícil en la medida en que se incrementa la dimensión de los fenómenos considerados (al respecto, los que se captan en escala reducida, son privilegiados); predominan las mediciones peculiares de las encuestas sobre el terreno (mediciones del tipo B), lo que explica la "demanda" expresada por las disciplinas —ciencias económicas y demográficas— que operan en un nivel de "generalidad" más elevado, las cuales recurren a mediciones del tipo A y C.

Existe otra dificultad que se deriva de las consideraciones de W. Moore. Su análisis psicosociológico se apoya en el ejemplo de "las sociedades altamente industrializadas". Por causas muy comprensibles: las informaciones concernientes a dichas sociedades se elaboran en un período más largo de tiempo, por lo cual son más abundantes los datos de orden cuantitativo y más completas las series numéricas. Luego de aportar esta precisión, W. Moore señala: "Sin embargo, algunos de los instrumentos de medición sugeridos son utilizables, al menos en principio, en regiones menos desarrolladas". Es conveniente ser más crítico e interrogarse acerca de si son válidas —y dentro de qué límites— para las sociedades que han recibido desde el exterior y con retraso los impulsos para su "progreso", las conclusiones extraídas de la observación de las sociedades que han tomado la delantera del movimiento técnico y económico. La antropología social y cultural tiene la obligación de aportar los elementos para la respuesta a este interrogante.

Esta disciplina —al prestar una gran atención a las configuraciones culturales y, por consiguiente, a los rasgos específicos de las diversas sociedades— sostiene un punto de vista *relativista* que la diferencia de las ciencias que hemos considerado hasta ahora y la torna desconfiada respecto de las generalizaciones que no están

"situadas" con precisión. Su segunda característica reside en que se consagra a la observación de sociedades y unidades de dimensión reducida. Le ha permitido enfocar la realidad social en toda su vastedad —al mismo tiempo que la compleja red de interrelaciones— y darle a sus resultados el carácter *sintético* en pos del cual van actualmente los estudios "interdisciplinarios". Desde este doble punto de vista —por su exigencia relativista y su esfuerzo de síntesis—, la antropología social y cultural aporta correctivos indispensables para los enfoques anteriormente citados. No quita que sus insuficiencias sean también palpables. Estas se refieren a la escala de la observación y al acento que se pone sobre los hechos "culturales" (a menudo considerados —y de modo exclusivo— en términos de sistemas de símbolos, valores y conductas), por más que este problema sea abordado —de paso— en muchos estudios. R. Firth lo ha señalado: "Si bien los antropólogos sociales a menudo parecen ignorar los efectos de los factores técnicos y económicos sobre la estructura de las sociedades, tradicionalmente han tratado de prestarles atención en razón de su preocupación por incluir el estudio de las técnicas primitivas en la antropología"[187].

Las dificultades se explican, finalmente, por la orientación dominante en los estudios antropológicos, los cuales fueron más requeridos en la faz *cualitativa* que en la cuantitativa de las relaciones sociales. En el plano de las evaluaciones y consideraciones de tipo numérico, tales investigaciones revelan una pesadez incuestionable.

En lo que respecta al análisis mediante *patrones* o *modelos*, es, en cambio, incuestionable la importancia del aporte debido a los antropólogos. Sin embargo, un contacto más directo con las realidades sociales ha inducido a la prudencia, desde el momento en que se trata de interpretar "esquemáticamente" fenómenos que caracterizan a las "situaciones dinámicas". Una revisión de los trabajos consagrados a tales fenómenos realizada bajo la dirección de R. Firth[188], evidencia el lugar reducido que ocupan los "modelos de carácter general": los de tipo evolucionista se han tornado más raros, los resultantes del análisis de las "situaciones dinámicas contemporáneas" (B. Malinowski y su *Dinamics of Culture Change*, G. y M. Wilson y su esquema de la "destribalización", etcétera) durante largo tiempo no han tenido sino un estrecho margen de aplicabilidad. En cambio, el estudio de *patrones* concretos parece más avanzado, ya sea que encare casos simples en los cuales se introduce un solo elemento técnico nuevo; ya sea que considere los casos en que se han implantado en sociedades predesarrolladas

187 *Op. cit.*, Clasification of the results of studies and the social implications of technicological change as regards patterns and models.

188 Remitirse al artículo citado.

complejos técnicos íntegros. Al tiempo que señala que "las implicancias sociales de los cambios técnicos" pueden mostrar amplias variaciones en ambas categorías citadas, el redactor agrega una precisión indispensable. Es la siguiente: "En general, las consecuencias sociales no emergen del cambio técnico en tanto tal sino que tienden a ser mediatizadas por los efectos producidos en la renta por una parte y/o en los efectos demográficos por otra".

Esta observación nos remite al estudio "interdisciplinario" ya señalado en la presente introducción. Nos encontramos mejor preparados —habiendo definido la dirección de las investigaciones dirigidas a desentrañar los cambios sociales que afectan a las "sociedades tradicionales"— para ubicar las discordancias resultantes de la naturaleza misma de las disciplinas puestas en relación. Evidentemente, nos atendremos a las ciencias mencionadas, las cuales son las principales implicadas: ciencias económicas y demográficas, sociología y psicología social, antropología. Su cotejo sólo puede abordarse en relación con el tema considerado. Por consiguiente, alcance de dicha confrontación es reducido. La presentamos en una forma groseramente esquemática, en un cuadro que incluye una cantidad restringida de pautas y considerando, únicamente, las orientaciones dominantes (lo que no significa que sean exclusivas) de cada disciplina[189].

Este intento de trazar un paralelo —en cierto modo caricaturesco— tiene, no obstante, el mérito de sugerir cómo se disponen en relación mutua las ciencias en cuestión. Ese cuadro pone de relieve la situación "singular" de la antropología, el carácter "intermedio" de la sociología y de la psicología social en relación —por un lado— con ella y —por otro— con la demografía y las ciencias económicas. Por consiguiente, convendría que se hiciese desempeñar a esa doble disciplina un papel de *mediación* en el estudio de los problemas que requieren el concurso de investigaciones antropológicas, las cuales se hallan estrechamente unidas con la definición de las "sociedades tradicionales" y con los análisis demográficos y económicos que supone la fórmula: las implicancias sociales de los cambios tecnológicos. Las recientes investigaciones, por medio de las cuales la antropología trata de captar el movimiento y el sentido de los cambios socioculturales, revelan —por otra parte— la tendencia a inyectar cierta dosis de sociología y de psicología social en los métodos específicos de la antropología. Al parecer, los medios habituales de esta son insuficientes cuando se trata de abordar "las situaciones dinámicas".

II. NOTAS SOBRE UNA REVISION SELECTIVA DE LA BIBLIOGRAFIA

Los estudios que versan sobre los cambios "aparejados" a las transformaciones de las técnicas plantean una serie de cuestiones

189 Véase el cuadro de la página siguiente.

	DISCIPLINAS			
Pautas de referencia	*Ciencias Económicas*	*Demografía*	*Sociología y psicología social*	*Antropología*
1. Carácter de la observación:				
— directa	Predominante.	Predominante.	Una y otra.	Predominante.
— indirecta				
2. Escala de la observación:				
— pequeña	Se utiliza.	Se utiliza.	Intento de captación en todas las dimensiones.	Predominante.
— mediana	Predominante.	Predominante.		
— grande				
3. Tipo de observación:				
— "total"	Predominante.	Predominante.	Una y otra.	Predominante.
— especializada				
4. Amplitud del tiempo histórico considerado:				
— período muy largo	Uno y otro.	Uno y otro.	Intento de captación en todas las dim. de tiempo.	Predominante.
— a largo plazo				
— a corto plazo				
5. Capacidad de emplear la medición:				
— general	Predominante.	Predominante.	Predominante.	Predominante.
— parcial				
— muy limitada				
6. Naturaleza de los resultados:				
— tendencia a generalizar	Predominante.	Predominante.	Predominante. Existente.	Predominante.
— tendencia "relativista"				

—algunas de las cuales son ingenuas— a las cuales no es fácil dar respuesta. ¿Es posible *prever* y *calcular* los efectos primarios y derivados producidos por el cambio técnico en las sociedades en las cuales éste se opera? ¿Es posible *controlar* tales cambios sociales? Lo que nos remite, en última instancia, al interrogante de cuál es la naturaleza de la realidad social y cómo se puede concebir el modo de dominarla. Un interrogatorio tan "abundante" nos remite a consideraciones teóricas que no pueden eludirse ni diferirse.

1) El presupuesto teórico

Un grupo de sociólogos pertenecientes al Instituto de Sociología de Bruselas, dirigido por H. Janne, ha procedido a un primer inventario de los aportes de la teoría y lo ha completado con un examen terminológico[190]. Este permite señalar que "el análisis crítico de un concepto sociológico se halla en razón directa con la importancia de las formas de razonamiento y de las actitudes teóricas que entraña". Por ello se obliga, también, a considerar las "categorías generales" empleadas en "el sector de la dinámica sociocultural que el progreso técnico condiciona en forma directa". Dicho inventario plantea, de esta manera, una investigación de las teorías que tiene una real utilidad.

¿Qué muestra esta investigación? Las obras que llamaban la atención han originado una opción que ya de por sí misma es significativa: el aporte antropológico no se ha podido enfocar sino a partir de los trabajos de E. H. Spicer y B. Malinowski, mientras que se presenta ampliamente la contribución de la sociología con referencia a los trabajos de V. Pareto, P. A. Sorokin, W. F. Ogburn, R. C. Mac Iver, F. H. Giddings, etcétera. Los autores no se propusieron el desmedido propósito de lograr una revisión completa, pero, no obstante, se vieron colocados frente a una situación de hecho. La mayor cantidad de los ensayos teóricos conciernen a los cambios producidos en las sociedades *iniciadoras* del progreso técnico moderno y no a aquellas que se han convertido en *importadoras* de éste. Los resultados son positivos, tanto porque posibilitan una sistematización del conjunto (investigaciones de P. Sorokin) como porque plantean en una forma un poco más limitativa los efectos de la invención y del progreso técnico (la bibliografía de los estudios referidos a éstos ha sido recopilada por S. C. Gilfillan)[191]. Sin embargo, al parecer, es poco probable que por sus conclusiones sean "transferibles" de un caso a otro.

190 Op. cit., Análisis crítico de los conceptos referentes a las implicancias sociales del progreso técnico.

191 En *Sociologie contemporaine*, 4, 1953.

Incita a recordar —dejando de lado algunas excepciones (entre ellas, la obra de R. Firth)— la medida insuficiente en que la antropología ha tomado en cuenta los datos demográficos, técnicos y económicos en su examen dinámico de los hechos sociales y culturales. Ya habíamos constatado la existencia de esta laguna en una contribución que tenía el carácter de un inventario general:

"El campo de los estudios consagrados a los fenómenos de *aculturation*, contactos y conflictos culturales cubre —aunque solo en cierta medida— el tema que tratamos de definir. Al respecto, los trabajos existentes, determinan los procesos muy generales que expresan la aceptación o el rechazo de un "rasgo" cultural extranjero y las reorganizaciones o ajustes que se derivan de este hecho. En muchas circunstancias, las investigaciones han dedicado mayor atención a los aspectos psicológicos de los fenómenos que a sus aspectos "objetivos" [192].

Esta debilidad es particularmente visible en las tentativas de conceptualización y en los ensayos téoricos que datan del período 1935-1940. Pero se ha producido una evolución, cuyo testimonio lo da la puntualización hecha en la revista *American Anthropoligist* al transcribir los resultados de un "seminario" que consideró los procesos de *aculturación* desde una nueva óptica[193] En este caso, al parecer, el enfoque de los fenómenos es menos parcial en la medida en que se ha apartado de preocupaciones principalmente psicológicas, en la medida en que se ha orientado hacia la consideración del "contexto ecológico" y de las "características demográficas".

Desde el punto de vista de las implicancias teóricas, dicha evaluación pone de relieve —de manera directa o indirecta— tanto los límites del aporte sociológico, referido sobre todo a las sociedades industrializadas de la primera generación, como los límites del aporte antropológico que ha desarrollado el estudio de "casos" más que elaboraciones de valor general. Por su parte, el análisis de la terminología ha evidenciado nítidamente la cantidad de especialistas que aún carecen de un lenguaje suficientemente riguroso. Se puede percibir desde el comienzo, cuando los autores citan los argumentos empleados por S. H. Frankel para poner en tela de juicio la noción misma de "las consecuencias sociales del progreso técnico" [194]. También se lo puede percibir en el estudio de S. Kuznets que se esfuerza por definir dicha noción —luego de haber indicado su ambigüedad— dándole una acepción limitada pero más

192 G. Balandier, Conséquences sociales du progrès technique dans les pays sous-développés, en *Sociologie contemporaine*, vol. III, 1954-1955.
193 Vol. 56, diciembre de 1954.
194 S. H. Frankel *The economic impact on under-developed societies* Oxford, 1953.

precisa[195]. La crítica terminológica se ha ejercido de preferencia sobre los conceptos generales (los que están vinculados directamente con dos términos claves: "técnica" y "sociocultural") que sobre los conceptos más particulares. Pese a que estos mismos —costo social, marginalidad, punto de equilibrio, ritmo de los cambios, crisis, progreso objetivo y subjetivo, etcétera— tampoco son suficientemente específicos. La imprecisión del vocabulario refuerza, a su turno, el sentimiento de insatisfacción que produce el examen de las teorías.

Contribuye, en buena medida, la falta de un lenguaje unificado. H. Janne plantea el problema: "Se debe hacer notar también que no se ha aludido a las condiciones susceptibles de garantizar cierta unidad de vocabulario. En efecto, nuestras investigaciones, en su desarrollo, nos han convencido de que no existían tales condiciones y que no pueden tampoco darse en el momento actual". Esta dificultad nos remite a un problema no resuelto: el de la integración de las ciencias sociales. Es decir, el problema del establecimiento de una relación entre ellas que posibilite una "aprehensión total" de la realidad social mediante la unificación de sus esfuerzos. H. Janne saca conclusiones de ello desde el punto de vista de la sociología, pero sus observaciones pueden ser aplicadas a otras disciplinas. "La sociología —dice— no unificará su vocabulario sino en la medida en que se integrará en un cuerpo de doctrina vinculado con la vasta red de las ciencias sociales aplicadas".

2) Los aportes de las disciplinas

a) *Las ciencias económicas.* La necesidad hizo que los economistas antes que los especialistas de las otras ciencias sociales prestarán atención a los problemas planteados por los cambios que afectan a las técnicas productivas y a las relaciones de producción. De un modo incuestionable sino directo, los problemas que aquí nos preocupan fueron encarados por los autores que —con independencia de Marx o de Schumpeter— contribuyeron al desarrollo de una teoría del crecimiento económico y de su influencia. Las ciencias económicas evidencian un sistema de referencias teóricas que tiene una real utilidad. Con la salvedad recordada en reiteradas oportunidades de que los resultados logrados derivan del estudio de casos particularmente precisos y ubicados en el tiempo: los que se refieren a las primeras sociedades industriales después de las revoluciones técnicas de los siglos XVIII y XIX. Queda por determinar el grado de aplicabilidad de estas teorías a medios sociales y culturales totalmente distintos; en particular, queda por estudiar las formas del movimiento económico y técnico cuando éste está condicionado por influencias y aportes exteriores signado por las relaciones de dominación.

195 Op. cit.

Las ciencias económicas han tratado de elaborar instrumentos precisos para la evaluación numérica. Si bien —como lo ha recordado S. Kuznets— es imposible construir un "índice sintético" que posibilite la apreciación global de las implicancias económicas del cambio técnico, queda en pie la posibilidad de estructurar *una serie de índices* referidos a cada una de dichas implicancias. Es lo que se ha intentado hacer al considerar a los hombres en tanto productores, consumidores, ahorristas y miembros de un sistema de mercado. Es factible multiplicar los índices —para cada una de estas categorías— todo lo que fuera necesario para afinar el análisis. No por ello deja de subsistir la dificultad constante, la cual, para ser resuelta, exige la ayuda de la sociología y de la antropología social. ¿En qué medida los diversos "indicadores" conservan la misma pertinencia cuando se los utiliza en el estudio de estructuras sociales muy diferentes? Es común la idea de que existe *homogeneidad* de las sociedades humanas a través del tiempo y del espacio. Pero faltaría saber con toda exactitud cuál es la naturaleza de esta homogeneidad. E inclusive, sería necesario posiblemente también poner en tela de juicio esa idea.

Finalmente, es preciso recordar que los economistas han concebido esquemas de análisis "adaptados" (o pretendidamente tales) a la situación actual de los países en desarrrollo. Es el caso de los trabajos de J. S. Furnivall y de H. J. Bocke, quienes introducen el concepto de economía dualista con el fin de diferenciar a las sociedades en cuyo seno el cambio técnico mantiene (o crea) una *economía unitaria* de aquellas en las cuales dicho cambio origina una *economía no unificada*. El ya citado grupo de evaluación, cuya dirección asumiera R. Firth, ha emprendido una labor tendiente a la definición de tales conceptos y, al mismo tiempo, a su crítica. Al comentar el corte establecido entre economía unitaria y economía dualista, afirma: "En la primera, los habitantes, aunque estén profundamente divididos por los conflictos de clases y las rivalidades de intereses, pueden ser razonablemente considerados como integrantes de un mismo sistema económico y social. En la segunda, los habitantes se dividen en dos sociedades geográficamente adyacentes, una de las cuales está dominada por la tecnología moderna mientras que la otra casi no se halla afectada por ésta". Un esquema de esta índole sólo tiene utilidad para un análisis a corto plazo y muy simplificador. Da cuenta en forma deficiente de la *imbricación* de las estructuras y de las *contradicciones* que estas llevan en su seno.

b) *La demografía.* —La ciencia demográfica ha localizado correctamente los factores que condicionan el crecimiento o la decadencia de las poblaciones. Se trata de conclusiones de orden general. Más allá de estas, importa la consideración de las observaciones

196 Remitirse al estudio citado.

que expresan las tendencias y los cambios propios de las poblaciones que se encuentran en condiciones "predesarrolladas". K. Davis, en un estudio de orientación problemática[196], pone el acento sobre los siguientes puntos:

— Los factores de carácter *limitativo*. La insuficiencia del volumen alimenticio interviene en calidad de factor de limitación debido a la influencia de la mortalidad. Pero la relación nunca es directa, puesto que entre la causa y el efecto se interponen las determinaciones peculiares de las estructuras sociales de la población considerada. Las restricciones a la fecundidad también pueden obedecer a características esencialmente culturales. En tales condiciones, no es despreciable el peligro de sobrevalorar el papel desempeñado por el factor alimenticio en los movimientos naturales de la población.

— La industrialización y la "transición demográfica". Este proceso se encara en la forma de un ciclo que involucra tres fases. La primera: incremento *lento* de la población determinado por una fuerte natalidad y una, también, fuerte mortalidad. Segunda fase: incremento *acelerado* de la población, con alta natalidad y baja mortalidad, debido a la diferencia entre los efectos producidos en la fecundidad (más lentos) y en la mortalidad (más rápidos). Tercera fase: *lento* crecimiento de la población a causa de una débil natalidad y una, también, débil mortalidad. Pero, una vez más, queda en pie la cuestión de saber en qué medida este "ciclo", que ya evidencia importantes variantes en las sociedades industriales a partir de las cuales fue establecido, conserva una validez más general. Por otra parte, K. Davis precisa los límites de su utilización al recordar el juego diferencial de "las fuerzas sociales y económicas" y al sugerir que se trata más de un esquema de análisis que de un instrumento de previsión. En la definición de dicho período de transición, el demógrafo pone de manifiesto las *tendencias* que lo caracterizan: la transformación estructural de la población activa; las migraciones internas (las que obedecen a causas tradicionales disminuyen en la medida en que se acentúa el desarrollo económico y aparecen nuevos movimientos: *las migraciones agrarias* y *las migraciones hacia los centros urbanos* que se multiplican con la aceleración del proceso de industrialización).

— La medida del proceso de urbanización. Esta medición permite establecer las correlaciones (por ejemplo, la que acabamos de recordar entre urbanización e industrialización). Muestra en qué grado la ampliación del medio urbano crea condiciones que afectan profundamente los comportamientos demográficos.

— La medida del nivel de educación. Se trata de una apreciación que interesa directamente al estudio de las variaciones de población y de las modificaciones de esta y que posibilita la vinculación —tal cual ocurre en la práctica— del grado de desarrollo económico con el nivel de educación de los pueblos.

Este análisis de K. Davis que acabamos de transcribir, ha considerado dos tipos de variables: las llamadas de "primer grado", que son estrictamente demográficas y las llamadas de "segundo grado", referentes a las condiciones sociales y económicas y al sistema de motivaciones. Este segundo tipo de variables revela los límites del enfoque, las *impasses* con las cuales chocaría todo estudio exclusivamente basado en una sola disciplina.

c) *La sociología y la psicología social.* —La sociología aporta "materiales" resultantes de las teorías y de las encuestas que evalúan las consecuencias sociales de las transformaciones técnicas, incluidas las más complejas y modernas (es así que se multiplican las investigaciones referentes a los efectos de la automatización y de la informática). Pero, como ya lo hicimos notar, estos instrumentos teóricos no son directamente utilizables en el caso de los países en vía de desarrollo. En su búsqueda de rigor y de reducción científica de la realidad, los sociólogos han optado por "aislar" las sociedades. La falta del entorno ha provocado el hecho de que hayan considerado, sobre todo, los cambios de carácter endógeno. Sin embargo, la transmisión del progreso técnico plantea —en primer lugar— un problema de orden *de relaciones*, de las relaciones entre sociedades que han alcanzado niveles técnico-económicos muy desiguales; problema que se ha encarado poco y nada. Nosotros lo hemos sometido a un primer examen en un anterior estudio[197] y nuevas tentativas expresan una preocupación similar. En fin, quedaría por explicar —y es la última cuestión— por qué los cambios técnicos endógenos no han producido un *efecto acumulativo*, capaz de entrañar una verdadera mutación de civilización, sino de manera excepcional.

Podríamos retomar, a propósito de las teorías sociológicas, lo que ya dijimos acerca de las teorías económicas —las cuales a veces se ocultan, como lo evidencian las obras de Marx, Sombart y Max Weber—: las perspectivas que ellas abren han concernido durante largo tiempo únicamente a Europa y a las sociedades modernas que provienen de ésta. El caso de Sombart sigue siendo el más llamativo: no quería ver en el mundo no europeo sino un "mundo de la pasividad". Agreguemos a ello el hecho de que los modelos de desarrollo más usados se presentan, a menudo, en una forma muy general y excesivamente simplificada: el pasaje de la solidaridad orgánica a la solidaridad mecánica, el pasaje del status al contrato, el pasaje de la "comunidad" a la "sociedad", etcétera.

W. E. Moore ha investigado, en el estudio ya citado, cuáles pueden ser las "implicancias" del cambio de las técnicas productivas en los diversos niveles de la realidad social. El ha inventariado los instrumentos de evaluación numérica utilizables. Sus sugestiones sirven para orientar algunas de las encuestas que versan sobre las "sociedades tradicionales", en la faz de las transformaciones provocadas por la difusión generalizada de la civilización industrial. A condición de ser consciente, desde el punto de partida, de que ese "modo de lectura" ha sido concebido a partir de un conocimiento científico de las sociedades industriales avanzadas. En la medida en que la sociología y la antropología tienden a interpenetrarse cada vez más es que se hará más fácil la aplicación de dicho método a sociedades "diferentes".

197 La puesta en relación de sociedades diferentes y el problema del subdesarrollo, en *Le "Tiers Monde". Sous-développement et développement* (bajo la dirección de G. Balandier), Paris, PUF, 1a. edic., 1956. Véase el capítulo revisado que lleva el mismo título en la Primera Parte.

III. LA TAREA DE LA ANTROPOLOGIA SOCIAL Y CULTURAL

Hemos señalado ya el aporte específico de la antropología al indicar que su "captación" posee un carácter sintético y que ella introduce —con su reconocimiento de la originalidad de las diversas sociedades tradicionales— un punto de vista *relativista* que pone en guardia contra las generalizaciones prematuras. A esta altura, es importante plantear algunas observaciones que no pudieron formularse en las consideraciones precedentes.

La antropología, debido a la variedad de las observaciones que reúne, conduce —a partir de un análisis comparativo— a la elaboración de una teoría de los cambios sociales que no se halla vinculada exclusivamente con la experiencia de las llamadas sociedades "occidentales". También posibilita una mejor diferenciación de la dinámica peculiar de los cambios *exógenos* de la que es inherente a los cambios *endógenos*. En cada una de estas dos categorías, al parecer, es necesario diferenciar las *incitaciones* al cambio (las cuales no siempre pueden distribuirse entre las dos series: "tecnológicas"/"no tecnológicas") de las *condiciones* de este.

Transcribimos tales exigencias, en forma esquemática, de la siguiente manera:

a) *Cambios endógenos.* —En las sociedades que emplean técnicas consideradas retrasadas, las principales incitaciones internas a los cambios socioculturales se pueden clasificar en tres rubros: 1) incitaciones debidas a modificaciones sobrevenidas en las relaciones entre la sociedad y el marco natural en la que se encuadra; 2) incitaciones provenientes de la vulnerabilidad de algunos de los equilibrios sociales y 3) sobre todo, incitaciones resultantes de los fenómenos de invención o de innovación, cuyo proceso ha sido analizado con mucho ingenio por H. G. Barnett[198].

198 H. G. Barnett, *Innovation: The basis of cultural change*, N. York, 1953.

b) *Cambios exógenos.*—Son aquellos producto del establecimiento de relaciones entre las sociedades y las civilizaciones, como consecuencia de un acto impuesto o voluntario, directo o "a la distancia". En el estudio de estos fenómenos, hay un determinado conjunto de características que se ponen de relieve. Explican la diferente forma de los cambios sociales y culturales observados con ocasión de encuestas particulares. Se trata de cinco características, si nos limitamos a las principales:

1. *Distancia diferencial* existente entre las sociedades en relación. Esta "distancia" se expresa de la manera más evidente en el plano técnico-económico y produce efectos inmediatos en los cambios sociales. Fija, asimismo, el grado de gravedad de los desequilibrios provocados por dichas transformaciones, al menos en forma provisoria.
2. *Situación* recíproca de las sociedades que se hallan en contacto directo o indirecto. Explica, en particular, la mayor o menor capacidad de *controlar* los cambios sociales resultantes de la puesta en relación. Evidentemente, las más desfavorables son las situaciones de estricta dependencia.
3. *Duración* de los procesos de cambio. En el caso de sociedades en vías de desarrollo, por lo general se las evalúa a corto plazo. Se trata de procesos aún inacabados, lo cual refuerza la impresión de desajuste que producen los análisis de los resultados de las encuestas.
4. *Cantidad* de los cambios sociales. Los economistas, con ocasión de experiencias llevadas a cabo en países subdesarrollados, han comprobado que existe un *límite* para la absorción útil de capitales introducidos durante un período dado. La observación es pertinente también para otras disciplinas: una sociedad no puede soportar cambios que la afecten en un mismo momento más allá de ciertos *índices;* de lo contrario corre graves riesgos que la ponen "físicamente" en peligro.
5. *Ritmo* de los cambios sociales. La puesta en relación de sociedades situadas en diferentes niveles técnicos —al igual que la que se puede establecer, dentro de un mismo marco nacional, entre el "medio rural" (más natural) y el "medio urbano" (más técnico)— provoca una discordancia entre los ritmos peculiares de cada uno de los términos. Esta diferencia presente en todos los sitios de la sociedad y de la cultura, se puede ubicar particularmente en el caso de los individuos que deben encarnarla: es así que se subraya la dificultad de adaptación del campesino "tradicional" a los ritmos que le impone la producción en las empresas "modernas"

Sólo nos hemos limitado a transcribir aquí los aportes que, a nuestro juicio, son los más importantes en ocasión de una amplia revisión de la bibliografía especializada. Sirven de punto de partida

a este análisis general, del cual solo hemos podido hacer un bosquejo de las orientaciones al tiempo que sostuvimos su necesidad.

La antropología justifica en otra forma su contribución a dicha futura (y lejana) teoría general del cambio social. Ha tratado de apreciar de qué manera cambian (o no) los elementos constitutivos de una sociedad y una cultura con "velocidades" diferentes. La antropología ha trazado una clasificación de los elementos más fijos y de los menos estables, esbozo de una "Tabla de Mendeleiev" de la dinámica social. Ha intentado una evaluación cuantitativa del fenómeno del *conservatismo*[199], no obstante que la antropología demostraba, en otros análisis, cómo éste podía operar con un poder verdaderamente *selectivo*.

Los estudios antropológicos, al tiempo que han mostrado los efectos negativos de la puesta en relación de sociedades y civilizaciones de potencia desigual han puesto de manifiesto, también, los obstáculos de carácter cultural con los que choca la difusión del progreso técnico y económico. Dichos estudios han tendido a acentuar esos obstáculos, por lo cual, ciertos autores han podido, al respecto, imputarles a los antropólogos una tendencia a la conservación por pesimismo. Tal es el caso del economista e historiador A. Gerschenkron, quien les replica con el ejemplo de la revolución industrial realizada en la URSS (y, sobre todo, en las repúblicas asiáticas) en menos de un cuarto de siglo. Le permite extraer la conclusión de que el problema del atraso económico y de la marcha hacia el progreso es "tanto de orden político como de orden económico". Se trata de una primera corrección que se produce en el sentido de un enfoque "global", el cual, en nuestra opinión —como ya lo dijimos— es el único satisfactorio. A. Gerschenkron completa su examen crítico, subrayando ese aspecto "de relaciones" que reiteradamente hemos señalado[200]: "La mayor lección del siglo XX consiste en que los problemas de las naciones atrasadas no son exclusivamente suyos. Son, igualmente, problemas de las naciones más avanzadas"[201]

La difusión de la civilización técnica y de los conocimientos que involucra plantea, también, el problema de la adaptación a las nuevas tareas, a las nuevas herramientas y maquinarias y a las nuevas maneras de pensar. En este terreno, los aportes de la antropología ya con considerables. Una forma de estos son las investigaciones específicas: se capta en este caso la *diferencia* que

199 Por ejemplo, L. Broom, A measure of conservatism, *American Anthropologist*, 4, 1947.

200 En especial, véanse los capítulos de la Primera Parte de la presente obra.

201 Este estudio se encuentra en: B. F. Hoselitz, ed., *The progress of underdeveloped areas*, Chicago, 1952.

se produce cuando una técnica se traspasa de una cultura que la ha elaborado a una cultura que no es sino su receptora. Se comprueba que esta diferencia tiene una importancia tanto mayor (y graves consecuencias) por cuanto, a menudo, la transferencia se efectúa sin que se haya hecho una apreciación correcta del medio receptor. Otra forma de dichos aportes son las encuestas multidisciplinarias que versan sobre los problemas particulares de un medio técnico devenido moderno (cantera, usina, gran explotación agraria, etcétera): es así que se han podido examinar los grandes cambios en los ritmos de trabajo, la manera en la que la fuerza de trabajo es "movilizada", las transformaciones que afectan a los estímulos a la producción, etcétera.

La transmisión de las técnicas puede enfocarse, *en parte*, como un problema de *comunicación*. Se trata de hacer "pasar" un complejo de técnicas de un sistema que lo ha concebido a un sistema para el cual, al principio, es totalmente extraño. Lo que lleva a concebir un *lenguaje* que establecerá un nexo entre ambos sistemas: la transmisión implica una auténtica traducción. El problema, en todo su alcance, se refiere a la ciencia social en general, aunque en la forma de las relaciones entre "medio técnico" y "medio tradicional". Comienza a recibir los primeros elementos de respuesta en las contribuciones de la antropología y, también, de la sociología rural [202].

Se trata solo de algunos aportes resultantes de una evaluación que está lejos de ser exhaustiva. No está de ningún modo dentro de nuestras intenciones el atribuir una primacía a la antropología social y cultural dado que el objeto a investigar requiere de modo evidente un estudio "interdisciplinario". Por otra parte, dicha ciencia adolece de múltiples insuficiencias. Su análisis en materia de dinámica de los cambios sociales y culturales es limitado debido a una concepción de la cultura, a menudo parcial y por presupuestos teóricos (como los de la escuela funcionalista) que obstaculizan la indispensable captación histórica en este caso. El estudio de los procesos de cambio social, sin una óptica *histórica* y sin la constante afirmación de una exigencia *crítica*, se empalagará con la repetición y terminará por perder toda significación científica.

202 Como ocurre en el caso de la obra de H. Miner, *Culture and agriculture, an anthropological study of a corn-belt county.*

CONCLUSION

Las Sociedades Pluridimensionales

Toda empresa científica llevada a cabo en el dominio de las ciencias sociales tiene el sello de quien la condujo. Este está presente en la empresa, cualquiera que sea su práctica y cualesquiera que fuesen las formas de objetividad (y a veces las máscaras) a las cuales apele. Los etnógrafos o etnólogos "de campo", por lo general, precisan las condiciones y los medios de sus investigaciones. Se sitúan en relación con éstas al menos de manera implícita. Esta práctica merece ser generalizada, ya sea que se trate de una investigación directa (concreta) o teórica. En una exposición previa —constantemente actualizada y comparable, en sus funciones, con el análisis didáctico del psicoanalista—, el investigador hallaría la posibilidad, de este modo, de definir mejor su tentativa al definirse a sí mismo.

En el "Prefacio" a la presente obra he planteado algunos puntos de referencia que indican mis opciones, mi orientación dominante y las circunstancias que las han determinado. Sin embargo, al parecer, son útiles algunas indicaciones complementarias que posibilitarán una mejor delimitación del riesgo que se ha corrido. Los textos aquí recopilados provienen de un movimiento doble. El de una actividad científica, la cual, al principio regida por los convencionalismos de la etnología[1] "clásica", se ha reencontrado con su propia crítica en una actualidad destructora de los modelos prefabricados. De este modo, dicha actividad estuvo obligada, desde el inicio, al cuestionamiento teórico[2] y se vio inducida a construir una imagen modificada de las llamadas sociedades tradicionales. Esta nueva caracterización acerca dichas sociedades a nuestras propias sociedades, al revelarlas, *a ellas también*, como problemáticas y sometidas a los efectos de la historia. Al mostrar a las sociedades tradicionales semejantes —en la faceta indicada— a las modernas, la nueva caracterización contribuye a fundar sus *verdaderas diferencias* en el campo de la realidad y no en el de una ideología implícita. El segundo movimiento es el de una investigación considerada más sociológica, la cual, habiendo versado sobre los fenómenos del cambio rápido, se centró en ciertas transforma-

1 Yo sustituiría el término etnología por el de antropología, actualmente utilizados con una acepción muy general.

2 A la cual ha hecho varias alusiones en *Afrique ambiguë*, últ. edic., París, 1969. Hay versión española: Africa Ambigua. Edit. Sur, Bs. As. 1964.

ciones actuales, en los problemas de una modernidad que parece cada vez menos controlada y acechada por el peligro de vaciarse de todo significado. Un estudio de esa índole ha permitido descubrir en los aportes de la antropología --y en los instrumentos intelectuales de los cuales ella se vale— los medios propicios para un análisis de mayor "rendimiento".

La confrontación, que de inicio era la resultante de la práctica, se hizo teórica, al menos como tendencia. Ha conducido a identificar una semejanza entre las sociedades, que ya no consiste en aquella que la vieja filosofía social había postulado, la que provendría de la *unidad* del hombre. Se capta dicha semejanza, independientemente de esta última referencia, en el *modo de existencia* de la sociedad, en las condiciones y exigencias con las que esta se topa para definirse, mantenerse y reaccionar ante los asaltos que provienen del "exterior" y del correr de los tiempos. Al referirse al modo de existencia, se debe evocar su doble situación: en el espacio organizado y controlado que le da el entorno, la pone en relación con otras sociedades globales; en el devenir resultante de múltiples determinaciones e iniciativas. Su condición común, las sociedades la manifiestan a través de las *pruebas* que experimentan. Esta condición común hace de todas ellas "sociedades", ordenamientos móviles de relaciones entre las personas, las cosas, los signos y los símbolos. Sus diferencias las crean y revelan a través de sus *respuestas*. Todos los errores del pasado provienen del presupuesto de que pueden existir (o han existido) sociedades "felices" (o armónicas, poco amenazadas en sus equilibrios; lo que quiere decir lo mismo y se presta menos al malentendido). La antropología, aun más que la sociología, fue afectada por diversos *rousseauísmos*, aderezados al paladar de la época. El problema se plantea menos en términos de identidad perdida que de convergencias futuras, bajo formas que estamos mal preparados para concebir.

Las características generales y las semejanzas duraderas se identifican en el "debate" de las sociedades entre sí, de cada sociedad consigo misma y de los hombres con cada una de las sociedades en que viven. Por lo demás, no se pueden aprehender sino procesos de generación que operan de manera permanente: sociedades constantemente en tren de plasmarse; unidades sociales vinculadas y enfrentadas, para las cuales es una obligación continua el "cálculo" (la estrategia, la manipulación); hombres que se producen —en particular en tanto individuos sociales— a medida en que contribuyen a conformar su sociedad.

A esta altura de la exposición, la afirmación prevalece, al parecer, sobre el argumento. Por consiguiente, lo importante es superar el estadio de la simple reflexión crítica apoyada en una experiencia científica particular; tanto más por cuanto puede dar una imagen impresionista. Es preciso ahora dar conclusiones de

alcance general, resultantes de los análisis realizados en cada una de las tres secciones del libro y de las recientes investigaciones orientadas por exigencias del mismo tipo. Tres ítems permiten su ordenamiento: 1) la diferencia y las relaciones de exterioridad: 2) La continuidad y las dimensiones de la sociedad; 3) El cambio y el sentido del devenir social. Intentar una respuesta a esos tres conjuntos de problemas significa una temeridad y una ambición. Pero, se debe correr el riesgo, está implícito en la concepción misma del presente estudio.

1) *La diferencia y las relaciones de exterioridad.* El descubrimiento de la existencia de sociedades *diferentes* es, evidentemente, antiguo, al igual que el proceso de *des-etnocentrismo* que permite definirse mejor al situarse en relación con los "otros". La serie de precursores que reconocen tener los antropólogos lo atestigua[3] y es precisamente la antropología la que ha transformado en práctica científica lo que era toma de conciencia de un dato de la realidad y de un procedimiento. Esta disciplina ubica en el centro de su enfoque las diferencias por las cuales se distinguen las formaciones sociales y las culturas en su diversidad geográfica e histórica. La antropología apela al análisis comparativo: *a*) Para determinar, interpretar y —en toda la medida de lo posible— explicar dichas diferencias; *b*) Para aprehender la continuidad (la permanencia, las invariables propias de toda existencia social) debajo de las discontinuidades que estas ponen de relieve. Esta tentativa nombrada en segundo término constituye una verdadera prueba. Puede entrañar un cuasi-fracaso al inducir a la búsqueda de una esencia, o de formas o principios, que permitirían caracterizar cualquier tipo de vida social. En tal caso estamos ante una *impasse*. Es lo que les hubiera ocurrido a los biólogos si se hubiesen obstinado en conocer, *ante todo*, la naturaleza de la vida [4].

Los antropólogos han considerado dichos problemas apelando principalmente a dos "lecturas": una se refiere al movimiento de la historia enfocada a largo plazo, la otra excluye —o casi— toda referencia histórica. La primera es la del evolucionismo o del desarrollismo —como se lo denomina en la actualidad— concebido

[3] Remitirse, por ejemplo, a P. Mercier, *Histoire de l'anthropologie*, París, 1966 y a J. Poirier (dir.), *Ethnologie, générale* París, 1968.

[4] F. Jacob justifica, en cierto modo, este enfoque en su última obra *La logique du vivant*, París, 1970: Hace notar que: "Hoy ya no se interroga más a la vida en los laboratorios. Hay un esfuerzo sólo por analizr los sistemas vivientes, su estructura, su función, su historia". Su interpretación del ser viviente se identifica con la que aquí concierne al ser social: "La realidad aparece . . . como un equilibrio siempre inestable"; "un organismo siempre es sólo una transición, una etapa entre lo que fue y lo que será"; "no existe una organización de lo viviente sino una serie de organizaciones encajadas unas dentro de las otras a la manera de las muñecas rusas".

por los teóricos del siglo pasado. Según esta manera de ver las cosas, las sociedades están obligadas al mismo recorrido, pero sus ritmos de desarrollo son muy diferentes. La continuidad es la resultante de la necesidad de someterse a las mismas etapas, de pasar por las mismas etapas o estadios. La diversidad es el producto de *las velocidades históricas diferenciales* (si se puede expresar de este modo) de las sociedades globales y de las "contaminaciones" provocadas por las relaciones con el exterior.

La segunda "lectura" es la que —procediendo por reducción absoluta— halla en último término (detrás de todos los modos de existencia social) principios fundamentales y, a partir de estos, una combinatoria que hace al espíritu humano. Las estructuras postuladas por el estructuralismo o, antes bien, por sus versiones no realistas, moldean de ese modo todas las experiencias colectivas y, en cierta manera, por toda la eternidad, La continuidad, por tanto, deriva de las condiciones de funcionamiento, de las exigencias y los límites con los que choca el pensamiento cuando concibe y traduce en la realidad las diversas formas de organización social. La diferencia nace de las "transformaciones" operadas a partir de esquemas fundamentales, de las singulares coaliciones de ordenamientos (como aquella a la cual se le puede imputar el haber dado origen a la civilización y el orden industriales)[5], de los efectos de retorno sufridos por los elementos constitutivos en razón de sus relaciones recíprocas, etcétera. En el límite, para este sistema de interpretación, la conciencia colectiva inmediata y la historia —conciencia externa y posterior al acontecimiento— se satisfacen con apariencias, con lo superficial, con lo cambiante, porque toman sobre todo en cuenta las diferencias. Más en profundidad y dejando de lado lo accidental, se impondría la íntima identidad estructural de las sociedades y aquí residiría la posibilidad de captar las "leyes" ineluctables de su formación y de sus "transformaciones". Estas "leyes" brindarían, cuando se afinara su formulación, los medios para el "cálculo" de todas las sociedades conocidas (lo cual, a su vez, aporta su verificación) y las sociedades futuras.

De hecho, ambos enfoques dejan escapar, en lo esencial, lo que es la diferencia *en sí misma* así como su relación con (y su aporte constituyente) la realidad social. Sobre este punto, como sobre cierto número de otros, la actual investigación al toparse con el acontecimiento o como consecuencia de este —plantea un cuestionamiento y, tal vez, un nuevo avance en el conocimiento científico. Algunos de estos investigadores intentan —si se me permite la expresión— pensar de modo diferente la diferencia. Hegel se proponía comprenderla a partir de la identidad, Marx la vinculaba con la contradicción y la encarnaba en una clase social, Nietzsche la

5 Véase en la Primera Parte "El subdesarrollo y la puesta en relación de diferentes sociedades".

descubría en el individuo que lleva hasta el límite máximo su singularidad. La filosofía actual se esfuerza por aprehenderla en sí misma, de manera independiente. G. Deleuze funda en esta exigencia su proyecto filosófico. Desde el comienzo, Deleuze hace notar que el concepto de diferencia pierde su contenido cuando se lo considera a partir de la identidad. El trata de definirlo fuera de la relación con "lo idéntico" o/y "semejante"[6].

H. Lefebvre, expresándose más como sociólogo que como filósofo, acaba de publicar un "manifiesto diferencialista"[7]. Se enfrenta con vigor a la filosofía (convencional), a la historia (que busca regularidades) y a la política (organizadora de la integración), las cuales, "unidas o disociadas, constituyen la Santísima Trinidad de los poderes homogeneizantes reductores de lo que difiere". Ataca estos poderes —cuya obra aparece tanto en las circunstancias de la vida cotidiana como en los grandes momentos de la existencia colectiva (crecimiento económico limando las diversidades, trabajo productor sometido a la dominación de cierta lógica, revolución asimilada por el estado revolucionario, etcétera)— lo que le conduce, a la postre, a denunciar la valorización devota de los modelos abstractos y universalmente consagrados. En última instancia, lo que está detrás de ese estudio polémico es la consideración de la época actual. En la medida en que esta genera y, al mismo tiempo, reduce las diferencias: la época contemporánea crea la diferencia, la pone de relieve, pero produce también los medios que le dan a las llamadas sociedades "avanzadas" una excepcional capacidad de asimilación y de recuperación.

J. Berque, que partió de una experiencia totalmente distinta asociada a una prolongada familiaridad con las sociedades "orientales", también ha transitado por los caminos reconocidos por los sociólogos y filósofos de la diferencia. En su libro *L'Orient second*, relata las etapas de este itinerario intelectual[8] Para él aparece después de la contradicción revelada por Marx entre la evolución de las fuerzas productivas y la de las relaciones de producción, una "nueva contradicción": "La que se establece entre la diversidad del mundo y una pretendida racionalidad que monopolizarían algunos". A su modo, este autor se subleva contra "las acechanzas de la inercia y de la uniformidad" porque se trata de amenazas de muerte. Lo obliga a poner en tela de juicio y a definir mejor algunas nociones claves: invariables e invariancia (recordando el primer uso que hizo de estas nociones Massignon a propósito del Islam), autenticidad (a partir del comentario del término árabe *açâla*), especificidad (término dialéctico que no se puede comprender sino en relación con el de generalidad). Para Berque, el dina-

6 G. Deleuze, *Différence et répétition*, París, 1968.
7 H. Lefebvre, *Le manifeste différentialiste*, París, 1970.
8 J. Berque, *L'Orient second*, París, 1970.

mismo social, que no excluye el juego del azar, genera diferencias, puesto que ello "reside en la posibilidad de cambios de ejes".

Una tendencia común existe, al parecer, a dos niveles: en el orden práctico, por las manifestaciones, rechazos y reivindicaciones que expresan el repudio a las sociedades consideradas masificadoras o unidimensionales, por un lado y, por el otro, la voluntad de desarrollo sin pérdida de la personalidad colectiva; en el orden de la reflexión teórica, por la consideración de la diferencia en tanto ella contribuye al fundamento mismo de toda realidad. Estas observaciones se mantienen en la superficie; sin embargo, obligan a consignar lo siguiente: la afirmación del *derecho a la diferencia* se refuerza y se generaliza desde el momento en que investigaciones de distintos orígenes encuentran en ella un lugar de convergencia. Este encuentro de tentativas se convierte en un indicador. Algunos enfoques se ven llevados a interrogarse sobre la diferencia partiendo de la experiencia de la "modernidad"; es decir, de lo que parece ser auténticamente nuevo, lo inédito producido por las sociedades más "avanzadas", aquello que por medio de su devenir (en su aceleración) engendra la superación de lo étnico y de lo local[9] Otros enfoques hallan la diferencia en los combates que libran las sociedades en vías de desarrollo en sus intentos de salvar —junto con la efectivización del crecimiento— su especificidad, en la reivindicación que formulan estas sociedades de los medios de la fuerza material (de la producción creciente) al tiempo que luchan por mantener la personalidad colectiva[10] —el sentido de la empresa colectiva— que les es peculiar. Estas sociedades entienden dejarnos desterrados, "otros", pero adquiriendo los procedimientos —llamados universales, racionales— y los instrumentos que les posibilitarán alcanzar un mejor dominio técnico, una mejor apropiación de las riquezas naturales[11].

Las sociedades actuales —ya sea por referencia a un futuro próximo que cree lo inesperado, ya sea por referencia a un pasado (y a una historia cultural) que garantizan la exigencia de originalidad— imponen la consideración de la diferencia, cualquiera que sea la desigualdad de sus capacidades para concretar y controlar el orden industrial. Las sociedades de hoy hacen de la diferencia el tema de la actualidad. En este sentido, la situación que define este fin de siglo es radicalmente nueva: hay que subrayarlo, aún a riesgo de ser reiterativos, puesto que debe ubicarse sobre el horizonte de las investigaciones sociológicas más innovadoras. Las diversas sociedades son de aquí en más todas *comunicantes*, desde el punto de vista material e intelectual. Comienzan a "conocerse" mejor gracias a las reales relaciones establecidas entre ellas —los intercambios acrecidos y multiplicados y por sus propias imágenes (producto de sus relaciones directas y de los medios de comunicación) que se envían recíprocamente. Por primera vez en la historia se ha hecho posible la confrontación de *todas* las experiencias humanas, al menos en principio. Los modelos extranjeros ejercen influencia sobre las opciones fundamentales hechas (o experimentadas) por las naciones, aunque estas solo se distribuyan —en términos generales— entre formas de capitalismo moderno y formas de socialismo. Las sociedades globales actuales, vinculadas entre sí de la manera señalada, *cada vez menos están sometidas únicamente a sus determinaciones internas.* Las relaciones de exterioridad se tornan de más en más exigentes.

Esta "comunicación", mal asumida y con efectos poco conocidos todavía, no solo es positiva (lo que es evidente) sino que también involucra violencias, servidumbres y ambigüedades. Las sociedades diferentes son también sociedades desiguales y no solo se mantienen como tales sino que la brecha de poderío se ensancha entre ellas[12]. Las sociedades fundan en la diferencia el mantenimiento de la desigualdad en las relaciones y su justificación (colonialismo e imperialismo) o, a la inversa, el cuestionamiento de esa desigualdad (movimientos nacionalizadores). Las sociedades predominantes "utilizan" la diferencia para explicar su dominación y la dependencia resultante en términos de racionalidad y de eficiencia. Pero, de hecho, provocan su negación al presentarse como *modelo universal*, como "ejemplo" que debe reproducirse hasta el infinito, lo que les permite pretender que están permanentemente "adelantados". Las sociedades en vías de desarrollo y/o en un proceso de liberación más completo, rechazan un encadenamiento de ese tipo que las condena a la pura y simple repetición,

9 El término "modernidad", los hechos y procesos que designa, imponen nuevos estudios que deben conducirse fuera de los requerimientos de las modas intelectuales. Al comienzo conviene remitirse al libro de Lefebvre que plantea una *Introduction à la modernité*. Hay versión española: H. Lefebvre: "Obras". Peña Lillo Editor, Bs. As., 1962, 2 vols.

10 En el momento de poner término a esta conclusión, constato que J Berque, también él, atribuye un lugar privilegiado a la citada noción de "personalidad colectiva" La presenta como "una evidencia del mundo actual", *op. cit.*, p. 36.

11 Esta convergencia de la diferencia con el desarrollo orienta muchas investigaciones, aunque desparejas. Ha dado lugar al surgimiento de organizaciones internacionales que lo mencionan a veces en su propia denominación. Es lo que ocurre con el "Institut international des Civilisations différentes" (INCIDI) que publica la revista *Civilisations*.

12 A. Emmanuel ha expresado la influencia económica (interna y externa) de la puesta en relación de naciones desiguales en su importante trabajo: L'echange inégal. Essais sur les antagonismes dans les rapports économiques internationaux, París, 1969. Hay versión española. El intercambio desigual. Ensayos sobre los antagonismos en las relaciones económicas internacionales, Bs. As., Siglo XXI, 1972. S. Amin acaba de aplicar una "crítica de la teoría del subdesarrollo" que es un estudio crítico del "sistema capitalista mundial" que expresa las relaciones reales entre el "centro" y la "periferia". Cf. *L'accumulation à l'échelle mondiale*, París, 1970.

al atraso y a una posición subordinada. Hacen de su diferencia un elemento irreductible, un instrumento de su oposición a las coacciones exteriores, un medio que justifique su proyecto de plasmar el orden industrial en formas aún inéditas[13]. Lo que prueba, de otra manera, que la diferencia se sitúa en el centro de muchas de las polémicas actuales es el carácter de algunos cuestionamientos expresados en el seno de las sociedades expansionistas y preponderantes. La protesta encuentra las armas de su crítica *afuera*. Se define (y define a sus modos de acción) asumiendo la diferencia propia de las sociedades consideradas revolucionarias. La protesta apela a referencias exteriores: china, tercermundista o —más raramente— soviética. El estímulo externo desempeña igualmente un papel en los proyectos de designios menos radicales, o meramente modernistas: atracción del socialismo escandinavo para el reformismo; ejemplos extraídos del neocapitalismo norteamericano para el conservatismo "abierto".

Tales hechos sugieren el grado en que la relación de exterioridad —las diferencias que pone de relieve y la dinámica externa que produce— interviene en la actual definición de las sociedades. *Al multiplicarse las alternativas*, tales hechos multiplican las posibilidades de desarrollo diferencial. También posibilitan la captación en el nivel de relaciones entre las naciones —de una de las formas que puede adoptar el combate entre la fuerza (portadora de dominación uniformante) y el sentido (portador de valor y de diferencia)[14]

2) *La continuidad y la "dimensión" de la sociedad.* La época actual muestra un doble cuestionamiento de la sociedad. El primero es de tipo práctico. El hecho nuevo es que *todas* las formaciones sociales engendran de conjunto, un cuestionamiento abierto y de gran envergadura, duradero y no solo explosivo como en los momentos de irrupción de rebeliones y revoluciones. Unas, porque *se rebelan* contra la iniquidad social (y la complacencia respecto de las subordinaciones impuestas desde afuera) que alimentan las economías y las culturas de la pobreza[15] y las amplias desigualdades. Su conjunto forma el Tercer Mundo. Las otras, porque sus dominaciones, su salto adelante en la producción, los desgarramientos en el propio interior de sí mismas y en las inmediaciones (naturales e internacionales), han quitado, al parecer, toda significación al privilegio de la fuerza fundada únicamente en la técnica. Estas formaciones se despojan a sí mismas de su personalidad en la medida en que su dinamismo se exaspera con vistas exclusivamente a la posesión del mundo. Este designio titánico digno de Prometeo, contribuye a incrementar y a exportar la desigualdad al tiempo que todas las formaciones citadas se refieren a una ideología igualitaria. De este modo, hay dos contradicciones fundamentales que se hallan en la base de las críticas, los rechazos y las violencias que ellas provocan. El conjunto de tales formaciones es el de las sociedades industriales avanzadas, que se han convertido en, o mantenido como predominantes.

El segundo aspecto del cuestionamiento es de carácter teórico. Por un lado, traduce la actual situación y sirve de apoyatura de las ideologías contestatarias. Sobre todo, expresa los efectos de las nuevas ideas sociales y de la sociología crítica que se está plasmando[16]. Lejos de las afirmaciones durkheimianas que exaltan y sacralizan a la sociedad, la definición y la naturaleza misma de esta (en especial en sus realizaciones contemporáneas) son las que se hallan sometidas a los embates del radicalismo moderno. Detrás del repudio a la sociedad "represiva", de la desconfianza hacia las instituciones y las organizaciones (hacia la "burocracia") y del debate entablado entre "lo que instituye" y "lo instituido", lo que surge es el mismo problema. Es el problema que plantea la necesidad de enfocar de otra manera la realidad social. Esta exigencia no afecta solo a la actividad científica sino también a los diversos modos de expresión[17]

La sociedad ya no se puede concebir como algo que logra someter a todos los actores sociales a sus determinaciones, que funciona sin "fallas" y que, simplemente, se inscribe dentro de la continuidad. Ya no se identifica más a la sociedad como a un conjunto (un todo) unificado que se define simplemente mediante un *tipo* sociológico (en el sentido del "tipo ideal" de M. Weber) o mediante un *régimen* (según las caracterizaciones de los politicólogos y los economistas) o un *modo de producción* (a la manera del marxismo vulgar). La sociedad se concibe, preferentemente, como

13 F. Perroux ha subrayado el hecho de que la ciencia, la técnica y la industria están inmersas "en conjuntos culturales con instituciones originales" unidas a imágenes colectivas diferentes, tratadas con "muchos grados de libertad". Cf. F. Perroux, *Industrie et création collective*. II. 1970, pp. 15-16.

14 Todas estas consideraciones vinculan a la diferencia con las relaciones de exterioridad. No toman en cuenta el papel constitutivo y dinámico que cumple la diferencia independientemente de tales relaciones.

15 Para retomar aquí la fórmula propuesta por O. Lewis e ilustrada con sus investigaciones en América Latina.

16 Y que es, en un único movimiento, una crítica de todas las sociologías establecidas. Véase el ilustrativo trabajo, muy inspirado, de A. W. Gouldner, *The Coming Crisis in Western Sociology*, N. York, 1970.

17 En un hermoso trabajo en el cual muestra lo que fueron para él "los senderos de la creación", Aragon vincula "el concepto de burdel" con "la imagen de la sociedad misma"; "la crítica de las relaciones humanas (asume) el carácter de desafío"; la provocación "se convierte en una práctica sociológica". Cf. *Je n'ai jamais appris à ecrire ou les "incipit"*, Ginebra, 1969, en particular, p. 49.

algo heterogéneo, plural y móvil. Su definición debe hacerse en forma problemática. En este sentido, conviene situar algunos hitos.

a) La naturaleza social tiene un carácter más *aproximativo* de lo que dejan entrever las interpretaciones estrictamente deterministas o "formalistas" (o formalizantes). En esta obra tratamos de dar las causas principales de ese hecho e ilustrarlas: la coexistencia de configuraciones de origen y épocas diferentes en una misma sociedad global; la acción diferencial del tiempo sobre los "niveles de materialización" de la realidad social y los efectos de recurrencia que expresan el retorno del pasado; la influencia de las prácticas, los cálculos y las opciones de los actores sociales; las consecuencias internas de las relaciones de exterioridad, de la dinámica de "lo de afuera". Este espacio ocupado por lo aproximativo es el que da lugar a la intervención de la libertad humana y es el sitio donde surgen los diversos "posibles" que toda sociedad siempre tiene planteado como opciones[18]. Es precisamente en este espacio donde la empresa sociológica se topa con los obstáculos más temibles, que son los que marcan las fronteras a las cuales apunta la aspiración de los nuevos positivismos.

Nada está dado de una vez para siempre. La reproducción de las relaciones sociales —y su continuidad— no están mecánicamente aseguradas. Inclusive fuera de las causas señaladas, hay que insistir, más de lo que lo hemos hecho hasta ahora, en las consecuencias de la *entropía* que opera en todo sistema social. Existe un "desgaste", el cual, incluso si las condiciones se mantienen iguales —lo que no ocurre como lo demuestran los desajustes entre niveles de la realidad social, entre elementos constitutivos de la sociedad—, genera finalmente una situación por la cual el sistema funciona con un rendimiento decreciente. Este *efecto negativo* se acentúa tanto más por cuanto se debilita la relación de adhesión de los actores sociales (de su mayor parte). Todo relajamiento de la voluntad colectiva es un nuevo triunfo de la entropía.

Las llamadas sociedades tradicionales o arcaicas —obsesionadas por la sensación de peligro que las acecha— han desarrollado un agudo sentido de las condiciones para su *relativa* conservación, superior al de nuestras sociedades. Han concebido formas de "reiniciación periódica". La fiesta[19], el ritual, reafirmación ritualizada (verdadera *mise en scène* social) de las relaciones más fundamentales[20]. Las sociedades tradicionales tratan de utilizar el acontecimiento que las amenaza para convertirlo en un hecho que las refuerce: el microdrama social, la acción corrosiva del brujo, la innovación generadora de cambio, en particular, la innovación religiosa[21].

Las sociedades industriales avanzadas, que valorizan más la técnica que el rito y están más orientadas hacia una continuidad hallada en el cambio (el crecimiento y más raramente al auténtico desarrollo), han abandonado en gran medida el uso de dichos mecanismos. Cuando fracasan en el salto adelante se revelan despojadas de posibilidades de revigorización. Al perseguir principalmente el poderío material, corren el riesgo de provocar crisis en lo que respecta al sentido (la dirección). Desde el instante en que tales crisis alcanzan un punto de gravedad, adoptan la forma de auténticas *revoluciones culturales* por las reacciones que provocan. La restauración de la fiesta se convierte en una de las reivindicaciones. Se espera de esta que rejuvenezca la relación social, yo diría, sin jugar excesivamente con las palabras, que "la fiesta" anuncie, al parecer, una nueva génesis de la sociedad. Michelet concluía sus lecciones prohibidas en el Colegio de Francia —aunque publicadas seguidamente— con esa misma exaltación de la fiesta[22]. El llamado se ha reiterado varias veces, hace poco y aún ahora en ocasión de las manifestaciones de disidencia de la juventud. Pero no hay que olvidar que si la fiesta crea o refuerza la adhesión, también involucra (por la negativa) la posibilidad de la coacción, de provocar la adhesión mediante la manipulación. Las sociedades desarrolladas autoritarias han tecnificado la fiesta, la han hecho eficaz en gran escala, la han convertido en la parodia teatral del *consensus*. Por consiguiente, el problema queda en pie en toda su magnitud: ¿cómo hallar nuevos instrumentos de consenso y para la participación efectiva de la gran mayoría?

b) La sociedad está doblemente requerida en tanto sistema aproximativo. Por un lado, por la búsqueda de una realización más plena, de aquello que debería ser su desarrollo; por otro lado, simplemente por la lucha contra la entropía, la cual afecta a su continuidad. La sociedad se esfuerza permanentemente por hallar el equilibrio entre lo que puede contribuir a su progreso *sin una verdadera modificación de identidad* y lo que solo asegura su

18 G. Gurvitch —con su profunda intuición— ha sentido la necesidad de definir la realidad social por su cohesión aproximativa, por el "compromiso inestable" del que ella es la resultante. El trazó, así, el campo de esta libertad, en especial en *Déterminismes sociaux et liberté humaine*.

19 Como lo ha demostrado R. Caillois en su libro *L'homme et le sacré*. Hay versión castellana. El mito y el hombre. Sur, Bs. As., 1939.

20 J. Duvignaud ha revelado la atención que el sociólogo debe prestarle a los diversos procedimientos de "teatralización de la existencia". Cf. *Spectacle et société*. París, 1970.

21 Véase mi *Anthropologie politique*, el capítulo "Pouvoir et religion", París, 2a. edic., 1969.

22 J. Michelet, *L'étudiant*, nueva publicación precedida de *La parole historienne* de G. Picon París, 1970.

conservación. Por este motivo, la sociedad debe recordar continuamente su definición y plasmarla para no deshacerse.

Si el análisis se limitara a dicha formulación, permanecería incompleto y sería esquemático. Hay que recordar no solo la acción del tiempo —la cual genera diferenciaciones, no correspondencia entre las diversas estructuras, movimientos que provocan y expresan *dinámicas diferenciales*— sino también a los otros sistemas de obligaciones. En el interior, se trata de las prácticas de los actores sociales (individuales y colectivos) que "interpretan" y requieren, utilizan y manipulan y tratan de orientar de acuerdo con sus intereses y sus valores a los sistemas de relaciones sociales del cual forman parte. Desde el exterior, se trata de la interferencia del "entorno" internacional, el cual engendra presiones (y dominaciones) y contaminaciones, con lo que favorece también la aparición de nuevas alternativas, como lo indican los recientes estudios de la *aculturación* a partir de la observación de sociedades pequeñas. Se trata de una influencia que se ejerce de manera directa y/o "a la distancia" por intermedio de modelos importados[23].

Los diversos efectos conjugados suscitan un cuestionamiento casi permanente de la sociedad. Esta lleva en su interior varias "versiones" concretas acerca de sí misma; está constituida por configuraciones más o menos compatibles, más o menos opuestas; se abre a varias posibilidades de futuro. Así como no cabe aceptar de ahora en más el determinismo o el evolucionismo unilateral o unilineal, tampoco cabe admitir una concepción unitaria o unidimensional de la sociedad sin transgredir los actuales datos científicos. Toda sociedad es plural y, por ello mismo, se halla constantemente en vías de plasmarse y de definirse. Su definición científica no puede ser sino *generativa*. Se debe repetir la fórmula, esto es tanto más necesario por cuanto algunas investigaciones recientes conducen a una conclusión parecida.

Voy a considerar dos de estas investigaciones, a título de ejemplo, en razón de su riqueza, aunque sus enfoques son, al parecer, profundamente diferentes. F. Perroux, al tratar de "leer la industrialización en la era atómica y espacial", retoma la afirmación proclamada por Saint-Simon en el *Nouveau christianisme:* "La especie humana no está condenada a la imitación". El autor se interroga "acerca de esa realidad que es la *creación colectiva*", tomando a los saint-simonianos como primeros guías de su "viaje de descubrimiento". Su desemboque no es ambiguo: "Consideramos la creación colectiva como una aptitud y una actividad fundamentales en las sociedades humanas. Los hombres, reunidos en una organización regular, se hallan en estado de creación virtual; creadores potenciales, lo son en razón de las estructuras esenciales de la persona y de la sociedad". Aunque estas propiedades —y las chances (con sus riesgos) que ellas abren— se evidencian con mayor nitidez en las sociedades científicas e industriales, no por ello deja de tener igual validez general la siguiente idea: "El tiempo histórico involucra novedades imprevisibles"[24]

23 Véase la última sección del capítulo "*Las dinámicas sociales*" de la Tercera Parte.

J. Berque partió de consideraciones distintas —referentes a la descolonización y a algunas sociedades en desarrollo— pero arribó a conclusiones parecidas a aquéllas y a las mías. Denuncia el determinismo simplista demostrando que el grupo social, *cualquiera que sea su extensión*, "opera elaboraciones que se pueden ordenar alrededor de varios ejes alternativos". Berque menciona los "fracasos de lo unidimensional", subrayando que toda sociedad dispone de una "latitud de opción" y de una "flexibilidad de existencia". Hace notar que lo "cotidiano mismo busca su orden" y no se desliza hacia la mera rutina[25]. Es así que la sociedad en su conjunto aparece como proyecto y no solo como algo dado.

c) En la medida en que se define la sociedad como formación continua se restaura la importancia de las instancias en las cuales se sitúa el poder de elección y de orientación (de "constitución") y la capacidad de definición por la ideología, los símbolos y los lenguajes (de creación personalizadora o "cultural"). La relación entre la infraestructura y la superestructura ya no puede ser encarada de manera unilateral o simplista. Lo *político* y lo *cultural* —ambos considerados en su acepción más amplia— vuelven a encontrarse con su capacidad de determinación.

Esto es precisamente lo que han reconocido los movimientos contestatarios modernos —independientemente del grado de confusión que tengan— al atacar al mismo tiempo el modo de producción de las cosas y el modo de producción de los poderes, signos y "discursos". Del mismo modo, al privilegiar lo "espontáneo" en detrimento de lo "instituido", dichos movimientos han querido hacer presente la posibilidad de remodelar la sociedad, de participar en su constante definición, sin delegar el poder de intervención a grupos (y órganos) que rápidamente se tornan en privilegiados gestores y conservadores de la forma que les asegura su preeminencia. Tales movimientos también han puesto de relieve analizando las rupturas sociales existentes que no solo operan en ellas las diferencias de clase, sino también las clases de edad (diferencias generacionales), que se han convertido en clases políticas, así como las diferencias que separan a innovadores de conservadores en cada uno de los grandes grupos sociales, y que en consecuencia las

24 F. Perroux, *Industrie et création collective*, 2 tomos, París, I, 1964, y II, 1970.

25 J. Berque, *op. cit.*, I (en especial los caps. V, VI, VII) y II.

relaciones de producción no pueden constituir, *por sí solas*, la infraestructura determinante.

Una vez más, el acontecimiento recorta las preocupaciones de la nueva sociología. Admitir el enfoque resultante de ellas significa reconocer que la sociedad "oficial"[26] no coincide con la sociedad real, que se halla retrasada, en mayor o menor medida, respecto de esta. Significa, por lo tanto, situar en el primer plano de las tareas que orientan la actividad de los sociólogos, la investigación de los nuevos emergentes. Por otra parte, esta exigencia no es nueva, ha sido formulada por Marx en lo que respecta a la sociedad y por Freud en lo referente al individuo.

3) *El cambio y el sentido del devenir social.* A esta altura de la exposición, conviene retomar la interpretación de la dinámica social o, antes bien, *de las* dinámicas sociales. Estas no *se reducen únicamente al cambio* —definido, por otra parte, por un concepto impreciso, al cual se debe someter a una evaluación crítica, al igual que ocurre hoy con el concepto de sociedad. Las críticas a ambos conceptos se imponen en forma conjunta puesto que, evidentemente, estos están ligados entre sí. Determinar la sociedad por su continua formación y por las prácticas que se llevan a cabo en su interior significa otorgarle *características* y *propiedades dinámicas* por su naturaleza misma. Están por precisarse, aún, estas características y propiedades.

Yo ya he propuesto diferenciar, en un primer momento del análisis, tres tipos de datos dinámicos: el de los dinamismos inherentes al sistema social y a sus condiciones de composición, funcionamiento y reproducción; el de los dinamismos por los cuales el sistema tiende a su realización más plena (limitando, a pesar de los obstáculos, la porción de lo aproximativo) y el de los dinamismos que logran dar origen a nuevas configuraciones y entrañan el cambio del régimen estructural.

Al parecer, es útil recordar también, de manera paralela, las observaciones hechas en cuanto a las *exigencias* que le impone el tiempo a los sistemas sociales: la relación con el pasado inmediato y *las exigencias del sistema*; la relación con el presente y *las exigencias de la praxis* y la relación con el futuro y *las exigencias de las tendencias*, de las fuerzas del desarrollo y de la transformación, de las formas que tratan de actualizarse. Estos dinamismos y estas exigencias conjugados hacen que la sociedad sea el sitio de un debate permanente; contribuyen a constituir y a manifestar su pluralidad; ponen en tela de juicio la "reproducción" pura y simple, y la continuidad pura y simple.

26 Hay que precisar que la "contra-sociedad" tiene, a su vez, sus formas y sus expresiones "oficiales" que no agotan todas las manifestaciones del cuestionamiento del orden establecido.

Todo esto deja muchos problemas abiertos. Por lo menos, debemos mencionar a dos. El primero concierne a la coexistencia de configuraciones de diferentes épocas dentro de una misma sociedad, a los fenómenos de mantenimiento y de "reemplazo", a las transformaciones que afectan al sistema al tiempo que conservan su contenido y viceversa. Aunque no consideremos en forma sumaria un problema tan arduo, resulta útil hacer una observación casi ingenua. Si se supusiera que una configuración social puede mantenerse, las modificaciones que afectan su "entorno" bastan para generar cambios en ella; cambios derivados de su *nueva posición* y no de un ataque *directo* a su contenido o a su forma. Una vez más, puede captarse la obligación que tiene la sociedad de definirse y plasmarse de manera continua. Esta obligación explica (y se trata del segundo problema) las dificultades con las que se choca para situar las rupturas en el devenir social. Toda sociedad viva es una sociedad en tren de hacerse, requerida contradictoriamente por las fuerzas de cambio y las fuerzas de la conservación, pero, necesariamente, signada por las primeras.

Sin embargo, el problema es obsesivo. Lo hemos planteado al tratar sobre la sociología de las mutaciones: ¿Cómo aprehender e interpretar las rupturas, los "tránsitos"? Basándose en el neomarxismo althuseriano, algunos economistas chocan contra el mismo obstáculo cuando consideran los problemas propios de las *sociedades de transición* (en vías de convertirse en socialistas). No logran captar todos los procesos del tránsito de un viejo orden a uno nuevo, a pesar de renunciar, con razón, a los esquemas interpretativos prefabricados. Estos economistas comprueban que la *realización* se aleja del proyecto o no marcha en la dirección prevista por la teoría y que puede no haber "transformación". Ello debería inducir a los sociólogos a preocuparse por una cuestión poco estudiada: la de las "fallas" del cambio social. En fin, los economistas neomarxistas observan que el cambio no es tan radical como se había pensado —por ejemplo, a nivel de las relaciones de producción, hay una sustitución de la propiedad capitalista "individual" por una propiedad capitalista "social"— y que no basta con decretar o proclamar el cambio para dotarse de todos los medios para efectivizarlo (refiriéndose, por ejemplo, a los errores y a las ilusiones del socialismo cubano actualmente reconocidos por sus propios realizadores). Esta rigurosa evaluación crítica obliga a trazar los límites de las opciones y del voluntarismo social, al igual que las fronteras de lo posible[27]. La sociedad se hace y se transforma, pero en el interior de exigencias definibles.

27 Sobre estas cuestiones véanse los recientes y demostrativos trabajos de Ch. Bettelheim *Calcul économique et formes de propriété*, París, 1970; *Lettres sur quelques problèmes actuels du socialisme, París, 1970; La transition vers l'économie socialiste*, París, 1968.

Los interrogantes sobre la continuidad y el cambio conducen, necesariamente, a interrogarse acerca de las mutaciones sociales y la forma particular que adoptan cuando se realizan mediante revoluciones. Estas provocan no tanto *la irrupción de lo inesperado* como la aceleración de procesos que operan desde largo tiempo atrás, la emergencia de configuraciones potenciales. Marx lo ha demostrado y, por su parte, Tocqueville[28] —con un exceso en la formulación— concibe la acción del movimiento revolucionario como punto de llegada y no como punto de partida, como remate súbito de "lo que —a la larga— se hubiera acabado poco a poco por sí mismo". Estos modos de interpretación se comprenden tanto mejor si se admite la "definición" dinamista (y generativa) de la sociedad. Esta no puede existir —y no sólo progresar— sino realizándose continuamente. Forzando el análisis hasta el límite, podría decirse que la *transición* es la condición permanente de la sociedad. Inclusive, cuando *pareciera* estar únicamente preocupada por asegurar su estricto mantenimiento, como en el caso de las sociedades "tradicionales" consideradas de acuerdo con una imagen vulgar. J. Berque, al parecer, arriba a la misma idea, pero la expresa en un tono más hipotético: "La historia de los períodos revolucionarios, al acelerar los pasajes de un nivel a otro, de un modo a otro, podría no ser sino *la intensificación de un procedimiento común*, la iluminación del fondo sobre el que existe la normalidad"[29]

Por consiguiente, se impone una *proposición:* la revolución, tal como se la ha concebido desde 1789, no basta para hacer surgir una sociedad radicalmente nueva y *duradera.* La revolución actúa solo durante un tiempo para luego convertirse en la vuelta a lo "instituido", al orden preocupado por su propia conservación. Los actores sociales deben captar de un modo *más constante* las posibilidades que crean ellos mismos con su actividad. Esto es lo que deja entrever la noción de "revolución permanente" o, antes bien, la de "revolución en la revolución", borrando con ello la vieja interpretación de la revolución. Es algo que, paradójicamente, podría aceptar también (y tomarlo como su principal justificación), el programa de un reformismo creador y permanente. El proyecto de un "reformismo revolucionario" apela a esta posibilidad. El problema decisivo es el de la participación continua de la mayor parte de los actores sociales en las definiciones —que siempre hay que reformular— de la sociedad. Reconocer este hecho significa marcar la necesidad de la presencia de esos actores en los

28 Remitirse a las observaciones de P. Birnbaum, *Sociologie de Tocqueville*, París, 1970, cap. V: "Révolution et changement social"

29 Op. cit., p. 59, el subrayado es mío.

sitios de la sociedad donde se hacen las opciones que la determinan y donde se engendran los elementos de su significación. Control mutuo de la fuerza y determinación colectiva del sentido: el título con el cual se abre la presente obra es el tema de su conclusión.

Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres Gráficos TALGRAF
Talcahuano 638 p.b. "H" Buenos Aires
en el mes de octubre de 1973

CIENCIAS SOCIALES

Comunicaciones

I. *Lo verosímil* (2ª edición), R. Barthes y otros.
II. *La semiología* (2ª edición), R. Barthes y otros.
III. *Análisis estructural del relato* (2ª edición), R. Barthes y otros.
IV. *Los objetos*, A. A. Moles y otros.
V. *Análisis de las imágenes*, Metz, Eco, Marin, Péninou y otros.

Colección Análisis y Perspectivas

América Latina: ¿Reforma o Revolución? (2ª edición), J. Petras, M. Zeitlin y otros.

Ciencias Sociales: Ideología y realidad nacional, Eliseo Verón, Alain Touraine y otros.

Teoría de la comunicación humana (2ª edición), P. Watzlawick y otros.

Los extraños: Sociología de la desviación, Howard Becker.

Ritual de la interacción, Erving Goffman.

La organización social de la Muerte. David Sudnow.

El proceso ideológico (2ª edición), Althusser, Lévi-Strauss, Schaff y otros.

Conducta, estructura y comunicación (2ª edición corregida y aumentada), Eliseo Verón.

La paz blanca, Robert Jaulin.

Colección Crítica Ideológica

Teoría de los procesos insurreccionales contemporáneos, E. Lussu.

En nombre de la ciencia. Análisis del control económico y político del conocimiento, H. L. Nieburg.

Teoría de la descolonización. Las dinámicas sociales, G. Balandier.